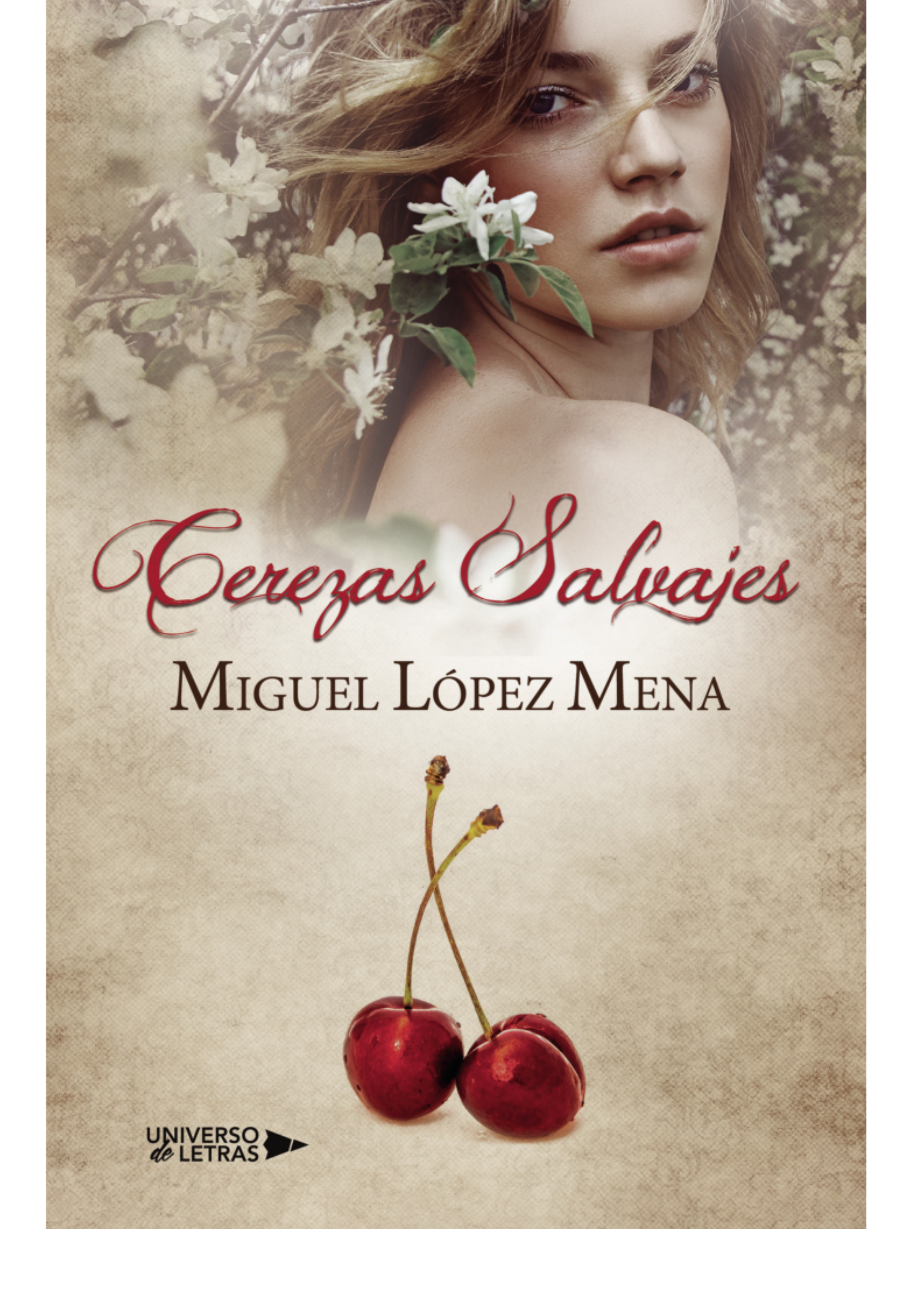

Cerezas Salvajes
Miguel López Mena
UNIVERSO de LETRAS

Cerezas Salvajes

Miguel López Mena



Cerezas Salvajes
Miguel López Mena

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2023

ISBN: 9788419774286
ISBN eBook: 9788419776594

A todas las personas que al leer la novela
se sientan identificadas con los protagonistas.

Miguel López Mena

Capítulo I

Inés convenció a su amiga Anaïs para que la acompañara en un viaje programado por el valle del Jerte. Ella conocía desde hacía algún tiempo a Luis, que iba tras ella con intenciones de intimar, pero no estaba del todo segura de si él era la persona ideal para empezar juntos una nueva relación, después de haberse separado ambos de sus respectivas parejas. Con el fin de conocerlo mejor pensó que un viaje de aquellas características podría ser una ocasión perfecta para sopesar bien si debía acceder a las pretensiones de él. Después de la relación desafortunada que había vivido con su exmarido, prefería estar segura de lo que hacía antes de embarcarse en otra aventura de la que tenía dudas. En consecuencia, le había pedido a su amiga Anaïs que la acompañara. No quería hacer el viaje en compañía de Luis sin nadie de su total confianza que pudiera aconsejarle en ocasiones comprometidas.

Anaïs tardó en decidirse, pero al final aceptó. Alberto, su marido, no le puso objeciones y accedió a quedarse en casa cuidando de Arantxazu, su hija de 15 años, que se encontraba en una edad difícil, inmersa en la adolescencia.

Un viernes por la mañana, a finales de mayo, las dos amigas acudían a la explanada del puerto de su pueblo, Águilas, donde subirían al autobús que las llevaría a los distintos destinos del viaje y las traería de vuelta a casa una vez finalizado el recorrido. Hasta que subieron al autobús las acompañó Alberto, el marido de Anaïs, que las había traído en su coche al lugar de partida y les ayudó a depositar el equipaje en el subsuelo del autobús. Luis ya estaba allí esperándolas cuando ellas llegaron y Alberto, tras saludarle, le dijo bromeando:

—Te hago responsable de lo que pueda pasar en este viaje. Vigílamelas bien, que en estas excursiones suelen pasar muchas cosas. —Luis le rio la broma y dándole una palmadita en la espalda, le dijo, dejando ver ciertas dudas en el semblante:

—No temas, hombre, ¿no ves que todo lo que sube al autobús son momias? Si lo único medio razonable que se ha apuntado al viaje somos nosotros tres, no creo que corras peligro con Anaïs. No es que tú seas ninguna joya, sino que, exceptuándome a mí, nadie de los que van te superan. —Volvió a darle una palmada en la espalda y riéndose de sus propias palabras, se alejó un metro, como temiendo alguna reacción violenta por parte de Alberto, que le miró mordiéndose el labio inferior con gesto de incomprensión para decirle:

—Venga y sube, Robert Redford, que no te vas a comer un torrao como sigas con ese aire de autoestima que tanto cuidas. Ah, y no estés tan seguro de lo guapo que eres, que eso a veces no cuela. Las mujeres suelen tener gustos raros. A ver si Inés, en Albacete, se da la vuelta

y se viene para Águilas.

Después, la gente que todavía no había ocupado su sitio fue subiendo al autobús. Todos tenían de antemano sus asientos adjudicados, por lo que nadie se apresuraba a subir primero para ocupar los mejores sitios. Ellas dos iban juntas a la derecha del pasillo y a la izquierda, en la misma fila, se sentaba Luis junto a un señor que ya ocupaba su asiento cuando ellos tres llegaron. Ni Luis ni Inés lo conocían. En cambio, Anaïs sí que lo había visto alguna vez fugazmente por el pueblo y sabía perfectamente quién era. Al verlo allí sentado desapareció de golpe la sonrisa que reflejaba en su rostro mientras accedía a su asiento, intercambiando comentarios con los demás pasajeros.

«Vaya por Dios —pensó—, si llego a saber que venía este cabrón no hago este viaje ni loca». Al mismo tiempo le lanzaba una mirada de reojo que expresaba lo que iba pensando. Tras colocar los accesorios de mano en la rejilla superior, se apresuró a ocupar el asiento de ventanilla, aunque este estaba destinado a Inés. Se inventó la excusa de que quería dejar el suyo a su amiga para que pudiera ir hablando con Luis, separada de él solo por el pasillo. Este, de forma cordial, saludaba a su compañero de asiento tendiéndole la mano y presentándose.

—Me llamo Luis, creo que no nos conocemos.

—Yo soy Óliver. Y no, no creo que nos conozcamos, pues aunque soy aguileño, he vivido hasta hace solo unos meses fuera de aquí. Encantado de conocerte. —A Óliver no le había pasado desapercibida la mirada, casi de odio, de Anaïs. Él no la recordaba, pero también al verla había sufrido un sobresalto. Parecía un calco de una chica con la que había mantenido una relación antes de marcharse de Águilas, aunque enseguida entendió que no podía ser ella, pues María del Mar, así se llamaba la persona que él conoció tiempo atrás, debía ser mucho mayor que la que acababa de subir al autobús. Luis entabló rápidamente conversación con el desconocido, pues al observar que viajaba solo y que por su edad no debía suponer ningún obstáculo para incluirlo en el grupo de ellos tres, enseguida pensó que era la persona ideal para que entretuviera a Anaïs y él tener más tiempo para avanzar en sus proyectos con Inés. El hombre debería andar por los cincuenta y algunos y aunque era de rasgos atractivos, Luis pensó que no supondría un peligro ni para que Anaïs pudiese jugarle una mala pasada a Alberto ni para que Inés pudiese sentirse atraída por él.

Óliver Vilches había abandonado el pueblo que le vio nacer a la edad de 26 años. Una noche de verano conoció a una chica belga que pasaba unos días de vacaciones en Águilas y entre ambos prendió la chispa de inmediato. Fue amor a primera vista. Rompió la relación que mantenía desde hacía años con María del Mar, confesándole que se había enamorado de Monique, la chica belga, y que se marchaba a Bruselas. Para María del Mar supuso un golpe bajo muy difícil de superar, el cual probablemente no le iba a perdonar durante toda su vida. Sabedor de ello, optó por no volver nunca más al pueblo. Vivió en pareja con Monique en Bruselas, donde entre los dos regentaron un negocio que les funcionó muy bien. No tuvieron hijos, pero vivieron una relación feliz hasta que, dos años atrás, a ella le detectaron cáncer, el cual no pudo superar y murió dos años después, tras haber sido intervenida quirúrgicamente

y tratada con quimioterapia.

Óliver, abrumado por los acontecimientos y sin ella a su lado, pensó que volver a Águilas tal vez le ayudaría a reconstruir su vida, así que vendió su negocio, regresó al pueblo, se compró un pisito y decidió vivir de los ahorros que tenía hasta que llegara el momento de cobrar la pensión de jubilación. Sin embargo, no contó con que, a los 56 años, todavía no era lo suficientemente mayor como para dedicarse a no hacer nada. Se aburría como una ostra. Intentó matar el tiempo jugando alguna partida a las cartas o al dominó con gente mayor que había conocido tras establecerse en el pueblo, pero aquello no era para nada lo suyo. Las noches se le hacían eternas, los días interminables. En más de una ocasión pensó en volver a Bélgica, donde al menos tenía amigos y conocidos con quienes amenizar algo su vida, pero luego desistía. Sin Monique y sin su negocio, allí no iba a ser diferente.

En Águilas, sus amigos más allegados eran Roberto y Laura. Él y su antigua novia, Aurora, habían sido muy amigos cuando Óliver salía con María del Mar. Siempre se organizaban para salir los cuatro juntos. Poco después de romper Óliver y María del Mar, Roberto también rompió con Aurora y al poco tiempo se casó con Laura, una chica de Jaén que había venido a Águilas, donde le habían ofrecido un empleo en el área social del Ayuntamiento. En su viaje de novios fueron a Bruselas y pasaron unos días con Óliver y Monique, viaje que repitieron varias veces a lo largo de los años, con lo que el contacto entre ellos se había mantenido a pesar de la distancia. Roberto y Laura fueron quienes le propusieron regresar al pueblo tras la muerte de Monique y también quienes le ayudaron en la gestión de adquisición del piso. Tras su regreso, muchos domingos se juntaban para comer y pasar unas horas en compañía.

Un día, Roberto, a quien Óliver le comentaba el poco sentido que había adquirido su vida tras la pérdida de Monique, le animó a que se apuntase a uno de los viajes programados, de los cuales, los grupos que los hacían solían contar maravillas de lo bien que se lo pasaban. La idea no le pareció mal y tras examinar la oferta que había a disposición, se decidió por hacer el que más interesante le pareció a primera vista: el del valle del Jerte, que además incluía estancias en Toledo, Plasencia y Sevilla. Al menos tendría la oportunidad de conocer lugares de España donde nunca antes había estado. Laura, que se ocupaba de ese sector en el Ayuntamiento, se lo organizó todo.

Inés, observando la fluidez de diálogo que Luis y el desconocido mantenían, le dijo a Anaïs:

—Me dejas el asiento de pasillo para que vaya entretenida hablando con Luis y a él parece que le interesa mucho más ese hombre que yo. —Anaïs soltó una carcajada para contestarle después:

—Acabamos de salir, mujer. Ya tendrás tiempo de hablar con él. Van a ser diez días que igual se nos figuran diez siglos.

—Joo, tía, ¿tan mal crees que nos lo vamos a pasar?

—No sé, no auguro nada bueno. Ese tío no me gusta un pelo. Dios quiera que Luis no intente que se nos pegue, porque yo no lo trago.

—Joder, Anaïs, si ni siquiera lo conocemos y además no tiene pinta de estar nada mal el hombre.

—Yo creo que sí lo conozco. No he hablado con él desde que era una cría, pero lo he reconocido enseguida. Fue novio de mi hermana María del Mar, ¿sabes?

—¡Ay, no me digas! ¿Es aquel que la dejó tirada?

—Sí, el mismo. Yo sabía que se había venido a vivir a Águilas y creo que lo he visto por la calle un par de veces. Es un cabrón de mierda, maldita la gracia que me hace que Luis esté tan enrollado con él. Como se le ocurra presentárnoslo, me subo al primer autobús que encuentre y me vuelvo a Águilas.

—¡Venga ya! No te amargues el viaje antes de que lo hayamos empezado. Yo hablaré con Luis, ¿vale?

—Vale, pero ya el simple hecho de que forme parte de los que vamos me pone mala. Mi hermana ha sido una desgraciadita toda su vida por su culpa y eso no se lo puedo perdonar. ¡Hijo de puta!

—Joder, Anaïs, tu hermana se casó con Javi después de que rompieran y tiene cuatro hijos con él. De aquello hace cerca de treinta años, no me irás a decir que se va a pasar la vida acordándose de lo que les pasó.

—Fue un golpe muy duro para ella, habían sido muchos años novios y se casó con Javi sin ninguna ilusión. Sólo lo hizo porque creía que debía casarse.

—Bueno..., yo estuve enamorada de mi marido durante un tiempo, pero luego llegó el momento ese que siempre llega... y terminamos lo nuestro. No me acuerdo de él para nada. Es más, estoy contenta de que termináramos, pues de haber seguido juntos mi vida sería un calvario. Por eso mismo estoy tomando tantas precauciones con Luis.

—Yo creo que Luis es distinto a Paco. Ya verás como al final caes, tiene mucha labia y te va a convencer, ya lo verás.

—Sí, labia sí que tiene. A ese hombre lo lleva aburrido. Yo creo que no tienes nada que temer, en cuanto bajemos del autobús desaparece de donde esté Luis.

Habían salido a las ocho y, sobre las once, el chófer del autobús les anunciaba una parada en el restaurante rutero El Molino, en Albacete, donde podían tomar algo y utilizar los aseos.

—Les aconsejo degustar los Miguelitos de la Roda, unos pastelitos deliciosos con variedad de cremas y chocolate, típicos de la zona. Pararemos una hora, a las doce en punto partimos de nuevo —les informó el conductor—. No se retrasen, por favor, y coman con moderación, pues sobre las dos paramos a comer en Quintanar de la Orden. Yo les aconsejaría un cafetito con leche y unos Miguelitos, pues en Quintanar la comida es copiosa, les aconsejo llegar con buen apetito.

Tras bajar del autobús, los cuatro buscaron los aseos. Los dos hombres, por cortesía, dejaron pasar primero a los mayores y tuvieron que guardar turno en la cola. Cuando regresaron a la barra, ellas dos ya habían pedido. Luis se fue junto a Inés, preguntándole qué se había pedido para pedir lo mismo y Óliver cogió sitio junto a Anaïs, que le miró de reojo

pensando: «Vaya, justo lo que me temía. El cabronazo no habrá tenido otro sitio donde colocarse, ha tenido que ponerse a mi lado. Los Miguelitos me van a saber a "Diablitos"». Al bajar del autobús, ellos lo habían hecho primero y caminaban unos metros delante de ellas. Inés examinaba a Óliver detalladamente y le dijo a Anaïs:

—Chica, la verdad es que el tío está de puta madre.

—Golfa —le contestó Anaïs—, a ver si has venido para conocer mejor a Luis y ya estás pensando en ponerle los cuernos. No me fío de ti ni un pelo.

—Imbécil, si yo estaba pensando en ti.

—Ah, pues no pienses tanto, listilla, que yo a ese tío no lo quiero ni en pintura.

—Bueno, bueno, no te enfades, mujer, era solo un decir. —Ya en la barra, Óliver le pidió al camarero un café con leche y, dirigiéndole la mirada a ella, le preguntó:

—¿Has pedido ya?

—Sí —le contestó seca, dejándole claro que no le agradaba conversar con él y se volvió hacia Inés con el fin de hablar algo con ella, a ver si él no volvía a dirigirle la palabra, pero se equivocó.

—Tú debes ser Anaïs, ¿verdad? Yo soy Óliver.

—Sé quién eres. Y si tú sabes también quién soy yo ¿para qué me lo preguntas?

—Tranquila, chica, sólo quería asegurarme de que no me equivocaba. Si te he ofendido, te pido disculpas. —Cogió su café con leche y se fue a otro lugar de la barra, pensando:

«Joder, empezamos bien, ¡qué mala leche tiene la guapa!».

Durante el trayecto hasta Quintanar de la Orden, Luis le preguntó si no le caía bien Anaïs, ya que se había percatado del detalle en la barra.

—No, no es eso —le contestó Óliver—, es que nos conocemos de cuando ella era todavía una niña y parece ser que no le hace ninguna gracia volverme a ver después de treinta años.

—Pues haz algo para que cambie de opinión. Yo pierdo el norte por Inés y como vamos los tres juntos me gustaría que formaras un cuarteto con nosotros. Así Inés tendría más tiempo para dedicármelo a mí sin tener que hablar de todo compartiendo diálogo con Anaïs.

—Ah, que buscas un «celestino», ¿o qué?

—Que no, hombre, sólo que me alejes a Anaïs un poco de Inés. Solo eso.

—Pues chico, siento decirte que lo tienes crudo. A ella no le gusta mi compañía.

—Pero a ti si te gusta la de ella, ¿verdad? Anaïs es muy guapa y le gusta a cualquiera.

—Eso es cierto, pero si yo no le gusto a ella... tu gozo en un pozo.

—A ver, Óliver, no es que yo quiera que ligues con ella. Su marido, Alberto, es... bueno, iba a decir que es amigo mío, pero lo dejaré en conocido mío. Creo que es un buen tío, solo pretendía... eso, lo que te he dicho antes, que me eches una mano entreteniéndola.

—Vale, veré qué puedo hacer.

En Quintanar de la Orden pararon a comer según lo previsto. Óliver esperó a que los tres hubieron cogido mesa para buscar hueco en otra algo alejada de ellos. Luis levantó la cabeza buscándolo y cuando lo vio hizo amago de ir hacia él para decirle que se sentara con ellos,

pero Anaïs lo intuyó y le cogió del brazo, deteniéndolo al tiempo que le decía:

—Deja a ese tío donde está. Y no hagas más intentonas de acercarlo a nosotras. No me siento a gusto cuando está cerca, ¿vale?

—Vale, Anaïs, yo pensaba que nos caía bien a todos. Si es la mar de agradable, el hombre.

—Si ella no se siente a gusto cerca de él, déjalo, Luis. No hagas más payasadas. Parece como si fuera a ti a quien le gusta tenerlo a tu lado —le espetó Inés, algo molesta por el interés que él mostraba.

—Vaya, Inés, ¿cómo puedes pensar eso? Es solo que a mí me cae bien y creía que a vosotras también, pero de ahí a que yo tenga algún interés en que nos acompañe, hay un trecho. Yo solo tengo interés en ti, cariño. A ver si te das cuenta ya y dejas de ponerme barreras, que hemos venido a conocernos mejor y no a discutir por un tío que hemos conocido hace solo unas cuantas horas.

—Vale, pero es que veo que solo estás contento cuando estás hablando con él. Además, creo que lo aburres, pues no cierras la boca ni un solo segundo. Cuando estáis juntos solo hablas tú. Al pobre no le das opción a que diga una palabra. —Anaïs soltó una carcajada escuchándoles y después dijo:

—Déjalo que hable lo que quiera. A ver si lo aburre de verdad y desaparece. —Inés, saltó de inmediato:

—Nooo, que está bien bueno. Es de lo mejorcito que hay en el grupo. ¡Que no desaparezca, por Dios! —Luis la miró bastante serio, mostrándole que no le había hecho ninguna gracia el comentario.

—Joder, Inés, ahora resulta que a ti sí que te gusta. Anaïs —se dirigió a esta—, después de lo que acaba de decir la chica da por hecho que haré lo imposible por mantenerlo apartado, quédate tranquila, que de ahora en adelante no le digo ni «hola». —Las dos mujeres se mondaban de risa de ver la cara que había puesto Luis. Él las miraba con cara de pocos amigos, sin encontrarle ninguna gracia a lo que hablaban. Y pensó:

«Joder, yo intentando encasquetárselo a Anaïs y ahora resulta que a quien le gusta es al putón de la otra».

Capítulo II

Por la tarde llegaban a Toledo. Todo el grupo accedió a sus habitaciones para darse una ducha, descansar un poco y bajar a cenar. Óliver había pagado un sobreprecio para que le adjudicasen una *single* durante todo el viaje. Luis, en cambio, compartía habitación con otro señor que también iba solo. Anaïs e Inés, ocupaban la misma habitación. A la hora de la cena repitieron el mismo orden de acomodarse que en el almuerzo. Luis, esta vez no hizo nada por intentar que Óliver se sentase con ellos. Tras la cena, un conjunto musical compuesto por tres chicos empezó a tocar canciones de la época enfocadas a gente mayor, aunque de vez en cuando intercalaban algunas de ritmo rápido, con las que los mayores también hacían sus pinitos. Óliver se salió a la calle a fumar un cigarrillo. Estaba algo extrañado de que Luis no le hubiese invitado a sentarse con ellos e intuyó que era cosa de Anaïs. Cuando volvió al salón se fue directo a la barra y se pidió un *gin-tonic* de pie, observando a los que bailaban. Vio al trío de Luis, Inés y Anaïs, que bailaban suelto, los tres en grupo. Un par de veces la mirada de Anaïs se cruzó con la suya y pensó que había odio en sus ojos, lo cual no entendía del todo. Sabía perfectamente que el rechazo que le mostraba se debía a lo ocurrido entre él y su hermana, pero no se explicaba que después de tanto tiempo ella mostrara aquel resentimiento, cuando solo era una niña de nueve años en aquel tiempo. La recordaba sentada en sus rodillas haciendo el caballito trotador. Ahora, ya próxima a los cuarenta, era toda una mujer. Una mujer preciosa, con un cuerpo de modelo y unos ojos claros cuya mirada encandilaba a quienes la recibían. Una de las veces que se miraron, él levantó el vaso en forma de saludo y le sonrió. Ella apartó de inmediato los ojos y continuó bailando, ignorándolo por completo. A Óliver también le resultó extraña la actitud de Luis: Ni un «hola», ni una palabra. Incluso en el autobús, tras el almuerzo, casi no había abierto la boca.

La mañana siguiente, tras el desayuno, en el que tampoco compartieron mesa, el grupo realizó una excursión al Alcázar. Una vez en el interior, empezó a dividirse en grupitos pequeños, que a la vez se subdividían entre sí. Muchos hacían el recorrido en solitario, buscando aquello que más les interesaba ver. Óliver deambulaba por uno de los pasillos de la primera planta, abiertos por un lateral con vistas al patio interior. Anaïs, también extrañamente en solitario, observaba con detenimiento una de las figuras que colgaban del muro. Óliver se detuvo junto a ella, que quedó sorprendida al verlo parado a su lado. El desayuno había transcurrido como la cena de la noche anterior, en mesas separadas. Ni siquiera se habían dicho buenos días. Ella había desayunado con Inés y Luis y él con un grupo

de matrimonios mayores que lo habían acogido con gran empatía.

—Buenos días, señora —la saludó sonriente, con cierto sarcasmo—. La veo a usted muy interesada en detalles de la guerra civil... Y muy solita. —Ella le lanzó una mirada de las que Óliver ya se había acostumbrado a recibir.

—Mejor sola que mal acompañada, ¿no se dice eso? —le contestó de la forma seca que utilizaba con él.

—¡Vaya! Yo pensaba que ibas en buena compañía.

—Lo estoy. No vayas a estar preocupado por eso. Y ahora, si no te importa, déjame que siga viendo lo que quiero ver. —Él casi no la dejó terminar la frase. Sin perder su sonrisa sarcástica, le contestó:

—Bueno..., si te refieres a mí..., intento entender que no te guste mi compañía, pero yo me refería a Inés y Luis.

—No, con ellos sí que me siento a gusto. Es contigo con quien no tengo ese placer.

—De eso ya me he dado cuenta. Y lo siento, pues yo sí que me he alegrado mucho de volverte a ver después de tanto tiempo.

—Pues cambia de gustos. Me estás amargando la mañana.

—Anaïs..., ¿me permites una pregunta? —No esperó respuesta, pues continuó con lo que le quería preguntar. —Me gustaría saber qué te he hecho yo para que te muestres tan desagradable conmigo.

—Yo he venido a ver el Alcázar y no a contestar tus preguntas, así que, si no te importa, deja que siga con lo mío. —Él la miraba con una sonrisa de incomprensión en el semblante.

—Sí que me importa. Cuando alguien está enfadado conmigo me gusta saber por qué.

—Tú sabes muy bien por qué. ¿O es que con el paso de los años te has vuelto tonto? —Tras ellos, apoyadas en la barandilla, había dos chicas jóvenes observándoles. Una de ellas se acercó a Óliver y le pidió fuego para encender un pitillo que llevaba entre los dedos.

—Chica, ¿es que está permitido fumar aquí? —le preguntó mientras sacaba el mechero del bolsillo.

—No lo sé —respondió la muchacha. —Yo, mientras nadie me diga lo contrario, voy a fumar. ¿Quieres uno?

—No, gracias, no me gustaría que me llamasen la atención.

—Tú y tu mujer tenéis los gustos cambiados. Ella se interesa por la historia y tú solo la observas —le dijo la joven riéndose.

—Es que estoy perdidamente enamorado de ella y solo tengo ojos para mirarla. —Anaïs le lanzó una mirada asesina mientras exclamaba medio gritando:

—No es mi marido, ¡es mi padre!

—Ay, perdonad —se disculpó la chica. —Es que parecéis más pareja que padre e hija.

—No te enfades, cariño —le dijo él sin perder la sonrisa burlona que afloraba en su rostro durante todo el tiempo. Después, dirigiéndose de nuevo a la chica, le dijo:

—Os está mintiendo. Es mi mujer, lo que pasa es que no soporta haberse casado con un

hombre de mi edad. Vosotras, tomad ejemplo: nunca os caséis con hombres que os lleven diecisiete años, como yo a ella.

—¡Wow! —soltó la chica extrañada. —No se os nota tanto la diferencia. Mi amiga y yo hemos comentado antes que hacéis una pareja superguay.

—¿Ves, corazón? —se guaseó él, sonriente. —No te sientas tan desafortunada por ser mi mujer, a las chicas les parezco un tío cojonudo.

Anaïs se las quedó mirando con algo de sarcasmo reflejado en el rostro, para decirles enseguida:

—Si tan interesante lo encontráis, lleváoslo con vosotras. Cuanto más lejos, mejor.

—¡Uy, uy, uy! —exclamó la del cigarrillo, cogiendo a su amiga de la mano y medio corriendo, se fueron alejando, mirando hacia atrás muertas de risa. —Vámonos rápido de aquí, que esa se lía a hostias con nosotras. ¡Joder, de qué mala leche está! —Óliver, sin perder la sonrisa, las siguió con la vista, guiñándoles un ojo en señal de complicidad. Después, se volvió hacia ella y sin disimular que se estaba divirtiendo, le preguntó:

—Pero chica, ¿se puede saber qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Aprovechas cualquier oportunidad para reírte de mí en mi misma cara.

—Princesa, yo nunca me reiría de ti. Métete eso en la cabeza..., entre esos ojos preciosos que tienes.

—Ah, como se te han escapado las dos niñatas, ahora resulta que encuentras mis ojos preciosos. —Se lo decía mirándolo de frente, con cara seria.

—No estoy descubriendo nada nuevo. ¿O es que no te miras al espejo? —le contestó él sin desprenderse de la medio sonrisa que había mantenido durante todo el tiempo.

En ese momento, subían desde el patio por las escaleras que daban acceso a la primera planta Inés y Luis y al verlos hablando no pudieron evitar la alegría que les produjo verlos juntos. Acelerando el paso, con la boca medio abierta de asombro y una sonrisa invadiéndoles el rostro, corrieron hacia ellos. Inés abrazó a Anaïs y Luis se cogió al brazo de Óliver, diciéndole:

—¡Tío, qué alegría! Por fin estáis haciendo las paces. Inés y yo estábamos preocupados con vuestra actitud.

—Pero ¿de qué paces hablas? Si no me ha empujado para tirarme al patio de puto milagro.

—¡Venga ya! No me mientas, que os hemos visto hablando muy entretenidos cuando subíamos las escaleras. —Por su parte, Inés le decía a Anaïs bajito, casi al oído:

—¡Cuánto me alegro, tía! Al fin te has dado cuenta de que no es ningún monstruo. —Anaïs le sonrió sin decir nada. No quería estropearles el momento a sus amigos, a los que veía encantados pensando que Óliver y ella empezaban a caerse bien. Después, los cuatro juntos, aunque Luis y Óliver charlaban entre ellos mientras que ellas hacían lo mismo entre sí, fueron recorriendo todas las estancias del Alcázar.

Sobre la una, todo el grupo regresó al hotel para almorzar. Luis insistió en que Óliver les

acompañara en la mesa. Esta vez Anaïs no se opuso, pues en su interior estaba pensando en cambiar la estrategia que había ideado. Entendió que para joderlo vivo lo mejor que podía hacer era dejar que se le aproximara. Inés y Luis no podían ocultar que lo encontraban encantador y no se encontraban a gusto cuando él no estaba con ellos, así que cedió un poco en su forma de comportarse y se dijo a sí misma: «Cuando consiga metérmelo en el bolsillo le voy a pegar un patadón en los huevos que le va a estar doliendo toda su puta vida».

La comida transcurrió en ambiente pacífico. Tras tomar el postre, las chicas se retiraron a su habitación. Querían descansar un poco para salir más tarde a dar una vuelta por la ciudad.

Óliver les dijo que él iba a pasear un poco por los alrededores y a tomarse un café en alguna terraza que le resultase agradable. Luis enseguida se apuntó a acompañarle y tras haber caminado durante media hora, se sentaron en un bar a tomarse el café. Luis enseguida sacó el tema de las dos mujeres a la palestra:

—Mira, Óliver, a mí Inés me ha calado hondo y creo que es la persona que he estado esperando encontrar desde que me separé de mi mujer, pero tengo la mala suerte de que, si la convenzo para que intime conmigo, tampoco lo tengo tan fácil. Tú sí que lo tienes de puta madre, ya que estás solo en la habitación, pero yo... Joder, tío, me han metido con un separado que se pasa las horas contándome cómo su mujer lo engañaba. Lo escucho y pienso que la mujer hizo lo que yo habría hecho de ser ella. ¿Quién aguanta a un tío así un día tras otro?

—No, si tú eres muy generoso con el tema de los cuernos. Ahora estás loco porque me ligue a la mujer de tu amigo.

—Nooo, eso no es lo que quiero. Hay varias en el grupo que seguro que no te hacen ascos.

—Joder, macho, eres un poco egoísta, ¿no crees? Quieres que haga de mamporrero, que me ligue a Anaïs para tener a Inés a tu disposición sin ella siempre de paquete y al mismo tiempo que me tire a alguna de las otras. ¿Me puedes explicar cómo se hace eso?

—Bueno..., Inés dice que ese par de separadas que hay en el grupo no te quitan la vista de encima.

—Eso debe ser que no ven demasiado bien. Igual necesitan visitar a un oculista. ¡Jajajá!

—Bueno, olvídate de las separadas. Ahora que parece que Anaïs empieza a tragarte un poco, sigue en esa línea. Ya veré yo cómo me las arreglo con Inés en el caso de que ella acceda a mis pretensiones.

—Muy bien. Y no le des tantas vueltas al asunto. Si ella accede, alquilas una habitación extra y te la llevas a dormir contigo.

—Sí, eso sería una solución, pero ¿cómo le explica ella a Anaïs que no duerme con ella?

—Joder, tío, ¿Acaso crees que Anaïs no sabe lo que tú buscas? ¿Y que si Inés quiere acostarse contigo ella se va a oponer? A ver si te vas enterando, ella no es su madre, es su amiga, y sabe muy bien por qué estáis haciendo este viaje. Yo te prestaría mi habitación, pero solo si a cambio me puedo ir a dormir con Anaïs para que no pase miedo la pobre, solica en su cuarto. —Los dos rieron la ocurrencia. Luis le guiñó un ojo, diciéndole:

—Anda que te lo ibas a pasar mal, colega. Está buenorra, la jodida. ¡Inténtalo, joder!

—A mí no me importaría, yo no conozco a su marido, pero me da en la nariz que ella no va a querer. —Óliver hacía los comentarios bromeando, pues era consciente de que él era la última persona con la que Anaïs querría intimar.

Tras tomarse el café regresaron al hotel y subieron a sus habitaciones. Óliver acababa de salir de la ducha cuando Luis lo llamó al teléfono. Las chicas querían salir a dar una vuelta e Inés le había preguntado si no las quería acompañar, a lo que Óliver accedió. Poco después, los cuatro se daban una vuelta por la ciudad, se sentaron en una heladería y tomaron unos helados a los que Óliver invitó. Anaïs quería pagarse el suyo y depositó el dinero junto a la copa de Óliver, que le cogió la mano y se lo puso en ella, no aceptándoselo. Ella insistió y finalmente, él, cuando se levantaron para irse, la cogió del brazo y le metió el dinero en un bolsillo de su vestido, retirándose apresuradamente de su lado para evitar que intentara devolvérselo de nuevo. Regresaron para la hora de la cena, que transcurrió en un ambiente afable.

Anaïs hablaba todo el tiempo con Inés, no dándole opción a Óliver a que entablara conversación con ella. Cuando todo el grupo hubo terminado de cenar, el mismo conjunto musical de la noche anterior amenizó la velada. La mayoría de los componentes del grupo se lanzaron a mover el esqueleto bailando. Algunos lo hacían bastante bien, otros..., bueno, no era lo que mejor sabían hacer, aunque eso sí, lo intentaban. Los que se quedaban sentados se divertían viendo cómo algunos se esforzaban en aparentar que bailaban bien. Cuando el conjunto tocó algo de ritmo rápido para bailar suelto, Inés se levantó e instó a Anaïs y a Óliver a acompañarles a ella y a Luis. Tras tres canciones rápidas, los músicos empezaron con música lenta, animando a las parejas a que dedicasen unos minutos a enamorarse. Quizá los chicos, con la mejor intención, quisieron evitar algún asomo de infarto entre los mayores. Inés y Luis, obedientes a la sugerencia de los músicos, se dejaron llevar por aquel bolero de Jorge Sepúlveda que a algunas de las parejas, por su edad, les traía gratos recuerdos: «Mirando al mar, soñé... que estabas junto a mí...». Estrechamente abrazados, bailaban ajenos al mundo. Anaïs, sin decir ni media palabra, regresó a la mesa, dejando a Óliver plantado, mirándola marchar. Despacio, volvió él también a la mesa y se sentó en la silla de Inés, junto a ella. Se quedó mirándola a los ojos para decirle con semblante serio:

—Guapita, lo que acabas de hacer no está bien. No se deja a alguien plantado sin más, como tú acabas de hacer. ¿Por qué te comportas así conmigo?

—No, no es que tenga nada contra ti, es que no me apetecía seguir bailando. Y, además, tú no me has sacado. Ha sido Inés quien nos ha llamado a todos.

—Mira, Anaïs, a mí no me cuentes historias. Te has venido a la mesa porque no querías bailar conmigo, sé sincera, no pasa nada.

—Óliver, ¿quieres que sea sincera? Pues vale, mira, yo soy una mujer felizmente casada y no estoy haciendo este viaje para ligar con nadie. Si tú buscas ligue con alguien, por ahí hay otras mujeres que creo que no te van a poner pegas. Saca a alguna de ellas a bailar y

posiblemente te salga la cosa bien. —Él la miró meditativo, luego le dijo:

—Es que soy pobrecito, pero de morro fino.

—¿Eso qué quiere decir? —le preguntó ella con un asomo de sonrisa curiosa.

—Eso quiere decir que ninguna de las que me estás proponiendo me gusta.

—¿Es porque algunas son mayores que tú? Es eso, ¿verdad?

—Nooo, no creo que sea por eso. Es porque quien me gusta... eres tú. —Ella dio un pequeño respingo. No esperaba aquella respuesta.

—Creo haberte dejado claro que conmigo no puedes esperar nada.

—Yo soy muy paciente, princesa, seguiré junto a vosotros tres por si cambiases de opinión.

—¡Vaya! Un señor muy modesto. Le están diciendo que no quieren saber nada de él, pero le da igual.

—No, no me da igual para nada. Me encanta vuestra compañía, pero tampoco quiero amargarte la excursión. Si quieres que me vaya solo tienes que decirme «¡vete!» y no volveré a molestarte.

—No soy yo quién para echarte de la mesa. Quienes te han invitado a sentarte con nosotros también tienen algo que decir y creo que no me lo perdonarían. A los dos les gusta tu compañía, así que por mí puedes quedarte. —En realidad, Anaïs, que pretendía mostrarse moderada en su contestación, no estaba segura de querer que se fuera. Por un lado, intentaba autoconvencerse de que no deseaba tenerlo cerca, pero en su subconsciente no deseaba para nada que se alejara de ellos.

Óliver, con el codo sobre la mesa y la barbilla apoyada sobre la palma de la mano, mirándola a los ojos, le dijo con voz pausada:

—Bien, ya somos dos haciendo favores a los compañeros.

—¿Quéee? —Preguntó ella sin entender muy bien lo que había querido insinuar.

—Nada, olvídalo.

—No, dime, por favor, lo que has querido decir.

—He querido decir... No sé qué he querido decir. Quizá estaba pensando en algo y me ha salido otra cosa. —Ella insistió en saber qué era ese algo que no le había dicho y que suponía de poco recibo, pues entendía que había cambiado de parámetros tras pronunciar la frase, arrepentido de haberse insinuado sobre algo de lo que no quería hablar.

—Pues no te quedes a medias, dime lo que realmente pensabas.

—Pensaba..., en fin, pensaba que tienes unos ojos muy bonitos y habría sido una pena que me echaras como a un perro sarnoso.

—¡Ya! Eso no es lo que insinuabas. Los tiros han sonado por otros lares.

Él, viéndose cazado, intentó desviar el tema por otros derroteros. Pensó que había metido la pata con su insinuación poco acertada y nada reflexionada.

—Bueno, entonces te lo diré de otra forma: que me gusta estar contigo, aunque me estés despreciando continuamente. Antes me has preguntado si no me interesaba intentar ligar con

mujeres mayores que yo. ¿Se debe tu constante rechazo a que soy 17 años mayor que tú?

—No, no es ese el motivo. Y no te estoy despreciando, simplemente te estoy diciendo que no he hecho este viaje para ligar con nadie y no creo equivocarme si pienso que tú lo que buscas es ligue. Ah, pero que conste que eso de que los dos estamos haciéndole favores a otros... Como que no tiene nada que ver con el rollito que te has inventado después y que yo no me he tragado. —En ese momento volvían a la mesa Inés y Luis.

—Se os ve muy entretenidos —dijo Inés riéndose—, aunque me ha extrañado que dejarais de bailar cuando ha empezado lo mejor.

—Es que soy un mal bailarín, Inés. No quería hacerle daño con algún pisotón desafortunado a Anaïs.

—¡Ya! —exclamó Inés—. Suelto bailabas bien, no me puedo creer que agarrado lo hagas tan mal.

—Ha sido cosa mía —se autoinculpó Anaïs—. No me apetecía seguir bailando. —Después pidieron unas copas y cuando los músicos reiniciaron con canciones rápidas de nuevo, Inés se levantó e instó a todos a que la siguieran. Luis salió tras ella, cogiéndola de la mano, y Anaïs les siguió, sin embargo, Óliver permaneció sentado. Cuando se dieron cuenta de que él no les acompañaba, Inés le hizo señas con la mano para que se les uniera, pero él, riéndose y respondiendo con un movimiento de ambas manos, le indicó que tranquila. Poco después se levantó y salió a la calle a fumar un cigarrillo. Cuando volvió a entrar se fue directo a la barra y se pidió allí una copa. Anaïs no le quitaba los ojos de encima. Sabía que se había ido por su culpa. Luis se fue junto a él preguntándole algo, sorprendido porque se había ido de la mesa.

—¿Es que te aburres con nosotros?

—¡No, qué va! Para nada. Es que me apetecía tomar algo aquí y al mismo tiempo observar cómo baila la gente.

—No te habrás fijado en alguna de esas separadas que andan por ahí sueltas, ¿verdad?

—Que no hombre, tranquilo. Anda, vete con las chicas, que encima que les caigo gordo también van a pensar que te estoy separando de ellas.

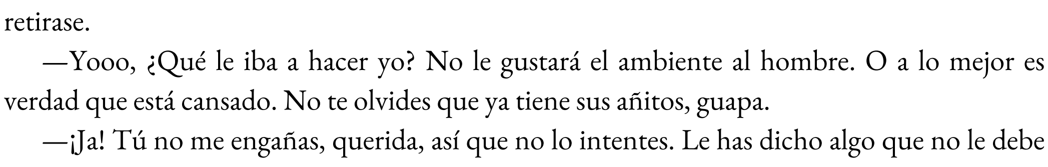
—No te engañes a ti mismo, amigo. No les caes gordo para nada. Anaïs lo intenta disimular, pero no te quita los ojos de encima.

—¡Vaya por Dios, Luis, eres un lince! Si no me soporta, ¿es que no te das cuenta?

—¡Jajajá! —rio Luis—, Inés piensa otra cosa, cree que sí le caes bien, aunque ella crea que te odia.

—Pues, chico, entre caer bien y odiar hay cierta diferencia. Pero bueno..., anda, ve con ellas. Yo estoy algo cansado y me voy a retirar a dormir, que mañana tenemos un día ajetreado. Dales las buenas noches de mi parte y hasta mañana. —Cuando Luis volvió a la mesa y les contó que Óliver se iba a dormir, Inés se puso en pie.

—Eso no es posible. No me creo para nada que esté cansado, eso es otra cosa. ¿Qué le habrás hecho, mal bicho? —soltó mirando a Anaïs como haciéndola responsable de que él se



retirase.

—Yooo, ¿Qué le iba a hacer yo? No le gustará el ambiente al hombre. O a lo mejor es verdad que está cansado. No te olvides que ya tiene sus añitos, guapa.

—¡Ja! Tú no me engañas, querida, así que no lo intentes. Le has dicho algo que no le debe haber gustado y ¿sabes qué? Eres una imbécil. Están las tres separadas, e incluso algunas de las casadas, pendientes de él toda la noche y tú haciéndole ascos.

—Venga, a ver si ahora va a resultar que discutís por él —intervino Luis—. ¡Me estás poniendo celoso, Inesita!

Capítulo III

A la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar para salir después hacia Plasencia, en el bufé libre, coincidieron Óliver y Anaïs. Ella le miró sonriente, con algo de sarcasmo en la sonrisa mientras le preguntaba:

—¿Ha descansado bien el señor esta noche?

—Bueno..., he tenido una noche muy ajetreada —le contestó devolviéndole la sonrisa calcada que ella le había dirigido a él y girando un poco la cabeza para mirarla a los ojos, que ante su respuesta mostraban cierta sorpresa.

—¿Ajetreada? Luis nos contó que estabas cansado y te retirabas a dormir.

—Y es lo que hice. Lo que pasó es que estuve soñando toda la noche con que estabas conmigo en la cama. Y la verdad, en una situación así... ¡quién se va a quedar dormido! Así que dormir, dormir, como que no.

—Ah, que fue eso. Pues yo te veo muy fresco esta mañana, incluso pareces más joven —le siguió ella la broma.

—Bueno..., cuando un abuelete como yo pasa la noche con una chica tan guapa como tú... suele rejuvenecerse. —Ella le dio un pequeño empujoncito en la espalda, riéndose de la farsa que él le estaba contando.

—Venga, hombre, sírvete algo fuerte, que repongas fuerzas para el viaje a Plasencia. Si no, te vas a quedar dormido en el autobús y le vas a fastidiar la mañana a tu inseparable Luis. El pobre, sin poder hablar con su amigo del alma durante todo el camino.

—¡Chica mala! Pero pensándolo bien... Te hago una proposición: yo cambio el asiento con Inés, ella coge el mío junto a Luis, que así tendrá en qué entretenerse, y yo me siento a tu lado para dormir un ratito con la cabeza echada sobre tu regazo. ¿Te parece bien la idea?

—¡Venga, tira para la mesa, caradura! —le contestó ella, bromista y sonriente.

— Chica, no me llames caradura. ¿Después de haber pasado la noche conmigo me tratas así? ¡No es justo, corazón! —Sin dejar de reírse ambos, se reunieron en la mesa con Inés y Luis, que ya los estaban esperando. Inés saludó a Óliver con dos besos en las mejillas, contenta de tenerlo de nuevo con ellos y, sobre todo, de haberse percatado que al menos de momento parecía haber buena armonía entre Anaïs y él. A Luis también se le vio aliviado al verlos aparecer juntos.

—Hacéis una pareja de dulce —les dijo Inés—. Anoche me preocupasteis, pero por lo que veo habéis hecho las paces. Se os ve contentos.

—Sí, —le respondió Óliver—, hemos tenido una noche muy alborotada. Yo estoy hecho polvo..., sin embargo, ella... mira qué resplandeciente está.

—¿Hablas en serio? —preguntó Luis, poniendo cara de bobo, como si se lo estuviese creyendo.

—Que no, tonto —le aclaró Inés, muerta de risa—. Eso habrían querido ellos, pero la pava esta se ha tenido que conformar con dormir a mi lado toda la noche.

—Oye, listilla, —Anaïs se dirigió a Inés mirándola con cara de pocos amigos—, ¿de dónde te has sacado tú que a mí me habría gustado dormir con él?

—No me lo he sacado de ninguna parte, pero lo he intuido, has estado muy inquieta toda la noche, dando vueltas en la cama y con unos sonidos raros, como si hubieses estado con la mente... en otra cama.

—Eres demasiado imaginativa, guapa. A ver si quien no conciliaba el sueño eras tú, echando de menos a tu querido Luisito.

—Joder, eso habría sido una pasada —saltó Luis.

—Bueno, ¿hemos bajado a desayunar o a contar chismes? Para eso tenéis todo el día por delante. Yo, si no os importa, empiezo con el desayuno. —Intentó Óliver que cambiaran de tema, pero Inés quería saber más cosas y siguió chinchando.

—Una cosa más, me gustaría que me explicaseis qué os pasó anoche para que aquí, el guaperas, se retirara a dormir. Porque lo del cansancio... no nos lo creímos nadie. Venga, soltad prenda.

—Yo te lo cuento, salserilla. —Se ofreció Anaïs—. Le di un plantón bailando y no lo pudo soportar. El muchacho es muy orgulloso y no tolera que ninguna mujer le haga una cosa así.

—Es que eres borde, tía —le contestó Inés—. ¿Cómo se puede dejar plantado a un tío tan guapo?

—¡Ja! Tú no sabes de la misa la mitad. Fue la revancha por reírse de mí con aquellas dos niñatas en el Alcázar.

—¿Qué? Cuenta, cuenta, ¿qué pasó en el Alcázar? —Quiso saber Inés, cuyo rostro reflejaba la curiosidad que sentía.

—El chico se hizo amigo de dos jovencitas que le pidieron fuego y les contó que éramos marido y mujer. Así, con toda la cara.

—Y ella se apresuró a decirles que éramos padre e hija —intervino Óliver.

—Joder, Inés, nos perdemos las mejores —apuntó Luis, instándoles al mismo tiempo a que continuaran contando.

—No, si no hay mucho más que contar —se apresuró Anaïs a contestarle—. Los tres parecía como si se conociesen de toda la vida. Yo les dije a las chicas que, si tan simpático lo encontraban, que se lo llevaran con ellas y él siguió con su risita sarcástica, pasándoselo pipa a mi costa.

¡Ah, que el plantón de anoche fue por eso! Arriericos somos y en el camino nos veremos! —exclamó Óliver con la barbilla apoyada en el revés de la mano y mirándola de reojo con

signos de decepción en los ojos.

—¡Uy, uy, uy! Te pusiste celosa, eso es lo que te pasó, ¿no es cierto? —concluyó Inés.

—¿Celosa yo?, ¿de este? —Lo miró como si sintiese desprecio para continuar después—: Inés, te pasa cada cosa por la cabeza que no hay quien las entienda, hija.

—¿Cómo eran las chicas, guapas, feas, mayores o niñas? —continuó Inés, queriendo indagar más en el tema.

—No, no eran niñas, eran ya creciditas y además bastante guapas —le informó Anaïs—. A lo que Inés se reafirmó en lo que le acababa de decir:

—Lo que te decía yo: ¡celos!

—Venga, dejad ya el tema, por Dios —las interrumpió Óliver—. Estás haciendo de mosquitos elefantes, Anaïs.

—No, no estoy exagerando. Probablemente esa noche tan ajetreada que has tenido ha sido soñando que las tenías a las dos contigo en la cama. —Luis soltó una carcajada al escucharla y, cogiendo a Óliver de un brazo, le dijo:

—Tío, menos mal que te acostaste temprano, si no hoy estarías hecho polvo.

—Ya le he dicho yo que si se encuentra cansado en el autobús puede echarse una siestecita —comentó Anaïs con una sonrisa pícara en el semblante.

—Sólo lo haré si cambiamos los asientos como te he propuesto antes. Luis con Inés y tú conmigo. —Ella lo miró con cara de mala leche y seria le contestó:

—Eres un caradura. Como sigas en esa línea alguna vez te vas a encontrar con un par de bofetones.

—Tranquilízate, mujer, no estoy cansado, así que no tienes nada que temer. Haré el viaje sentado junto a Luis. Ah, y si alguna vez te sientes tan agresiva, no me abofetees delante de todo el mundo, solo te permito que lo hagas si estamos solos. Yo, con tal de que disfrutes, te lo permito todo. —Excepto Anaïs, que se mantuvo seria, todos rieron las bromas.

—Tú lo que pretendes es que, dado el caso, los compañeros de viaje no te critiquen si me los devuelves —continuó Anaïs con el tema.

—Que no, guapa, yo no acostumbro a darle hostias a las mujeres. Cuando a alguna se le ocurre hacerme lo que tú tienes pensado, yo les correspondo con un beso. A las mujeres no se les pega, se les mima. ¿Verdad, Luis?

—Sí, —asintió Luis—. Hay que mimarlas mucho. —El desayuno transcurrió entre bromas. Anaïs fue la primera en levantarse de la mesa. El tema de conversación que mantenían no parecía ser del todo de su agrado.

—Me voy arriba. Tengo que preparar mis cosas, dentro de una hora salimos y todavía lo tengo todo patas arriba. —Óliver se levantó también y, aunque a ella no pareció gustarle demasiado el detalle, la acompañó hasta el pasillo que daba acceso a las habitaciones. Inés y Luis subieron unos minutos después. Óliver aprovechó mientras estaban solos para preguntarle:

—¿Por qué me odias de esa manera, Anaïs? En el bufé libre estabas sonriente y agradable,

pero eso ha durado poco. Tu empatía hacia mí se parece a los ojos del Guadiana. Aparece y desaparece. Que no te caigo bien lo sé, pero de ahí a que te enfades en cuanto abro la boca no termino de entenderlo. ¿Hay alguna cosa que yo pueda hacer para no caerte tan gordo? ¿Sabes...?, cuando veo que no te encuentras a gusto en mi presencia..., pienso que debería apartarme de vosotros y buscarme otras amistades entre los demás, pero por otra parte me sabe mal por Inés y Luis, a quienes creo que sí les gusta que esté yo, pero si con mi presencia te voy a amargar las vacaciones, me alejaré de vosotros.

—Por mí no lo hagas. Ellos sí es verdad que se sienten bien en tu compañía. Y yo..., bueno, tampoco es que me moleste que estés. Puedes hacer lo que quieras. Venga, tira y prepara tus cosas. —Él se quedó inmóvil mirándola alejarse hasta la puerta de su habitación, desde la cual, ella, antes de entrar, le dirigió una rápida mirada de reojo, percatándose de que estaba allí quieto, observándola. Después, con paso lento, él se retiró también a la suya. No lograba entenderla, unas veces parecía de miel, dulce, agradable, simpática, pero en cuestión de minutos era capaz de transformarse en todo lo contrario. «Me las estoy viendo con el doctor Jekyll y míster Hyde», pensó.

—Inés llegó unos minutos más tarde a la habitación que ambas compartían. Anaïs estaba sentada en su cama, cabizbaja y pensativa, y ella, que sabía que lo de retirarse de la mesa había sido una excusa, ya que las dos lo habían dejado todo listo antes de bajar, se sentó a su lado y pasándole el brazo por los hombros, intentó ayudarla a sincerarse sobre los posibles problemas que parecían agobiarla.

—Anaïs, ¿qué te pasa con Óliver? ¿Te ha hecho algo que yo no sepa? Eres mi mejor amiga y me lo puedes contar todo. A mí me cae bien y lo aprecio, pero si se está portando mal contigo no dudaré ni un solo segundo en decirle que no lo queremos con nosotros. Sé que a Luis no le va a gustar, pero me da igual. No puedes pasarte todo el viaje a disgusto porque nos sintamos nosotros contentos de tenerlo en nuestra compañía.

—No, Inés, no te preocupes por mí. Te voy a ser sincera, pero no quiero que le cuentes nada a Luis de lo que te voy a decir. Mi comportamiento es una pura farsa. Desde que subimos al autobús en Águilas y vi que hacía el viaje con nosotros empecé a preparar una estrategia para hacerle daño. Cuando veo que algo no funciona como yo quiero, cambio los parámetros, pero el cabrón es listo y a su manera le da la vuelta a la tortilla, aunque no sabe por dónde van los tiros. Antes me ha dicho que mi comportamiento se parece a los Ojos del Guadiana. Al final de cada intento por mi parte, consigue ridiculizarme. Sé que no lo hace con esa intención, pero es lo que consigue.

—No te entiendo, amiga, si es un tío de puta madre, ¿por qué estás empeñada en hacerle daño?

—Sí, quiero hundirlo. Quiero llevarle a mi hermana su cabeza en bandeja.

—¡Anaïs, por Dios! Lo de tu hermana hace décadas que pasó. ¿Cómo puedes estar pensando en vengarte?

—Es que no es solo por mi hermana, ¿sabes?, es también por mí misma. Yo era una cría de

nueve años cuando pasó aquello y en aquel tiempo se me caía la baba con él. Me encantaba sentarme en sus rodillas y hacer caballitos, me desvivía por verlo aparecer por casa. No sé definirte lo que sentía por él. Era algo así como lo que se debe sentir por un padre o un hermano mayor que te quiere con locura y que está siempre a tu lado mimándote y concediéndote todos los deseos. Un día, sin esperarlo, sin entender todavía lo que ocurría, desapareció de nuestras vidas. Se fue porque le dio la gana, importándole, a mi entender, una puta mierda el que nos quedáramos desconsoladas mi hermana y yo. Lloré junto a ella durante mucho tiempo por habernos abandonado, por haberse ido sin volver la cabeza. Yo todavía no entendía de enamoramientos y esas cosas, solo sentía el desasosiego de verme defraudada de aquella forma tan cruel. Y todo ese proceso originó en mí un desprecio y un reproche que perduró en el tiempo. Lo siento un montón por ti y por Luis, pero no consigo apartar de mi mente esas ansias de venganza. Si alguna vez me ves cariñosa con él, has de saber que es mentira, que no lo siento, que solo intento llevármelo a mi terreno para hundirlo, para joderlo vivo después. Lo siento amiga, pero esa es mi intención.

—Ay, Anaïs, me dejas de piedra. Él no parece ser esa persona que tú crees que es, sigues viendo solo aquella imagen que incrustaste en tu mente hace ya treinta años, pero el hombre que conocemos, que nos acompaña en este viaje, ese hombre no se parece en nada a esa figura despreciable que seguramente nunca existió. Se enamoró de otra y entendió que debía encauzar su vida junto a ella. De hecho, fue honesto y le contó la verdad a tu hermana. No puedes estar toda la vida odiándole por ello. Igual si aquello no hubiese pasado tu hermana tampoco sería feliz a su lado. Tienes que intentar apartar esos pensamientos de tu mente y empezar a pensar que tu ansiada venganza no es justa. Es un buen hombre.

—No puedo, Inés, sé que quizá tengas razón, pero no soy capaz de provocar ese cambio en mi mente. De verdad que lo siento, pero no puedo.

—Pues ten cuidado, Anaïs, estás jugando con fuego, ten cuidado de no quemarte, amiga. Él es un hombre que cala hondo. Es alguien que si se lo propone puede hacer que cualquier mujer se sienta atraída. Y si descubre lo que pretendes conseguir igual actúa para que tu propósito se te vuelva en contra. No creo que lo haga, porque no es esa clase de persona, pero un animal herido siempre es peligroso.

—Yo no creo, después de todo, que sea capaz de hacerme algo malo si me descubre, eso no lo creo.

—Nooo, si no me refiero a que te haga algo malo, me refiero a que te puedes enamorar de él sin siquiera darte cuenta.

—¡Eso no va a ocurrir, querida! —Le contestó Anaïs en un tono de total convicción. Inés la miró de reojo, frunciendo el ceño. Tenía serias dudas sobre la respuesta de su amiga.

Capítulo IV

Poco después, a la hora prevista, el autobús partía camino de Plasencia. Durante el trayecto, el conductor informó, mediante el altavoz, a los pasajeros sobre el programa del día:

«Alrededor de la una llegaremos a destino, donde nos instalaremos en el Parador de Plasencia. Tendrán ustedes una hora para acomodarse en sus habitaciones, refrescarse y bajar al comedor sobre las dos. A las cuatro treinta iniciaremos un recorrido a pie para visitar algunos lugares de interés en la ciudad, como la Plaza Mayor, con el ayuntamiento y su torre con el reloj del Abuelo Mayorga; la Catedral Vieja, las murallas y torreones de la ciudad y el acueducto de San Antón. Como ya estarán cansados del largo recorrido, regresaremos al Parador, donde se servirá la cena a las nueve. Terminada la cena, podrán ustedes disfrutar de baile amenizado por un conjunto musical. Quienes prefieran salir a tomar unas copas tras la cena, les sugiero El Corral Tiki Bar, La Isla Bar, o Underground Bar & Record Shop, aunque hay muchos más sitios donde ir. En el Parador les informarán sobre qué locales se ajustan más a sus pretensiones. Por la mañana saldremos a las nueve para desplazarnos hasta Cabezuela del Valle, donde visitaremos el Museo de la Cereza, la Garganta de las Nogaledas y la Ruta de las Nogaledas. Sobre la marcha, tras la salida, les iré informando con más detalle. Para vestir les aconsejo ropa cómoda de excursión, sobre todo intenten calzar zapatillas y bajo ningún concepto zapatos de tacón, por favor. En Navalmoral de la Mata haremos una paradita corta de veinte minutos por si alguno necesita ir al aseo o tomarse un café. Que tengan ustedes un buen día».

Durante parte del trayecto hasta Plasencia, Óliver simulaba dormitar con la cara apoyada sobre la palma de la mano y esta contra la ventanilla del autobús. Intentaba no ser él quien mantuviera a Luis entretenido conversando todo el tiempo, así que casi sistemáticamente lo obligó a que dedicara su atención a charlar con las dos mujeres.

—Tu amigo parece que está cansado de verdad, se va a pasar el camino durmiendo —le dijo Anaïs a Luis, sonriente, observando a Óliver.

—El pobre ha tenido que cambiar tu regazo por la ventanilla —bromeó Inés.

—Es que eres mala, Anaïs, qué más te daba a ti que durmiera un poco sobre tus piernas. El pobre se va a hacer polvo la cabeza dándose golpecitos sobre el cristal —le dijo Luis bromeando.

—Joder, Luis, déjalo, a ver si se da uno bien fuerte y se queda esta tarde en su habitación con dolor de cabeza —le contestó Anaïs con cierto desdén en la mirada que dirigía a Óliver.

Este, que disimuladamente les iba escuchando, giró ligeramente la cabeza y la miró de reojo con una media sonrisa en los labios que, apretados y forzando la comisura hacia la parte de la cara que era visible para Anaïs, transmitían a esta un mensaje inequívoco sobre lo que pensaba de lo que acababa de oír. No dijo nada, pero Anaïs entendió perfectamente el significado de su gesto: «¡No eres tú cabrona ni na!».

—¡Ay, pero si está despierto el chico! —se jactó ella.

—Contemplo el paisaje… y de paso escucho cómo me critican mis amigos. —Le contestó él sin desprenderse de su sonrisita irónica.

—Eh, eh, guapito —saltó Inés—, que aquí no se te ha criticado. Por ese particular no tienes nada que temer, está aquí tu guardaespaldas, que no nos lo permitiría, así que, si te apetece dormir, hazlo, estás protegido. —Al decírselo señaló a Luis, riéndose. Óliver le dirigió una sonrisa como respuesta y continuó mirando el paisaje que dejaban atrás.

En la parada de Navalmoral de la Mata, al bajar del autobús, Óliver cogió a Anaïs del brazo. Caminando hacia el bar y sonriente, le dijo:

—Te has despachado a gusto, ¿eh, guapa?

—¡Pero si yo no he dicho nada! —rio ella con algo de picardía.

—¿Ah no? Bueno…, solo has expresado una parte de tus deseos.

—¿A qué deseos te refieres? —se interesó ella, mirándole de reojo sin desprenderse de su risita picarona.

—Me refiero… a que con eso de que me entrara dolor de cabeza con los golpecitos en la ventanilla, lo que te habría gustado es que me hubiese dado uno tan fuerte que hubiese acabado en el hospital.

—¡Venga ya, hombre! ¿Cómo iba yo a querer eso? Eres un malpensado.

—Bueno, vale, si no ha sido así, te recompenso invitándote a un café.

—No, gracias, no seas tan generoso conmigo. Yo he dormido muy bien esta noche y no necesito café para despejarme. Tómatelo tú por mí, que con la nochecita que has pasado seguro que lo necesitas —continuó ella en plan bromista y sin hacer ningún amago por soltarse de su brazo.

—Uff, chica, es que eres un volcán en la cama. Todavía me estoy relamiendo. —Ahora sí se soltó bruscamente de él, dejando de sonreír.

—¡Tienes un morro que te lo pisas! Aparca ya el temita, por favor.

—Vale, tomémonos una pausa, luego, a la noche, continuamos, ¿te parece bien?

—Óliver, te lo digo en serio, no sigas por ahí. Te estás exponiendo a recibir esos bofetones de los que hablamos. A veces parece que me estás provocando para que lo lleve a cabo.

—Que no, princesa. Yo no quiero que me pegues, mejor lo arreglas con un beso. —Ella soltó una carcajada, moviendo la cabeza en gesto de incomprensión y pensó: «Me está resultando difícil llevarme a este caradura a mi terreno, se ríe de mí cada vez que le da la gana».

Tras la corta parada, tomar un café algunos y fumar un cigarrillo otros, o ir a los aseos,

continuaron ruta. A la hora estimada llegaban a destino. Fueron distribuidos en las habitaciones correspondientes y tras ordenar sus enseres personales, se reunieron en el comedor donde, entre charlas animadas, aperitivos, etc., degustaron el menú del mediodía.

Como previsto, a las cuatro treinta el grupo al completo salía del Parador, dirigiéndose a la Plaza Mayor. Mientras el guía explicaba los detalles de construcción del ayuntamiento, su torre, el reloj, el único que hubo en Plasencia durante un largo periodo de tiempo, etc., Óliver se separó del grupo para tomarse un café. Las explicaciones le aburrían un poco, pues pensaba que quien estuviese interesado en ciertos detalles históricos solo necesitaba hacerse con un folleto informativo y ponerse al día sobre los mismos. Le resultaba poco atractivo que todo el grupo se tuviese que mover apretujado, siguiendo al guía, sin enterarse la mitad de ellos de lo que el hombre intentaba trasladarles. No es que no le interesara lo que veían, sino que él personalmente habría preferido verlo todo sin formar parte del gentío. Quizá si hubiesen ido solos Luis, las dos mujeres y él, le habría resultado todo mucho más interesante y, sobre todo, mucho más agradable. No obstante, tras tomarse el café, se reunió de nuevo con todos los demás para visitar la Catedral Vieja con idéntico resultado. En realidad, eran dos catedrales en una: la vieja y la nueva. Durante su construcción, la nueva se había solapado con la vieja con la intención de haber derribado la antigua una vez terminada la nueva, lo cual nunca se llevó a cabo. Y allí estaban ambas. O lo que para muchos era una sola con dos fachadas. El guía explicaba con detalle, eso sí, para quien podía escucharle, los datos más relevantes, como los siglos en los que habían sido construidas, por quién fue ordenada la construcción de una y otra, los nombres de los arquitectos que las habían planificado y dirigido las obras y un largo etc.

Después visitaron las murallas y torreones de la ciudad, terminando el recorrido en el acueducto de San Antón. Tanto visitando las murallas como el acueducto, Óliver se sintió mucho más a gusto, pues se movían en espacios libres, donde no tenían que abrirse paso a codazos. Además, las vistas eran mucho más agradables para él. El Jerte fluía a corta distancia y la perspectiva del paisaje le resultaba extraordinaria.

Regresando al Parador, Anaïs, que no lo había perdido de vista durante todo el recorrido, excepto el poco tiempo que estuvo ausente en la Plaza Mayor, le preguntó:

—¿Te lo has pasado bien?

—Regular. No soy muy afín a estas excursiones en grupo. ¿A ti te ha gustado?

—Ha sido interesante, ahora sabemos más sobre esta ciudad que antes de venir. A mí me ha gustado.

—Me alegro por ti. A mí no es que no me haya gustado, sino que yo contaba con más valle y menos ciudad.

—Chico, vamos a estar aquí cinco días, ya tendrás tiempo de ver valle.

—Sí, claro, tienes razón. Por cierto, tengo una noticia que seguro que te va a alegrar. Esta noche voy a buscar algún restaurante apetecible y me voy a cenar fuera. Sabes, todo el día dando pasitos de ciego con todo el grupo me aburre un poco, así que aprovecha y disfruta de

mi ausencia.

—¿Sólo piensas ir a cenar o tienes otros planes? —Preguntó ella con una sonrisita maliciosa dibujada en el rostro.

—¿Qué planes voy a tener?

—No sé, tú sabrás. Es que me extraña que, teniendo la cena pagada en el Parador, te vayas a otro sitio donde la tendrás que pagar tú.

—Pues ya ves, chica, tengo gustos raros, pero es lo que me apetece hacer hoy.

—Vale, hombre. No te vayas a enfadar por haberte preguntado. A veces peco de curiosilla.

—No, por qué me iba a enfadar. Eso de enfadarse es más bien algo a lo que tú eres más propensa que yo, pero como sé qué es lo que insinuabas con tu pregunta, te sacaré de dudas: no, no voy de putas. En el mejor de los casos, quizá a tomarme una copa por ahí en algún sitio que me agrade.

—¡Vaya boquita que tienes, chico! No te muerdes la lengua a la hora de soltar. Pero no te vayas a pensar que a mí me importa a dónde vas.

—Ya sé que no te importa, no soy gilipollas, ¿sabes? —Inés y Luis, que caminaban unos metros delante de ellos, se pararon para esperarlos. Les miraban riéndose, viéndoles tan entretenidos hablando.

—Esta tarde estáis pacíficos —bromeó Inés.

—¿Pacíficos? —le contestó Anaïs—, si acabamos de discutir.

—Ah, pues desde la distancia dais la impresión de una pareja enamorada.

—¡Jajajá! —soltó Anaïs una carcajada—. Enamorados, dice la muchacha. Si nos llevamos como el perro y el gato. Además, ¿sabes qué? El muchacho está de nosotros hasta el gorro. Esta noche se va a cenar fuera... y de copas o él sabrá de qué, después.

—Joder, tío, no nos hagas eso. ¿Ahora que empezamos a pasárnoslo bien los cuatro juntos te vas a cenar fuera? —Se incomodó Luis, poniendo cara de sorprendido y disgustado.

—Eso tiene solución, Luis. Acompañadme y así estamos juntos. Y, además, evitamos que Anaïs piense cosas malas de mí —rio Óliver.

—Oye, yo no pienso cosas ni malas ni buenas de ti. Y respecto a la cena, id vosotros si queréis acompañarlo —se dirigió ahora a Inés y Luis—. Yo, teniendo la cena gratis en el Parador, no tengo por qué ir a pagarla en otro sitio.

—No, si tú no vienes no voy yo tampoco. Luis, que haga lo que quiera —propuso Inés.

—Mirad, os propongo una cosa —les dijo Óliver—. Si os apetece venir, os invito yo, ¿aceptáis?

—No, no, eso no —denegó Luis la propuesta de su amigo—. En todo caso, yo pago la de Inés y tú la de Anaïs.

—¡Que no! —cortó Anaïs radical—. A mí no tiene nadie por qué pagarme la cena. Yo me quedo en el Parador y punto.

—Vale, vale, Anaïs, no te enfades, mujer. Nos quedamos los tres —concluyó Luis.

Al final, Óliver se fue solo. Le apetecía una pizza y paró a tomarla en una pizzería que

encontró al azar. Después se fue a tomar una copa a un bar que le recomendó el camarero y que ya les había sugerido el chófer del autobús: El Corral Tiki Bar. Para su sorpresa, no era él el único que había decidido ausentarse del Parador esa noche, pues allí estaban las tres separadas del grupo acompañadas de dos matrimonios. En cuanto lo vieron entrar le hicieron señas con las manos para que se reuniera con ellos. Las tres mujeres separadas se presentaron con sus nombres, cosa que hasta entonces no había ocurrido. La más joven, de unos cincuenta años, que le dijo ser enfermera, le dio dos besos en las mejillas y se presentó como Olga. Las otras dos, Mari Pili y Cristina. Con los dos hombres ya había hablado en un par de ocasiones. Eran Juan y Ángel; sus mujeres, Antonia y Josefina. Tras las presentaciones, Olga le preguntó con cierto sarcasmo:

—¿Cómo es eso que tu «trío» te ha dejado salir solo?

—Es que las calles por aquí son muy estrechas y cuatro éramos demasiados —le contestó Óliver en la misma línea sarcástica que había empleado ella.

—Pues me alegro un montón —prosiguió Olga—, porque de haber venido los cuatro aquí también seríamos demasiados. Anda, tómate algo, te invito.

—No mujer, ya me lo pago yo, pero te lo agradezco.

—Que no, hombre, estás invitado. Y disculpa por haber llamado «trío» a tus amigos. Es que no te dejan ni pie ni pata. Están siempre pendientes de cada paso que das.

—No quieren que me pase nada malo por estos lugares desconocidos —le dijo Óliver riéndose—. Son buena gente y además son de los pocos con los que he entablado amistad tras salir de Águilas.

—Muy bien, pues mira por dónde, ya tienes siete amigos más. —El camarero acababa de servirle el *vodkalemon* que se había pedido poco antes y, levantando el vaso, brindó con los siete. Olga no paraba de hacerle preguntas y cuando ya se habían tomado varias copas, le hizo la que Óliver hacía rato que estaba esperando.

—Esa chica que no te quita los ojos de encima está casada, ¿verdad? —Óliver la miró sonriéndole, al tiempo que le contestaba:

—No sé a quién te refieres, pues casi todas las del grupo no me quitáis los ojos de encima. Me lleváis asediado.

—¡Vaya, qué modestito eres! —rio también ella.

—Sí, cuando me dicen que soy guapo me pongo colorao. —Olga le dio un empujoncito en el hombro, visiblemente agradada de ver cómo él seguía el hilo de las bromas y la noche transcurrió entre risas y ocurrencias graciosas de unos y otros. Sobre las dos de la madrugada regresaron todos al Parador.

Durante la cena, Anaïs observó que Olga y sus dos amigas no estaban en el salón.

—Ahora entiendo por qué el amigo Óliver quería salir a cenar fuera. El chico se ve que había quedado con las tres brujas, porque ellas tampoco están aquí.

—No seas malpensada, Anaïs —le dijo Luis—. Será coincidencia que ellas también hayan querido salir fuera esta noche. Falta más gente, aparte de ellas.

—¡Umm! —exclamó Inés con la boca medio cerrada—. Yo estoy con Anaïs. Esas habían quedado con él durante el recorrido de esta tarde.

—De haber sido así —continuó Luis, intentando justificar a su amigo—, ¿por qué nos iba a haber invitado a acompañarle? No parece lógico, ¿verdad?

—Él ya sabía de antemano que yo no le iba a aceptar la invitación, no tiene un pelo de tonto —intentó Anaïs autoconvencerse de que ya tenía planificada la salida con las tres—, pero qué más da. Dejad que se divierta el hombre.

—No creo yo que se divierta mucho —apuntó Inés—. A él seguro que le habría gustado más que le hubieses acompañado tú, pero como eres tan rara...

—No soy rara, amiguita, soy casada.

—Vale, vamos a bailar y olvidémonos de lo demás. Que se diviertan lo que quieran, vamos a pasárnoslo bien nosotros también.

Sin embargo, cuando se retiraron a dormir, ya sin la presencia de Luis, Inés retomó el tema:

—Ya estás empezando a quemarte, guapa. No dirás que no te lo advertí. Te dije que jugar con fuego trae malas consecuencias.

—No me estoy quemando, es solo que el muy cabrón, no sé si consciente o inconscientemente, siempre parece adivinar mi estrategia. Me pilla siempre con el paso cambiado.

—Anaïs, deja tu estrategia de una puñetera vez aparcada y no hagas más la idiota. No vas a conseguir más que lo que estás consiguiendo, que se ría de ti y se vaya a pescar a otros caladeros.

—¿Me estás sugiriendo que debería acostarme con él o qué? ¡No me lo puedo creer!

—No, Anaïs, yo eso no te lo propondría nunca. Eso es algo que tienes que decidirlo tú. Solo me gustaría que dejases atrás tu supuesta sed de venganza y pasáramos unos días agradables los cuatro juntos, como buenos amigos. Luego, cuando volvamos a Águilas, haces allí lo que te dé la gana. Si no quieres hablarle nunca más después de volver, pues no le hables, pero, porfa, mientras estemos de viaje nos gusta que esté con nosotros. Esfuérzate un poco, mujer, ¿tan difícil es?

—Vale, por ti y por Luis lo voy a intentar. Eso si él nos da la opción.

La mañana siguiente, en el desayuno, Luis y las dos mujeres ya ocupaban una mesa cuando vieron a Óliver llegar al bufé libre.

—¡Ahí llega! —les puso Anaïs sobre aviso—. Seguro que va a sentarse con las nuevas amigas, que ya están con la cabeza levantada preparadas para hacerle señas.

—Ah, no, de eso ni hablar —saltó Inés, espontánea—. Ahora mismo voy yo a traérmelo para acá. —Mientras lo decía, se levantaba de la mesa y salía a paso ligero hasta donde estaba Óliver.

—Buenos días, guerrero solitario, ¿cómo estás? —le saludó Inés.

—Muy bien, muy bien. Y vosotros, ¿qué tal? ¿Lo pasasteis bien anoche?

—Bueno..., la verdad es que te echamos de menos. ¿Sabes ya dónde te vas a sentar a desayunar?

—No, todavía no había pensado en eso.

—Pues yo sí. He pensado que te vienes conmigo a nuestra mesa.

—¡Vaya! Por imperativo. Ante una orden tan rotunda no me puedo negar —rio Óliver que, tras completarse el plato, se fue con ella a la mesa. Luis se levantó para saludarle con un medio abrazo. Anaïs permaneció sentada, sonriéndole, como dándole a entender que también se alegraba de su presencia. Óliver pensó: «Vaya, hoy parece que la chica se ha levantado con buen pie».

—Hola, Anaïs —la saludó cuando terminó de hacerlo con Luis. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? ¿Te trataron bien las brujas anoche? —Óliver se la quedó mirando algo sorprendido.

«Joder, ¿cómo coño sabe esta ya de mañana con quién estuve anoche? ¡Esto es increíble!», pensó.

—Sí, me trataron muy bien. Anoche se dejaron la escoba en casa y fueron buenas chicas. Pero dime una cosa, ¿cómo sabes tú que estuve con ellas?

—No fue difícil adivinarlo: tú te fuiste solo y ellas no estaban aquí. —Anaïs le hablaba con desenfado, riéndose, como divertida al ver la cara que había puesto. Él, sorprendido, la miraba a los ojos de una forma que lo delataba. Dejaba entender con la mirada que no se explicaba cómo ella podía estar al corriente. Ella le aguantaba la mirada sin parpadear.

—No vayáis a empezar a discutir ya —les avisó Luis—. Tengamos el día en paz, por favor.

—No, hombre —le respondió Óliver—. Si estamos en plan pacífico. Yo hoy no pienso discutir con nadie. Hoy es un día feliz para mí, espero. Por fin vamos a disfrutar del valle. A ver qué encontramos en Navaconcejo. Tengo la intuición de que, después de varios días de fortalezas, catedrales, murallas, etc., etc., un día en la naturaleza nos va a venir como agua de mayo.

—Sí —intervino Anaïs—, yo también tengo ganas ya de disfrutar de algo diferente. Seguro que veremos los cerezos ya con la fruta madura, que me van a encantar.

—¿Ves, princesa? —le dijo Óliver cogiéndola del brazo sin que ella pusiera resistencia—, ya vamos teniendo algo en común.

—Pues seguid así, por favor —apuntilló Inés—, que pasemos los días que nos quedan disfrutando del viaje.

—Por cierto, ¿para cuándo es la boda, Inés? —preguntó Óliver mirándola de medio lado, con cara de niño travieso.

—¿De qué boda me estás hablando? —le preguntó ella, mirándole también con cara de intriga.

—De cuál va a ser, de la vuestra, mujer. Luis ya me ha invitado, espero que tú estés de acuerdo.

—¡Vaya par! —exclamó ella—. No me fío un pelo de ninguno de los dos.

Olga, Mari Pili y Cristina, cuando terminaron el desayuno, se pasaron por la mesa de los cuatro, saludándoles sonrientes a todos:

—Buenos días, cuarteto. —Fue Olga la primera en saludar y, casi al unísono, las otras dos —. Anoche os lo raptamos, —les dijo entre risas a continuación —. Me imagino que lo echaríais mucho de menos. Es una joya, el «jovencito».

—Pues sí —le contestó Luis—, la verdad es que ya nos hemos acostumbrado a tenerlo con nosotros y cuando falta nos aburrimos un poco.

—Pero no deberíais ser tan egoístas —continuó Olga en el mismo tono bromista—. Lo bueno se comparte.

—¿Cómo fue? —preguntó Inés—. Él no ha soltado prenda, solo sabemos que estuvo con vosotras.

—¡Uff! —exclamó Olga—. ¡Fantástico! Pasamos una noche de las que nos gustan, el chico es muy divertido y entre todos nos lo pasamos pipa.

—Pero no éramos solo nosotras —informó Cristina—. Éramos casi la mitad de los que estamos aquí, ¿cómo es que vosotros no os apuntasteis?

—¿Apuntarnos? ¿Es que alguien nos dijo algo? —le contestó Inés—. Os fugasteis todos bien calladitos. Se ve que no os hacía gracia que estuviésemos nosotros.

—Nooo, mujer —intervino por primera vez Mari Pili—. Lo organizamos los que compartimos siempre mesa, durante el recorrido de la tarde. Pensamos en cambiar un poco la rutina diaria. No le dijimos nada a nadie, nos fuimos los siete y nadie más.

—¿Nadie más? Y aquí, al «muchacho gracioso», ¿quién se lo dijo? —preguntó Anaïs, a quien no se la veía demasiado contenta de que las tres «brujas» se hubiesen acercado a la mesa.

—Nadie, chica, apareció por el Tiki Bar por sorpresa. Cuando lo vimos entrar nos quedamos todos un poco sorprendidos. No esperábamos verlo aparecer por allí. Y menos todavía sin vosotros, ya que estamos acostumbrados a veros siempre juntos. Pero tengo que decirte que nos alegramos un montón, lo pasamos de bien con él que no te lo puedes imaginar.

—Estad atentos —bromeó Cristina—. Os lo pensamos robar más veces.

—Veremos si cuando regresemos a Águilas no me lanzáis al mar desde el castillo. Seguro que vais a respirar a gusto y dándole gracias a la Providencia por haberos podido librar de mí —siguió Óliver el diálogo bromista que habían mantenido todo el tiempo. Anaïs, intentaba mostrarse divertida, pero no le hacía ni pizca de gracia la simpatía que mostraban las tres hacia Óliver. «Estas brujas me van a joder el plan, pensaba, tengo que cambiar de estrategia para que no logren apartarlo de nosotros tres».

Después, subieron todos a sus habitaciones a prepararse para la salida del autobús a la hora indicada por el conductor. Tras alcanzar la suya y ya solas las dos, Inés le dijo a Anaïs:

—No has podido disimular del todo la mala leche que has sentido al ver a las tres brujas acercarse a nosotros. Luis se ha dado cuenta también.

—¡Venga ya, Inés, no seas ridícula! ¡Como si a mí me importase con quién se quiere juntar el «guapo»! —Para sí misma pensaba otra cosa. Inés tenía razón, no le había gustado nada que las tres hubieran acudido a la mesa. Sabía perfectamente que habían venido porque Óliver estaba allí y le había molestado un montón. De una parte, pensaba que había sido por temer que su estrategia empezara a tambalearse, pero de otra parte… no sabía bien definir qué es lo que sentía, pero no le agradaba en absoluto. O quizá sí le agradaba, aunque ella pensara otra cosa. Al final decidió intentar durante la excursión del día retenerlo a su lado, si podía, para evitar que se alejara de ella, Inés y Luis.

Capítulo V

A las nueve subieron todos al autobús y una vez en marcha el conductor les informó sobre el programa del día.

—Haremos la primera parada en Valdastillas, donde podrán tomar un café si lo desean y contemplar su interesante arquitectura, con casas de madera y adobe, su iglesia, Santa María de Gracia, del siglo XVI, y ya en las afueras está la ermita del Cristo del Humilladero, donde está plantado el mítico roble, que según la tradición del valle, anuncia la primavera. El agua es ya abundante y a un kilómetro está la piscina natural en la garganta del Bonal. Si vamos bien de tiempo nos acercaremos a pie a verla. A continuación, saldremos para Navaconcejo y desde allí iremos a Cabezuela del Valle para visitar el Museo de la Cereza. Después, les iré informando sobre lo que haremos a continuación.

—¡Vaya, Luis! El pueblo tiene dos iglesias. Igual podéis aprovechar Inés y tú para casaros en una de ellas —le dijo Óliver, sarcástico.

—Vete a tomar por..., bueno, a tomar aire fresco, guasón. Si Inés está más pendiente de su amiguita del alma y de ti que de lo que hemos venido a hacer aquí.

—¡Vaya, hombre!, ahora resulta que soy un contratiempo para tus planes —le respondió Óliver, simulando encontrarse molesto.

—Que no, tío, que no podemos estar sin ti. Cuando no estás con nosotros no nos sentimos a gusto.

Cuando llegaron a Valdastillas hicieron un pequeño recorrido por el centro. Algunos tomaron un refresco, otros buscaron los aseos y después, a pie, se fueron a ver la piscina natural. El entorno les pareció a todos tan bonito que convencieron al conductor del autobús para que alargara un poco más el recorrido y les llevase al mirador de Valdastillas, perfectamente ubicado, desde donde se disfrutaba de una fantástica panorámica, con el curso del Jerte fluyendo y los cerezos repletos de fruta madura a lo largo de su cuenca. Anaïs no se separaba de Óliver, conversando con él sobre todo lo que iban viendo durante el trayecto a pie. Estando en el mirador, le comentó:

—Esto es lo que a ti te gusta, ¿verdad? La naturaleza en estado puro.

—Efectivamente, esto me encanta. ¿A ti no?

—Pues claro que sí, la vista es una pasada.

Después, desanduvieron el tramo andado y subieron de nuevo al autobús, rumbo a

Navaconcejo. El chófer les propuso dos opciones: una, paraban y hacían un recorrido por el pueblo y almorzaban allí o, dos, seguían directamente hasta Cabezuela del Valle e iban a ver el Museo de la Cereza, con lo cual trasladarían allí el almuerzo, que en consecuencia tendría lugar bastante más tarde. Todos se inclinaron por la segunda opción: visitar el Museo de la Cereza, que les resultó fascinante.

El gerente les fue explicando el proceso, que daba comienzo con la floración, momento en el que, mediante el riego, se conseguía un cuaje proporcionado en cantidad de fruta para que esta tuviese el tamaño apropiado. Tras la maduración se procedía a la recolecta, a su lavado y posterior manipulación, preparándola en varias formas de envasado, según su destino final. Les mostró las diferentes modalidades en las que se preparaba para su degustación y los utensilios que se precisaban para todo el proceso. Al despedirse, les regaló una tarrina de 500 g a cada pareja y una de 250 g a quienes viajaban solos. En Cabezuela del Valle almorzaron en el restaurante El Castillo, donde Óliver degustó unas truchas recién pescadas en el Jerte, a las que Anaïs e Inés se sumaron. Luis se inclinó por un chuletón a la brasa, ya que de pescado estaba bien abastecido en Águilas, argumentó. Después, aconsejados por el conductor, emprendían el viaje de vuelta, parando de nuevo en Valdastillas para hacer desde allí la Ruta del Caozo, de unos siete kilómetros, que sería lo ideal para, una vez terminado el recorrido, que duraría de dos horas y media a tres, regresar a Plasencia.

Ya en Valdastillas, el chófer aparcó el autobús y a partir de ahí, siguiendo sus instrucciones, cruzaron un puente sobre la garganta Bonal. 500 metros después, accederían a una pista cementada por la que ascenderían, por un sendero de tierra después, entre huertos de olivos y cerezos, hasta alcanzar el salto de agua del Caozo. Allí se detuvieron a descansar y contemplar la indescriptible belleza del lugar. Mediante una construcción de madera en forma de medio puente o mirador, se podía acceder casi hasta la mitad de la cascada para ver y oír muy de cerca el agua en rápida caída hacia el remanso que se originaba al final. Si te situabas frente a la cascada, el agua te salpicaba la cara y si te ibas al otro extremo podías ver las truchas buscando comida en el remanso. Óliver alucinaba, pues lo que estaba viendo superaba todas sus expectativas. Conociendo poco la geografía española, ya que se había criado a orillas del Mediterráneo y nunca había tenido ocasión de conocer muchos lugares, salvo parte de Andalucía, aunque tampoco más allá de Almería, Granada o Málaga, se encontraba con un paisaje totalmente desconocido. Un paisaje encantador que, por muchos motivos, nunca iba a olvidar. Cogiendo a Anaïs de la mano, la llevó con él cada metro que andaba. Le habría gustado pasarle el brazo por la cintura, pero ni lo creyó oportuno por los comentarios de los demás ni estaba seguro de que ella no hubiese llevado a cabo su amenaza de abofetearlo. No la veía en ese plan, pues su comportamiento difería por completo del de otros días, pero mejor no darle la opción de que pudiese cambiar. Se estaba comportando la mar de agradable y simpática. Y, además, se la veía a gusto a su lado. Le persistía la duda, no estaba totalmente seguro de que no lo estuviera haciendo con el único fin de no desagradar a Inés y Luis que, por su parte, también se movían en el entorno algo distanciados de ellos,

disfrutando del paisaje entre ellos dos, sin tener que estar siempre los cuatro juntos. Olga y sus amigas, que se daban cuenta de que Óliver buscaba la compañía de Anaïs, también intentaban mantenerse al margen, aunque de vez en cuando se acercaban a ellos, entablando conversaciones cortas y gastándoles alguna broma. Óliver observaba cómo Anaïs, aunque intentaba ser agradable con ellas, no podía disimular que no le caían en gracia. Y eso era bueno, aunque pensaba que quizá fuera ese el motivo por el que ella se mostraba tan agradable con él. Pero también podía ser otro: mantenerse al margen de Inés y Luis para que pudiesen hablar entre ellos de sus proyectos sin tener que compartir todo lo que se tenían que decir con ellos dos. Fuese lo que fuese, ¿qué importancia tenía?, pensó, se lo estaba pasando bien cuando ella no lo rechazaba y, al fin y al cabo, solo podía esperar de ella que durante los días que todavía permanecerían juntos se mostrara como lo estaba haciendo ese día, como una amiga y nada más, pues estaba casada y, al parecer, enamorada de su marido. Anaïs, por su parte, también se sentía tremendamente cómoda cuando todo transcurría como en aquellos momentos. Quería pensar que su estrategia le estaba dando resultado, pero de vez en cuando le asaltaba el temor de que quizá no fuese solo la eficacia de su propósito, sino que realmente le gustaba estar con él. Cuando no lo tenía a la vista lo buscaba hasta encontrarlo y se sentía herida en su alma si observaba que estaba reunido con Olga y sus amigas. Se encontraba desorientada cuando él no estaba con ella y consecuencia de ello eran sus brotes de malhumor y supuesto desprecio hacia él.

—Hoy te veo muy feliz —le dijo ella mientras observaban las truchas—. ¿O es imaginación mía?

—No, no es imaginación tuya, me lo estoy pasando inesperadamente bien.

—El entorno es muy bonito, hay que reconocerlo, yo también me lo estoy pasando muy bien.

—Me agrada escuchar eso, aunque los motivos creo que son diferentes.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que aparte de que realmente estamos viviendo la belleza del entorno, estás tú. Contigo a mi lado todo resulta aún más atractivo.

—¡Venga ya! —le dio un empujoncito, riéndose—. Tú estás feliz por el paisaje, si no estuviera yo serías igualmente feliz.

—No lo creo, me encanta cuando te veo sonreír y mostrarte contenta. Cuando no lo estás me siento culpable.

—Pues no tienes por qué sentirte culpable de nada. Inés dice que soy un poco rara y quizá tenga razón. Algunas veces te digo cosas que después me arrepiento de haberte dicho, pero que ya no puedo remediar.

—Vale, si yo nunca te las tengo en cuenta, pero por supuesto me gustas más cuando estás como hoy. Algún día tenemos que hablar de aquello que pasó entre tu hermana y yo, porque sé que es aquello lo que te hace ser tan desagradable algunas veces conmigo y creo que tienes una idea algo equivocada de lo que ocurrió.

—Vale, cuando tú quieras hablamos.

—Ya buscaremos el momento, aquí no, por favor. No vaya a provocar que me des un empujón y me lances al río —le dijo Óliver riendo. Ella también rio y en forma de broma intentó empujarle. Un matrimonio mayor que estaba próximo a ellos, les observaba y se reía. Agustina, la mujer, riéndose, le dijo a Anaïs:

—Hija, ten cuidado, que esto está muy resbaladizo y aunque estéis de broma, no le empujes, que puede dar un traspié y quién sabe qué puede pasar.

—No se preocupe usted, este no se cae ni aunque le empujásemos los tres —le contestó riendo Anaïs.

—¿Eres de Águilas, muchacho? —le preguntó Enrique, el marido.

—Sí, soy de Águilas, pero mucha gente no me conoce porque he vivido mucho tiempo fuera sin venir por el pueblo. Me llamo Óliver.

—Encantado, yo soy Enrique y mi mujer es Agustina. Lo estamos pasando muy bien en este viaje, ¿verdad? El entorno es una preciosidad.

—Yo a ti sí que te conozco —dijo Agustina dirigiéndose a Anaïs—. Tú estás casada con Alberto, el hijo mayor de Pedro y Ana, ¿verdad?

—Sí señora, así es.

—¿Y cómo es que no ha venido él contigo? A una mujer tan guapa como tú no se le deja venir sola en un viaje como este. —La mujer no podía ocultar cierta malicia en sus palabras, aunque las decía con carita de inocencia.

—Él sabe que puede confiar en mí, señora, no le quepa la menor duda.

—No, si no es que yo tenga dudas, pero es que eres muy guapa y todos los hombres que nos acompañan no te quitan el ojo de encima cuando pasas junto a ellos.

—Pues déjelos usted que miren, es lo único que se van a llevar.

—Agustina —le dijo Enrique, intentando cambiar de asunto—, deja de meter las narices en cosas que no nos importan. Parece que estás sometiendo a la muchacha a un interrogatorio. Venga, sigamos contemplando lo que tenemos delante. Chicos, ha sido un placer, seguid disfrutando.

—Gracias —dijeron al unísono Óliver y Anaïs. Después, cuando los ancianos se hubieron retirado, Anaïs le dijo a Óliver:

—Somos la comidilla del grupo. Cuando volvamos a Águilas me van a llover las críticas por todas partes.

—Si mi compañía te va a crear problemas... y muy a mi pesar, dejamos de ir a todas partes juntos, Anaïs. No quiero ser una piedra en tu camino.

—¡Venga ya, hombre! A ver si hoy, que estamos viviendo un día agradable, vamos a permitir que esa mujer nos lo amargue. Las cuentas que yo tenga que darle a mi marido es cosa que no le atañe a nadie más que a él y a mí. Pues solo faltaba eso, que tuviera que estar pendiente de lo que los demás puedan pensar. —Al mismo tiempo que se lo decía se cogió a su brazo para volver donde estaban Inés y Luis, que parecían muy acaramelados observando

el paisaje y haciendo proyectos de futuro.

El camino de regreso tendría lugar por la otra parte de la garganta. Cruzarían el puente de madera en la misma cascada y tomarían una senda entre un espectacular robledal caminando entre los árboles. Posteriormente bajarían una suave ladera para seguir descendiendo, ahora entre cerezos, y volver a la zona de la piscina de Valdastillas. Allí terminaría la ruta y subirían al autobús para regresar, ya casi empezando a anochecer, al Parador de Plasencia. Cuando llegaron tuvieron el tiempo justo para darse una ducha, cambiarse de ropa y acudir al salón comedor a cenar. Después seguirían el programa habitual de baile amenizado por tres chicos que lo hacían francamente bien.

En esta ocasión, tras ofrecerles a los asistentes unas rumbas, los chicos del conjunto dieron paso a unos boleros. Anaïs, cuando observó la duda en Óliver, que no sabía si seguían bailando o ella se retiraría, se le aproximó llevando las manos a sus hombros. Él pasó las suyas por su cintura y bailaron muy pegaditos. Esta vez Anaïs no hizo ningún intento de rechazo y fue dejando que la música les aproximara tanto que sus caras terminaron tan juntas que él llegó a rozar la oreja de ella con los labios. Habría querido seguir avanzando, ya que ella no oponía resistencia, pero después de lo que la pareja de ancianos les habían comentado en la cascada optó por ser prudente y no pasarse para no comprometerla con el «qué dirán».

Tras la serie de canciones de ritmo lento, los chicos anunciaron una pausa. Anaïs y Óliver, como todos los demás, se retiraron a sus mesas. Al llegar a la suya, a la que también llegaban Inés y Luis, Óliver, que la llevaba cogida de la mano, le dijo:

—Yo voy a salir fuera a fumar un cigarrillo. ¿Me acompañas? Así dejamos a esta pareja de tortolitos un rato a solas, que se digan cuanto se quieren sin que se corten por estar nosotros presentes.

—A ver si es al contrario —Saltó Inés al escucharlo—. Por lo que hemos visto mientras bailábamos, sois vosotros los que os vais a decir esas cosas.

—Que no, tonta —le contestó Anaïs, partiéndose de risa—. Nosotros ya tenemos suficiente con no pelearnos.

—Me parece a mí que el tiempo de las peleas ya pasó. Inés tiene razón, creo que ahora habéis entrado en otra fase —bromeó Luis—. Me alegro por los cuatro. Venga, coged vuestras copas y a la calle.

Sin más demora, salieron al exterior. Óliver, que llevaba ambos vasos en las manos, los depositó sobre la pequeña repisa que separaba el zócalo del resto de pared, uno a cada lado del banco de madera instalado junto a la misma. Se sentaron y él encendió el anunciado cigarrillo. Ella se sentó junto a él y se cogió a su brazo, mirándolo de costado mientras le daba las primeras caladas al pitillo. Con la media luz del exterior, sus preciosos ojos brillaban como dos estrellas que hubiesen bajado del firmamento para hacerlos aún más bonitos de lo que ya de por sí eran.

—Óliver, por qué no me cuentas lo que querías decirme sobre lo tuyo con mi hermana y que, según tú, yo todavía no sé.

—Bueno..., no es que no lo sepas, sino que te has empeñado, durante toda tu vida, por lo que observo, en verlo de una forma diferente a como fue.

—Vale, pues ahora tienes la ocasión de convencerme de que estaba equivocada.

—No estabas equivocada con lo que ocurrió, eso es imposible, pero estabas o estás equivocada con lo que a mí respecta.

—Cuéntame, pues. Yo te diré después si tienes razón o no. —Óliver echó un trago de su *vodkalemon*, dio una calada al cigarrillo y comenzó con el relato sobre lo que había ocurrido con María del Mar treinta años antes.

—Después de siete años de noviazgo, la relación entre tu hermana y yo, aunque seguíamos queriéndonos, ya no se parecía en nada a lo que fue al principio. El enamoramiento tiende a desaparecer con el tiempo, luego trasciende el cariño hacia la otra persona. Tú, que ya llevas diecisiete años casada, creo que lo debes saber. Lo nuestro, aunque éramos novios, en realidad tenía un recorrido parecido al de un matrimonio. Había quedado atrás la fase en la que estábamos enamorados y ya sólo nos queríamos sin más. Todo se había vuelto pura rutina. En los matrimonios, esta fase transcurre de otra forma, la edad avanza con lo que los cónyuges avanzan también en el sistema de convivencia. Conceden más atención a la habitual existencia en común, a la llegada de los hijos si los hubiese, a la compra del pisito, a sus dedicaciones laborales, etc., etc. En una pareja de novios todas esas cosas no están presentes y si el noviazgo se prolonga en el tiempo, como ocurrió con nosotros, el día a día se vuelve monótono. No es que dejes de querer a la otra persona, sino que llega un momento en el que ya no estás enamorado de ella y todo se vuelve una rutina. Cuando tienes la opción de dormir juntos la cosa cambia, pero en aquel tiempo eso era imposible. Sólo podías aprovechar alguna escapada esporádica, pero no tenías la ocasión de resolver los problemas que se suelen resolver en la cama y que llevados a buen puerto facilitan la convivencia. Para que lo nuestro durase tanto tiempo, sin que nunca hablásemos de casarnos o vivir juntos, influiste mucho tú. Eras aquella niña preciosa a la que yo adoraba, la que se sentaba en mis rodillas para jugar conmigo y por la que casi siempre acudía a vuestra casa con cierta ilusión. Eras algo así como una hermana pequeña que nunca tuve, por la que me desvivía y me hacía sentir feliz cuando estaba cerca de mí.

Una noche de verano, accidentalmente, conocí a Monique. Había salido con unos amigos a dar una vuelta y entramos al bar de La Pista a tomar una copa. Cuando estábamos en la barra del bar, que estaba dividido en dos partes, una que tenía acceso desde el exterior y la otra desde el interior del recinto donde se bailaba, ella, que estaba con unas amigas en la zona de baile, acudió a pedirse una Coca-Cola y lo hizo poniéndose a mi lado. Instintivamente nos miramos a los ojos y ocurrió algo inusual. Fue un flechazo instantáneo, un flechazo en toda regla. Cuando terminé la consumición me acerqué a la mesa donde se sentaba con sus amigas y le dije «hola». No buscaba nada en particular, fue un acto improvisado, algo sin ninguna intención de ligar ni de conseguir nada, algo impreciso y difícil de explicar. Hablamos un poco, sirviéndonos de señas más que de palabras. Yo no hablaba francés y ella solo cuatro

palabras de español. Tras unos minutos de charla en «indio», nos encontramos bailando y desde aquel momento nos vimos envueltos en una atracción mutua que se hizo dueña de nuestras mentes, hasta que llegamos a la conclusión de que habíamos nacido el uno para el otro. Ella permaneció durante dos semanas más en Águilas y a mí me quedó perfectamente claro que no la iba a olvidar, que era la mujer con la que quería compartir mi vida. Me costaba un mundo explicárselo a María del Mar y estuve sopesando no contarle nada y seguir con ella, intentando olvidarme de Monique, pero al final pensé que de esa forma obligada tampoco iba a poder hacer feliz a tu hermana. De haber seguido manteniendo nuestro noviazgo, habríamos terminado siendo un matrimonio desgraciado, tanto para mí como para ella, así que hice de tripas corazón, se lo expliqué lo mejor que pude o supe y me marché a Bruselas con Monique. El proceso fue para mí tan doloroso como pudo serlo para María del Mar. Sentí un enorme desasosiego viendo lo mal que tu hermana encajaba el duro golpe y lo que quizá más daño de todo me causó fue apartarme de ti. No me quise despedir porque sabía que con tu edad no lo podías entender y me fui sin darte aquel beso que tanto habría querido darte. Tu recuerdo estuvo presente en mi mente durante mucho tiempo. He conseguido olvidar muchas cosas dolorosas en mi vida, pero jamás he conseguido olvidar del todo la imagen de aquella niña de nueve años que, presiento, se quedó llorando mi ausencia. Lo siento muchísimo, Anaïs, quizá tú no lo entiendas, igual que no lo entendiste entonces, pero siempre he creído que hice lo correcto. Te pido perdón por los malos momentos que tuviste que pasar por mi culpa. Ojalá todo hubiese sido más fácil.

—Ella, mientras le escuchaba, además de estar cogida a su brazo, se había ido acurrucando a él, hasta apoyar la cabeza en su hombro. Escuchando la historia se le habían humedecido los ojos. Sin darse cuenta, todo el odio que creía haber sentido hacia él se había ido disipando. Se había esfumado como se esfuma un mal sueño tras despertar, como se aleja una pluma empujada por el viento. Sin saber lo que hacía, sus labios se posaron en su mejilla para depositar en ella un beso suave de cariño y de perdón.

Los músicos hacía ya rato que habían reemprendido la actuación y los acordes de una canción de José Luis Perales en la versión de Marc Anthony, les llegaron desde el interior: «Y cómo es él». Óliver se levantó y, cogiéndola de ambas manos, le dijo:

—Vamos a bailar, me encanta esta canción. —Ella se puso en pie y allí mismo, solos, sin público expectante, se pusieron a bailar. Sus cuerpos se unieron como si de uno solo se tratase y a medida que avanzaba la canción sus bocas se fueron aproximando hasta que sus labios, primero con un roce suave y en un desenfrenado impulso de amor y deseo después, intercambiaron todo un derroche de pasión contenida. Llegado un momento y aunque con el sentido seguían escuchando la canción, con la voz de Marc Anthony imitada a la perfección por el cantante del conjunto, «¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?», dejaron de bailar para dedicar todos sus sentidos a aquel beso tan deseado por los dos y que tanto tiempo se había hecho esperar. Sin haberse dado casi cuenta, se vieron envueltos por una nube de pasión de la que no habrían querido liberarse

nunca. Pero inesperadamente, ella, en un arrebato originado por el pánico al verse enfrentada a la realidad, bruscamente se separó de él, dándole un empujón que le hizo retroceder un paso hacia atrás, se dio la vuelta y se alejó a paso ligero, casi corriendo, hacia el interior. Se fue a la mesa, cogió su bolso, que había dejado sobre la silla antes de salir con Óliver al exterior, y se retiró a su habitación. Inés y Luis todavía bailaban. Óliver se quedó como una estatua, mirándola retirarse hacia el salón. Estaba estupefacto. ¿Qué podía haberle pasado?, se preguntaba sin encontrar respuesta. Si se había dejado besar con entusiasmo, incluso le había correspondido con más pasión de la que él había puesto en el beso. No entendía nada. Encendió otro cigarrillo y, tras fumarlo, entró en el salón y se dirigió a la mesa donde dialogaban Inés y Luis. Estos, al verle llegar solo, le preguntaron por Anaïs, pues inmersos en el baile no se habían percatado de que ella había vuelto antes que él y se había marchado. Óliver, al darse cuenta de que ellos no eran conscientes de lo ocurrido, se inventó una excusa para no entrar en detalles.

—Ya subió antes. Iba a llamar a su marido y a su hija desde la habitación —mintió.

—Ah, vale —se conformó Inés—. Pensábamos que estaba todavía contigo.

Los tres se tomaron otra copa antes de retirarse a dormir. Óliver se excusó unos minutos para ir al aseo y desde allí le puso un mensaje a Anaïs para informarla de la mentira que les había echado a sus amigos sobre su repentina retirada. Pensó que cuando Inés volviera a la habitación hablaría con ella y creyó que debía decirle lo que les había contado para justificarla, así que le escribió mediante el móvil:

«He mentido a Inés y Luis, diciéndoles que te has ido pronto para llamar a tu marido y a tu hija. Si me quieres desmentir, haz lo que te parezca». Ella le contestó de inmediato con un simple «vale».

Cuando Inés entró en la habitación, Anaïs ya se había metido en la cama y simulaba dormir para no tener que contarle nada a su amiga. Y es que no sabía qué le podía contar. Estaba confusa, ni ella misma sabía explicarse qué le había ocurrido. No se había dejado besar por Óliver con ningún fin predeterminado. Ni siquiera podía catalogar lo ocurrido como que se hubiera dejado besar. Había sido un beso deseado por ambas partes, no podía inculparlo a él de haberlo provocado, cuando ella misma le había correspondido apasionadamente, deseándolo tanto como él. Se había sentido la mujer más feliz del mundo besándolo y estrechada entre sus brazos, había sido el momento más deseado durante todo el día. Se había perdido en su boca como hacía mucho tiempo que no le ocurría con Alberto, había vivido un sueño del que no habría querido despertar nunca, pero de repente la invadió el pánico. Había ido mucho más lejos de lo que hubiera pensado llegar y sabía que no había sido por afianzarse en su estrategia, sino porque ella había querido vivirlo así y eso le daba miedo; se estaba enamorando de él. El temor de Inés se estaba confirmando, había jugado con fuego y se estaba quemando. ¿Qué iba a hacer a partir de ahora? ¿Cómo encontraba la salida del laberinto en el que se había metido? Ya no le valía su proyecto de hacerle daño, aunque, sin querer, se lo estaba haciendo. Su odio se había convertido en otra cosa después de que él le contara lo que

ocurrió treinta años antes. Ahora entendía perfectamente lo que entonces, a sus nueve años, no podía entender y aquel cariño o lo que fuese que le tuvo había vuelto a resurgir de una manera incontrolable.

A desayunar el día siguiente, Óliver fue el último en bajar. Lo hizo adrede, para estar el mínimo tiempo posible en la mesa, pero Anaïs, que estaba pendiente, cuando lo vio llegar al bufé libre, se buscó la excusa de que se había olvidado de poner unas lonchas de jamón York en su plato y volvió para reponer, buscando el momento de coincidir con él al final del estante.

—Óliver, quiero decirte... —Él, serio y con cierta inhabitual crudeza, no la dejó terminar la frase:

—No tienes nada que decirme. Ya me lo dijiste todo anoche. —Sin esperar respuesta, salió a paso rápido hasta la mesa donde Inés y Luis ya desayunaban. Ella, entristecida, le siguió algo más pausada para ocupar su asiento.

—Te veo raro, Óliver —le dijo Luis—, ¿te encuentras bien?

—Sí, me encuentro bien, solo un poco cansado. El recorrido de ayer me ha hecho mella y no he podido dormir demasiado bien.

—¡Venga ya, Óliver! Están todos esos hombres mayores que hicieron el mismo recorrido que nosotros y además se pegaron una buena paliza bailando anoche y mira qué joviales están esta mañana.

—Se ve que son de otra madera, Inés, yo tengo menos aguante. ¡Estoy viejo, corazón!

—¿Viejo? Pero qué dices, si estás hecho un pollito.

—Sí, un pollito con espolones, guapa —le contestó, intentando mantener la sonrisa. Anaïs escuchaba y se mantenía en silencio. Se sentía dolida en lo más profundo de su alma, arrepentida de su comportamiento al retirarse de él la noche anterior y, sobre todo, del distanciamiento que le mostraba sin haberle dado opción a disculparse cuando había querido hacerlo, cuando había querido pedirle perdón, decirle que había sido algo improvisado para lo que ni ella misma tenía una explicación. Lo único que se le ocurría era que había sentido miedo de no poder escapar de aquel beso tan deseado.

Capítulo VI

El chófer del autobús hizo acto de presencia y puso a todos al corriente sobre el programa del día. Saldrían a las nueve sin retraso, ya que tenían un día bastante largo por delante y quiso informarles durante el desayuno para que salieran ya provistos de la ropa y el calzado adecuados.

—Iremos a Navaconcejo y allí bajarán del autobús quienes no estén en condiciones de hacer la ruta de la Garganta de los Infiernos, que podrán visitar los lugares más interesantes del pueblo, que les iré recomendando durante el viaje. Yo llevaré al resto a Tornavacas, donde deberán proveerse de bocadillos, agua u otras bebidas. Allí hemos contratado a una persona que les guiará durante la ruta, que es complicada para quienes no la conocen, explicándoles qué ver en el trayecto. Es una ruta de senderismo y bastante exigente físicamente, por lo que no se la aconsejo a quienes no tengan mucha costumbre de andar. El recorrido durará entre cuatro y cinco horas hasta llegar a Los Pilones. A los que hayan decidido quedarse en Navaconcejo, los recogeré aproximadamente hora y media después y los llevaré a Jerte, donde almorzaremos tras hacer un recorrido por el pueblo, en el que hay cosas muy interesantes que ver, para dirigirnos también a Los Pilones, donde nos reuniremos con el grupo que venga de hacer la ruta de la Garganta de los infiernos.

—Ay, nosotros nos quedamos en el primer grupo. —Más que proponer, impuso Inés—. A mí no me apetece pegarme esa paliza andando.

—De acuerdo —asintió Luis—. ¡Nos quedamos con los «inútiles»! ¿Os parece bien?

—Me parece perfecto —contestó Óliver—, pero yo no me pierdo esa aventura. Así que vosotros tres, si lo preferís, os quedáis en Navaconcejo y yo sigo camino de Tornavacas.

—Joder, tío, no nos hagas eso. Si hace un momento has dicho que estabas hecho polvo, ¿cómo es que de repente te encuentras tan recuperado?

—¡El desayuno, Luis, el desayuno! —le contestó Óliver sonriendo—. Estos huevos revueltos que me he comido me han dejado nuevo.

—Venga ya, tío, quédate con nosotros —casi le rogó Luis—, nos vamos a aburrir sin ti.

—No insistas, Luis, lo siento, pero quiero hacer esa ruta. Lo de ver iglesias y casas viejas, etc., no va conmigo.

—Luis, déjalo, si el hombre quiere ver otras cosas, ¿por qué ha de estar siempre sometido a lo que los demás decidamos? Igual Anaïs quiere acompañarlo —dijo Inés mirando a su amiga con gesto interrogativo. Esta soltó una medio carcajada, aunque no le apetecía reír, para

decirle a Inés..., bueno, a ella, a todos y a nadie a la vez:

—Si precisamente lo que quiere es evitar tener que pasarse el día conmigo. Si le propongo acompañarle, coge un taxi y se vuelve a Plasencia.

—Eso no me lo creo, querida —le contestó Inés—. Si ayer parecíais dos tortolitos, ¿o es que os ha pasado algo que no sepamos?

—No, no ha pasado nada —intervino Óliver, intentando que no saliera a relucir lo de la noche anterior—. No le busques siempre tres pies al gato, Inés.

—Es que estáis muy raros los dos y os voy conociendo. Casi siempre que estáis así es porque os ha pasado algo. Y, además, en lo que a ti respecta —se dirigió a Óliver—, después de endosarnos lo mal que habías dormido y el palizón que te pegaste ayer, que ahora de pronto quieras molerte los huesos trotando durante cuatro o cinco horas por esos senderos maltrechos..., la verdad, me suena a chino.

—Venga, vamos a prepararnos, que perdemos el autobús. Yo me voy a la habitación, que todavía no sé ni lo que me voy a llevar —cambió Óliver el curso de la conversación.

A las nueve, como estaba previsto, partió el autobús rumbo a Navaconcejo, donde bajarían los que no continuaban hasta Tornavacas. En forma de despedida, Luis le dio una palmadita en el hombro a Óliver, al tiempo que, con ceño fruncido y visiblemente contrariado porque no se bajase con ellos, le decía:

—Hasta luego, tío, que te lo pases bien. Observo que las «Tres Marías» —se refería a Olga, Cristina y Mari Pili— no se bajan. O sea, que te acompañan. —No terminaba de entender la actitud de Óliver, ya que desconocía lo ocurrido la noche anterior. Inés también se despidió de él igualmente contrariada.

—Adiós, «guerrero solitario», ten cuidado de no torcerte ningún tobillo durante la caminata. Aunque veo que vas a ir acompañado de una enfermera. Esas tres no te fallan nunca, donde tú vas allá que van ellas, «Don Juan». —Óliver la miró de reojo, le lanzó una media sonrisa dudosa y no dijo nada. Giró la cabeza hacia la ventanilla y dejó la vista perdida en el exterior hasta que Anaïs hubo abandonado su asiento y se dirigía hacia la puerta del autobús. Cabizbaja y en silencio, se retiró sin dirigirle la palabra. Poco después, el autobús continuaba viaje. Olga, sus dos amigas y los dos matrimonios con los que estuvo de copas en el Tiki Bar continuaban con él. Además, iban el compañero de habitación de Luis y otra pareja que, aunque se conocían de los días que llevaban juntos, no habían tenido contacto.

En Tornavacas, el chófer les llevó al centro y les hizo bajar junto a un bar donde el guía contratado les estaba esperando. Algunos se tomaron un café o fueron al aseo. En la cocina del bar les prepararon avituallamiento para el camino. Óliver se pidió un bocadillo de jamón y queso y una botella de agua, y media hora después el guía les sacaba del pueblo, dirigiéndolos hacia la ruta de Los Infiernos. Olga, Cristina y Mari Pili se alegraron visiblemente de que Óliver hiciera la ruta con ellas. Juan y Ángel, así como sus esposas, también dejaron constancia de que se alegraban, puesto que ya tenían cierta amistad con él. La otra pareja, Pedro y Juani, le estrecharon la mano, presentándose. Eran pareja de hecho, ambos

divorciados de sus cónyuges. Por último, y aunque ya habían hablado en diversas ocasiones, le estrechó la mano Pablo, el compañero de habitación de Luis. Olga le preguntó cómo era que el «trío», como ella les llamaba, no le hubiesen acompañado.

—Las chicas no están acostumbradas al senderismo y les ha dado un poco de miedo hacer tantas horas de camino. Luis se ha quedado con ellas para no dejarlas solas —le explicó Óliver.

—Veremos lo que ocurre con más de uno —dijo Pedro mirando a Juani con cierta duda.

—Si lo dices por mí, no te preocupes. Nunca he hecho senderismo, pero alguna vez tenía que ser la primera —rio Juani.

El guía los llevó por la ruta menos dificultosa, intentando hacerla lo más asequible posible para aquellos que no estaban demasiado familiarizados con el senderismo. En Paso Malo pararon a descansar veinte minutos y aprovechar para disfrutar de las maravillosas vistas que no hacían justicia a su nombre. Casi todos hicieron fotos desde las distintas perspectivas y luego continuaron hasta Vado Cantoras, donde confluyen las aguas de varios arroyos, originarios de diferentes gargantas, para proseguir camino hacia Puente Nuevo, donde se detuvieron a comer y descansar. El trayecto recorrido había sido fascinante, con chorreras cayendo por las laderas y una vegetación de encanto que ya, con un clima casi veraniego, les venía de maravilla, protegiéndoles de los rayos solares. Cuando hubieron recuperado fuerzas continuaron hasta el parador de La Chorrera de la Virgen, que se apartaba algo de la ruta y cuyo ascenso era quizá el tramo más exigente del recorrido, ya que había que superar una subida bastante empinada. A la mitad, Juani, la pareja de Pedro, se detuvo totalmente agotada. Él, que caminaba algo más adelante, la reprendió:

—¿Estás viendo? Te lo dije antes de venir, tenías que haberte quedado con los que se bajaron en Navaconcejo, pero tú te creías más fuerte que nadie.

—¡Déjela en paz! —le gritó Olga, molesta por la forma de hablarle—. No tiene usted ningún derecho a hablarle así. —Óliver desanduvo los diez o quince metros que le llevaba de delantera a la mujer y le ofreció su brazo para ayudarla a subir.

—Gracias, es usted todo un caballero, muchísimas gracias. Esto es lo que debería haber hecho Pedro, en vez de ponerse a regañarme, pero es más cómodo para él que lo hagan otros.

—Los hombres, a veces, somos bastante peculiares. Pero tranquila, seguro que después se arrepiente y le pide disculpas.

Poco después, alcanzaban la cima donde estaba el mirador. La subida les había merecido la pena. Las vistas eran una maravilla. Al fondo se podía contemplar una cascada fantástica y una amplia zona del valle con una vegetación imponente a lo largo de la ribera. Un inmenso jardín de acebos, alisos, sauces y abedules. Todo un regalo para los amantes de la naturaleza. Luego descendieron para seguir bordeando el río hasta cruzar Puente Nuevo y continuar la ruta que les llevaría a Los Pilones, pasando por Fuente del Camino, acompañados de incontables chorreras formando pequeñas cascadas.

Sobre las cuatro de la tarde llegaban a Los Pilones, donde se reunirían con el resto del grupo, que había llegado media hora antes. El panorama con el que se encontraron fue el

colofón del recorrido: una serie de pozas, algunas bastante profundas, erosionadas por el paso del agua a lo largo del tiempo sobre el estrato de granito y gneis. Un grupo de estudiantes que hacían una excursión saltaban esparcidos sobre las rocas, incluso alguno que otro se atrevía con un baño en el agua fría del río, de donde salían a los pocos minutos medio congelados.

El trayecto recorrido, aunque había sido bastante estresante, les había merecido la pena. Algo exhaustos por el esfuerzo realizado, se sentían sobradamente premiados por el impagable regalo que habían obtenido de la naturaleza. Si lo hubiesen tenido que repetir no habrían dudado ni un solo instante en hacerlo. Durante las casi cinco horas que habían tardado en el recorrido, incluidas las paradas para descansar y comer, habían ido conversando sobre diferentes temas, sobre todo haciendo referencia a lo que iban encontrando a lo largo del camino. Olga, que después de haberse consolidado cierta amistad entre ella y Óliver, se sentía con más libertad a la hora de hablar con él sobre ciertas cosas, le preguntó si su amistad con Anaïs era solo amistad o había algo más entre ellos.

—No, no hay nada más —le contestó él—. Nos conocemos desde que ella era una niña y no nos habíamos visto a lo largo de treinta años hasta ahora. Nos hemos reencontrado después de tanto tiempo y como tampoco conocía a nadie de los que viajáis con nosotros, pues me sumé al grupito del «trío», como tú les llamas.

—Conozco la historia —le dijo ella—. De hecho, la conoce todo el grupo. Fuiste novio de su hermana mayor y la dejaste tirada para desaparecer de Águilas junto a una chica belga. ¿No fue así?

—Algo parecido. Excepto eso de que la dejé tirada. Rompimos, simplemente. No es nada diferente a lo que les ocurre a muchas parejas. Tú, por ejemplo, estás divorciada, creo. ¿Por eso dejaste tirado a tu exmarido o él a ti?

—No, nos divorciamos de mutuo acuerdo. Llegó un momento en el que entendimos que nuestra convivencia se hacía insoportable y ya no se parecía en nada a como la veíamos cuando nos casamos, así que tomamos la decisión de separarnos.

—Bueno, pues puesto que sabes muy bien cómo ocurren estas cosas, traslada tu caso a lo que pasó entre María del Mar y yo, así lo entenderás mejor.

—Pero incluso partiendo de la base de que fue como tú dices y no como la gente cree, resulta algo raro que ella se sienta tan atraída por tu amistad. Sinceramente, da la impresión de que lo vuestro va algo más allá de lo que dos amigos sientan el uno hacia el otro.

—Olga, las impresiones son una cosa, las realidades son otra. Prefiero que hablemos de otro tema, no me apetece ir por el mundo desmintiendo o confirmando habladurías.

—Vale —le dijo ella, riéndose y dándole un empujoncito amistoso—. Hablemos de la fauna y las cascadas.

Pablo, el compañero de habitación de Luis, también le preguntó si él pensaba que lo de Luis con Inés iba en serio.

—Eso, si quieres saberlo, se lo tendrás que preguntar a él. Yo no estoy en sus mentes para saber lo que piensan o lo que quieren.

—No, si te lo preguntaba porque como sois amigos, te pensaba sugerir que hablases con él del tema e intentaras que no cometa ningún error como lo cometí yo, ¿sabes? A mí, por ser demasiado bueno y confiado, me costó tener que separarme.

—Pues en ese caso, Pablo, ¿quién mejor que tú mismo para decírselo? Compartes habitación con él y seguro que habláis de muchas cosas.

—Si te he sacado este tema es porque yo podría escribir un libro con mi historia.

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Todos tenemos nuestra propia historia. Siento no poder atender tu petición, pero para serte sincero, yo he venido a conocer el valle, no a hacer de psicólogo. Espero que me entiendas. Ambos son amigos míos y no pienso ponerlos en situación de dudas, que a la postre es lo que conseguiría si me metiese en sus asuntos.

Capítulo VII

Sobre las tres y media había llegado a Los Pilones el grupo de Luis, Inés y Anaïs con el resto que les acompañaba desde Navaconcejo. Óliver, se fue hasta donde estaban apenas llegar y Luis le preguntó, cuando lo vio aproximarse:

—¿Cómo te ha ido, tío? Lo nuestro ha sido una pasada, lástima que no te hayas quedado con nosotros.

—Yo también me lo he pasado muy bien, la ruta que hemos hecho es una maravilla —le contestó Óliver.

—Pues nos hemos acordado mucho de ti, porque también hemos hecho una ruta preciosa.

Lo que habían hecho tras recogerlos el autobús en Navaconcejo, donde habían visitado los lugares más interesantes del pueblo, fue dirigirse a Jerte. Allí también hicieron un recorrido por el pueblo, visitando la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de estilo barroco y que data del siglo XVIII, así como las casas que sobrevivieron la quema del pueblo por los franceses durante la Guerra de la Independencia. Son casas de adobe y madera, ubicadas en la Calle de los Bueyes. Los franceses, en represalia por la rebeldía de sus habitantes, prendieron fuego al pueblo y solo unas pocas casas lograron escapar de las llamas, que a fecha de hoy son conservadas en recuerdo de aquel hecho histórico.

Terminado el recorrido, se proveyeron en un bar de bocadillos y bebidas para sustituir el almuerzo. Pararían algo más tarde, durante la excursión, para descansar y alimentarse sin tener que dedicarle un tiempo tan prolongado como habrían tenido que perder comiendo en un restaurante. Habían decidido hacer una excursión al Puente de los Papulos, en donde culminaba la ruta prevista con una hermosa cascada desde la que regresarían de nuevo a Jerte. Se trata de una ruta de unos cinco kilómetros de ida y vuelta, la cual se tarda aproximadamente hora y media en recorrer. En este caso sería de dos horas y pico, incluyendo el tiempo perdido durante el avituallamiento. Como colofón, tendrían la bella cascada al final de la ida. Anaïs, cada vez que encontraba algo especialmente interesante, se acordaba de Óliver. «¡Cúanto le habría gustado ver esto!», pensaba. En realidad, no podía quitarse de la cabeza su reacción de la noche anterior, al salir casi corriendo después de haber intercambiado con él el beso con más pasión y más deseo que recordaba haber dado en toda su vida. Al pasar junto a una escultura dedicada a la cereza, le hizo una foto con el móvil por si él le daba la opción de enseñársela. La ruta, en general, era toda ella una verdadera delicia.

Tras cruzar el río mediante un puente, el sendero a la derecha del cauce iba acompañado de una espesa vegetación de chopos, alisos y después robles. El agua bajaba regulando el desnivel mediante pequeñas cascaditas y al final del estrecho sendero avistaron la hermosa cascada desde la que emprenderían el camino de vuelta. «Seguro que esto le habría encantado», pensó de nuevo en Óliver Anaïs.

Tras recrearse en la fantástica vista, regresaron al pueblo, desde donde se dirigirían a Los Pilones para reencontrarse con el grupo de Óliver, que llegaría algo más tarde que ellos al punto de encuentro.

—¿Y vosotras, qué? —le preguntó Óliver a Inés.

—¡Ay, fantástico! —le contestó ella. Anaïs simulaba interesarse por las pozas y por el grupo de chicos y chicas que se lo pasaban bomba haciendo diabluras sobre el agua y las rocas. En realidad, sin dejarse sorprender, no le quitaba la vista de encima a Óliver, esperanzada en que en cualquier momento se dirigiera a ella. Inés, que también estaba pendiente de lo que ocurría, algo por debajo de donde estaban ellos, observaba a algunos de los que les habían acompañado durante la mañana moverse por zona peligrosa a unos metros por encima del agua, sobre la ladera que descendía hasta las pozas. Intuyendo el peligro que corrían, sobre todo los que ya eran bastante mayores, exclamó:

—¡Fijaos! Esa pareja de viejos se cree que están igual de ágiles que los chicos que hay abajo. Como alguno resbale va al agua de cabeza. —Se trataba de Agustina y Enrique, la pareja de ancianos que habían estado charlando con Anaïs y Óliver la tarde anterior sobre la pasarela de la cascada del Caozo.

—Joder, sí que son atrevidos —la apoyó Luis—. Ya no están en edad de ir saltando por ahí como si tuviesen veinte años. ¡Un pequeño resbalón y a bañarse!

Como si los comentarios de Inés y Luis hubiesen trascendido de forma inmediata a la mente de Enrique y su cerebro los hubiese procesado como una orden recibida para ejecutar de inmediato, el hombre dio varios traspiés y perdió el equilibrio, catapultándose hacia la poza. Por cierto, la más grande y profunda de toda la serie. En su caída, intentando aferrarse a lo que fuese, se golpeó el cuello en una roca que sobresalía de las demás en el chaflán de la ladera. Después cayó al agua braceando y pataleando, totalmente descontrolado. Óliver, que al igual que los demás no perdía detalle de la caída, se despojó de un brusco y rápido tirón de su mochila, que todavía llevaba sobre la espalda y medio corriendo, medio resbalando, accedió hasta la roca donde Agustina lloraba y gritaba desconsolada. Desde allí, sin pensarlo un instante, se lanzó de cabeza al agua. Buceó hasta colocarse debajo de Enrique y, abrazándolo por la espalda, con las manos bajo las axilas del hombre, intentó mantenerlo a flote con la cabeza fuera del agua y acercarlo a la orilla de la poza. Le costaba un mundo conseguirlo, pues Enrique no cesaba en sus movimientos violentos e incontrolados. Sufría también fuertes convulsiones que a Óliver le hicieron temer una gravedad superior a la que había pensado cuando le vio caer y dedujo que no podía respirar.

Chicos y chicas del grupo de excursionistas acudieron de inmediato para ayudarles a salir.

—¡Subidlo y tendedlo boca arriba! —les ordenó Óliver con premura. Una de las chicas le ayudó a él a salir del agua y subir la ladera.

—No sabrá nadar, el hombre —le dijo mientras ascendían.

—No es ahogamiento —le contestó Óliver—, es asfixia, no puede respirar. ¿Tienes un móvil?

—Sí —contestó ella—. ¿Lo necesitas? Yo soy estudiante de Medicina, si puedo ayudar en algo, dímelo.

—Sí que puedes. Llama al 112 y aprémiales a que envíen una ambulancia de Soporte Vital Avanzado, o sea, con médico, de manera urgente. Me temo que tenemos que practicarle una traqueotomía de urgencia. Diles que no se anden con leches y preguntas tontas y envíen la ambulancia con la máxima urgencia. Tú no cortes la llamada y mantente atenta. Facilítales toda la información que precisen mientras vienen de camino, por ejemplo, qué panorama tenemos con el accidentado y cómo pueden acceder a este sitio con la mayor brevedad. El médico debe venir provisto de una sonda para hacerle llegar oxígeno a los pulmones y extraerle las secreciones.

—Vale, no te preocupes, haré todo lo que me digas. —Habían llegado hasta donde Enrique, tendido en el suelo, se retorcía en espasmos y convulsiones. Óliver se espatarró sobre su bajo vientre, tratando de inmovilizarlo y con ambas manos le mantuvo la boca abierta. Sangraba por ella. Le introdujo dos dedos hasta la garganta e intentó abrir espacio para que pudiera respirar, pero no lo consiguió. Agustina se abrazaba a la cabeza del herido, llorando como una descosida y gritándole:

—¡Enrique, no te mueras, no me dejes solica! —Óliver gritó a los presentes:

—¡Lleváosla de aquí! —Después se dirigió a todos—. Necesito una navaja o cuchillo con punta, un bolígrafo y, si alguien lleva alcohol o alguna bebida alcohólica, traédmelos. Pedro corrió a entregarle una navaja que llevaba consigo y tres de los presentes le entregaron sendos bolígrafos. Óliver les echó un rápido vistazo y escogió uno que le pareció el más adecuado, lo desenroscó y cortó la parte inferior con la navaja para ampliar el conducto interior y facilitar así una vía mayor para que pudiese entrar mejor el aire. La chica que le había ayudado a salir de la poza y a escalar la ladera llamó a uno de sus compañeros:

—Jaime, tu llevas una petaca con ginebra, ¡tráetela! —El chico corrió con ella hasta Óliver y se la entregó. Este vertió parte del líquido sobre la navaja, el boli y el cuello de Enrique, mientras buscaba con los dedos el punto idóneo bajo la nuez donde practicarle la incisión. Agustina, horrorizada al verlo con intención de introducirle la navaja en el cuello, gritó, forcejeando para escapar de las mujeres que la tenían sujeta:

—Dios mío, lo va a matar, ¡nooo!

Óliver le indicó a Luis, que le aguantaba la cabeza, que le pusiera el brazo bajo la nuca y le inclinara la cabeza hacia atrás con el fin de que la parte delantera del cuello estuviese lo más estirada posible. Olga se arrodilló junto al herido y Óliver y le preguntó a este, mostrando gran preocupación:

—Óliver, ¿sabes lo que haces?

—Sé que se nos va si no hacemos nada. Anda, ocúpate de mantener la herida limpia con la ginebra de la petaca. Voy a proceder a la incisión.

—Pero ¿estás seguro de que no hay otra opción?

—Tiene una lesión en la nuez que no le permite respirar. Se está asfixiando, Olga. —Sin esperar ni dar más explicaciones, procedió a realizar un corte por debajo de la nuez e introdujo la punta de la navaja en la tráquea. La sangre salía con abundancia, empapándole las manos e incluso salpicándole la cara. Con rapidez introdujo la parte del bolígrafo, que había preparado y desinfectado, en la incisión y aspiró para extraer la sangre antes que llegara a los pulmones. Escupió una bocanada y mediante señas, indicó a Olga que le pusiera algo de ginebra en la boca para enjuagarla. Repitió la maniobra dos veces más. Al tiempo que aspiraba la sangre, presionaba con la mano libre el pecho del herido para que los pulmones ayudaran a expulsar secreciones. Después, dejaba de presionar y ponía el oído sobre la parte del bolígrafo que quedaba fuera de la incisión. Al hacerlo, miró a Olga, mostrándole una pequeña sonrisa de satisfacción, diciéndole balbuceante, ya que tenía sangre en la boca que no le permitía hablar con claridad:

—¡Respira! —Olga le sonrió, dándole un palito en la espalda y mordiéndose el labio inferior. Se le notaba visiblemente aliviada al escucharle. Uno de los hombres del grupo, que observaba nervioso el proceso, avanzó unos pasos hacia ellos y, descontrolado, con voz amenazante, le increpó:

—Reza para que te salga bien lo que estás haciendo, porque como te salga mal de aquí salen dos muertos: ¡Él y tú! —Los demás observadores lo apartaron, intentando serenarlo.

—¿Cómo va el tema de la ambulancia? Le preguntó Óliver a la estudiante sin hacer el menor caso a la intervención del amenazante.

—Va bien, vienen de camino. Me dicen que llegarán en diez o quince minutos.

—¡Joder! Diles que se den prisa. Quince minutos es demasiado. —Enrique, aunque inconsciente, presentaba un estado mucho más tranquilizante. Las convulsiones, al recibir los pulmones oxígeno, se habían ralentizado. Agustina, sin dejar de llorar, preguntó:

¿Cómo está? ¿Está vivo? —Óliver la oyó y, levantando la cabeza para poderla ver, intentó tranquilizarla:

—Sí, señora, está vivo. La ambulancia llegará de un momento a otro. Ya verá usted como todo va a salir bien.—Después volvió a succionar de nuevo la sangre que continuaba manando de la herida.

—La ginebra se nos está terminando —anunció Olga moviendo la petaca para que se percataran los demás de lo poco que quedaba.

—No te preocupes, Olga, utiliza el resto para limpiar la herida que yo ya me las arreglo sin ella. Algo de agua sí, por favor. Anaïs, que estaba a su lado también arrodillada como Olga, le puso en la boca un botellín que llevaba preparado. Óliver, al estar ella en el lado contrario a su radio de visión, no se había percatado de su presencia hasta ese momento y se alegró un

montón al verla allí toda preocupada por lo que estaba presenciando. Y sobre todo muy sorprendida ante la inesperada actuación de Óliver, con la que nadie habría contado antes de lo ocurrido. Cuando éste se hubo enjuagado la boca, ella le pasó una toallita de papel por la cara limpiándole las salpicaduras de sangre.

—Estás hecho un cristo —le dijo cariñosa.

—Gracias —le agradeció él el detalle, mostrándole una pequeña sonrisa. Después volvió la vista hacia la chica del móvil para preguntarle:

—¿Hay novedades? Nos queda poco tiempo para poder mantenerlo con vida de esta forma improvisada.

—Están llegando. Como la ambulancia no tiene acceso hasta aquí mismo, avanzará hasta donde pueda y el médico correrá hasta nosotros con la sonda y la instrumentación.

—Lo estás haciendo muy bien, jovencita. —Ya había pasado casi media hora desde que Enrique cayera al agua cuando el médico llegó corriendo con el maletín en una mano y una bolsa con la sonda en la otra. Junto a él llegaban también dos enfermeros con una camilla y una manta. Óliver le cedió su sitio al médico para que pudiera proceder. Lo primero que hizo fue tomarle el pulso y auscultarlo. Acto seguido y tras desinfectar, procedió a extraerle la caña recortada del bolígrafo que Óliver le había implantado de emergencia e introducirle en la incisión la cánula externa para la entrada de aire, a continuación, la interna para la extracción de las posibles secreciones que pudiesen haberse acumulado en los pulmones, detectando que estas estaban reducidas al mínimo.

—El pulmón está prácticamente limpio, ¿cómo lo has conseguido? —le preguntó a Óliver.

—Pues succionando con la boca. Quizá haya tenido suerte.

—No, compañero, quien ha tenido suerte ha sido él —le contestó el médico para proseguir—: Vamos a intentar llevárnoslo a Plasencia para intervenirlo en el quirófano. Si vemos que no nos da tiempo pararemos en Cabezuela del Valle para proporcionarle ayuda clínica. Vente con nosotros a la ambulancia, que te dé un equipo de ropa de enfermería. Si no te cambias vas a pillar algo. Vas hecho un indio, colega.

—Sí, se te agradece —le contestó Óliver—. Que os acompañe su mujer, aunque en el estado en que está quizá tengáis que atenderla a ella también, pero creo que debe estar a su lado.

—Claro, puede venir. Y si quieres, tú también. Aunque ya has hecho bastante salvándole la vida al hombre, aparte de que pienso que estás aquí para otra cosa distinta de visitar hospitales.

—Gracias, yo me voy a quedar, pero para que la mujer se encuentre mejor la puede acompañar, si no tiene nada en contra, Olga, que es enfermera.

—Claro que no tengo nada en contra. Voy, voy con vosotros —se apresuró Olga a prestarse.

—Toma mi teléfono y me tienes informado, ¿vale? —Después le dio su número de móvil.

—Te iré informando, no te preocupes. —Mientras hablaban habían llegado a donde estaba la ambulancia aparcada. El médico le entregó a Óliver la bolsa con la ropa de enfermería, después le tendió la mano.

—Hasta la vista, compañero. Has realizado un trabajo impresionante. Me llamo Joaquín.

—Encantado, yo soy Óliver.

—Por cierto, ¿en qué ramo de la Medicina ejerces? ¿Eres cirujano? —le preguntó Joaquín.

— Nooo —rio Óliver, que para no retrasar la salida de la ambulancia optó por no extenderse en explicaciones—, no soy cirujano. —Con ellos habían venido también hasta la ambulancia algunos de los compañeros de viaje y chicos del grupo de excursionistas. Entre ellos, Anaïs, Inés y Luis. También estaba la chica que había ayudado a la ambulancia a llegar que, sonriente, se le aproximó para presentarse.

—Me llamo Noa. Tú, por lo que he oído cuando hablabas con el médico, eres el doctor Óliver. Ha sido un placer colaborar contigo.

—Gracias, guapa —rio Óliver al escucharla llamarle doctor—. Ha sido una gran suerte tenerte cerca, has hecho un excelente trabajo, pero no me llames doctor, por favor. —Se aproximó a ella y cogiéndole la cara con ambas manos le dio un beso en la frente.

—Cuando tenga que escribir una tesis, lo voy a hacer sobre lo que hemos vivido esta tarde. No te importará aparecer en ella, ¿verdad?

—No, no me importa, pero pon sólo Óliver, no vaya a ser que empiecen a buscarme como doctor Óliver y no aparezca por ninguna parte.

—Vale, no te preocupes. Entiendo que no quieras popularidad, a mí tampoco me gustan los médicos que se creen dioses. —La chica se despidió dándole dos besos en las mejillas. Anaïs, que no le quitaba la vista de encima, lo agarró del brazo y le dijo:

— Venga, cámbiate de ropa, que vas a pillar una pulmonía.

—Ah, tienes razón. No me acordaba de que estoy empapado. —Llamó a Luis y a Pablo para que le cubrieran y allí mismo se despojó de la ropa mojada y se vistió de enfermero.

—Bueno, algo he avanzado. No he llegado a médico, pero al menos parezco un enfermero —rio. Anaïs se ocupó de meter la ropa húmeda en la bolsa en la que venía la ropa de enfermería y se la llevó con ella de regreso a Jerte. Se despidieron de los chicos que les habían ayudado y desanduvieron el camino hasta el pueblo para subir al autobús y regresar a Plasencia. Con lo acontecido la excursión se había acortado, pero todos estaban de acuerdo en regresar. Llegando a Cabezuela del Valle, Óliver recibió una llamada de Olga comunicándole que acababan de llegar a Plasencia, pues se habían ido directos al hospital porque Enrique se mantenía estable. Pensaba quedarse acompañando a Agustina aquella noche, pues la mujer no estaba en situación de estar sola. Óliver le pidió el micro al chófer y mediante el altavoz informó al grupo sobre lo que Olga le había comunicado, lo cual generó un aplauso general en el autobús. Todos, en mayor o menor grado, estaban preocupados por el estado de Enrique y conocer la noticia les supuso un gran alivio, pues aunque continuaba grave, su vida no corría peligro. Cuando llegaron al parador, Óliver se despidió rápido de Luis

y las dos mujeres. Quería subir a su habitación y darse una ducha, así como despojarse de su vestimenta de enfermero. Anaïs le dijo cuando él quiso recuperar la bolsa con su ropa que no se preocupara, que ella se ocupaba de entregarla en la lavandería del parador para que la tuviese disponible un día después. Todos los que componían el grupo quisieron retenerlo para coserlo a preguntas sobre su trayectoria antes de volver a Águilas, sus conocimientos de medicina, etc., pero él aceleró su retirada porque no le apetecía ni dar explicaciones, ni permanecer allí vestido de enfermero, despertando la curiosidad de otros huéspedes y personal del servicio que le miraban sorprendidos y ávidos de información. Tanto para sus compañeros de viaje como para los demás, al ser informados de lo que había ocurrido, era un médico que había intentado ocultar su verdadera identidad para pasar desapercibido. Al retirarse, les dijo a Luis y las dos mujeres que aquella noche no bajaría a cenar. Ni tenía apetito ni ganas de ser el centro de atención y mucho menos de asistir al habitual baile tras la cena. Se quedaría viendo la tele y llamaría a Olga para saber más sobre el estado de Enrique.

—Pero tienes que comer algo, Óliver —le dijo Anaïs—. No puedes meterte en la cama con solo el bocata que te has comido este mediodía.

—No te preocupes, si me da hambre llamaré a recepción para que me suban algo. —Después se retiraron con él, también los tres a sus habitaciones para ducharse y cambiarse de ropa. Él acababa de hacerlo cuando llamaron a la puerta. Abrió y, algo sorprendido, se encontró con Luis, Inés y Anaïs.

—¿Y esto? ¿Qué hacéis vosotros aquí? Anda, pasad y no me critiquéis por tenerlo todo patas arriba.

—Hemos venido para acompañarte un rato, ya que todavía es temprano para bajar a cenar. Si te encuentras cansado después del día que llevas nos lo dices y nos marchamos —le dijo Luis tras entrar en la habitación.

—¡Nooo, por favor!, no estoy cansado... Lo único, que de asientos tengo la habitación un poco limitada, pero nos arreglamos. Yo me siento en la cama con uno de vosotros y los otros dos podéis ocupar los dos sillones.

—Vale, yo me siento contigo —se apresuró Anaïs a ocupar un lugar en el lateral de la cama, indicándole con una palmadita en el colchón que se sentara junto a ella.

—Bien, «doctor» —le dijo Luis tras tomar asiento—, ¿qué te parece si pedimos algo para beber?

—Me parece muy bien, decidme qué queréis y llamo a recepción para que nos lo suban. Yo necesito un *vodkalemon* con urgencia —le contestó Óliver dirigiéndose sonriente al teléfono. Luis se apuntó a otro igual y ellas dos pidieron Coca-Cola. Cuando estaba terminando de hacer el pedido, Luis se le acercó y le arrebató el auricular para decirle a la recepcionista que lo pusiera a su nombre.

—¡Vaya! —Exclamó Óliver—, soy un mal anfitrión, dejo que mis invitados paguen la consumición.

—¡Tus autoinvitados! —saltó Inés—. Nos hemos presentado aquí como Pedro por su

casa. Ni siquiera te hemos preguntado si te parecía bien que viniésemos.

—Tú sabes que siempre es para mí un placer teneros cerca.

—Excepto hoy —le dijo Anaïs, mirándolo de medio lado con una sonrisita no exenta de picardía bailándole en los labios—. Hoy te has sentido más a gusto teniendo cerca a otros... o, mejor dicho, a otras.

—Os he echado de menos, por si te sirve de algo.

Un camarero les trajo lo pedido y, tras chocar los vasos, Luis empezó con el «interrogatorio».

—Bueno «doctor», para todos los que estábamos en el lugar del «crimen» eres médico. ¿Tienes algo que decirnos al respecto? —Óliver dejó escapar una risotada ante la pregunta de su amigo.

—Sí, tengo que deciros que no lo soy. Tengo ciertos conocimientos sobre intervenciones quirúrgicas, pero no soy médico, ni siquiera enfermero.

—Pues entonces explícate mejor, porque incluso para el médico de la ambulancia eres un colega.

—Es una historia algo larga. No sé si realmente habéis venido para que os aburra con ella.

—Venga, cuenta —le instó Anaïs pegadita a él.

—Bien, pues ocurrió lo siguiente: cuando me fui a vivir con Monique a Bruselas, un tío de ella que era médico en el hospital de St. Pierre me procuró trabajo allí, donde permanecí durante dos años. Entré, como es lógico, sin experiencia alguna en funciones sanitarias, como peón, ayudando en quirófanos al personal encargado de desinfectar tanto la instrumentación utilizada durante las operaciones como las propias estancias donde estaban instalados los quirófanos. Con el tiempo, se me encargaban a mí, como responsable, estas tareas. Entablé amistad con algunos cirujanos que, observando en mí un interés poco habitual en el trabajo que realizaban, se pasaban por alto algunas normas o buscaban escusas ficticias para que mi presencia resultase precisa mientras operaban. Naturalmente, como mero espectador o como persona que necesitaba saber ciertas cosas, ya que tenía la responsabilidad de tener los quirófanos perfectamente preparados para la próxima intervención. De esa forma me fue posible presenciar operaciones de todo tipo y al menos tener idea de cómo se procedía a realizarlas. Entre muchas, tuve ocasión de ver varias traqueotomías, por eso hoy sabía la forma de proceder. Aunque de ahí a tenerla que realizar hay un trecho. Y, sobre todo, hacerla de emergencia, sin el material adecuado y sin nada. Ni siquiera alcohol para desinfectar. De no haber sido porque veía a Enrique asfixiarse y sabiendo que de no actuar con rapidez perdería la vida, quizá no lo habría hecho. Ha sido pura improvisación ante las circunstancias. Por eso no he querido dar muchas explicaciones sobre si soy o no soy médico. Creo que, de haber dicho la verdad, en estos momentos Enrique no estaría vivo, además de haber padecido una muerte horrible por asfixia que, junto al ahogamiento o arder vivo, es la forma de morir más cruel que una persona puede sufrir. No me arrepiento de haber actuado así, sé que si volviera a ocurrir lo volvería a hacer. Igual que creo que muchos de los que estaban allí presentes, de

haber sabido que nunca había realizado algo igual, se habrían opuesto a ello y no había tiempo para sopesar si mi actuación era o no era oportuna.

—¡Joder, tío, eres un máquina! De puta madre, has hecho lo correcto y a quien no lo vea así, que le den por culo. —Lo alabó Luis

—Yo, cuando te he visto lanzarte a la poza de cabeza, me ha entrado pánico —apuntó Inés —. Pensaba que te ibas a dar con la cabeza en el fondo y… bueno, no quiero ni acordarme.

—Ya no podemos dejar que te vayas por ahí solo —sonrió Anaïs—. ¿Qué va a ser de nosotros sin ti, si nos ocurre algo?

—Pues, chica, mañana vete con cuidado, porque si te ocurre algo yo no voy a estar —le dijo él, mirándola también de medio lado, con un asomo de sonrisa en el semblante.

—¿Cómo que no vas a estar? —le preguntó ella, seria y sorprendida.

—Si no he escuchado mal, hay previsión de ir a Cáceres —explicó Óliver—. Yo he hecho este viaje porque quería conocer el Valle del Jerte, así que Cáceres quedará para otra ocasión. Mañana haré alguna ruta de las muchas que no hemos hecho y lo haré en solitario. Vosotros, pasáoslo bien.

—¿Lo harás en solitario o quizá has invitado a Olga a que te acompañe? Puedes decírnoslo, no pasa nada. Ella te ha ayudado con Enrique, es normal que la quieras «proteger». —Anaïs lo miraba con su típica sonrisita pícara mientras le hacía la pregunta. Él bajó la vista al suelo y, tras unos segundos, levantó la cabeza para mirarla a los ojos, contestándole con una expresión de cierto sarcasmo en el rostro:

—No, no la he invitado. Pensaba invitarte a ti, pero como sé de antemano que no me lo ibas a aceptar, he decidido pasar. —Inés se apuntó al diálogo.

—Anda que Olga, después de pasarse la noche en el hospital, la pobre, iba a tener muchas ganas de pegarse otra paliza andando por esos mundos de Dios. No, Anaïs, en este caso me creo a Óliver.

—Venga, no os lieis con discusiones tontas —intervino Luis—. Vamos a cenar. ¿De verdad no te quieres venir con nosotros, Óliver?

—No, de verdad. Ya os lo he dicho antes, no me siento cómodo teniendo que responder a muchas preguntas que me van a hacer si bajo. Luego, cuando hable con Olga —aquí hizo una pequeña pausa para mirar a Anaïs de reojo—, os pondré un mensaje para informaros de lo que me diga y vosotros se lo participáis a los demás.

Después, los tres se retiraron a cenar. Luis habló con una de las chicas que atendían a los comensales y pidió una bandeja para subírsela a Óliver a la habitación. Él mismo colocó en ella de todo lo que su amigo acostumbraba a cenar y se la llevó.

—Joder, Luis, ¿ por qué te has molestado? Ya me la habrían subido el personal de servicio, si es que realmente hubiese llamado. De todas formas, te lo agradezco un montón, es todo un detalle por tu parte.

—¡Venga ya! ¿No somos amigos o qué? Venga, a cenar y que te aproveche. Por la mañana nos vemos antes de irnos, ¿vale?

—Vale, nos veremos, pero no me esperéis para desayunar. No sé a qué hora bajaré.

—Como gustes, «doctor», no quiero ser insistente. A los tres nos habría gustado que desayunaras con nosotros, pero entiendo también que no te apetezca estar cosido a preguntas durante el desayuno. Además, he oído decir que van a venir a entrevistarte de un periódico regional.

—¡Joder! Justo lo que me faltaba. Gracias por avisarme, me haré gota de agua. No pienso conceder ninguna entrevista.

Capítulo VIII

La mañana siguiente, Óliver bajó al comedor cuando calculó que la mayoría ya se habría retirado. La noche antes, tras haberle informado Luis sobre la visita de periodistas, había dejado dicho en la recepción que se los quitaran de encima, que quería permanecer en el anonimato.

Casi todas las mesas estaban ya desalojadas, incluida la que acostumbraban a ocupar Luis, las chicas y él, lo cual observó con alivio. Sin embargo, cuando se dirigió al bufé libre y empezaba a mirar si quedaba algo todavía de lo que él habitualmente tomaba, alguien le dio un toquecito en el hombro. Volvió la cabeza hacia atrás, quedando algo sorprendido al comprobar que se trataba de Anaïs.

—¡Vaya! ¿Qué haces todavía por aquí? Te hacía preparándote para el autobús.

—Es que quería preguntarte una cosa.

—Tú dirás.

—Sé que lo que me dijiste anoche..., lo de invitarme a acompañarte hoy, iba de coña, pero ¿te importaría si me voy contigo? —Él, sorprendido, se quedó mirándola a los ojos, como si meditara por un momento sobre lo que había escuchado. No esperaba para nada esa pregunta. Después le respondió:

—Sabes muy bien que no solo no me importaría, sino que me encantaría que lo hicieses.

—Pues dime cuándo nos vamos. —Ella le sonreía sin poder disimular que le había gustado su respuesta.

—Cuando desayune pensaba llamar a un taxi. Pongamos que en treinta minutos, para dar tiempo a que se marche el autobús con los demás. ¿Te vale así?

—Claro. Voy a decírselo a Inés para que no me espere, pues no sabe que pensaba hablar contigo. En media hora me tienes aquí. —Sonriente, se dio la vuelta y andando rápido, salió del salón. Antes de salir del radio de visión, volvió la cabeza y le dirigió una bonita sonrisa. Él se había quedado viéndola alejarse sin moverse del sitio, con cara de no terminar de entender si era real lo que acababa de ocurrir o solo era imaginación. «Esta chica es una caja de sorpresas —pensó—, esperemos que la de hoy sea una sorpresa buena y no alguna de las habituales, porque si me la vuelve a jugar... ¡Se acabó!».

—Cuando Anaïs entró en su habitación, Inés que ya llevaba rato esperándola. La recibió con bastante enfado.

—¿Dónde coño estás metida? Está el autobús a punto de salir y tú desaparecida en

combate.

—Es que no voy. He estado hablando con Óliver y me voy con él a hacer su ruta.

—¿Qué? Tú estás como una cabra, joder. Eres como el perro del hortelano... Ya sabes cómo sigue.

—Inés, por favor, no te enfades conmigo, pero es que no estoy a gusto cuando él no está. Lo siento, cariño.

—Nooo, es mentira, no lo sientes. Lo deseas, que no es lo mismo. Cuando no lo tienes cerca te pasas el día pensando en él. Y además eres una celosa de mierda, a esa pobre Olga no la soportas. —Anaïs, la escuchaba y reía, su amiga la conocía muy bien y la tenía calada. No se le escapaba una.

—Vale ya, Inés, no me regañes más, por Dios. Me estoy quemando, sí. Ya me lo advertiste y acertaste, pero no sé escapar de ese fuego. ¿Qué quieres que haga?

—Nada, no quiero que hagas nada. Eres tú quien tiene que saber lo que hace. Si te estás quemando, te jodes, tú te lo has buscado. Aunque me da a mí que estás encantada de estar ardiendo en ese fuego.

—Sí, creo que sí. Me siento feliz quemándome en esta hoguera. Venga, tira para abajo y discúlpame con Luis por haber decidido no acompañaros.

—Menuda sorpresa se va a llevar cuando le diga que su amiguito del alma al final no se va solo, que esta niñata cuarentona se ha enamorado de él y no lo deja ni pie ni pata.

—Lárgate de una jodida vez, bruja —le gritó Anaïs muerta de risa. Se la veía feliz. Sentía como si una suave y agradable brisa estuviese pasando lentamente sobre ella, alejando a su paso toda la angustia que la había invadido desde que se apartó de Óliver, dos noches antes, de aquella manera tan brusca e impulsiva. Lo que aquella imaginada brisa no se llevaba era lo que había sentido, estrechada entre sus brazos y saboreando la pasión de sus labios enredados en su boca. Al marcharse, había creído que aquel momento ya no iba a volver, sin embargo, cuando unos momentos antes Óliver se había mostrado tan agradablemente receptivo a su oferta de acompañarle en la excursión, la felicidad había regresado a su vida. Tras salir Inés de la habitación, se fue directa al baño y buscó en el espejo la imagen que pensó más adecuada para el momento. Quería estar guapa para él.

El autobús se preparaba para salir hacia Cáceres. Inés ponía al corriente a Luis sobre lo que le había contado Anaïs. Este se quedaba todo sorprendido, pues media hora antes habían desayunado juntos y ella no les había hecho ningún comentario al respecto. Óliver, que andaba por allí sin dejarse ver mucho, al verlos se les acercó.

—¡Parejita! Hoy vais sin escolta. A ver si os traéis la boda programada desde Cáceres —bromeó Óliver al llegar junto a ellos.

—Nosotros no sé —le respondió Luis riendo—, pero con otra pareja que yo conozco... tengo mis dudas.

—¡Trátamela bien! —le dijo Inés cogiéndole de la solapa de la camisa con ambas manos—. No me fío de vosotros ni un pelo, los dos solos por ahí..., no sé yo.

—¿Tan malo me crees? ¿Por qué no la iba a tratar bien? Ayer me ponías laureles por mi buen hacer y hoy no te fías de mí. No seas malpensada, mujer.

—No, no soy malpensada. Y en cuanto a fiarme..., me fío más de ti que de ella —le sonrió con cara de duda.

—¡Tranquila! Ya verás como te la devuelvo sana y salva. Quizá un poco cansada, eso sí.

—Claro, como buen «médico» que eres, ¿qué malo le puede pasar yendo contigo? —dijo Luis riéndose.

—Bueno, chicos, subid, que el autobús se larga sin vosotros. Pasáoslo bien y nos vemos luego para cenar juntos. Ya nos contaremos cómo lo hemos pasado unos y otros.

—¡Hasta luego! —se despidieron Inés y Luis casi al unísono. Subieron los últimos al autobús, que emprendió la marcha en cuanto hubieron tomado asiento. Óliver encendió un cigarrillo y esperó a que bajara Anaïs. Ya había hecho llamar a un taxi desde la recepción, que llegaría quince minutos después. Apenas había dado unas cuantas caladas al pitillo cuando la vio llegar a ella, que se había cambiado de ropa. «¡Wow!, pensó, qué guapa está la criatura». Vestía un pantalón vaquero y un suéter negro que se ceñían a su cuerpo, delatando una hechura perfecta bajo ellos. Se había recogido el pelo hacia arriba en forma de coleta alzada y sus ojos, que ya de por sí eran preciosos, al llevar la cara más despejada por el peinado, resultaban más atractivos todavía. Llegó riéndose, apreciando la grata sensación que había sentido él y cuando estuvo a su lado le preguntó:

—¿Qué, listos para embarcar?

—Estás guapísima, chica. Veremos a ver la atención que le presto yo hoy al paisaje.

—¡Venga! No exageres. Si estás harto de verme todos los días. Por cierto, ¿Sabes a dónde vamos?

—No, todavía no lo sé. Quería que el taxista nos aconseje sobre algún sitio que te guste a ti.

—Vamos a donde tú quieras, a mí me da igual.

—Vale, nos dejaremos sorprender por el gusto del taxista. De todas formas, como te he dicho antes, con lo guapa que vas hoy, el paisaje es lo de menos.

—Gracias. Estás galante hoy, parece como si hiciese mucho tiempo que no nos vemos.

—Pensaba que ibas a decir: «Parece que hace tiempo que no nos peleamos».

—Eso también. Hoy no lo vamos a hacer, ¿verdad?

—Vale, —rio él—. ¡Firmemos la paz!

El taxi llegó mientras hablaban, subieron a él y el taxista les preguntó que a dónde les llevaba.

—No lo sabemos —le contestó Óliver riendo. El hombre se quedó algo desconcertado mirándolo.

—Mira, amigo —lo sacó Óliver de dudas—, no conocemos mucho la zona y queríamos que tú nos aconsejaras sobre algún sitio a orillas del río donde haya bastante vegetación y podamos dar un paseo por la ribera. Alguna zona donde el río lleve aguas bravas y remansos

con truchas o algo así. —El taxista meditó un momento para preguntarle después:

—¿Quieren andar mucho o prefieren rutas cortas?

—Rutas cortas mejor —le contestó Anaïs.

—¿Conocen ustedes Los Pilones?

—Nooo, allí no —se apresuró Anaïs a contestarle—. Allí estuvimos ayer y no fue de lo más agradable.

—¿Estuvieron ayer allí? —preguntó el taxista interesado—. ¿No les pillaría el percance ese que hubo con un hombre que cayó a una poza y tuvieron que abrirle una vía de aire en la garganta?

—Pues sí, allí nos pilló. Él fue quien lo intervino —le respondió Anaïs, señalando a Óliver y arrepintiéndose de inmediato al ver que Óliver la miraba como recriminándola.

—¡Adiós! —exclamó el hombre—. Entonces es usted el famoso médico, el tal doctor Óliver, que formaba parte de un grupo de excursionistas y que por lo que he leído esta mañana, no quiere darse a conocer. Está usted en todos los periódicos del entorno.

—Yo soy el tal Óliver, amigo, pero lo de doctor, por favor, déjalo a un lado.

—Por mí no se preocupe usted. Seré una tumba, pero si su mujer habla con más gente… lo van a reconocer.

—Mi mujer…, bueno, ella solo quiere disfrutar un poco del entorno, ¿verdad, querida?

—Claro, a eso vamos —rio Anaïs.

—Bien, entonces les voy a llevar a Casas del Castañar y, desde allí, si no quieren ir andando, les bajaré hasta cerca del río, donde podrán empezar su recorrido a pie y pasear por la orilla. El paisaje es más o menos lo que ustedes buscan y no está demasiado lejos. Para volver pueden coger el autobús en Casas de Castañar, pero tendrían que regresar andando desde el río hasta el pueblo. Si lo prefieren me llaman al teléfono que ahora les daré y vengo a buscarles al mismo sitio donde les voy a dejar. Si precisan avituallamiento para comer junto al río, conozco a una señora que se dedica a preparar comida para llevar y les puede arreglar una cesta con lo que ustedes deseen. Es un cortijo justo donde yo les dejaré.

—Perfecto. Es justo lo que necesitamos, llévanos allí, por favor. —El taxista arrancó y media hora más tarde los dejaba en casa de la señora Mercedes, que les preparó una bolsa con bocadillos, unos plátanos y una botella de agua. También les ofreció un termo pequeño con café, un poco de leche y azúcar y una manta para sentarse en el suelo a comer. Todo ascendía a veinticinco euros, aunque habitualmente había que depositar otros veinticinco como fianza, que se devolvían cuando al regreso retornasen bolsa, termo y manta, pues alguna gente no los devolvían. Sin embargo, cuando Óliver le entregó los cincuenta, la mujer no le aceptó los veinticinco de la fianza.

—No tienen pinta ustedes de ser de esas personas que no devuelven las cosas. No hay más que verles para saber que me las van a devolver.

—Se agradece, señora, pero quédese usted con la fianza, no pasa nada, ya me la devolverá a la vuelta.

—Que no, señor. Venga, vayan ustedes a disfrutar del entorno, que les va a encantar. Lo único quizá menos agradable es que van a estar bastante solos. La gente suele venir los fines de semana, pero en días laborables y por estas fechas..., la verdad, viene poca gente. —Después, la mujer les indicó cómo llegar al río y qué zonas se adaptaban mejor a lo que buscaban. Cuando alcanzaron la orilla, entre sauces, alisos y fresnos, pasearon bordeando el río, que bajaba manso en ocasiones y turbulento en otras, con sus aguas claras chocando contra las rocas de granito, que las desviaban en zigzag para seguir después su curso. Ya llevaban un buen rato disfrutando de la naturaleza cuando Anaïs se quedó parada, mirando un árbol que, aunque era una especie muy presente en la zona, a lo largo del recorrido a orillas del río, no había visto ninguno.

—Mira, Óliver, un cerezo.

—Sí, se ve que se ha perdido por aquí entre los sauces. Es un cerezo silvestre.

—¡Qué bonito! Y mira, en la parte alta tiene cerezas maduras. ¡Qué raro! Solo tiene arriba.

—Eso es porque la gente que pasa coge las de la parte baja. A las de arriba no alcanzan. Si quieres paramos aquí y hacemos el picnic a la sombra. El agua también está preciosa en este lugar.

—Por mí, encantada. Me gusta este sitio y la hora que es ya vamos teniendo apetito.

—Bien, ¿sabes qué? Antes de comer, a mí me apetece pasar a la otra orilla a ver aquel remanso que se ve bajo aquella roca enorme.

—Vale, ve tú mientras yo preparo las cosas aquí, a la sombrita del cerezo. —Óliver se despojó de las zapatillas, se subió las patas del pantalón y, descalzo, comenzó a saltar sobre las rocas de granito hasta alcanzar la otra orilla. Se subió a la roca grande que protegía a un remanso en el que las truchas se movían buscando comida y la llamó a ella.

—Anaïs, tienes que venir a ver esto, te va a gustar.

—Me da un poco de miedo cruzar como lo has hecho tú.

—No te preocupes, descálzate y voy a buscarte. —Desanduvo los veinte metros que lo separaban de ella y, cogiéndola de la mano, la ayudó a cruzar saltando de roca en roca. Después se sentaron en la roca grande. Óliver introdujo los pies en el agua y la invitó a que hiciese lo mismo.

—¡Uff, qué fría! Se me van a congelar.

—Eso es muy bueno para la circulación de la sangre —le explicó él.

—Bien, si me lo dice el médico... —rio Anaïs.

—Oye, guasona, no empieces a tomarme el pelo —fingió él un poco de enfado, aunque sonriéndole. Ella le pasó la mano por el cuello, le dio un beso en la mejilla y, sin soltarlo, mirándole cariñosamente a los ojos, le preguntó:

—¿Estás todavía enfadado conmigo por lo de la otra noche?

—No, no lo estoy, ni tampoco lo he estado en ningún momento. Estuve algo confuso con tu reacción porque no la esperaba, pero nada más.

—Me porté de una manera un poco tonta sin saber por qué. Entré en un estado de *shock*

repentino. No era nada contra ti. No sé explicarte lo que me pasó, pero te pido perdón. —Él giró la cabeza para tenerla de frente y le dio un beso suave en los labios.

—No hay nada que perdonar, corazón. Estoy muy contento de que aquello no haya supuesto un distanciamiento entre nosotros.

—Gracias —le contestó ella, dándole otro beso también en los labios. Él se levantó y cogiéndola de ambas manos, la izó, poniéndola en pie sobre la roca en la que habían permanecido sentados con los pies metidos en el agua que ya, tras unos minutos, había dejado de resultarles tan fría.

—Venga, vamos a comer algo, que las truchas mira qué modositas se han puesto de vernos tan encariñados. —Riendo y bromeando con empujoncitos, como haciendo amagos de hacerse caer al agua mientras saltaban sobre las rocas, alcanzaron la otra orilla. Anaïs ya había extendido la manta y sacado las cosas de la bolsa antes de reunirse con él al otro lado del río, así que se sentaron y empezaron a dar buena cuenta de los bocadillos de la señora Mercedes. Después se tomaron un café con leche y Óliver encendió un cigarrillo.

—Qué lástima que las cerezas estén tan altas. Con lo ricas que tienen que estar —comentó Anaïs mirándolas, tendida en la manta junto a él, que tras dar una última calada a su cigarrillo, le dijo:

—Espera, te voy a coger unas cuantas.

—Nooo, si están muy altas. Tú eres grande, pero hasta ellas no alcanzas. —Él no le contestó, se puso en pie y empezó a trepar por el tronco del árbol, agarrándose a las ramas.

—¡Óliver, déjalas! Te vas a hacer daño. —Él hizo caso omiso de la súplica de ella y siguió escalando hasta llegar a la fruta madura, cogió un par de ramilletes y bajó ayudándose solo de una mano, mientras en la otra llevaba las cerezas, de un color rojo intenso. Ella lo esperaba sentada en la manta con algo de miedo en el semblante.

—¡Ay, Dios mío! Si te llega a pasar algo... No lo quiero ni pensar. —Él se acercó al agua y lavó la fruta, después se arrodilló junto a ella, que se había vuelto a tender en la manta, le pasó el brazo tras la nuca para izarle un poco la cabeza y, una a una, le fue poniendo en la boca las cerezas.

—¿Están buenas? —le preguntó cuando había degustado varias.

—Están riquísimas. —Luego continuó dándole el resto hasta que sólo le quedaban dos en la mano. Cuando fue a introducírselas en la boca, ella le preguntó:

—¿Es que no las vas a probar? —Él casi no la dejó terminar la frase, le puso las dos cerezas en la boca y aproximando la suya le dijo:

—Sí, pero quiero que me las des tú. —Acto seguido, sus labios buscaron los de ella, que desde su boca le hizo llegar una cereza. Después tragó la última sin masticar para quedarse enganchada a aquellos labios que dos noches antes había rehusado cuando más los anhelaba, sin saber por qué lo había hecho. Cesaron las palabras, dando continuación al beso interrumpido en la terraza del Parador, que en esta ocasión se dilató en el tiempo. Tras unos minutos intensos y repletos de pasión, pasaron a utilizar sus bocas para estudiar con ellas cada

centímetro de sus cuerpos, que sin darse ni cuenta se habían ido quedando desnudos. Se desató un derroche de pasión por ambas partes con un continuo intercambio de besos y caricias con las que él regalaba y obtenía placer, mordisqueándole y lamiéndole los pechos, cuyos pezones iban aumentando de volumen a cada beso. Despacito, sin prisa, fue bajando los labios en continuo besuqueo por su vientre, haciendo una paradita alrededor del ombligo para descender después hasta el vértice, donde se detuvo jugueteando con la lengua en su sexo. De vez en cuando cambiaba la boca hacia el interior de los muslos, a los que acariciaba con sus labios, transmitiendo deseo y placer a partes iguales para volver de nuevo a su sexo. Ella, mientras le cogía la cabeza con las manos, apretándola contra sí, le iba haciendo llegar lo que sentía, mediante convulsiones en todo su cuerpo. Él, al notar que ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo, volvió a escalar su vientre sin dejar de besarle cada centímetro y tras detenerse unos momentos para mordisquearle el cuello, buscó de nuevo su boca para extenderse en otro beso prolongado e intenso mientras su miembro viril buscaba el lugar de introducción, ayudado por los movimientos que ella le facilitaba, ansiosa de sentirlo en su interior. Cuando lo encontró, la penetró sin violencia, despacito primero, aumentando el ritmo después, acompañando el deseo que ambos sentían de culminar el acto, poniendo el alma en ello. Ella lo disfrutaba igual que él, llegando al orgasmo casi sin tener en la mente otra cosa que no fuera aquel hombre maravilloso que tan feliz la hacía. Poco después le llegaba el turno a él, alcanzando su punto álgido y quedándose fundido con ella durante largos minutos para continuar abrazados durante un largo período de tiempo, sin querer ninguno de los dos que acabara el momento. Al cabo de un buen rato, él alzó un poco la cabeza para mirarla a sus preciosos ojos, que proyectaban una infinita felicidad en la mirada.

—Gracias, querida, me has hecho muy feliz. Te he deseado tanto estos días que después de pensar que esto no nos iba a llegar nunca me faltan las palabras. —A continuación, volvió a besarla.

—Yo también lo estaba deseando, aunque me engañaba a mí misma creyendo que no era verdad. Estas cerezas no las voy a olvidar nunca. He sentido miedo cuando te has subido al árbol y ese ha sido el momento en el que me he dado cuenta de lo que significas para mí. —Corroborando sus palabras, volvió a engancharse en aquellos labios que la fascinaban. Luego se vistieron. Ni siquiera habían sido conscientes de que podría haber pasado alguien y haberlos sorprendido desnudos sobre la manta en la hierba. Se habían enajenado del mundo, como si en el mundo solo hubiesen existido ellos dos.

Cuando hubieron recogido todo lo que se esparcía por el suelo, Óliver llamó al taxista para que viniera a buscarlos y emprendieron el camino de vuelta hacia la casa de la señora Mercedes. Durante el recorrido, cogidos por la cintura y haciendo breves pausas para besarse, ella le preguntó con su risita picarona y un inconfundible reflejo de felicidad en el semblante:

—Después del reconocimiento no me has informado sobre el diagnóstico, «doctor».

—Es que tengo ciertas dudas, hay una cosa que no tengo todavía clara. —Le contestó él, devolviéndole la misma sonrisa picaresca mientras la abrazaba por la cintura y se miraba en

sus ojos.

—Pues dime qué es lo que te hace dudar. A lo mejor te puedo ayudar.

—Verás... Resulta que me he enamorado de la paciente y no estoy seguro de si la habré contagiado.

—Hombre, eso me lo podías haber preguntado y yo te habría despejado las dudas. No, la paciente no se ha contagiado. —Él cambió el gesto y se la quedó mirando con cara de gustarle poco la respuesta. Ella, divertida al verle sorprendido, le pasó los brazos por la nuca y lo atrajo hacia sí para darle un beso profundo y decirle:

—No me has podido contagiar porque estoy inmunizada. Ya estoy enamorada de ti desde que tenía nueve años, pasa que no me había dado cuenta hasta que nos hemos vuelto a ver estos días. —Él, estrechándola con fuerza, le devolvió el beso con la misma intensidad que había puesto en todos los anteriores. Después, separando su boca solo unos centímetros de la de ella y mirándola a los ojos, le dijo:

—En tal caso..., le prescribo a la paciente que esta noche se venga conmigo a mi habitación para seguir explorando.

Riendo y bromeando, continuaron el camino. Anaïs le preguntó que cómo le decía a Inés que se iba a dormir con él. Era su amiga y sabía que la iba a entender, pero se le hacía algo difícil sincerarse con ella hasta aquel punto, sobre todo porque Inés era precisamente quien tenía que haber llegado a aquella situación con Luis antes que ella con Óliver, ya que habían venido a eso.

—Pues dile que si no quiere dormir sola, que se traiga a Luis con ella, que el hombre se lo agradecerá, pues está loco por que se decida. —Anaïs rio escuchándole. Sabía muy bien que Luis estaría encantado de pasar la noche con Inés, incluso que también ella quería que ocurriera. Si todavía no habían llegado a ese punto, tenía bastante que ver el que ambos tuvieran habitaciones compartidas. Al cabo de un rato llegaron casa de Mercedes, donde devolvieron los útiles que se llevaron prestados y la mujer les preguntó si se lo habían pasado bien. Anaïs le explicó que habían comido en un lugar paradisíaco donde el río era una maravilla y que habían descubierto un cerezo silvestre con unas cerezas preciosas bajo el cual habían comido. La mujer conocía el lugar perfectamente y, por supuesto, el cerezo.

—Ay, es un cerezo extraño, porque por aquel sito no suelen crecer, pero echa unas cerezas riquísimas. ¡Cerezas salvajes! Lo que es raro es que hayan podido coger algunas, pues la gente que viene los fines de semana y pasa por allí, en cuanto las ven no pueden pasar sin coger alguna y por lo que he oído, ya solo le quedan unas pocas en la copa.

—Eso es cierto —le dijo Anaïs. —Lo que ocurre es que mi marido es un artista y se ha subido al árbol para traerme unas cuantas.

—Uy, señora, su marido tiene que ser un encanto de hombre. Se le nota al vuelo. —Anaïs se aproximó a la mujer para decirle casi al oído, evitando que Óliver, que se había salido a la puerta a fumar un cigarrillo, la escuchara.

—Sí, es un encanto, pero no lo diga usted muy alto, que no la oiga, pues si no cada vez que

le regañe por algo, me lo recuerda.

—Pues no le regañe usted, un hombre así no se merece regañinas y menos con lo guapo que es. Aunque usted también es muy guapa... y muy joven. Me imagino que su marido debe estar muy enamorado de usted. La verdad es que hacen una pareja de ensueño.

Poco después llegaba el taxi. Ya en el camino de vuelta a Plasencia, Óliver le dijo a Anaïs que le iba a decir al taxista que lo dejara en el hospital Virgen del Puerto para hacerle una visita a Enrique. Ella podía continuar con el taxi y volver al parador.

—No, yo me quedo contigo. Lo visitamos y luego volvemos los dos juntitos.

—Vale, como tú quieras, yo te lo decía por si tenías ganas de recogerte. —El taxista que los había escuchado les preguntó si pensaban estar mucho tiempo.

—No, no mucho. Media hora, pienso, ¿por qué?

—Los voy a esperar y cuando salgan los llevo al parador. Y no se preocupen ustedes por la espera. El viaje desde el hospital al parador no se lo voy a cobrar, ya ha pagado usted bastante por los dos viajes de hoy.

—No, hombre, usted está trabajando, si quiere esperar, encantado, pero pagándole lo que valga.

—Que no, doctor. Venga, tiren ustedes a ver a su paciente, que yo no me muevo de aquí.

Pasaron a visitar a Enrique, al cual se le notó visiblemente la gran alegría que le invadió al verlos aparecer. Se encontraba bastante bien dentro de lo posible y ya se atrevía a decir algunas palabras. Agustina les informó de la llegada de su hijo Ginés y su nuera Doris al día siguiente. También les contó lo bien que se había portado Olga con ellos, acompañándoles en todo momento y transmitiéndole a ella toda la información que recibía de los médicos. La mujer se mostraba infinitamente agradecida a todos y por todo. Óliver les prometió pasar de nuevo a verlos antes de abandonar Plasencia; Anaïs no les prometió nada, pues no sabía de qué tiempo dispondría, así que se despidió de ellos deseándole una rápida recuperación a Enrique y un pronto regreso a Águilas, donde se verían de nuevo. Después volvieron al taxi y regresaron al parador, donde poco después llegaría también el grupo con Inés y Luis al regreso de Cáceres.

Capítulo IX

Durante el viaje, Luis se había sentado junto a Inés, ocupando el asiento de Anaïs. La conversación giró principalmente en torno al romance que había surgido entre esta y Óliver. Inés puso a Luis al corriente de lo que Anaïs le había confesado esa mañana antes de partir. Él no pudo esconder la alegría que sentía al saberlo, pues era precisamente lo que había deseado todo el tiempo y ahora, si todo se mantenía en esa línea, ellos dos iban a tener también la oportunidad de dedicarle más tiempo a ultimar su futuro juntos. Él pensó que no estaba jugando limpio respecto a Alberto, al que de alguna forma había prometido cuidar de que Anaïs no incurriera en dar pasos en falso, pero por otro lado y tras la gran amistad que había contraído con Óliver, no podía negarse a sí mismo que prefería ver cómo este se encontraba plenamente feliz junto a ella. Lo que pasara después ya no sería asunto suyo, serían Alberto y ella quienes tendrían que resolver sus problemas matrimoniales y decidir lo que tuvieran que hacer.

—Me da miedo esta aventura, Luis. Ella está casada, pero se ha enamorado de él como una adolescente. —Se preocupaba Inés.

—Inés, tanto tú como yo también teníamos nuestras parejas y decidimos separarnos. Si Anaïs decide separarse de Alberto no va a ser ni la primera ni la última. Ellos sabrán lo que hacen. Tú deberías dejar de pensar tanto en tu amiga y empezar a decidir lo que va a pasar con nosotros.

—Tú ya lo tienes decidido, por lo que veo.

—Sí, yo hace tiempo ya que lo decidí, me gustas y creo que coincidimos en muchas cosas. Solo estoy esperando a que te decidas tú.

—Bueno, tú también me gustas. Estás un poquito loco, pero creo que nos podemos llevar bien. Si todavía no he ido más lejos contigo es porque no estoy segura de que sólo sea el ratito de cama lo que buscas en mí.

—Eso tiene una solución bastante fácil: acuéstate conmigo y después sopesas si solo buscaba eso o estar contigo el resto de mi vida. Te vas a sorprender cuando compruebes que significas para mí mucho más que un simple polvo.

—Gracias, cariño, presiento que esa prueba que me propones, después de lo de Anaïs y Óliver, no va a tardar en llegar.

—Joder, no sabes cómo me alegro. Esta noche tu querida amiga va a tener que irse al pasillo a dormir, porque su cama... bueno, quiero decir que a lo mejor no le gusta utilizar su

cama viéndonos a nosotros los dos en la tuya.

—Eh, eh, no vayas tan aprisa, golfo, que te dan la mano y te tomas el brazo entero —rio ella intentando frenarlo.

—No, corazón, si todavía no me has dado más allá de un dedo. En el caso más extremo lo único que te podría coger sería la mano y esa es la que te estoy pidiendo.

—¡Vaya! Si la mano me la coges cada dos por tres —bromeó Inés sobre la metáfora.

Al llegar a Cáceres, el autobús no se detuvo en la parte moderna de la ciudad, donde el tráfico, el ajetreo y el estrés no eran diferentes a los de otras ciudades. Siguió hasta alcanzar el casco antiguo, situado en un promontorio custodiado por murallas medievales y torres de vigilancia, mínimamente habitado por no más de 400 habitantes, que regentaban bares, restaurantes, pequeñas tiendas de *souvenirs* y artículos de consumo turístico. Contrastaba totalmente con la parte moderna, donde se ubicaban sus aproximadamente 100.000 habitantes.

Descendieron del autobús en las proximidades de la Plaza Mayor, en otras ocasiones Plaza del Mercado o Plaza de la Feria, la cual había sido utilizada en tiempos pasados como coso taurino, celebraciones militares y procesiones de Semana Santa. Es un lugar ideal para sentarse a tomar algo en alguna de sus terrazas y dialogar en un ambiente sosegado y acogedor.

Al bajar del autobús, Olga, que a pesar de haber dormido poco y mal en el hospital acompañando a Enrique y Agustina, no había querido perderse la excursión, se les acercó para preguntarles por qué no iban con ellos Óliver y Anaïs. Ya durante el trayecto, le había dirigido unas palabras mediante el altavoz a todo el grupo, informando sobre el estado de Enrique.

—¿Qué pasa con Óliver y Anaïs, cómo es que no han venido? —les preguntó algo sorprendida ante la ausencia de la pareja.

—Óliver no tenía ganas de viajar hoy, después del día tan movido que tuvo ayer, y Anaïs se ha levantado con molestias y dolor de cabeza esta mañana. Al final han decidido quedarse a descansar en el parador.

—Pues yo la he visto desayunando con vosotros y no parecía encontrarse tan mal. —Olga parecía no dejar lugar a dudas de que no se creía lo que Inés le contaba.

—Ay, Olga, tampoco era cuestión de ir contándole a todo el mundo que no se encontraba bien —le contestó Inés, algo molesta por el interés que mostraba en saber el motivo real de que no hubieran hecho el viaje con ellos.

—Vosotras, las mujeres, tenéis la mala suerte de que una vez al mes se os presente un contratiempo.

—Ah, que es eso —rio Olga ante el comentario de Luis que después, al oído, le decía a Inés:

—¿Ves qué pronto se ha quedado tranquila? Esta ya estaba haciendo cábalas sobre si no se habrán quedado los dos para dedicar el día a la lujuria sin la presencia de los que viajamos con ellos. La listilla no puede disimular que va detrás de Óliver.

—Pues se va a tener que conformar con lo que hay, a Óliver le gusta otra y a esa otra le gusta Óliver —le contestó Inés.

A continuación subieron a pie a la Plaza Mayor, donde se instruyeron sobre la historia que la precede, admiraron sus bellos soportales, el ayuntamiento que la preside, los emblemáticos edificios que se asoman a ella, como la Torre de la Hierba y los Púlpitos o la imponente Torre de Bujaco, del siglo XII. Después visitaron El Arco de la Estrella, puerta de acceso al casco histórico; la catedral de Santa María, del siglo XV, entre románico y gótico, con la Capilla de los Blázquez, que contiene la famosa talla del Cristo Negro de Cáceres. Desde su campanario se puede disfrutar de una de las mejores vistas panorámicas de Cáceres. Afuera, en la esquina suroeste, se encuentra una estatua moderna de San Pedro de Alcántara, cuyos pies son tocados y besados por los fieles.

La excursión se hizo extensible al palacio de los Golfines de Cáceres y al de Toledo Montezuma. También visitaron la Torre de las Cigüeñas.

Una vez terminado el recorrido y algo fuera de hora, regresaron a la Plaza Mayor para comer en el restaurante DCorazón, donde Inés quiso comprobar la diferencia entre las migas aguileñas y las extremeñas, así que Inés y Luis, igual que muchos de los que componían el grupo, se pidieron un plato de jamón ibérico de entrante y migas de segundo, acompañadas de una ensalada de pimientos rojos típica del lugar y muy apreciada por los visitantes: Zorongollo. Sobre las migas, Inés comentó en voz alta lo que pensaba:

—Pues las que hace mi madre no tienen nada que envidiar a estas.

—¿No te gustan? —le preguntó Luis.

—Sí, sí que me gustan, pero las nuestras están tan buenas como estas o mejor.

—Bueno, en otoño, que ya es tiempo de migas en Águilas, te llevaré a comer a la Venta de Tébar, que las hacen buenísimas.

—¿Tú crees que para entonces todavía nos llevaremos bien? —le preguntó ella con cierta sonrisita, un tanto intencionada.

—¡Por Dios, Inés! Todavía no estamos juntos ¿y ya estás pensando en la separación?

—Que no, tonto, que ha sido broma. Si le estamos dando tantas vueltas a vivir juntos, ¿cómo voy a pensar en separarnos?

—Ah, vale. Ya me dejas más tranquilo —bromeó él.

Tras la comida, el chófer del autobús les dijo que podían dividirse si querían y hacer lo que les apeteciera. A las seis deberían volver al lugar donde habían aparcado para emprender el camino de regreso a Plasencia. Inés y Luis dieron una vueltecita por los alrededores para bajar un poco las migas y se sentaron en una terraza de la plaza a tomar un café él y un té ella.

—Me ha encantado todo lo que hemos visto. No lo esperaba tan interesante. —Se sorprendió agradablemente Inés.

—Eso es porque ibas conmigo, cariño. Ya ves que somos inseparables, yo también me lo he pasado muy bien. Tenemos que repetir viajes de estos cada vez que podamos.

—A lo mejor, cuando llevemos un tiempo juntos, ya no nos resultan tan atractivos —

meditó ella, bajando pensativa la vista al suelo.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —se sorprendió él, todo serio. —Si después de esta noche ya no vamos a poder vivir el uno sin el otro.

—No te entiendo. ¿Qué pretendes insinuar con lo de después de esta noche?

—Pues..., insinúo que, si tú no tienes nada en contra, la vamos a pasar juntos. Cuando volvamos al parador pido una habitación y...

—No hagas planes tan a la ligera. Incluso aunque yo esté de acuerdo, ¿qué les decimos a nuestros compañeros de habitación, o sea, yo a Anaïs y tú a Pablo?

—Joder, Inés, ya somos mayorcitos, no les debemos explicaciones a nadie. Además, me temo que en lo que a ti respecta no vas a tener problemas, pues igual es Anaïs la que prefiere dormir en otra habitación que no es la vuestra.

—Ya sé por dónde van los tiros. En tal caso no tienes por qué coger ninguna otra habitación, nos arreglamos con la mía, ¿no te parece? —Luis se levantó de la silla y cogiéndole la cara con ambas manos, le dio un besazo en los labios que dejó a los demás ocupantes de la terraza pícaramente sorprendidos.

—Me haces muy feliz con tu decisión, Inés. ¡Gracias, corazón! Pensaba que esas palabras no iban a llegar nunca.

—Cálmate, hombre, estamos siendo la comidilla de todos. Y además..., vamos a ver lo que pasa luego, igual Anaïs no está por la labor de dejarnos la habitación para nosotros y en el parador no quedan habitaciones libres.

—No lo pintes tan negro, cariño, si todo saliera como tú dices, me pateo toda Plasencia hasta que encuentre dónde hospedarnos. —Ella lo miró moviendo la cabeza y sonriendo como si no entendiera del todo que él se mostrara tan entusiasmado con lo que acababan de medio ultimar.

—Ya veremos cuánto te dura el entusiasmo —le dijo mostrando ciertas dudas.

—Es eterno, cariño. Te voy a querer siempre, «y eso, por la salusita de la mare mía, te lo juro yo» —le canturreó él, riéndose y provocando de nuevo las risas de los que les escuchaban.

—Ay, Luis, deja de hacer el payaso, que estás divirtiendo a la gente. —Le dijo ella bajito y partida de risa, mientras le cogía la muñeca con la mano. Después, mirando con disimulo a los lados para ver si los observaban y ya algo más seria, retomó el tema que concernía a su amiga:

—Volviendo a lo de los dos enamorados... —Se mostraba algo pensativa y preocupada—. Anaïs se va a encontrar con un problema grave, ella quiere a su marido y yo no quisiera estar en su piel. Por Óliver pierde el norte, pero ¿cómo se hace eso? No puede una partirse en dos.

—Óliver es un buen tío y además es listo. Ya verás como él la ayuda a encontrar una solución. Yo lo que temo es que sea él el que se va a sacrificar por ella, pues piensa mucho en la diferencia de edad que existe entre los dos y aunque ahora mismo está hecho un jabato, sabe que cuando pase un tiempo él será un viejo y ella una mujer todavía joven.

—¿Te lo ha dicho él? —le preguntó Inés interesada.

—Noo, él no suelta prenda sobre sus cosas íntimas, pero yo lo intuyo.

—Y tú, ¿tú sí sueltas prenda sobre lo nuestro cuando hablas con él?

—Bueno…, yo soy un poco más bocazas, lo reconozco. No le oculto mi deseo de que seas del todo mía, pues me digo que para qué se lo voy a ocultar si él lo sabe perfectamente. No es tonto, ¿sabes?

—Ya sé que no es tonto, pero me extraña que tú le hables de tus cosas y él mantenga la boca cerrada sobre las suyas.

—Él es así, no se siente cómodo expresando sus sentimientos. Me imagino que con ella sí se mostrará más abierto.

—Te voy a confesar una cosa, pero por favor, no se la digas a él.

—Dime, cariño, te prometo guardar silencio.

—Anaïs ha dejado que se le aproxime porque creía que lo odiaba por lo que le hizo a su hermana y quería vengarse ahora que podía, haciéndole todo el daño que le fuera posible. Pero ha caído en su propia trampa y, sin pretenderlo, se ha enamorado de él. Por eso me preocupo por ella, en el fondo me da lástima, porque presiento que va a ser un amor desgraciado.

—¿Tú crees que Óliver no se ha dado cuenta antes de lo que ella pretendía?

—Ella cree que no, pero yo no lo tengo tan claro. Y te digo más, si ahora que ya no finge, que va con él porque se ha dado cuenta de que lo quiere con locura, me dolería un montón que Óliver sepa lo que se llevaba entre manos e intente devolverle la jugada. Para Anaïs sería un golpe muy duro. Por eso te quiero pedir que intentes sacarle lo que piensa y si está jugando con ella le desaconsejes que siga por ese camino. Es una buena chica y no se merece que le hagan daño.

—Yo no creo que Óliver quiera hacerle daño, no es esa clase de persona. Él se siente muy atraído por ella, eso te lo puedo asegurar, lo único que puede estar sopesando es lo que te he dicho antes: la diferencia de edad.

—Precisamente por eso Anaïs está celosa de Olga. La ve más adecuada para él y piensa que se lo puede arrebatar, pues Olga sí sería la pareja ideal, ya que está separada y tiene cincuenta años, edad que está más acorde con los cincuenta y seis de él.

—Pero Anaïs lo que no sabe es que Óliver es a ella a quien quiere y no por ser mayor que ella diecisiete años va a dejar de quererla para liarse con otra a la que no quiere.

—Ojalá sea como tú dices. Aunque el futuro de los dos sea impreciso, el presente estoy segura de que es maravilloso para ambos. O al menos para Anaïs.

—Bueno, pues dejemos que el tiempo nos ponga al corriente de lo que ocurre. Y deseémosles suerte.

A la hora prevista, el autobús salía de Cáceres rumbo a Plasencia. Los ocupantes charlaban entre ellos de lo bien que lo habían pasado y ya cerca del destino, Olga informó mediante el altavoz sobre las noticias que tenía del hospital: Enrique se recuperaba aceptablemente, aunque tendría que permanecer ingresado ocho o diez días más antes de poder regresar a

Águilas. Agustina le había comunicado que un día después llegarían su hijo y su nuera para quedarse uno de ellos acompañándoles. Ella también se quedaría allí hasta que le dieran el alta y probablemente su hijo, si todo iba bien, regresaría a Águilas por motivos de trabajo. Todos se alegraron de las noticias y hubo alguien que la instó a que les explicara algo más de lo que sabían sobre Óliver, a lo que ella le contestó que suponía que al día siguiente este formaría parte de nuevo de la excursión prevista y todos tendrían ocasión de preguntarle a él directamente lo que quisieran saber. A continuación, el chófer se hizo con el micro y les puso al corriente sobre las previsiones del día siguiente.

—Como a raíz del accidente y de los cambios de itinerario que hemos efectuado no hemos seguido la ruta prevista de antemano, mañana iremos de nuevo a Navaconcejo para visitar la cascada de Las Nogaledas, la cual sería triste que nos fuéramos de aquí sin haber visto o, si lo prefieren, podemos hacer otro tipo de excursión. Iríamos a Jarandilla de la Vera, donde visitaríamos su castillo, donde residió Carlos V antes de trasladarse al monasterio de Yuste. Yo me inclino por Las Nogaledas, pero dejo que decidan ustedes.

—Sí, a las Nogaledas, por favor —gritó Inés —. Ya hemos dedicado hoy el día a visitar edificios históricos, mañana podemos dedicarlo a la naturaleza. —En realidad, lo que pretendía era que Anaïs y Óliver les acompañasen, ya que ella sabía que Óliver no se perdería la excursión si se inclinaban por la cascada, mientras que lo de visitar monumentos no era precisamente lo que más le atraía. O al menos no en aquel viaje, en el que se suponía que era el Valle del Jerte lo que habían venido a ver. La mayoría de los ocupantes del autobús se manifestó de acuerdo en hacer la ruta propuesta por el chófer y apoyada por Inés, con lo que este volvió a hacerse con el micro y les confirmó definitivamente que serían Las Nogaledas el destino.

—Bien, entonces, decidido. Mañana, a las nueve, partimos. Pararemos en Navaconcejo para quien quiera tomar un café o precise ir al baño y desde allí nos vamos a Las Nogaledas. Sepan que se trata de una ruta de senderismo no demasiado exigente, con siete preciosas cascadas en el camino de ida y campos de cerezos a la vuelta. Comer, lo haremos en plan picnic durante la excursión. Pueden ustedes llevarse avituallamiento desde el parador o comprar donde vamos a parar en Navaconcejo. Allí, como ya saben más o menos lo que acostumbran a comprar los excursionistas, se lo pondrán fácil. Decidan ustedes mismos lo que prefieren.

Sobre las siete llegaban al parador, donde se retirarían a sus habitaciones para darse una ducha y bajar a cenar o salir a darse una vuelta por la ciudad quien quisiera hacerlo. Inés le propuso a Luis hablar con Óliver y Anaïs y, si estaban de acuerdo, salir los cuatro a cenar fuera y tomar unas copas.

—Por ejemplo, podemos ir a La Isla a cenar y si nos apetece, después podemos ir al Pecado a tomar unas copas y bailar, que me han hablado muy bien de ese sitio. —Lo que pensaba para sí era que no estuvieran Olga y sus amigas, a las que en caso de salir se inclinarían por el Corral Tiki Bar. Quería evitar que Anaïs se sintiera incómoda con las «brujas» presentes.

—Sí —se manifestó Luis, enseguida de acuerdo—. Me gusta la idea. Con unas copitas y unos bailecitos «cariñosos» creo que lo tendré más fácil…

—¿Más fácil qué?

—Pues qué va a ser, llevarte al huerto, cariño.

—¡Oye! ¡Mira que eres golfo, impaciente! Desde que hemos hablado de ese tema no tienes otra cosa en la cabeza.

—Joder, Inés, parece como si tú estuvieses yendo a remolque. No pretendo inducirte a lo que tú no quieras…, pero me sentiría mejor si viera que tú también lo deseas. Me veo como un niño pequeño que quiere chocolate y su madre intenta apartarlo para que no coma.

—¡Oye, que yo no soy tu madre! —le contestó Inés riéndose y cogiéndose a su brazo, acurrucándose a él—. Si yo también quiero que llegue ese momento, tontín. Y, además, sé que va a llegar.

Capítulo X

Cuando se bajaron del taxi, Anaïs y Óliver subieron a sus habitaciones para ducharse y cambiarse de ropa. A cada oportunidad, se paraban para comerse a besos. Anaïs lo frenaba para no llegar más lejos, pues temía que de un momento a otro llegara el autobús y no quería que Inés les pillara en la habitación de Óliver sin haberle dicho nada de lo que habían vivido aquella tarde bajo el cerezo silvestre. Lo que sí hizo fue llevarse cosas personales a la habitación de él, ya que tenían previsto pasar la noche juntos. Bajaron cuando oyeron al autobús llegar. Inés la cogió por la cintura y con la sonrisa sugestiva de esperar noticias interesantes, le preguntó qué tal lo habían pasado.

—¡Salserilla! ¿Por qué no me cuentas tú cómo os lo habéis pasado vosotros? —le respondió Anaïs devolviéndole la sonrisa de intriga.

—Uff, muy bien. El loco de Luis quiere que durmamos juntos esta noche, pero no sé cómo lo voy a hacer contigo en la habitación.

—Por eso no tienes que preocuparte, os dejo mi cama libre, aunque creo que con la tuya os arregláis los dos. Pero vamos a cambiar de tema, que aquí en medio de la calle no es el mejor sitio para que hablemos de ciertas cosas.

Tienes razón, vámonos para arriba y me cuentas. Por cierto, hemos pensado en salir los cuatro esta noche a cenar fuera y tomar unas copas, espero que estéis de acuerdo.

—Claro, podemos hacerlo si Óliver está de acuerdo, que no creo que ponga ninguna pega.

—Joder, tía, cómo te interesas de golpe por la opinión de Óliver, sabe Dios qué habréis estado haciendo por ahí los dos solos todo el día.

—Ya hablaremos, vámonos para arriba, pues creo que Luis le está contando cosas de vuestro viaje a Óliver y no creo que sean sobre los monumentos y las iglesias que habéis visitado. Por las caras que ponen supongo que le está explicando algo relacionado con vosotros dos... —Inés asintió con la cabeza, toda sonriente, confirmándole con el gesto que sus sospechas iban por ese camino. Después subieron los cuatro y Óliver les invitó a reunirse en su habitación para programarse. Antes de subir pidió en la recepción que les subieran a la habitación dos *vodkalemon* y dos Baileys, también con hielo, para las chicas. Sentados Anaïs y él sobre el lateral de la cama y sus amigos en los sillones, ultimaron el programa que Inés había previsto de antemano y que todos encontraron aceptable. Anaïs no se soltaba de su brazo, se acurrucaba en él como si tuviese miedo de que se alejase de ella.

—Y bien, ¿qué habéis hecho vosotros hoy? —preguntó Luis, que todavía no sabía más de

lo que Inés le había contado.

—Nada importante —le contestó Óliver, recibiendo de inmediato un pequeño codazo de Anaïs. No supo interpretar bien si le reprochaba que hubiese sido tan poco interesante para él lo que habían hecho, o le enviaba un recadito para que no dijera algo que a ella le resultara indiscreto.

—Joder, ¿tan poco atractiva ha sido la excursión? —siguió interesándose Luis.

—Sí que ha sido atractiva —le sacó de dudas Anaïs—. Hemos paseado por la ribera del Jerte, cerca de Casas del Castañar. Un entorno precioso, además, hemos descubierto un cerezo solitario en medio de los sauces con cerezas salvajes arriba en la copa. Óliver ha trepado hasta ellas y me ha cogido unos ramilletes. Estaban deliciosas.

—¡Vaya! Pues sí que habéis hecho kilómetros para comer cerezas. —Se extrañó Inés.

—Seguro que la cosa no ha quedado ahí —apuntó Luis, que intuía algo más que las cerezas. —¿No os habéis peleado ni nada?

—¡Nooo! —le respondió Anaïs—. Hemos sido pacíficos y bien avenidos. Lo hemos pactado antes de salir y lo hemos cumplido a rajatabla. De hecho, el taxista, además de creer que Óliver es médico, también ha pensado que somos marido y mujer. Igual que Mercedes, la señora que nos ha preparado avituallamiento. Ella también ha creído que somos matrimonio.

—¡Cómo iríais de amorosillos para que todo Cristo con quien os habéis cruzado pensara que sois pareja!

—Dejad ya ese tema y marchaos a ducharos y cambiaros de ropa si queréis que salgamos a cenar —les dijo Óliver a Inés y a Luis.

—Sí, vamos, ya hablaremos durante la velada. Anaïs, vente conmigo, aunque tú ya estás lista, pero quiero que me aconsejes qué me pongo.

—¡Umm! Luis, prepárate, que Inés quiere seducirte —bromeó Óliver.

—Pero si ya me tiene más que seducido. Se ponga lo que se ponga, para mí siempre está guapa. —Cuando las dos mujeres salieron, Luis todavía se quedó un ratito con Óliver.

—Oye, tío, necesito que me eches una mano.

—¿Otra más? Joder, tío, si estoy haciendo todo lo que puedo y un poco más para ayudarte. Estoy metiendo a la pobre Anaïs en un laberinto solo para apartarla de vosotros.

—Yo creo que ella se encuentra muy a gusto perdida en ese laberinto. Y tú…

No me vayas a decir que solo lo haces para hacernos un favor. Te gusta un montón, no lo niegues.

—No lo niego. Si no me gustase no estaría haciendo de mamporrero por mucho que te aprecie. Pero ella no es mujer solo para pasar un buen rato, es una chica estupenda en todos los sentidos y no quiero que una posible aventura durante unos cuantos días termine haciéndole daño.

—Justo lo que Inés piensa, pero ella ya no es una niña como para no saber hasta dónde puede llegar.

—Así debería pensar yo también, sin embargo, pienso más en ella que en mí mismo.

Aunque para serte sincero, hoy no he pensado para nada en lo que pueda sobrevenir. He pensado solo en nosotros dos, en lo bien que nos lo estábamos pasando y en lo mucho que la deseaba.

—¡O sea, que te la has tirado, cabronazo!

—No hables así, capullo. Lo dices como si yo solamente hubiese buscado el polvo y no ha sido así.

—Vale, rectifico. ¡Habéis hecho el amor! —Óliver, sonriendo, movió la cabeza como no entendiendo del todo la insistencia de Luis por saber qué había pasado. Sin embargo, entendió que por mucho que él intentara ocultar la verdad, Inés se la iba a sacar a Anaïs. Y, además, lo más tarde cuando volvieran de cenar y las copas, todo iba a quedar de relieve con el cambio de habitaciones, así que creyó más sensato dejar de andarse con tapujos.

—Sí, Luis, nos hemos amado como si no existiese un mañana y esta noche dormirá conmigo, así que tienes la habitación de Inés a tu disposición. Pero una cosa te quiero dejar clara: lo que ha pasado entre ella y yo ha ocurrido porque los dos hemos querido que ocurriera. No pienses que lo he buscado con la única intención de echar un polvo. Eso, con cincuenta euros lo puedes arreglar. Seguro que aquí en Plasencia no faltan puticlubs donde ir si lo que necesitas es desahogarte. Lo hemos hecho porque nos hemos enamorado. Tanto ella de mí, creo, como yo de ella. Y ahora, lárgate a ducharte, que van a estar ellas listas antes que tú.

—No, si que ella está enamorada de ti ya lo sabíamos Inés y yo. Lo que no sabíamos es que tú también estuvieses enamorado de ella.

—Pues ya lo sabes, salsero. Venga, ¡esfúmate!

Inés, por su parte, en cuanto entraron en la habitación, cogió a Anaïs del brazo y entró de lleno en el tema.

—¡Te lo has follado, pellejo!

—Ains, Inés, qué maneras tienes de decir las cosas. Lo quiero más que a mi vida y sí, me he acostado con él. No he podido evitarlo… ni tampoco he querido. Él también me ama, me lo ha dicho y yo le creo. No es la persona que yo siempre había creído que era. Tengo cristalinamente claro que no me está engañando, que está enamorado de mí y que no va con intenciones de hacerme daño, como yo he ido con él durante todo el tiempo.

—Eso es lo que tú pensabas, pero en realidad no lo odiabas, lo deseabas.

—Sí, tengo que darte la razón, estaba equivocada y ahora lo sé. Lo que no sé es lo que va a pasar conmigo.

—Deja que el tiempo decida por ti. No te atormentes pensando en qué pasará y disfruta el momento que estás viviendo junto a él. Pero a ver, dime qué me pongo para que Luis me vea como a él le gustaría. —Anaïs no pudo evitar soltar una carcajada.

—Pero Inés, si Luis te quiere a ti, no al vestido que te pongas. Le vas a gustar igual te pongas lo que te pongas. Anda, ponte ese de flores lila, que pareces una colegiala con él.

—Vale, me lo pongo. A mí también me gusta. Y respecto a Luis, tienes razón, el golfo está

que no vive desde que le he dejado entrever que probablemente me acueste con él esta noche. Me tienes que dar algunas lecciones sobre lo que has hecho tú para que Óliver…

—¡Jajajá! Pero si no he hecho nada, ha sucedido todo sin proponérnoslo. Ni siquiera me he vestido con ropa atractiva, como estás haciendo tú, aunque tengo que admitir que le ha gustado como iba vestida, se lo he notado al vuelo esta mañana, cuando me ha visto aparecer con ropa de excursión.

—Bueno, pero si no lo teníais previsto, cuéntame al menos cómo ha sucedido. Tengo curiosidad por saberlo.

—¿Curiosidad, tú? ¡Qué novedad! Pues chica, ha surgido y ya está. Habrán sido las cerezas. Cuando las ha cogido me las ha ido poniendo una a una en mi boca y… Bueno, ese ha sido el principio de todo lo demás. Sin casi darnos cuenta estábamos besándonos, acariciándonos y quitándonos la ropa mutuamente, dándole rienda suelta al deseo…

—¡Uff, qué romántico! Parece de novela, y… ¿Es bueno haciendo el amor?

—Joder, Inés, ¡para ya! Al final me vas a sacar el hígado, tía. Pues claro que es bueno, ¿acaso es malo en algo? Ya nos ha demostrado con creces que es bueno con todo lo que hace. ¿Qué más tiene que hacer el hombre para demostrarnos que es súper?

—No, no, si a mí no me tiene que demostrar nada. Yo ya intuí que era muy, muy bueno en todo cuando lo vi la primera vez. Y me faltaba ver lo que vimos ayer en Los Pilones… Que, por cierto, ¿no sería eso lo que te hizo cambiar de opinión sobre él? Tú no te veías, pero estabas de impresionada que parecías no creer lo que estabas viendo. Y si te hubieses visto limpiándole la sangre de la cara… Chica, a nadie se le escapó lo colada que estabas por él.

—Venga, corta ya tu rollito macabeo y vamos a reunirnos con ellos. Estoy impaciente por ver la cara que pone Luis cuando te vea aparecer vestida de quinceañera. Eso si no se han aburrido de esperar y se han ido solos.

—¡Jajajá!, Anaïs, Luis no da hoy un paso sin mí. Y el otro…, bueno, después del sobo que le has pegado…, no sé yo. Pero no creo que esté con ganas de irse de marcha sin ti.

—¡Qué mala eres, bruja!

Poco después se reunían los cuatro en la puerta del parador, donde tanto Luis como Óliver adularon a Inés con elogios de asombro por lo guapa que se había puesto. Óliver le pasó el brazo por la cintura a Anaïs, apretándola contra sí, dándole a entender que también ella estaba muy guapa, aunque inmediatamente la soltó para evitar habladurías de sus compañeros de viaje, por si alguno de ellos los observaba. Anaïs miraba disimuladamente a su alrededor, temerosa de que Olga apareciera por alguna parte y les preguntara a dónde iban. No le hacía ninguna gracia informarla de los planes que tenían por si se le ocurría sumarse a ellos.

—Venga, vamos, que hasta La Isla hay un buen trecho —dijo apremiándolos a salir rumbo al restaurante—. Y además tengo apetito, los bocadillos de la señora Mercedes empiezan a pedirme reposición.

—Venga, vamos —la apoyó Óliver bromeando—. Mi chica se me muere de hambre y eso

no lo puedo permitir. —Acto seguido salieron dando un paseo hasta llegar a La Isla, donde se acomodaron en la amplia y acogedora terraza, pues el clima era ideal para sentarse en el exterior. Se pidieron distintos platos de la bien surtida carta y una botella de Marqués de Cáceres tinto, de la que dieron buena cuenta a lo largo de la cena. De hecho, estuvieron a punto de repetir con una segunda, pero como querían ir de copas después, decidieron no abusar del vino, así que tomaron los postres, un café ellos y un té ellas, y se dirigieron al bar de copas El Pecado, que no quedaba muy lejos del restaurante.

El ambiente era bastante movido y mixto en cuanto a la clientela. Había gran cantidad de gente joven, pero también gente mayor, principalmente excursionistas de otros grupos que, como ellos, hacían la ruta del Jerte. Anaïs recorrió el local con la mirada, asegurándose de que Olga y sus amigas no hubiesen tenido la misma idea que ellos y se sintió aliviada al comprobar que no estaban. Tampoco vio que hubiese nadie de sus compañeros de viaje, con lo cual se sentía más libre para coquetear con Óliver sin que surgieran críticas al día siguiente. Luis también abrazaba a Inés por la cintura mientras bebían la consumición y hablaban. Se le notaba impaciente y Anaïs le hacía a Inés un guiño de complicidad de vez en cuando. Un *disc-jockey* pinchaba canciones para todos los gustos y los cuatro se pusieron a bailar. Anaïs, sonriente, le hacía señas a Óliver con los ojos para que observara lo enamorados que se les veía a sus amigos. Ellos también se apretujaban bailando, queriendo sentir el latido de sus corazones mutuamente. Óliver le mordisqueaba la oreja disimuladamente y ella le ofrecía los labios para que la besara sin escandalizar demasiado a las parejas de gente mayor que bailaban junto a ellos. Tras bailar varias piezas regresaron a la barra y se pidieron nuevas copas. Óliver tenía a Anaïs abrazada por la cintura, mirándose en sus preciosos ojos, cuando notó que alguien le daba unos golpecitos en el hombro. Sorprendido, ya que no conocía a nadie entre el público, se giró. Inesperadamente, se encontró con una sonriente y simpática Noa, la chica que le había ayudado a rescatar a Enrique el día anterior en Los Pilones.

—¡Hey, qué pequeño es el mundo! —Exclamó Óliver soltándose de Anaïs para saludar a la chica con dos besos en las mejillas—. ¿Cómo es que estás por aquí? Pensaba que solo estabas de paso.

—Hemos venido un grupo de amigos, los que me acompañaban ayer, a pasar unos días por aquí, recorriendo el valle. En el hotel nos han recomendado este sitio para tomar unas copas y bailar un poco. Y tú, ya veo que estás con tu mujer. —Se dirigió a Anaïs, presentándose con dos besos por ambas partes—. Me llamo Noa. Aunque ya nos vimos ayer, no sabía que fueses la mujer de Óliver.

—Anaïs, encantada. No, ayer no fue un día muy adecuado para hacer presentaciones.

—Tu marido nos dejó a todos sorprendidos. ¡Qué suerte tuvo ese hombre de que él estuviera allí!

—Sí, tuvo mucha suerte. Fue un momento dramático, pero al final todo salió bien. Yo lo pasé fatal, pero lo doy todo por bueno con que el hombre salvara la vida. —Anaïs le seguía la conversación, pero alegrarse... como que no mucho. «Joder —pensó—, vamos intentando

esquivar a los nuestros y ahora nos encontramos con esta, que por lo que veo viene con ganas de enrollarse con nosotros. La dejaré seguir pensando que somos marido y mujer, a ver si así nos deja en paz».

Antes de que Óliver intentara aclararle a la chica que no eran pareja, se apresuró a mentir:

—Mi marido, a veces, se excede ayudando a los demás, lo de ayer se lo perdono, ya que se trataba de una vida humana, pero es que siempre es el primero que se ofrece.

—Sí, es cierto. Cuando se lanzó de cabeza a la poza nos puso a todos el corazón en un puño y su intervención posterior con el herido... ¡De diez! —Después, saludó también a Inés y Luis, que igual que a Anaïs, los había visto el día anterior, pero no había hablado con ellos. Dos chicas y un chico que la acompañaban, Noelia, Yolanda y Jaime, el chico que acudió con la petaca de ginebra que les sirvió de desinfectante en la traqueotomía, se les unieron, presentándose y pidiéndose unas copas con ellos en la barra. La conversación derivó enseguida al suceso de Los Pilones y Óliver empezó a no sentirse cómodo, aceptando con su silencio la profesión que le adjudicaban. Antes de que la farsa llegara a más y, sobre todo, antes de que sus tres compañeros cometieran el error de afianzarse en ella mintiendo, optó por informar a los chicos sobre la verdad. Un comentario de Noa le vino como anillo al dedo para aclararles que todo había sido circunstancial y que no era médico. Y es que Noa volvió a comentarle lo de la tesis que tenía pendiente y si no le importaría echarle una mano para lo cual lo llamaría por teléfono. Óliver, sabía que a Anaïs no le iba a gustar que entrara en los planes de Noa y aprovechó la ocasión para ponerla, a ella y también a sus acompañantes, al corriente sobre su improvisada intervención en el rescate de Enrique, dejándoles claro que no era médico. Lo que le fue imposible disolver fue su supuesto matrimonio con Anaïs, pues después de que ella hubiese aceptado ante Noa y sus amigos ser su esposa, no consideró ético desmentirla. Además, no podía negarse a sí mismo que la mentirijilla le agradaba.

En un momento dado, el *disc-jockey* pinchó música para bailar suelto y los nuevos agregados, cogiéndoles de la mano, tiraron de ellos para bailar los ocho en grupo. Noa, con sus veinte y algún años, se movía como una gogó, haciendo resaltar en cada movimiento las formas perfectas de su cuerpo. Era una chica realmente atractiva y sus encantos moviéndose al compás del ritmo que le marcaba la música atraían la mirada entusiasta de la mayoría de los hombres. La gota que colmó el vaso para Anaïs, que no le quitaba el ojo de encima, fue cuando se colocó de espaldas a Óliver, rozándole la bragueta con los sensuales movimientos de su culo. Él le seguía el detalle, riéndose de lo que consideraba broma amistosa y simpática por parte de la chica. Inés, que también estaba pendiente de ella y sobre todo de Luis, al que se le veía disfrutar sin remilgos del espectáculo, se le cruzaron los cables y tuvo que contenerse para no montar una escena en medio del baile. «El putón no se corta un pelo, pensó. Estos dos *salíos* esta noche, como no se hagan una paja, se van a comer una mierda. Joder, el que tanto dice amarme, si se la pudiera tirar, se olvidaba de mí sin ningún reparo, el muy cabrón».

Cuando terminó el baile de música discotequera, se volvieron todos de nuevo a la barra, donde Noa y sus amigos quisieron invitarles a una copa, pero Anaïs la rechazó de inmediato,

alegando que querían regresar al parador para estar despejados la mañana siguiente, puesto que tenían por delante una jornada dura de senderismo. Inés la apoyó enseguida, pero a Luis, sin meditar en lo que decía, se le escapó un detalle que a ellas las puso de los nervios: informar sobre el programa que tenían previsto para el día siguiente.

—Bueno, tanto como duro... Por lo que nos ha contado el chófer, no es una ruta de las más exigentes.

—¿A dónde vais? —preguntó Noa.

—Vamos a hacer la ruta de Las Nogaledas —le contestó Luis. Inés, de haber podido, le habría asesinado con la mirada.

—Ay, pues igual podemos convencer al resto de nuestros amigos y cambiamos lo que teníamos previsto. Queríamos ir a Jarandilla de la Vera, pero a mí me encantaría conocer la cascada esa maravillosa que hay al final de la ruta, según nos han contado. Y, además, sería fantástico pasar el día con vosotros. —Noelia y Yolanda, que habían advertido el escaso entusiasmo que mostraban Inés y Anaïs con el interés de Noa por cambiar de itinerario, discretamente intentaron disuadir a su amiga de sus propósitos.

—Noa, no podemos disponer nosotras de lo que teníamos planificado todo el grupo —le dijo Noelia, en lo que le apoyó Yolanda.

—No, no podemos hacer eso. Además, ¿cuándo pensabas hablarlo con los demás? Esta noche ya no los vemos y por la mañana salimos a las nueve, con lo cual no tienes tiempo material de ultimar ese cambio con ellos.

—Venga, no te preocupes, mujer —le dijo Óliver, procurando suavizar las discrepancias —. Ya tendremos ocasión de pasar otro ratito juntos en otro momento. Nos lo hemos pasado muy bien con vosotros.

—¿Y cuándo piensas tú que podemos hacerlo? —le preguntó Anaïs, mirándolo bastante seria a los ojos—, si ya pasado mañana nos vamos.

—Ah, es verdad, no lo había pensado. Pero la vida no se acaba aquí, siempre habrá una posibilidad de juntarnos en algún momento.

—No, la vida no termina aquí, salvo que alguno de nosotros resbale durante alguna excursión, se golpee mal y no estés tú para salvarlo —rio Noa—, pero permitidme que os haga una proposición.

—¿Indecente? —bromeó Luis, risueño.

—Nooo, decentita —le contestó Noa, risueña también—. Podríamos vernos mañana noche de nuevo aquí.

—Joder, eso está hecho, choca esos cinco, guapa —le confirmó Luis, extendiéndole la palma de la mano, que la chica, mostrándose muy contenta con la decisión, chocaba con la suya. Después se despidieron con besos y abrazos. Noa, animada con las copas que se había tomado, se enganchó al cuello de Óliver y le dio un montón de besos, entre ellos alguno que otro en la boca. Él, riendo, intentó que el hecho no trascendiera más allá de una mera broma. Anaïs no lo asimiló como tal.

Apenas salir del local, las dos mujeres se cogieron del brazo y caminaron con paso rápido unos metros por delante de ellos. Inés volvió la cabeza y expulsando mala leche por todos los poros de su cuerpo, casi les gritó:

—Mañana, con nosotras no contéis para venir a putear con las niñatas. Y esta noche Anaïs duerme donde le corresponde, o sea, conmigo.

—Ay, niña, no te lo tomes todo a la tremenda, joder, hemos estado de broma y nada más —casi le suplicó Luis. Ella no le contestó, siguió caminando rápido, ignorándolo.

—Macho, la hemos cagado —le dijo Óliver—, la cosa no pinta nada bien, veremos cuando lleguemos al parador qué panorama tenemos.

—Pues el que tenemos ahora mismo, maldita sea, estas no cambian de parecer en media hora, así que te puedes ir preparando: tú, a dormir solo y yo, con Pablo.

—Bueno, veremos lo que pasa —le contestó Óliver.

Una vez en el parador, subieron los cuatro juntos, las acompañaron hasta la puerta de la habitación y ellas hicieron ademán de entrar de prisa y dejarlos a ellos fuera, pero Óliver se adelantó a la jugada. Rápido, cogió a Anaïs del brazo y la retuvo junto a él.

—Anaïs se viene conmigo —les dijo en tono imperativo. Al mismo tiempo daba un empujón a Luis y lo colaba en la habitación, dando un tirón de la maneta de la puerta, cerrándola y dejándolos solos a los dos. A continuación, con Anaïs cogida de la mano y casi tirando de ella que, aunque levemente, se resistía a seguirle, la llevó a su habitación. Abrió la puerta y sin forzar, pero acompañándola con la mano sobre su espalda, la hizo pasar. Cerró la puerta tras sí y por la espalda la abrazó por la cintura apoyando la barbilla en el hombro de ella para preguntarle con voz suave y sin enfado:

—Pero, chiquilla, ¿qué os ha pasado? Si estábamos en plan de broma. ¿No te habrás puesto celosa porque haya estado simpático con esas chicas? Si las tres podrían ser mis hijas.

—Es que tienes una forma algo rara de divertirte con «tus hijas». Y la Noa esa, desde luego no te ve precisamente como a un padre.

—¡Ui, ui, ui!, no creía que fueras tan celosa y menos con un abuelo como yo.

—Pues, ¿sabes qué? Yo nunca he sido celosa. Los celos me los despertaste tú ya en Toledo con aquellas niñatas. —Óliver la besuqueó en el cuello, apretándola con cariño.

—No tengas celos de mí, corazón. No hay mujer ahora mismo sobre la faz de la tierra por la que me pudiera sentir atraído estando tú conmigo. —Ella giró la cabeza para encontrar su boca y todo el rencor que creía tenerle unos minutos antes, de golpe se convirtió en pasión. Sin dejar de besarse se dejaron caer en la cama, alrededor de la cual empezaron a caer prendas de vestir y ropa íntima de las que se iban despojando. Y como diría Joaquín Sabina en su canción… *Y nos dieron las diez y las once… Y desnudos al amanecer, nos encontró la luna.*

La mañana siguiente, a Anaïs la despertó el móvil con una llamada de Inés diciéndole que ella y Luis ya bajaban a desayunar.

—¿A desayunar ya? —se sorprendió Anaïs—, pero… ¿qué hora es?

—Son casi las ocho, guapa, ¡no me irás a decir que estáis todavía encamados!

—Pues... sí, no nos habíamos dado cuenta de la hora. Bajad vosotros, que yo voy a nuestra habitación a ducharme y arreglarme un poco para el viaje y dejo aquí al «doctor», que se prepare él en su habitación. Esperadnos abajo.

—¡Ay, la madre que os parió! ¿Qué habréis estado haciendo toda la noche para estar todavía durmiendo?

—Dormir y callar, dormir y callar... Lo mismo que vosotros, *malpensá*. Venga, déjame a ver si puedo despertar al «médico». —Óliver, al escucharlas hablar, se había dado la vuelta en la cama y se cubría la cabeza con la almohada. Entre despierto y dormido, le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Son casi las ocho y tenemos que ducharnos, prepararnos para la excursión y desayunar todavía. Inés y Luis ya van para abajo.

—¡Joder, qué apreturas! —refunfuñó él con pocas ganas de levantarse.

—Eso te pasa por dedicarle tanto tiempo al reconocimiento de tu paciente, «doctor». Anda, despéjate y cuéntame algo sobre los avances del diagnóstico.

—Voy haciendo progresos, pero todavía estoy en ello. Quédate en la cama y seguimos investigando.

—¿Y dejamos que se vaya el autobús sin nosotros? —le dijo ella sonriente y apoyando medio cuerpo sobre su hombro.

—¡Sí, que se vaya! —le propuso él medio dormitando, a lo que ella soltó una carcajada.

—¿Y te vas a perder las cascadas de Las Castañedas por culpa del trabajo?

—Joder, me lo pones difícil, no me gusta dejarme las cosas a medias.

—Venga, luego, cuando volvamos, sigues con la investigación. Pero cuéntame primero algo sobre lo que ya hayas descubierto.

—Bueno..., he descubierto que mi paciente es natural de Hollywood.

—¿Qué? —se interesó Anaïs, que se partía de risa escuchándole hablar con la voz entrecortada por el sueño con ocurrencias que no venían al caso, entendía ella.

—Que se ha escapado de Hollywood. Ya descubrí cuando vino a mi consulta que tenía los ojos de Liz Taylor...

—¿Y qué más has descubierto en esta última «exploración»?

—Bueno..., a ver, ¿qué he descubierto más...? Ah, sí, he descubierto que también tiene el culo de Jennifer López. —Ella lo destapó y le dio un palmetazo en el culo sin dejar de reírse.

—Venga, arriba, «explorador», yo voy al baño de mi habitación, no te vayas a dormir de nuevo, que se nos hace tarde.

—Que no, no me duermo. En cuanto has empezado a hablarme de investigación biológica me he puesto las pilas. ¿Me puedo meter contigo en la ducha?

—Ah no, de eso nada, que te voy conociendo, me voy a mi habitación, me doy una duchita y me arreglo un poco. Así te dejo este baño para ti, ¿vale?

—Vale.

Capítulo XI

Luis entró dando traspiés en la habitación de Inés mientras Óliver le cerraba la puerta a su espalda. Se quedó parado junto a la cama, con cara de sorpresa, mirándola a ella sin saber qué decir. La reacción de su amigo le había pillado desprevenido y sólo se le ocurrió, viéndola allí, seria, ante él, con gesto de no entender que se hubiera colado en su habitación de aquella manera tan improvisada, decirle con voz insegura:

—Perdona, cariño, yo...

—Tú eres un cantamañanas, eso es lo que eres. Llevas todo el día diciéndome lo mucho que me quieres, llegan esas niñatas, menean un poco el culo y adiós a ese amor que sentías por mí..., bueno, que decías sentir.

—Eso no es cierto, cariño, las chicas son jóvenes y bailan como todas las de su edad. Gusta verlas en ese plan, pero sin pensar en nada más. Estábamos entre amigos, joder.

—Ah, que no pensabas en nada más... ¡Venga ya, mentiroso!, no trates de engañarme. Si no les quitabas la vista de encima. Y, además, con esa sonrisa de bobo en la cara.

—Yo no podía verme, no sé qué cara me veías tú, pero te juro que no iba por donde tú crees. He hecho este viaje para estar contigo. ¿De verdad piensas que iba a olvidarme de ti a la primera de cambio? Ni siquiera se me había ocurrido que te podías sentir molesta.

—Estabais los dos embobados con ellas. Óliver, al menos, lo disimulaba mejor que tú. —Luis se le aproximó y la abrazó por la cintura.

—Inés, por favor, no pienses así de mí. Me haces daño. —Ella lo miró a los ojos y dejó escapar una pequeña sonrisa. Lo veía como a un niño travieso que intentaba disculparse de una metedura de pata, pero que no sabía bien cómo hacerlo.

—No vayas a ponerte a llorar, entiendo que te gusten las mujeres, pero cuando estás conmigo no admito que se te vayan los ojos detrás de las demás.

—Nooo, no voy a llorar, pero no me gusta que dudes de mí de esta forma. Yo te quiero y tú, a la altura que estamos, deberías saberlo. —Ella bajó la vista y se mordió el labio inferior, reflexionando. Pensó que en realidad no tenía sentido haberse molestado tanto y además estaba segura de que él la quería, aunque no había podido evitar que le afloraran los celos al ver cómo se divertía con las tres chicas. Sin embargo, también asumió su parte de culpa por no haber intentado ser ella quien lo hubiese entretenido con más eficacia ante lo que ella consideraba la competencia. Anaïs, sin embargo, a pesar de que era Óliver quien se había mostrado más afable con los cuatro jóvenes, no había dudado tanto como ella. Quizá porque

estaba más segura de que él la prefería a ella sobre cualquier otra. Ni siquiera había puesto gran objeción en irse con él a su habitación, donde ahora estarían reconciliándose mientras ella se debatía entre admitir las explicaciones de Luis o decirle que se marchara a dormir con Pablo. Tras meditar unos segundos, decidió optar por lo que realmente quería, ¡que se quedara!

Alzó la vista para mirarlo de nuevo a los ojos y le pasó los brazos por la nuca, ofreciéndole los labios, a los que él se lanzó como un poseso. Con el beso, prolongado, terminaron las diferencias y como si solo dispusiesen de un tiempo limitado, se dejaron caer en la cama, entregándose con cuerpo y alma el uno al otro. Después de aquella noche, las dudas sobre su futura convivencia quedaban aparcadas, olvidadas en cualquier rincón en espera de una mejor ocasión para resurgir. O quizá para siempre. Eso sería el tiempo el que lo decidiría.

Cuando se levantaron al día siguiente, tras una noche interrumpida varias veces por la llamada del deseo, Luis se retiró a su habitación para ducharse y vestirse con ropa adecuada para la excursión del día. Después volvió a recogerla a ella, que había hecho lo mismo. Antes de bajar al comedor, Inés llamó a Anaïs, sorprendiéndola todavía en la cama con Óliver. Riéndose, le dijo a Luis, tras acabar la conversación con su amiga:

—Estos están todavía como troncos durmiendo. Si no se me llega a ocurrir llamarla volvemos esta tarde de la excursión y los pillamos aún en la cama.

—¡Joder con Óliver de Dios! —exclamó él—. De Anaïs todavía lo entiendo, con su edad, pero el cabronazo de él…, con sus cincuenta y seis años y mira qué trotón está el tío.

—Toma ejemplo —le contestó ella riendo—, te faltan once años para pillarlo… A ver si has aprendido algo bueno de él.

—¡Ah, que no estás satisfecha con mi comportamiento!

—Sí, claro que lo estoy, me refiero a cuando tengas su edad.

—Bueno, tomaré nota y cuando llegue ese momento te lo preguntaré —bromeó él.

—Vale, me lo voy a apuntar —siguió ella la broma.

— Venga, vamos a desayunar y los esperamos abajo. Esperemos que no decidan quedarse en la cama.

—No, bajan ahora —le informó Inés—. Anaïs viene para acá a ducharse y vestirse aquí, así que vete tú antes de que llegue, no vaya a ser que también estés interesado en verla a ella ducharse y cambiarse de ropa. —Lo miró con una sonrisa picarona en el semblante.

—No empieces con esas, Inés. Ya me dijiste bastante anoche sobre mis supuestos deslices virtuales. Además, Anaïs es ahora, además de tu amiga, la mujer y la novia de dos amigos míos y yo esas cosas las respeto mucho. —Le devolvió él la broma, riéndose—. Aunque observando cómo encuentras siempre a Óliver tan atractivo…, quizá no debería yo ser tan moderado en cuanto a Anaïs.

—¡Eso no te lo permito ni en broma, caradura! —le contestó ella, poniendo cara de pocos amigos.

—¡Vale, mujer! Tampoco es para que te enfades, deberías sentirte agradecida de que tu

amiguita del alma..., ¡bueno, que está buenorra la chica!

—Venga, tira para abajo y espérame allí, que como sigas en esa línea a lo mejor me lo pienso dos veces antes de dejarte dormir en mi habitación de nuevo.

—¿Dejarme dormir...? ¿Acaso me has dejado dormir esta noche? Si apenas cerraba los ojos ya estabas metiéndome mano de nuevo.

—¡Será cabrón! —Partido de risa, salió casi corriendo, como temeroso de que ella le lanzara algún trasto a la cabeza y con la puerta ya a medio cerrar tras sí, asomó la cabeza para apremiarla, riendo:

—No tardes, corazón, que sin ti no me va a sentar bien el café.

—¡Ojalá te siente como un tiro, cabronazo! —le respondió ella bajando la cabeza para disimular la risa.

Cuando bajó al bufé libre, Pablo, que no estaba en la habitación cuando él había ido a ducharse, se le acercó todo preocupado.

—¿Dónde has estado esta noche que no has dormido en tu cama? No te habrás colado en la habitación de Inés, ¿verdad? —le preguntó poniendo cara de asombro.

—Pues sí, Pablo, he dormido con ella. ¿Tiene eso algo de malo?

—Nooo, sois los dos mayorcitos para saber lo que hacéis, pero al menos me lo podías haber dicho para que no estuviera preocupado, joder, no he pegado ojo pensando que te podía haber pasado algo.

—Venga hombre, ¿qué coño me podría pasar a mí? Disfruta un poco del viaje y no estés siempre tan preocupado por los demás. Hay mujeres que están sin pareja en el grupo, búscate a alguna e intenta olvidarte de una puta vez de la que te puso los cuernos.

—Yo no sé hacer esas cosas con la facilidad que las haces tú. Ah, y otra cosa: si tú has dormido con Inés, ¿dónde ha dormido Anaïs? Porque no creo que te hayas metido con las dos en la habitación.

—No, no me he metido con las dos. Y si quieres saber dónde ha dormido ella, se lo preguntas. Yo no lo sé, ni me importa.

—¡Já! Tú sabes más de lo que me estás contando, pero vale, ya me imagino dónde ha dormido: seguro que con el médico. Cuando el pobre Alberto se entere..., Joder, ¡Qué putones son todas las mujeres!

—Pablo, ¿por qué no dejas de meter las narices en lo que no te importa? Algún día te van a parar los pies, ya verás. —En ese momento llegaba Inés y la conversación se interrumpió. Pablo la miró de reojo con cara de reproche. Ella lo ignoró totalmente para dirigirse a Luis, sonriente y cariñosa. Se cogió a su brazo y le preguntó si no se decidía con lo que iba a poner en el plato. Cuando Pablo se alejó, le preguntó a Luis al oído:

—¿Qué quería saber ese, dónde has dormido esta noche?

—Más o menos. Y le he dicho que contigo. De todas formas, con lo salsero que es, se va a enterar..., mejor que lo sepa de primera mano, ¿no crees?

—Sí, así ya tiene tema para hoy, el imbécil.

—Es un pobre hombre, a mí a veces me da un poco de lástima, no puede olvidar a su exmujer.

—Pues si no sabe hacerlo, peor para él, porque de la forma que es no la va a recuperar jamás. ¿Quién puede vivir con un hombre así?

—Lo peor de todo es que ya se está preocupando también por Alberto. Me ha preguntado que dónde ha dormido Anaïs.

—No le habrás dicho nada, ¿verdad?

—Nooo, Inés, tan bocazas no soy. Le he dicho que ni lo sé ni me importa, que se lo pregunte a ella si tanto le interesa. Aunque enseguida ha deducido que ha dormido con Óliver.

—¡Adiós! Entonces dentro de un rato lo sabe todo el grupo. Aunque muchos se lo imaginan, tontos no son y se dan cuenta de que hay algo entre ellos.

—Así es, pero es un tema que solo les concierne a ellos dos. Nosotros no podemos ir tapando bocas, que cada cual piense lo que le dé la gana.

Poco después, cuando ya casi habían terminado de desayunar, llegaban Anaïs y Óliver juntos. Ya venían preparados para desayunar y subir al autobús, que saldría un ratito más tarde rumbo a Navaconcejo. A los pocos minutos de marcha y tras haber saludado a Olga y sus amigas, que se interesaron por la ausencia de los cuatro la noche anterior en el parador, Óliver se hizo con el micro y dirigió unas palabras a todo el grupo con la intención de aclararles el malentendido que había surgido a raíz del accidente de Enrique. Había cierta confusión entre los que pensaban que realmente era médico e intentaba permanecer en el anonimato y los que apostaban por la versión real.

—Amigos, en vista de que muchos de vosotros todavía tenéis ciertas dudas sobre mi persona y para evitar confusiones, os quiero aclarar lo siguiente: no soy médico ni tampoco enfermero. Mis conocimientos sobre medicina se limitan a dos años que estuve trabajando en un hospital de Bruselas, ejerciendo una función relacionada con los quirófanos. Allí tuve la oportunidad de presenciar algunas intervenciones de traqueotomía y de ahí mi decisión anteayer de realizársela improvisadamente a Enrique, sabedor de que, de no haberlo hecho, no habría sobrevivido. Se estaba asfixiando y no cabía más que intentarlo. Soy consciente de que también habría podido salir mal, pero en ese momento sabía con toda seguridad que si no lo hacía, se moría asfixiado, una de las peores muertes que puede sufrir el ser humano. Así que sin pensarlo se la realicé lo mejor que pude o supe. Espero que lo entendáis y si alguien piensa que no obré bien, que me disculpe. Afortunadamente, él se está recuperando y parece ser que todo va a salir bien dentro de lo posible. Quería explicaros esto para que no os debatáis entre la duda de si soy médico o no lo soy. Ahora ya lo sabéis de primera mano. Y nada más, que tengamos todos un día más afortunado que el del accidente, que nadie se lesione, por favor… —Esto lo dijo con una sonrisa en el rostro—, ya que no tenemos ningún médico en el grupo.

Todo el personal irrumpió en un fuerte aplauso. Él le devolvió el micro al chófer y regresó junto a Luis. Anaïs, desde su asiento, le seguía con la mirada, lanzándole un beso con la mano.

En Navaconcejo se aprovisionaron de avituallamiento para comer y beber durante el recorrido y aparcaron junto al viejo puente de piedra que cruzaba el río, el llamado Puente Viejo, donde daría comienzo y final la ruta prevista. El chófer les informó sobre las dificultades que el recorrido podría presentar para algunos de ellos, pues el camino de ida requería una buena forma física, ya que se trataba de una ruta con tramos bastante empinados, que en ocasiones habría que superar mediante escalones de piedra y madera. No obstante, como iban sobrados de tiempo, irían despacio, parando a menudo para descansar y disfrutar de cinco maravillosas cascadas que encontrarían a lo largo del recorrido. Al pie de algunas de ellas se formaban remansos donde las truchas tenían presencia, embelleciendo si cabe todavía más las espectaculares vistas. Una vegetación impresionante de chopos, robles, alisos, castaños y cerezos les acompañaría a lo largo del camino. Para senderistas experimentados, la ruta, de algo más de cuatro kilómetros, suponía unas dos horas de andadura, pero teniendo en cuenta que para algunos, por su edad y falta de costumbre, el recorrido podía resultar exigente, aconsejó quedarse en el pueblo a los que no se sintieran con fuerzas para afrontarlo. Un par de parejas optaron por hacerlo, pero la mayoría decidió disfrutar de la aventura. Una vez decidido, el grupo de los más atrevidos inició la salida, cruzando el Jerte por el citado Puente Viejo y siguiendo por su margen izquierdo hasta la desembocadura de la garganta de «Las Nogaleas», como la llamaban los habitantes de la zona. Desde allí empezaron el ascenso, bordeando la garganta por su margen derecho, acompañados del constante ruido del agua saltando sobre las rocas. Ya desde el principio se escuchaba el que procedía de la primera cascada, la más importante de todas ellas, a la que llegarían poco después, no sin antes haber tenido que superar la empinada cuesta mediante los escalones que facilitaban el acceso y que no se les habían hecho demasiado duros, ya que iban siempre con la vista y los demás sentidos más pendientes del curso del arroyo y sus continuos saltos de agua que del supuesto cansancio que les originaba la subida. Durante el recorrido, las conversaciones se movían tanto sobre el panorama que se iban encontrando como sobre otros temas distintos que no tenían nada que ver con el paisaje.

Olga y sus amigas se sumaron al grupito de Óliver y les fue explicando cómo había sido la noche con Enrique y Agustina en el hospital. Los médicos habían elogiado la formidable actuación del supuesto desconocido «colega», o sea, de Óliver, al que ella, en un momento determinado, recriminó el que hubiera sido tan sincero en su mensaje hacia el grupo durante el viaje.

—Tenías que haberte callado, hombre, ¿por qué has tenido que explicarle a nadie que no eres médico?

—Porque no me gusta apropiarme de lo que no es mío —le contestó Óliver—. No me siento bien haciéndolo. —Olga se frenó en seco, poniendo cara de asombro, y abrió la boca con gesto de extrañeza para soltar una carcajada después.

—¡Vaya, me dejas patidifusa! Con que no te gusta apropiarte de lo que no es tuyo, ¿eh?

—¿A qué te refieres, que te ha extrañado tanto? —le preguntó Óliver, también algo

sorprendido.

—A nada, a nada —le contestó ella, arrepentida de haber hecho el comentario. Sin embargo, todos los demás habían entendido perfectamente que se refería a Anaïs. También Óliver lo intuía, aunque no quería creer que hubiese llegado a ese punto en presencia de los demás.

—¡Uy, qué cosa tan bonita! —Quiso Inés que cambiaran de tema, señalando con el brazo estirado la cascada a la que llegaban en aquel momento.

—¡Cierto! —exclamó Óliver—. Una maravilla de la naturaleza.

Allí mismo hicieron una pausa de casi media hora para que muchos hicieran fotos y vídeos y recuperaran algo de fuerzas. Corriendo de un lado para otro, cada uno buscaba el lugar más apropiado para grabar la caída del agua.

Anaïs, tirando con disimulo del brazo de Óliver, consiguió apartarse de las tres «brujas», arrastrando a Inés y Luis con ellos.

—¡Qué cara más dura tiene la tía! —comentó cuando Olga ya no podía escucharla—. No se corta un pelo, la hijaputa.

—A palabras necias, oídos sordos —le respondió Inés—. Y vosotros dos —dijo dirigiéndose a Óliver y Luis—, cuidadito de no comprometeros para esta noche con esos bichos.

—Si es lo que está buscando, ¿qué te crees? —saltó Anaïs—. Esa zorra va detrás de cazar a este como sea. ¡Qué morro tiene, la muy pellejo!

—Anaïs, cariño, deja de preocuparte por eso. Yo solo me dejo cazar cuando quiero que me cacen y en este momento me siento muy a gusto como estoy, así que olvida tus temores y disfruta conmigo de esta maravilla de panorama que tenemos delante. —La cogió de la mano y la atrajo hacia sí, dándole un fuerte y cariñoso apretón.

—¡Eh, eh!, no vayáis a empezar a besaros, que hay moros en la costa —les previno Inés, riendo.

—¿Besarnos? No lo había pensado, pero la verdad es que me apetece —le contestó Óliver bromeando, aunque de inmediato se apartó de Anaïs para no llamar la atención ante los curiosos.

Pasado un tiempo, en el que se recuperaron del esfuerzo de la subida e hicieron fotos y vídeos de la impresionante cascada, reanudaron la marcha hasta alcanzar la próxima, donde volvieron a hacer otra pausa algo más corta que la primera. Algunas personas mayores necesitaban recuperar el aliento, pues aunque los tramos empinados eran cortos, algunos necesitaban un respiro más a menudo que otros más jóvenes y más acostumbrados a andar por terrenos accidentados. Y así sucesivamente, haciendo paraditas para descansar en cada cascada de las que iban encontrando a su paso, ascendieron hasta alcanzar la última de ellas prevista en el recorrido. Allí se detuvieron casi durante una hora y aprovecharon para alimentarse en plan picnic con lo adquirido en Navaconcejo. En grupitos, se fueron acomodando en los sitios más apropiados para ello, aunque estaban tan cerca unos de otros

que podían entablar conversaciones entre sí. A los amantes de la naturaleza aquel momento les resultaba de una indescriptible belleza. Rodeados de una vegetación de ensueño y el agua resbalando bravía sobre las rocas, era algo que la mayoría de ellos nunca había tenido ocasión de presenciar. La resonancia del agua al caer la percibían como una fantástica música de fondo, aun cuando a menudo tenían que alzar la voz para entenderse.

—Te lo estás pasando pipa, tío —le dijo Luis a Óliver, al que veía absorto, disfrutando del lugar.

—¿Tú no? —le preguntó Óliver.

—Pues claro que sí, hombre, si yo, estando con mi cielo —le pasó el brazo por los hombros a Inés para que no hubiese dudas sobre a quién se refería—, me lo paso de muerte en todas partes. Creo que los cuatro hemos acertado de pleno con esta excursión.

—Sí —exclamó Anaïs—. Esto es una maravilla. —A Óliver le habría gustado abrazarla como hacía Luis con Inés, pero se mantuvo moderado, no queriendo ponerla en evidencia ante los demás. De alguna forma eran ellos dos la diana de todas las miradas y ambos sabían que aquello no quedaría allí. Lo más tardar cuando regresaran a Águilas, a Alberto no tardarían en llegarle comentarios. A Óliver, en cuanto a él mismo, le importaba un bledo. No conocía a Alberto y no tenía por qué sentir ningún remordimiento por lo que había ocurrido entre Anaïs y él, sin embargo, sí que estaba preocupado por ella, aunque intentaba disimularlo. En su interior buscaba constantemente una solución al problema que se les avecinaba. Su puerta estaba abierta de par en par si ella decidía separarse de su marido e irse a vivir con él, pero sabía lo difícil que le iba a resultar separarse de un hombre que la quería y se portaba como buen marido y buen padre. Y además estaba su hija, una adolescente de quince años que tendría que enfrentarse a la separación de sus padres, a los que todavía necesitaba unidos. Anaïs todavía no le había hecho comentarios al respecto, pero él sabía que también ella estaba preocupada por el asunto, que se encontraba ante una situación muy complicada y que no tardaría en pedirle ayuda para salir del atolladero en el que se había metido.

«Lo tienes complicado, chaval —se dijo a sí mismo—. Ya le hiciste mucho daño una vez, cuando todavía era una niña; tienes que tener mucho cuidado en no volvérselo a hacer. Así que empieza a pensar en la solución del problema y no dejes que sea ella quien la tenga que buscar sola».

Tras haber terminado la pausa, cruzaron mediante una pasarela de madera al extremo opuesto de la cascada. Al hacerlo pudieron verla de frente en todo su esplendor. El agua les salpicaba en diminutas gotas esparcidas por el aire y todos se detuvieron todavía unos minutos para disfrutar del espectáculo natural que tenían delante. Después emprenderían el camino de regreso por el margen derecho de la garganta. Este se realizaba casi en continuo descenso, lo cual significaba un gran alivio para aquellos que habían tenido más dificultad en la escalada. Algunos tramos se separaban cierta distancia del lecho del arroyo, introduciéndose en sectores cuya vegetación principal era el cerezo. Anaïs cogió a Óliver por el brazo y le señaló con el dedo la fruta madura que pendía de los árboles.

—Mira, son preciosas. Y tienen que estar riquísimas —le dijo mirándole de reojo y sonriente, insinuándole que le venían a la mente las de otro momento vivido un día antes.

—Sí, si quieres nos quedamos aquí y te cojo unas cuantas —le contestó él, riendo con segundas.

—Nooo, que igual les da envidia a los demás y se quedan todos. Mejor seguimos en grupo —bromeó ella, aprovechando que iba cogida a su brazo para ceñirse cariñosamente a su costado.

—¡Eh, eh, vosotros! —les llamó Inés, que caminaba junto a Luis tras ellos. —A ver si montáis un espectáculo, que os veo muy enamorados.

—Le estoy proponiendo a Anaïs quedarnos aquí y echar una siestecita en el cerezal —le respondió Óliver, girando la cabeza hacia ella con una sonrisa picaresca en la cara.

—De eso nada. Vosotros regresáis con nosotros a Plasencia —saltó Luis—. ¡No sabía yo que las cerezas fuesen afrodisíacas!

—Ains, Luis —le recriminó Anaïs en broma—, tú siempre con el sexo en la cabeza.

—Chicos, dejad el tema —les instó Óliver —. Hay gente que quizá tenga mejores oídos de lo que pensáis.

—Es verdad —le apoyó Anaïs—. Pensamos que no nos escucha nadie y posiblemente se estén quedando todos con la copla. —Después, ya en voz baja, le susurró a Óliver—: ¿Qué vamos a hacer esta noche? ¿Nos quedamos en el Parador o piensas salir con los chicos de anoche?

—Tú no te lo pasas muy bien cuando nos juntamos con más gente —le contestó él, también en voz baja—. ¿Te gustaría que saliésemos solos a cenar? Vamos siempre con escolta, yo tengo ganas de salir contigo los dos solos y hablar un poco de nuestras cosas, ¿te parece bien?

—Claro, me parece estupendo, pero ¿cómo lo hacemos? Si nos vamos los dos solos las habladurías se dispararán y además están Inés y Luis. Si nos vamos sin ellos, aparte de que no sé si lo van a encajar bien, la gente enseguida lo va a notar y ya sabes..., las críticas surgirán de inmediato.

—Eso tiene arreglo —le contestó él—. Hablaré con Luis. Yo quiero visitar a Enrique cuando volvamos, tú te puedes quedar con Inés descansando un ratito del ajetreo de hoy y yo, desde el hospital, me quedo en el centro y os espero a los tres. Allí nos separamos, nosotros nos vamos a cenar a algún sitio donde no haya «moros en la costa», como dice Inés, y ella y Luis, que se busquen otro sitio distinto. Seguro que a ellos también les apetece estar solos para hablar de sus cosas.

—No es mala idea, pero tú sabes que a Luis le encanta que estés tú.

—Con él hablo yo, me debe algunos favores y no creo que por una vez que le pido yo uno se oponga.

—¿Qué favores te debe? —le preguntó reteniendo un poco el paso y mirándole algo sorprendida.

—Ahora eso no viene al caso, no es nada importante —le contestó él, arrepentido de su comentario.

Terminado el recorrido, en el que habían empleado casi cuatro horas, regresaban al Puente Viejo, donde subieron al autobús para regresar a Plasencia. En el trayecto de vuelta pararon en el restaurante Cerezal del Jerte, donde degustaron una excelente tarta del lugar, acompañada de café con leche, té y algunas otras bebidas.

Tras bajar del autobús en el parador, todos se retiraron a sus habitaciones. Anaïs se fue a la suya con Inés, y Óliver, tras darse una ducha y cambiarse de ropa, pidió un taxi y se marchó al hospital a despedirse de Enrique y Agustina. Allí conoció a Ginés, el hijo del matrimonio, y a su mujer, Doris, que habían llegado aquella mañana desde Águilas. Ambos le mostraron su agradecimiento sincero y le informaron de que él regresaría el domingo a casa para reincorporarse el lunes al trabajo. Doris se quedaría acompañando a Enrique y Agustina durante su estancia en el hospital y regresaría con ellos cuando le dieran el alta a su suegro. Agustina le preguntó por Anaïs, a lo que Óliver le dijo que, con la intención de partir al día siguiente para Sevilla y tras el día de excursión bastante exigente que habían tenido, probablemente no habría podido ir a verles. La disculpó, mintiendo con que él tampoco le había dicho que pensaba pasarse por el hospital. Doris lo observaba con gesto de intriga disimulada, mientras él le respondía a su suegra. Esta, durante un paseo que habían dado las dos durante la mañana, sin intención de hacer daño, la había puesto al corriente sobre la gran amistad que parecía haber entre Óliver y Anaïs, lo cual le suscitaba el temor de que hubiese algo más que amistad entre ellos.

—¿Piensas que tal vez tengan una relación sentimental? —le había preguntado Doris.

—Yo no lo sé, hija, pero van juntos a todas partes. Y si vieras cómo se comportan… Yo diría que están enamorados el uno del otro.

—¿Tú crees? Si ella y Alberto se llevan muy bien. A mí me cuesta creer que Anaïs le haga algo así a su marido, con lo bueno que él es. Sería imperdonable. ¿No estarás equivocada?

—Ay, hija mía…, Óliver, aunque es algo mayor que ella…, es un hombre muy atractivo. Yo no sé lo que hay entre ellos, pero me temo que sí que hay algo. El amor, cuando llega, no tiene miramientos con nadie. Llega y ya está. Ojalá y me equivoque, pero con mi edad hay ciertas cosas que no pasan desapercibidas.

Tras un buen rato de charla se despidieron con una serie interminable de abrazos y besos y con la promesa de verse de nuevo en Águilas, donde querían invitarle a comer un día con ellos. Después, Óliver se fue dando un paseo hasta la Plaza Mayor, donde se sentó a tomar una cerveza en espera de que llegaran Anaïs, Inés y Luis.

Mientras esperaba recibió una llamada de Noa, preguntándole si se verían en El Pecado aquella noche. Óliver le dijo que había prometido a su mujer sacarla a cenar fuera, ya que era la última noche que pasarían en Plasencia. La chica le propuso que se unieran a ella y sus amigos después para tomar unas copas juntos y despedirse, pero él, algo diplomático, se excusó con que habían tenido un día muy movido y querían retirarse a descansar tras la cena.

—Por cierto, por tu acento deduzco que eres sevillana, ¿no es así? —le preguntó Óliver.

—Bueno..., casi. Soy de Mairena del Alcor, pero como voy a la universidad en Sevilla, comparto un piso allí con los tres que me acompañaban anoche en El Pecado. Aunque mi pueblo está solo a poco más de treinta kilómetros de la capital, con el tráfico de Sevilla es más práctico vivir allí que desplazarse cada día desde el pueblo.

—¡Ah, que eres de Mairena del Alcor! Un pueblo muy bonito.

—¿Es que lo conoces?

—No, no lo conozco, pero siendo tú de allí, tiene que ser un pueblo precioso.

—¡Oliver, ¡jajajá!, ¡tienes cada cosa!

—Además, eres también más independiente viviendo sin la constante vigilancia que suelen ejercer los padres, ¿verdad?

—Sí, eso es cierto. No es que mi familia tenga hábitos de la vieja usanza, pero con mis veintitrés años..., bueno, siempre se siente una más cómoda cuando no tienes que darle explicaciones a nadie de lo que haces o dejas de hacer.

—Claro, eso lo entiendo. Los padres siempre están preocupados por dónde se mueven sus hijos. Sobre todo cuando están en una edad como la tuya, en la que una chica tan guapa como tú seguro que no pasa desapercibida entre los chicos —le dijo Óliver.

—Bueno, los míos, en ese aspecto, son bastante tolerantes. Pusieron muchas objeciones cuando hace un tiempo estuve viviendo en pareja con un compañero de estudios. Después optaron por dejarme en paz.

—¿Ya no estás con él?

—No, nuestra relación duró poco más de un año, después decidimos dejarlo. Él estaba enganchado a la coca y, cuando lo descubrí, primero intenté ayudarle a salir, pero me mentía como un bellaco y cuando vi que no lo conseguía, decidí apartarme de él. Todavía sigue intentando volver, pero yo sé que no tiene sentido. Además, ya no podría volver con él, he dejado de quererlo y me sería imposible retomar lo nuestro.

—Lo siento mucho, chica, pero creo que hiciste muy bien apartándote de él, ¿sabes? Cuando alguien que es adicto se niega a colaborar para dejar de serlo, es muy difícil poderle ayudar.

—Sí, tienes toda la razón. Si el afectado no colabora, es imposible poder ayudarle. La única solución es un centro de rehabilitación, pero para hacerle ingresar necesita estar de acuerdo, si no lo está es perder el tiempo, porque a la primera ocasión que tenga, volverá a enganchase.

—En fin, ya verás como algún día se cruza alguno en tu camino que te hace feliz a su lado. Te lo mereces y te lo deseo de todo corazón.

—Gracias, Óliver. De momento solo pienso en terminar mi carrera y poder trabajar. Para lo demás hay tiempo.

—Claro que sí. Los hombres, a veces, solo acarreamos problemas.

—Ay, no digas eso. Tú, por ejemplo, estoy segura de que no acarreas ningún problema a Anaïs. No puede disimular que te quiere con locura. Creo que anoche, en El Pecado, se la

recomían los celos cuando bailabas conmigo, ¿a que sí?

—¡Jajaja! Eso no lo sé, pero... es que eres una chica muy guapa. Si yo la hubiese visto a ella bailando con un tío bueno quizá tampoco me habría sentido demasiado cómodo.

—Te creo, ella también es muy guapa, así que estáis empatados. Pero yo la entiendo, eres un tío de bandera.

Quedaron en mantener contacto y quizá alguna vez volverse a ver. Ella había hecho averiguaciones sobre Águilas y había descubierto que se trataba de un pueblo muy bonito junto al mar, al que algún día le gustaría visitar. Óliver la animó a hacerlo y, por supuesto, estaría a su disposición para lo que precisase. Después se despidieron, dejándole ella varios «muak» en el oído.

Capítulo XII

Al abandonar el parador Luis y las dos mujeres, Olga se les acercó, extrañada de no ver a Óliver con ellos.

—¿Dónde os habéis dejado al cuarto jinete?

—Hoy creo que cabalga en solitario —le respondió Luis, algo molesto por la curiosidad de la mujer.

—Por lo que nos ha dicho, esta noche se va de marcha con los chicos aquellos que estaban de excursión en Los Pilones —completó Inés la mentira.

—¡Vaya con el guaperas! —exclamó Olga—. No se pierde una, el tío, seguro que va más por las chicas que por los chicos. —Lo decía mirando a Anaïs de reojo, atenta a su reacción.

—¿Por las chicas? —prosiguió Inés—. Si son crías veinteañeras, ¿qué va a buscar él con ellas?

—¡Ummm! No sé yo, al guapo le gustan las jovencitas. —Lo decía con toda la intención de chinchar a Anaïs, aunque esta hacía oídos sordos. Sin embargo, ante el último comentario, no se pudo contener y dirigiéndole una mirada desafiante, le dijo:

—¿Te lo ha dicho él, que le gustan las jovencitas?

—Nooo, mujer, ¿cómo me iba a decir eso?, pero no somos tontos, todos vemos que no se junta con los que son de su edad o mayores. Se interesa más por gente más joven que él.

—Pues demuestra ser un tío listo, si le gustasen las viejas sería poco espabilado, ¿no crees? —le espetó Luis.

—Oye, guapo, que aquí en el grupo, aparte de vosotros tres, también hay gente de su edad y más joven.

—Pues tú misma te lo dices todo, eso es señal de que no es la edad lo que le condiciona que alguien le atraiga o le deje de atraer. Serán otras cosas. Venga, vámonos —cortó Luis, al que no le agradaba para nada que intentara profundizar en temas que no le concernían.

—¿Os puedo preguntar a dónde vais? —siguió Olga, que parecía no querer dejarlos ir sin recabar más información sobre lo que pretendía saber.

—Lo puedes preguntar, pero me temo que la respuesta se va a demorar. No lo sabemos, daremos una vuelta por el centro y si encontramos algo que nos guste nos quedaremos a cenar. Adiós. —Inés fue bastante cortante en su respuesta y sin esperar a más empezó a caminar seguida de Luis y Anaïs, que tras alejarse unos metros de ella, explotó, soltando todo lo que le habría gustado decir durante la corta charla.

—¡Qué bruja es la tía! ¿Qué coño le importará a ella a dónde vamos o qué pensamos hacer? ¡Vaya morro que tiene, la colega!

—¡Ni puto caso, Anaïs! Está desesperada por pillar a un tío y no soporta que el único que va en el grupo que sería un caramelico para ella se le esté escapando por culpa tuya —le dijo Inés.

Cuando llegaron a la Plaza Mayor, Óliver, que estaba pendiente de verlos llegar, les hizo señales con la mano desde la terraza donde se tomaba la cerveza. Antes de salir del parador había llamado a Luis al móvil para quedar con él en lo que había acordado con Anaïs y hablarle sobre la idea de cenar separados esa noche, a lo que Luis, algo extrañado al principio, accedió después sin poner objeciones. Incluso se mostró contento, ya que él también necesitaba estar a solas con Inés para hablar más detalladamente sobre sus planes de futuro. Anaïs, por su parte, también había puesto a Inés al corriente de lo que tenían previsto ella y Óliver. Al final acordaron proponerles a ellos ir a tomar unas copas tras la cena y regresar los cuatro juntos al parador para evitar comentarios si alguno de los compañeros de viaje les veía llegar. Así evitarían posibles habladurías sobre Anaïs. Ya en la terraza con Óliver, este les informó de que había reservado mesa para dos en el restaurante El Abuelo Mayorga, cerca de la catedral, después de haberle echado un vistazo a El Rinconcito, que también le había gustado bastante y que les recomendó a Inés y Luis. Cerca de este último se encontraba El Refugio Café Bar, que le había parecido ideal para juntarse en él tras la cena y tomar esas copas que Inés y Anaïs no querían perderse. El local, aparte de tener buen aspecto, no parecía ser el sitio donde se encontrarían con conocidos, que es lo que trataban de evitar. Óliver, dando un paseo los cuatro, les mostró los dos locales a Inés y Luis para proseguir después con Anaïs hasta El Abuelo Mayorga.

Durante el trayecto que anduvieron solos, Óliver observó que ella se mostraba algo distanciada, le seguía cogida por la cintura, pero el diálogo no era el acostumbrado. Utilizaba solo monosílabos para contestarle a los comentarios que él hacía. Cuando llegaron al Abuelo Mayorga, Óliver se dirigió a una mesa para dos que él mismo había elegido y reservado a su regreso del hospital. Estaba algo apartada de las demás y ofrecía la ubicación ideal para poder ocuparla una pareja que no quisiera ser objetivo de las miradas curiosas de los demás comensales. Mientras les servían la cena se pidieron dos martinis mezclados de *rosso* y *bianco* y Óliver le preguntó:

—¿Te ocurre algo, cariño? Te encuentro un poco seria.

—No, no me ocurre nada..., bueno, sí, para qué te voy a engañar. Le he preguntado a Inés si sabía algo sobre los supuestos favores que Luis te debía. —Él se mordió el labio inferior y bajó la vista al suelo, intuyó que Luis le había comentado a Inés por qué estaba tan interesado en que Óliver se aliara con ellos para pasar el tiempo juntos. Tras unos momentos, elevó la vista hasta encontrar los ojos de ella y le preguntó:

—¿Y qué te ha contestado Inés?

—Pues lo que tú ya sabes, que todo el interés que mostrabas en estar con nosotros era solo

por facilitarle a Luis las cosas con Inés.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá hubiese algo más, aparte de eso?

—Sí, claro que lo he pensado todo el tiempo. Pensaba que te habías enamorado de mí, pero ahora no lo tengo tan claro.

—Bien, pues yo te saco de dudas. Al principio fue así, me pegué a vosotros porque Luis me lo pidió, pero eso duró poco. Tras conocerte no pude evitar sentirme atraído por ti. Nos peleábamos cada dos por tres, hubo momentos en los que pensaba: «Que la jodan, no la vuelvo a mirar a la cara nunca más», pero luego bastaba con una sonrisa tuya para que sintiese de nuevo que solo me encontraba a gusto cuando estaba cerca de ti. La noche que nos besamos en la terraza del parador, cuando te fuiste de aquella forma tan inesperada, se me vino el mundo encima. En aquel momento supe que me había enamorado perdidamente de ti. Luego llegaron aquellas cerezas del río y, con ellas, una felicidad infinita, de la que hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Sé que lo nuestro es un amor complicado, pero no por ello te voy a querer menos. Tengo que admitirte que tengo miedo a que termine este viaje. Tengo miedo a perderte. —Mientras hablaban, como estaban sentados uno junto al otro, él le había pasado el brazo por los hombros y terminó su explicación dándole un beso en la mejilla. Ella alargó su brazo sobre las piernas de él y le cogió la mano que le quedaba libre, dándole un fuerte apretón, al tiempo que le miraba, fijando sus preciosos ojos en los de él para decirle después:

—Yo también tengo miedo, Óliver. Tengo la mente hecha un lío, no soy capaz de aclarar mis ideas. Te quiero con locura y mi situación es muy complicada. Quería pedirte ayuda para intentar salir de este laberinto, pero no me he atrevido hasta ahora. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—No te atormentes, cariño, ya se nos ocurrirá algo.

—¿Luis no te ha contado nada? —le preguntó ella.

—¿A qué te refieres?

—Bueno..., yo tampoco jugué limpio contigo al principio y Luis lo sabe porque Inés se lo ha contado. —Él se la quedó mirando con gesto interrogativo—. ¿Sabes? —continuó ella—, yo siempre había pensado que te odiaba. Cuando subimos al autobús y vi que venías tú, me dieron ganas de abortar el viaje, pero después pensé que era mi oportunidad para vengarme de ti y dejé que te aproximaras para poder hacerte daño. Sin embargo, la noche en que nos besamos por primera vez me di cuenta de que estaba equivocada, que el odio que creía tenerte era totalmente lo contrario, que me había enamorado de ti como una adolescente. O como te dije el día de las cerezas, quizá había estado toda mi vida enamorada de ti y no lo había sabido hasta aquella noche. —Él aprovechó la mano que tenía sobre sus hombros para acercarle la cabeza hacia sí y buscar sus labios, dándole un apasionado beso repleto de amor. Después se separó unos centímetros de ella y le preguntó:

—¿Luis sabe todo lo que me has contado?

—Sí, lo sabe, aunque me imagino que Inés lo habrá sentenciado para que no te contase

nada.

—¡Qué cabronazo! —se rio Óliver—. El muy «jopú» siempre instándome a que no me apartase de vosotros y resulta que estaba al corriente de tus propósitos. —Ella también sonrió ante la sorpresa de Óliver.

—El pobre no lo hacía con mala fe. Sé que te aprecia un montón, esta noche seguro que te está echando de menos.

—Yo también lo aprecio, pero me recochinea que no me contase tus intenciones.

—Pues no se lo tengas en cuenta. Igual si te lo llega a contar nos habrías mandado a tomar viento a los tres, apartándote de nosotros, con lo que lo nuestro nunca habría tenido lugar. Por ese particular deberíamos estarle agradecidos, ¿no crees?

—Posiblemente. ¡Vale, lo perdono! —rio—. Vamos a cenar antes de que el camarero nos retire los platos. —Y es que ya les habían servido la cena mientras hablaban y les habían abierto una botella de Marqués de Cáceres que anteriormente Óliver había pedido.

—Esta noche estamos los dos solos, si nos tomamos la botella entera igual nos tienen que sacar de aquí en camilla —rio Anaïs—. Aunque los médicos estáis acostumbrados a moveros entre camillas.

—Pues tomamos lo que nos apetezca. Ten en cuenta que tu médico tiene guardia esta noche y quiere tener los cinco sentidos muy finos para que no se le escape detalle de cómo reacciona la paciente. Además, están las copas con tu amiguita y el cabronazo de mi supuesto amigo. —Después degustaron la exquisita cena que el camarero les había aconsejado y tras tomar el postre continuaron con el resto de la botella. Anaïs le preguntó cómo había sido su vida junto a Monique, si la echaba de menos.

—Sí, la he echado mucho de menos durante todo este tiempo. Fue una gran mujer y una fiel compañera, fue el amor de mi vida. Cuando se fue creí que la vida también había terminado para mí, que nada tenía ya sentido sin ella. Ese fue el motivo de inscribirme en este viaje. No encontraba mi sitio en ninguna parte, no me lo pasaba bien jugando partidas de cartas o dominó con conocidos ni tampoco me interesaban las diversiones. Solo encontraba sosiego sentándome por las mañanas en la parte norte del puerto, contemplando el mar y dejando deslizarse por mi mente los recuerdos. Pero apareciste tú y todo cambió.

—¿Sientes remordimiento? Quiero decir que si te sientes culpable respecto a que haya aparecido yo en tu vida.

—Nooo, por Dios, no lo siento. Sé que si ella nos estuviese observando desde alguna parte, se sentiría contenta de verme feliz a tu lado. Estoy seguro de ello.

—Entonces es que era totalmente distinta a mí —le comentó Anaïs, acurrucándose a su costado—. Yo pierdo los estribos cuando te veo en plan simpático con otras. No lo puedo remediar.

—Pero es que tú estás viva, chica. Cuando ella vivía tampoco se sentía bien si me veía siendo agradable con otras.

—¿Era celosa? —le preguntó ella, que quería recabar más información sobre la mujer que

tanto había supuesto para él.

—Ella sabía que yo la quería. Aunque las mujeres siempre tendéis a pensar que los hombres nos dejamos engatusar con mucha facilidad y estáis en guardia continua cuando creéis tener competencia.

—¿Yo no debería estar en guardia en cuanto a esa bruja de Olga? —La pregunta iba acompañada de una mirada expectante de reojo. Óliver soltó una carcajada, divertido al verla celosilla de la enfermera.

—Tú no necesitas estar en guardia con ninguna otra mujer, cariño. A mí solo me interesa una y esa una está conmigo en este momento. —La atrajo hacia sí y la besó suavemente en los labios.

—Dime una cosa —le preguntó ella—. ¿Desde que murió Monique no has tenido ningún romance?

—No, no lo he tenido, me he nutrido de los recuerdos.

—No te creo del todo, eres un hombre muy atractivo. Incluso las jovencitas te buscan. No me puedo quitar de la cabeza la imagen de anoche, cuando Noa, bailando, te restregaba el culo por la bragueta, la muy golfa. —Óliver soltó una carcajada.

—Pero si las jóvenes bailan así, malpensada. Esa chica puede tener al que a ella le dé la gana, ¿cómo se te ocurre pensar que iba a estar interesada en ligar con un viejo como yo?

—¿Un viejo? No seas tan humilde, chico. Tú sabes de sobra que las mujeres se sienten atraídas por ti. Y sobre eso de que no has tenido ningún romance..., gustándote como te gustan las féminas..., lo veo poco.

—¡Vaya! Ahora resulta que mi chica está viendo en mí a un Robert Redford.

—Bueno..., tú me dices que según mis ojos y mi culo debo venir de Hollywood. Igual eres Robert Redford y te he conocido por allí. —Mientras le hablaba lo miraba a los ojos con una sonrisita sarcástica bailándole en los labios, siempre pendiente de cualquier reacción por parte de él. A nadie que estuviese observándoles se le podría escapar que estaban colados el uno por el otro.

—El vinillo se nos está subiendo a la cabeza, corazón. Al final terminamos borrachuzos, ya verás. Y de los borrachos no se puede esperar nada con sentido común. Igual montamos un espectáculo aquí mismo delante de todos.

—Nooo, aquí no, eso lo dejamos para cuando volvamos al parador. Por cierto, de lo que veníamos a hablar...

—Si no te importa, lo dejamos para otro día. Nos lo estamos pasando tan bien que no sería justo romper la noche con temas de preocupación. ¿O no lo ves tú así?

—Sí, claro que lo veo así, me lo estoy pasando de película y nada me gustaría más que seguir en este ambiente durante toda nuestra vida, pero sé que vienen días difíciles. ¿No has pensado en algo que nos valga a los dos?

—He pensado muchas cosas, pero ninguna de ellas va a resultar del gusto de todos. Lo dejamos para hablarlo en Sevilla, ¿vale?

En ese momento sonó el móvil de Anaïs. Era Inés.

—Luis y yo ya estamos en El Refugio. Os hacíamos a vosotros ya por aquí.

—¿Yaaa? —preguntó Anaïs sorprendida—, pero ¿qué hora es? ¿Cómo habéis cenado tan rápido? ¡Uy, pensaba que era más temprano! Vamos para allá enseguida. —Dejó el móvil en el bolso y se dirigió a Óliver, que la observaba sonriendo, consciente de que el vino le había hecho que el tiempo le pasara más rápido de lo que ella pensaba.

—Oli, cariño, nos están esperando, ¿nos vamos?

—Claro, voy a pedir la cuenta y nos ponemos en marcha. ¿O prefieres que nos larguemos sin pagar? —le preguntó riendo. Ella le dio un empujoncito en el hombro, respondiéndole.

—Nooo, que yo no tengo ganas de dormir en un calabozo esta noche, además, en esos sitios no te vas a encontrar a gusto para tus reconocimientos, doctor.

—Muy lista, mi chica. Siempre pendiente de todos los detalles. —Ambos rieron sobre sus propios comentarios y, tras pagar la cuenta, abandonaron el local, haciendo paraditas cada dos por tres para besarse hasta alcanzar El Refugio, donde les esperaban Inés y Luis. Esta les preguntó cuando llegaron:

—¿Qué habréis estado haciendo vosotros dos tanto tiempo por ahí solitos?

—Lo mismo que tú, corazón: cenar… Bueno, también ha caído una botellita de vino. —le contestó Óliver.

—No lo jures, se os nota al vuelo. Venís como cubas los dos —le contestó Inés, fingiendo estar molesta por la tardanza de la pareja.

—Ya que habéis dispuesto de tanto tiempo, al menos podíais habernos pedido algo, joder. ¡Vaya amigos que tenemos! Venga, Luis —se dirigió a este ahora—, un *vodkalemon* para mí y un Bayley con hielo para mi chica. ¡Marchando, mal amigo!

—Joder, anda que no vienes exigente tú ni na. Con la media *pea* que llevas encima y ahora el «postre»… Esta noche vas a hacer de ratita sabia: «Dormir y callar, dormir y callar».

—Lo de callar lo doy por bueno, lo de dormir… —le contestó Óliver. Inés y Anaïs hablaban entre ellas secreteándose al oído. Por las caras de risa que ambas mostraban seguro que hablaban de algo poco ortodoxo. A Óliver, observándolas, se le ocurrió hacerles una faena:

—¡Coño, pues no que acabo de ver entrar a Olga por la puerta! —Los tres volvieron la cabeza hacia la entrada del local con caras de susto y al comprobar la putada por parte de Óliver, Anaïs se lanzó a él, dándole un mordisco en los labios.

—Ni se te ocurra nombrar a esa zorra, golfo. ¿Es que quieres dormir solo esta noche?

—Nooo, solo no, que me despierto buscándote y si no te encuentro pienso cosas malas de ti.

—¿Como cuáles? —le preguntó ella abrazada a su cuello y mirándole a los ojos con su característica sonrisita picarona en el semblante.

—Pienso que me abandonas y estás comiendo cerezas por ahí con otro.

—Eso estoy segura de que no lo piensas. Sabes muy bien que las únicas que me saben a

gloria son las que me das tú a comer. —El dialogo lo cerraron con un beso apasionado que llamó la atención de todos los que se encontraban cerca. Inés apremió a irse.

—Venga, vámonos a la cama, que estos están en plan salvaje. Estoy viendo a Óliver apartando los vasos de la barra para tenderla a ella encima. ¡Vaya par! ¡Y estos son los que se odiaban a muerte, joder!

Cuando se terminaron las copas, los cuatro reemprendieron el camino de retorno al parador. No paraban de tontear durante el trayecto. Inés y Luis, contagiados, también hacían sus pinitos. Quedaban pocos transeúntes por la calle, pero de vez en cuando se cruzaban con alguno que volvía la cabeza, moviéndola como incrédulo ante el comportamiento de las dos parejas adultas, que se comportaban como adolescentes.

Ya en el parador, se separaron y se retiraron a sus habitaciones, donde tanto Óliver con Anaïs como Luis con Inés, montaron sus fiestas particulares, haciendo uso de todas sus energías y entregándose en cuerpo y alma el uno al otro como si tuviesen miedo a que el mundo se terminara al día siguiente. El alcohol que habían tomado parecía haberles proporcionado un empuje adicional que les hacía sentirse menos contenidos de lo que habría cabido esperar en circunstancias normales… Y, sobre todo, más desvergonzados.

Capítulo XIII

La salida del autobús rumbo a Sevilla se fijó en las diez de la mañana. Se tuvo en cuenta que muchos de los ocupantes habrían aprovechado la última noche en Plasencia y se habrían recogido tarde. El desayuno, antes de salir, se convirtió en un continuo chorreo. Quienes habían permanecido en el parador bajaron a la hora acostumbrada; los trasnochadores lo fueron haciendo progresivamente. Entre los últimos llegaron al bufete libre Óliver, Luis y las dos mujeres. Casi al mismo tiempo llegaban también Olga y sus amigas, que al verles se les acercaron sonriendo con cara de curiosidad.

—Anoche estuvisteis desaparecidos de los lugares de encuentro —les dijo Olga mientras se proveían de lo que cada uno se iba poniendo en su plato. —Estuvimos en varios sitios y de vosotros, ni rastro. ¡Dónde os meteríais! Por cierto, ¿visteis al guaperas por algún sitio? Porque a nosotras se nos hizo gota de agua. ¡Desaparecido en combate!

—Joder, qué mal lo pasaríais sin él —le contestó Luis, a quien Olga empezaba a empalagársele.

—Nooo, lo pasamos muy bien, simplemente nos resultó extraño no verlo por ninguna parte.

—¡Qué putada! —le contestó Inés—. Locas por verlo y él sin dejarse ver.

—Nos resultó raro que no estuviera con vosotros ni tampoco con las excursionistas a quienes vimos en El Pecado y nos preguntaron por él.

—Joder, pues lo tienes aquí al lado, pregúntale. Aunque déjame que te dé un consejo: deberías intentar ligarte a alguno de los separados que van en el grupo y no pasarte la vida persiguiéndolo a él —le espetó Inés, que se ganó un codazo de Anaïs, intentando no continuar siguiéndole la hebra a Olga.

—¡Eh, guapa, que yo no estoy persiguiendo a nadie, no te pases de lista! —En esta ocasión, Olga hablaba de forma poco habitual en ella. Su semblante se mostraba bastante contraído y serio. La contestación de Inés no le había hecho ni pizca de gracia.

—Yo no me paso de nada, listilla —le contestó Inés, a la que Luis apartó cogiéndola de un brazo y llevándosela a la mesa.

—¿Para qué te enzarzas en discusiones con ella?

—Es que no soporto su curiosidad y menos aún la costumbre que tiene de meter las narices en todo lo que no le importa, joder. —Anaïs, que les seguía e iba escuchando lo que hablaban, riéndose de la escena, comentó:

—Inés, déjala, ya sabemos quién es y lo que busca. Luis tiene razón, no merece la pena que discutas con ella, además, lo suyo no va contigo. Ya sabes tú con quién va la cosa, soy yo quien le cae gorda.

—Yo pensaba que estabais hechas polvo esta mañana, pero veo que os habéis levantado con ganas de gresca —rio Óliver tras ellas.

Durante el desayuno cambiaron de tema, haciendo bromas sobre lo ocurrido a lo largo de la noche.

—Estáis demacrados, ¿es que no habéis dormido bien? —les preguntó Óliver con cara de guasón a Luis e Inés, que le miraron como haciéndole a él la misma pregunta. Después le respondió Inés:

—Pues tú tampoco pareces haber dormido demasiado bien... Bueno, lo de «bien» lo descarto.

—Sí, yo he dormido como un lirón, el vino y la copa de anoche me dejaron tieso —le contestó Óliver riéndose. Anaïs se cogió a su brazo y con una sonrisita maliciosa, lo desmintió:

—Di que no, Inés, te está mintiendo. El chico con el alcohol se siente veinteañero.

—No lo jures, Anaïs —saltó Luis—. Solo hay que mirarle la cara... Por cierto, igual que a ti, chica. Tú tampoco debes haber dormido mucho, se ve que lo que bebiste también te volvió a tus años de adolescente.

—Es que es todavía una chiquilla. No tolera muy bien el alcohol —bromeó Óliver, recibiendo un empujón en el hombro por parte de Anaïs en forma de reproche por llamarla chiquilla. Al mismo tiempo le decía:

—Pues cuando estamos solos no me ves tan chiquilla, mentiroso.

—Que no, mujer, que te veo..., bueno, digamos que como una preciosa joven mujer a la que le encantan las cerezas. Y a la que, si no estuvieran estos dos parásitos siempre encima de nosotros, ahora mismo me comía a besos.

—¡Eh, eh, *enamorao*! —bromeó Inés—. Tranqui, ¿es que la tonta esta no ha sabido hacer bien los deberes esta noche?

—Sí, claro que sí, pero es que ya es otro día —le contestó Óliver muerto de risa.

—Bueno, dejad eso para Sevilla, que el autobús no va a tardar en salir. Subimos a las habitaciones, recogemos el equipaje y bajamos, ¿vale? —propuso Luis. Después se levantaron de la mesa y subieron a recoger sus cosas.

A las diez, según lo previsto, el autobús emprendía la marcha. Tras haber dejado Plasencia atrás, el conductor cogió el micro y les dirigió unas palabras a los pasajeros:

—Desafortunadamente, nos dejamos a dos compañeros en el camino, Enrique y Agustina, aunque por otra parte creo que todos nos vamos más o menos contentos de que la cosa, gracias al «médico» del grupo, no haya ido a más y pronto podamos verlos de nuevo en Águilas, sanos y salvos. —Le interrumpió una salva de aplausos, después continuó—: Pararemos a comer en Monesterio, en un local que nos pilla de paso donde se come muy bien

y a un precio módico, La Ponderosa. Yo calculo que estaremos allí sobre la una y después de comer retomaremos la ruta para llegar a Sevilla sobre las cuatro y media. Nos alojaremos en el Hotel Meliá Sevilla, cerca del parque de María Luisa. En las proximidades hay un restaurante vasco donde se come muy bien, ahora no recuerdo el nombre, pero en el hotel les informarán. Aunque barato, barato, no es, pero merece la pena visitarlo. Nuestra estancia en Sevilla está prevista hasta el lunes por la mañana a las ocho, a esa hora partiremos de regreso a nuestra querida Águilas. Cuando nos hayamos instalado en el hotel, las salidas por la ciudad serán a su elección. Cada cual podrá ir a donde le parezca mejor, visitar los lugares que crea oportunos, etc. O sea, se moverán ustedes por libre. Sevilla es una ciudad preciosa, con infinidad de lugares para visitar interesantísimos, aparte de los ya superconocidos por todos, como La Giralda o La Torre del Oro. Por cierto, junto a la Giralda está el restaurante El Giraldillo, donde también se come muy bien, especialmente cocina andaluza. Y una cosa más: sean precavidos con sus objetos personales, sobre todo con bolsos y carteras. Por desgracia, hay individuos muy interesados en liberar a los visitantes de peso. ¡Que tengan ustedes una feliz estancia en Sevilla!

Cuando pararon a comer en La Ponderosa y aprovechando que Óliver se había separado algo de sus amigos para fumar un cigarrillo, Olga se le acercó disimuladamente para hacerle una advertencia:

—Óliver, tus amigos me interpretan mal, por eso quiero decirte algo a solas.

—Te escucho, tú dirás.

—Mira, hay muchos comentarios sobre Anaïs y tú. A nadie se le escapa que tenéis una relación íntima, no son tontos, ¿sabes? Yo solo te quiero advertir, pues esto no quedará aquí. Para ti personalmente quizá no sea importante, ya que no tienes por qué esconderte de nadie, pero para ella… En fin, ella sabrá lo que tiene que hacer o no hacer, pero yo tengo muy claro que los comentarios llegarán a su marido, eso si no han llegado ya.

—No entiendo bien… ¿Qué quieres decir con que «si no han llegado ya»?

—Pues quiero decir que las noticias vuelan y hay gente que disfruta haciéndolas llegar a donde no deben, sobre todo cuando no son buenas.

—¿Insinúas que alguien puede haber llamado a Alberto para darle el soplo?

—Exacto, eso es lo que pienso.

—Joder, si es así, ¿podrías aclararme algo más?

—No, no puedo, sobre todo porque no lo sé con seguridad, pero me temo que es posible que él esté al corriente. ¡Tened cuidado!

—Gracias, Olga, te agradezco que me hayas informado.

—No tienes que agradecerme nada, quizá debería haber mantenido la boca cerrada, pero he pensado que debía decírtelo. A ella no me atrevo a comentarle nada porque sé que me ve como alguien que se está metiendo en lo que no le importa y que va tras de ti.

—Vale, gracias de nuevo. Ya intentaré enterarme de más cosas sobre ese o esos bocazas que parecen tener más interés en hacer daño que en disfrutar del viaje.

La comida transcurrió en el ambiente acostumbrado, aunque Óliver no podía disimular que estaba preocupado. Cuando Luis y las dos mujeres le preguntaron qué le pasaba, se excusó, bromeando con que la noche había sido muy exigente y se encontraba cansado. Los tres le rieron la broma, aunque ninguno le creyó, incluso Luis le respondió con algo de picardía:

—Tío, los años. No se te ven, pero se te notan.

—Ya llegarás tú también, cabronazo. ¿O acaso piensas que te vas a quedar siempre en los cuarenta y cinco?

—Nooo, claro que no, pero cuando llegue intentaré no cansarme tanto...

—¡Bien! Espero que lo consigas, aunque con la marchita que has emprendido con Inés... La verdad, tengo mis dudas.

A las tres partieron de nuevo hacia Sevilla y se alojaron en el hotel Meliá como estaba previsto. En un principio, Óliver y sus amigos habían pensado ocupar la habitación de este con Anaïs y la de ellas con Luis e Inés, sin embargo, tras llegar, Óliver aconsejó ubicarse como lo habían hecho hasta entonces, o sea, él en la suya, Anaïs con Inés y Luis con Pablo. Tras lo que le había contado Olga pensó que no convenía dar pie a más comentarios. Aunque una vez acomodados y con la idea de descansar un poco antes de salir a dar una vuelta por la ciudad, Luis se quedó con Inés y Anaïs se fue a «descansar» con Óliver. Sobre las seis salieron a pasear por el parque de María Luisa para después bajar por el margen izquierdo del Guadalquivir hasta la altura de la catedral, la cual estuvieron admirando por el exterior. Luego regresaron paseando por las calles que les conducían de vuelta al hotel, buscaron el restaurante vasco que les había recomendado el chófer del autobús y se quedaron a cenar en él. Óliver y Luis, algo hambrientos tras la larga caminata, se pidieron un chuletón de buey a la brasa y ellas optaron por lomo de bacalao en salsa de pimienta. Antes, el camarero les había servido unos pinchos típicos del país vasco y una botella de tinto y otra de blanco Domaine Mignaberry Irolegui, que les dejó bastante colocados, aunque esta vez no las terminaron del todo. Después se pidieron una bandeja de postres mixtos, un café con leche, ellos, y un té verde, ellas, y entre la copiosa cena, los vinos y el largo recorrido, regresaron ya pasada la medianoche, con ciertos problemas de equilibrio, al hotel. Óliver se dejó caer en la cama apenas entrar en la habitación, vestido y boca arriba, en plan relax. Anaïs, riéndose de verlo, se le echó encima, mesándole el cabello y dándole besitos.

—Entre el vino y la paliza de andar que te has dado, estás rendido —le dijo.

—Te has dejado una cosa atrás, cariño.

—¿Ah, sí? A ver, ¿qué se me ha olvidado?

—Se te ha olvidado la siestecita que hemos echado esta tarde —rio él.

—Ah, es verdad. Ahora a descansar, pero al menos quítate la ropa. Yo voy a darme una duchita.

—No tardes, que me duermo.

—Y qué más da, si es lo quieres. Cuando salga tendré cuidado de no despertarte.

—Que no, que quiero estar despierto cuando salgas de la ducha. ¿Sabes qué? Yo también necesito ducharme, me meto contigo y así me mantengo despierto para terminar la faena juntos.

—Jajaja, doctor, doctor, que te conozco. Tú lo que quieres es seguir examinándome, si ya no te queda nada por explorar.

—Eres una paciente muy complicada, cuanto más te examino más motivos encuentro para seguir explorando.

—Estás cansado, cariño, déjate el trabajo para mañana.

—Que no, venga, vamos a la ducha. —Al final se ducharon juntos para volver a la cama, donde el sueño parecía haberse disipado. El vino había reconvertido la situación, pues tras el primer momento de relajación había invadido sus cuerpos de una gran vitalidad, de la que estuvieron disfrutando largo y tendido hasta que, exhaustos, se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente les despertó una llamada de Inés al móvil de Anaïs:

—No estaréis todavía durmiendo, ¿verdad?

Pues sí, madrugadora —le contestó Anaïs con voz adormilada—. ¿Qué hora es? No estaréis ya pensando en el desayuno, hambrones.

—¿Que qué hora es? ¡Vaya un putón que estás hecha! Y al guaperas le voy yo a arreglar las cuentas. Joder con el tío, ¿es que no tiene hartura, ¿o qué? Luis ya hace rato que bajó y yo me bajo ya también, cuando lleguéis os vais a encontrar el bufé libre vacío.

—Vale, vale, serénate, demonio *emplumao*, bajamos ahora.

—Son las nueve y media, princesa —le dijo Óliver, restregándose los ojos para despejarse —. ¿Cómo es posible que no piensen más que en comer esta pareja de impresentables?

—Sí que piensan en otras cosas —le contestó ella—, lo que pasa es que tienen más sentido común que nosotros. Nosotros parecemos críos pequeños.

—Pues anoche no pensabas lo mismo, corazón. El vinillo se te subió a la cabeza y llegó un momento en el que me hiciste dudar, no estaba seguro de si me estabas amando o me estabas comiendo.

—¡Venga ya! No seas exagerado, se ve que tú no te acuerdas de las cosas que me hacías... ¡Estabas desbocado!

—Bueno..., dejémoslo *fifty-fifty*. Venga, arréglate un poco y baja, yo bajaré después, que no piensen todos que salimos del mismo sitio.

—Lo van a pensar de todas formas. Ya se encargará Pablo de explicarle a todo el que lo quiera oír que Luis no ha dormido con él. Y automáticamente deducirán que yo tampoco he dormido con Inés —dedujo Anaïs.

—Bueno, chica, no adelantemos acontecimientos, tú baja, que en diez minutos estoy con vosotros. Ah, y si ves que se zampan todo lo del bufé libre, me preparas un plato para cuando baje, ¿vale?

—¡Vale, otro hambrón! —Óliver soltó una risotada al escucharla y, dándole una palmadita en el culete, la apremió a salir de la cama.

—¡Tira ya!, que tengo la impresión de que no tienes ningunas ganas de salir de la cama. Si quieres pedimos que nos suban el desayuno a la habitación y como sé que estás preocupada por mi diagnóstico..., seguimos investigando. —Ella saltó de inmediato de la cama y empezó a vestirse, diciéndole:

—De eso nada, calentón. ¿Es que no has tenido bastante esta noche?

—Claro, joder, ¿es que no te das cuenta de que estoy acabado?

—Tú eres una caja de sorpresas. Cuando dices que estás acabado es porque estás pensando en seguir. ¡Que nos vamos conociendo, doctor! —Óliver ocultó la cabeza bajo la almohada para disimular la risa. Ella entró en el baño y se aseó aprisa para despedirse de él unos minutos después, cogiéndole la cara entre las manos y dándole un beso en la boca.

—No te vayas a dormir de nuevo. Como dentro de diez minutos no estés abajo, subo y te saco a rastras de la habitación.

—Que no, que bajo enseguida, ¡venga, tira! —Sabía muy bien que a ella le habría gustado que bajasen juntos, que la acompañara cogida por la cintura, dejándole patente lo enamorado que estaba de ella y, sinceramente, a él también le habría encantado, pero era consciente de que algo así habría supuesto la gota que colmaba el vaso ante los compañeros de viaje, que cualquier duda que todavía pudieran tener sobre la intimidad de su relación se habría esfumado al instante. Para todos habría quedado claro, si es que aún no lo estaba, que pasaban las noches durmiendo juntos. Ella, a pesar de desearlo tanto como él, tampoco habría estado de acuerdo en poner de manifiesto ante todos el amor que se profesaban. No, pensó él, no podemos mear fuera del tiesto y menos después de haber escuchado los comentarios de Olga. No le había dicho nada a Anaïs, pues no quería amargarle el último día que les quedaba para terminar el viaje. Quizá durante el día, en algún lugar donde estuvieran solos, en alguna terraza tomando un café sin la presencia de Inés y Luis, retomarían el tema que quisieron aclarar en El Abuelo Mayorga y que no hicieron, o no quisieron hacer. Iba a ser algo muy complicado, pero Óliver tenía muy claro que tendrían que buscar una solución, algo que fuese aceptable para ambos y, a ser posible, sin que se produjesen daños colaterales. ¿Pero qué?, se preguntaba constantemente. ¿Qué podría proponerle? ¿Seguir la relación después de volver a Águilas a escondidas? ¿Siempre esperando alguna oportunidad para poderse ver? ¿O que se separara de Alberto y se fuera a vivir con él? Esta última quizá fuera la más lógica, pero estaba Arantxazu de por medio y estaba en una edad en la que quizá era cuando más necesitaba a unos padres unidos, un hogar sin fisuras del que tomar ejemplo. La vida había cambiado mucho en España desde que él salió del país, pero había sentimientos que se llevaban en los genes y de los que no se podían desprender. Y en estos se incluía la prioridad que al futuro de la joven adolescente deberían dedicarle sus padres. ¿Qué hacer?, se preguntaba una y otra vez, sin encontrar la respuesta adecuada. ¡Maldita sea, qué complicada es la vida!, se dijo a sí mismo.

Capítulo XIV

Anaïs bajaba a toda prisa hacia el bufé libre para reunirse con Inés y Luis, que la estarían esperando para desayunar juntos. Al llegar al salón comedor se quedó parada en seco. El corazón le dio un vuelco y las piernas empezaron a temblarle. Inés, que la vio llegar de frente, se la quedó mirando, toda seria y con el susto reflejado en el semblante. La chica que estaba hablando con ellos, al verla tan afectada, giró la cabeza y al ver a Anaïs, salió corriendo hacia ella, abrazándose a su cuello.

—¡Mamá! Estás temblando —le dijo.

—¡Arantxazu, hija! ¿cómo es que estáis aquí? —A unos metros de ellos, Alberto hablaba con algunos conocidos del grupo y la miró de reojo, despidiéndose de los contertulios para, despacio, acercarse a ellas. Anaïs le dio un beso en los labios al que él no hizo nada por devolvérselo. Ella se había quedado muda, la sorpresa la había pillado tan de improviso que las palabras no le salían del cuerpo. No entendía que estuvieran allí, se alegraba de ver a su hija, pero el miedo hacía mella en ella. «¿Qué habrá pasado?» —se preguntaba sin atreverse a expresarlo en voz alta. Arantxazu, que no se soltaba de ella, intentó tranquilizarla.

—Mamá, serénate. Todo ha sido totalmente improvisado, ayer papá tuvo la idea de venirnos a pasar el domingo contigo aquí en Sevilla. No te dijimos nada porque queríamos que fuese una sorpresa. Viendo el susto que te has llevado, ahora me arrepiento de no habértelo dicho. Venga, vamos a sentarnos para que te tranquilices. —Anaïs no podía tranquilizarse. Esperaba ver aparecer a Óliver de un momento a otro y los temblores se le acentuaban. Óliver no conocía a Alberto ni a Arantxazu, ni sabía que estaban allí. ¿Cuál sería su comportamiento cuando bajara y viera a aquellos dos extraños sentados con ellos en la mesa? Temía que llegara bromista, como acostumbraba a hacer siempre que llegaba el último. Quería dominar su miedo, pero el temor a que se produjese un desenlace indeseado no se lo permitía. Se había percatado de inmediato de que Alberto sabía algo sobre la relación que mantenían y por eso había venido. Su hija parecía estar al margen de ello, aunque se la notaba extrañada al observar el nerviosismo de su madre.

—Ains, mamá. Estás como si te fuese a dar algo. ¿Es que no te alegras de vernos? —Anaïs la abrazó y le dio un sinfín de besos en la cara.

—Pues claro que me alegro, pero me lo podríais haber dicho.

—Queríamos darte la sorpresa, mamá, y si te lo hubiésemos dicho..., no habría sido tal sorpresa.

—Tu madre no parece muy contenta de tenernos aquí, hija —le dijo su padre, que se mostraba extremadamente serio. Hablaba algo con Luis e Inés, pero nada fluido, solo monosílabos. Los demás asistentes al desayuno no les quitaban la vista de encima. Sabedores, más o menos, de lo que había entre Óliver y Anaïs, estaban todos pendientes de lo que ocurría. Algunos de ellos presentían que Alberto podía estar al corriente de lo que pudiera haber entre ellos.

Casi un cuarto de hora más tarde aparecía Óliver que, como Anaïs temiera, se les acercó, extrañado de la presencia de los dos desconocidos. Al instante intuyó de quién se trataba y se mostró prudente al llegar a la mesa.

—Buenos días —saludó—. Creo que no nos conocemos, ¿sois de Águilas?

—Son mi marido, Alberto, y mi hija, Arantxazu —se apresuró Anaïs a presentarles—. Él es Óliver, un integrante del grupo. —Alberto se levantó de la silla y estrechó la mano que Óliver le tendía, Arantxazu también se puso en pie y le dio dos besos en las mejillas.

—Anaïs, tienes una hija preciosa —le dijo Óliver, mostrándose agradable ante los inesperados visitantes. Alberto lo examinaba con la mirada, algo sorprendido ante su actitud relajada y como ajeno a lo que les concernía.

—Sí, sí que lo es —le contestó Anaïs, que tras ver el encuentro sin altercados entre Alberto y Óliver, parecía haberse serenado algo.

—Si me disculpáis, voy a servirme algo del bufé. Si me descuido no desayuno esta mañana —les dijo Óliver, que no se había sentado todavía, retirándose sonriente. La música la llevaba por dentro.

—Ay, qué hombre más guapo. Y qué simpático que es. Seguro que os lo estáis pasando fenomenal teniéndolo como amigo —exclamó Arantxazu, siguiéndolo con la mirada mientras se retiraba a buscar algo de lo que todavía quedaba disponible en el bufé.

—Sí, nos lo pasamos muy bien con él —le confirmó Inés—. Lástima que sea un poco mayor para ti, si fuese de tu edad…

—Sí, lo único que nos faltaba… —exclamó Alberto, arrepintiéndose de inmediato. En ese momento llegó un conocido a saludarlo y también a Arantxazu, que se levantó de nuevo para darle dos besos a Jorge, al que conocía de vista, pues su hijo iba con ella al instituto. Mientras hablaban, Anaïs aprovechó para decirle a Inés al oído:

—Pídele a Óliver disimuladamente la llave de su habitación y metes en ella lo que tenga Luis en la nuestra, al mismo tiempo te llevas las cosas que tengo yo allí y te las llevas a nuestra habitación. Me temo que Alberto quizá quiera subir y no quiero que se dé cuenta de que no hemos estado juntas estas noches.

—Vale, lo hago enseguida. ¡Vaya lío que se nos ha venido encima!

—¡Sí, vaya lío! Todavía no sé qué va a pasar, estoy para que me dé algo. Alberto está al corriente, se lo noto —le susurró Anaïs. Cuando el tal Jorge se despidió y Alberto y Arantxazu volvieron a sentarse, Óliver ya había vuelto a la mesa. Inés ya le había pedido la llave, que guardó sin que los demás se percataran y, tras un pequeño intercambio de palabras

con todos ellos, se levantó, disculpándose con el pretexto de que tenía que subir a su habitación para ir al baño. Acto seguido realizó el intercambio de enseres entre las dos habitaciones. Ella también estaba nerviosa, ya que, como a los demás, la llegada de Alberto y su hija le había propiciado un gran trastorno, presintiendo que el problema iba a ser más grave de lo que en un principio parecía. Tanto ella como Luis, al igual que Anaïs, sabían que la inesperada visita no era casual.

—¿Qué tenéis previsto para hoy? —Preguntó Alberto a Anaïs, incluyendo a Luis en la pregunta.

—Habíamos pensado darnos una vuelta por la ciudad, pero tú y Arantxazu estaréis cansados del viaje, me imagino.

—Nooo, yo he dormido en el coche mientras papá conducía —le contestó de inmediato su hija.

—Vale —le contestó su padre—. Entonces tú, si quieres, te puedes ir a dar ese paseo con Inés y Luis. Tu madre se queda aquí conmigo, tengo algunas cosas que hablar con ella. —No esperó a que Anaïs dijese nada, fue autoritario al decidir por ella.

—Y con Óliver. Porque tú vendrás también, ¿verdad? —le preguntó Arantxazu en forma de súplica, mirándole sonriente.

—¡Claro! Si una chica tan guapa solicita que la acompañe, cómo me voy a negar —le sonrió bromista Óliver. Anaïs se mantenía callada, intuía de qué quería hablar Alberto con ella y los temblores en las piernas volvieron a hacérsele presentes. Tendría que afrontar la situación sola, sin Óliver a su lado para que la pudiese ayudar. Las decisiones que pretendían tomar a lo largo del día quedaban en el aire. Sin saber qué decir, propuso lo primero que se le vino a la cabeza.

—Alberto, estarás cansado del viaje. Como Inés se va con ellos, puedes aprovechar para dormir un rato en nuestra habitación antes de nada. Yo esperaré a que despiertes dándome una vuelta por los alrededores y luego hablamos. ¿No te parece? —En realidad, lo que buscaba era ausentarse de él y poder hablar con Óliver a solas, pero Alberto, con tono tajante, descartó esa opción.

—No, no estoy cansado, he dormido hasta las tres de la mañana, podemos sentarnos en la cafetería o en algún sitio fuera, donde no nos molesten. De todas formas, tampoco podría conciliar el sueño sin haber hablado antes contigo.

—Ay, papá —le dijo Arantxazu—. ¿Tan importante es lo que tienes que hablar con ella? —Él le sonrió a la chica cogiéndola del brazo y dándole un fuerte apretón, sin contestarle.

—Déjales —se inmiscuyó Luis—, llevan tiempo sin verse, claro que tendrán cosas que contarse. —Alberto le miró con el ceño fruncido, como queriéndole indicar con la expresión que debía saber muy bien de qué quería hablar con su mujer. Óliver se terminó el desayuno sin intervenir en el diálogo. De vez en cuando miraba a Anaïs de reojo y se sentía mal viéndola pasar por aquel momento tan complicado. Habría dado cualquier cosa por estar junto a ella cuando hablase con Alberto, pero no podía hacer nada, se veía atado de pies y manos; ahora se

arrepentía de no haber llegado a algún acuerdo concreto con ella. Varias preguntas le rondaban por la cabeza: «¿Quién habrá sido el cabrón o la puta que le habrá llamado?», se preguntaba. Cuando Olga le hizo aquel comentario, debió haberle avisado a Anaïs y entre los dos haber empezado a pensar en su relación. Ahora todo se presentaba de aquella forma imprevista, sin darles tiempo a buscar soluciones ultimadas entre ellos. «¡Vaya mierda!». No lo había hecho pensando en no crearle preocupaciones a ella y, sin embargo, se presentaban multiplicadas. Intentaba disimular todo lo que podía lo tenso que estaba, Alberto no le quitaba la vista de encima. Lo observaba casi descaradamente, como queriendo provocarlo, pero él intentaba hacerse el desentendido, como si la cosa no fuese con él.

Tras un cuarto de hora, Inés bajó de la habitación y se reunió de nuevo con ellos.

—Bueno, yo ya estoy lista. Tú, Arantxazu y tu padre podéis utilizar nuestra habitación si queréis ducharos o cambiaros de ropa, etc.

—Ella puede subir si quiere, yo me duché esta mañana antes de salir de Águilas, no necesito nada. Estoy bien así.

—Yo sí quiero ir al baño —dijo Arantxazu—. ¿Me acompañas, mamá?

—Pues claro. Vamos. —Apenas entraron en la habitación, la chica preguntó a su madre:

—Mamá, ¿pasa algo que yo no sepa? Os veo muy raros a papá y a ti. —Anaïs meditó unos segundos antes de contestarle.

—No lo sé, hija. Tu padre está desconocido, pero no me ha dicho por qué. Hasta que no hable con él sé tanto como tú, o sea, ¡nada! ¿Él no te ha comentado nada durante el viaje?

—No, nada. Lleva dos días muy cambiado. Apenas si habla conmigo y durante el viaje no ha abierto la boca. Ya me contarás cuando volvamos lo que te haya dicho.

—Sí, claro. Tú pásatelo bien con Inés y los dos hombres y ya hablamos luego.

—Vale, mami, pero no os vayáis a pelear. A ver si consigues que suelte lo que lleve dentro y cuando volvamos de ver cosas lo encuentro cambiado.

—Vale, cariño, date una duchita y arréglate un poco, que los demás estarán esperando. —Después, cuando Arantxazu hubo terminado, bajaron las dos. Inés y los tres hombres las esperaban en la puerta, donde los demás compañeros se dividían en grupos pequeños con diferentes proyectos de recorrido. Tras unos minutos de charla, Inés, Arantxazu, Luis y Óliver se marcharon a visitar el puerto fluvial, donde atracaba un ferry que arribaba de Cádiz. Antes de separase, Alberto alejó a Arantxazu unos metros de los demás para darle dinero y que no tuviese que dejar a sus acompañantes cargar con sus gastos. Óliver aprovechó el momento para hablarle a Anaïs sin que nadie pudiese escucharle.

—Anaïs, no quiero dejarte sola en esto. Voy a ver cómo me las arreglo para poder estar cerca de ti cuando hables con él.

—No, no lo hagas, Óliver, esto es algo que tenemos que hablar mi marido y yo a solas. No te preocupes por mí, ya me las arreglaré. Cuida de que Arantxazu no advierta nada de lo nuestro. No quiero involucrarla ni estropearle la visita a Sevilla con mis problemas.

—¿Estás segura, cariño?

—Sí, lo estoy. Es algo que sólo nos concierne a Alberto y a mí, tú no puedes intervenir en esto. —Mientras hablaban, disimuladamente, le cogió la mano, estrechándosela con un fuerte apretón, y sus preciosos ojos, que mostraban preocupación, le dirigían una mirada repleta de cariño.

Después se quedó junto a Alberto en la puerta del hotel, haciéndoles señales de despedida con la mano a Arantxazu y sus tres acompañantes, hasta que los perdieron de vista.

—Bueno..., ¿dónde quieres que hablemos? —le preguntó Alberto, que continuaba mostrándose serio y cortante.

—Subamos a mi habitación, allí no nos molestará nadie. Y cuando hayamos hablado, si quieres, puedes echarte un rato en mi cama y descansas del viaje. Yo, mientras, saldré a dar una vuelta.

—No, no estoy cansado ni con ganas de dormir, prefiero que nos sentemos en algún parque por aquí cerca y hablemos.

—Vale, como quieras. Aquí muy próximo está el parque de María Luisa, podemos ir allí. Siento que Arantxazu no esté, le habría encantado.

—Pues cuando regresen la puedes acompañar y que lo vea. Mientras, yo haré algunas cosas que tengo que hacer.

—¿Qué cosas tienes tú que hacer aquí en Sevilla? —se sorprendió Anaïs.

—De eso hablaremos luego, ahora vamos a ocuparnos de lo nuestro.

Después, casi sin cruzar palabra, se dirigieron al parque, donde buscaron una de las numerosas glorietas, con bancos para sentarse, que estaba poco concurrida todavía a aquella hora. El entorno era una maravilla, un inmenso ciprés les protegía del sol que ya empezaba a dejarse notar y los jardines a su alrededor ofrecían un paisaje de ensueño. Sin embargo, el motivo de estar allí no era precisamente el de disfrutar del paisaje y a Anaïs le vino a la mente lo lamentable que resultaba no estar allí para cosas distintas de las que motivaban la improvisada visita.

Tras haber tomado asiento en uno de los bancos, Alberto fue el primero en encauzar la conversación. Su semblante continuaba ensombrecido por la seriedad de su rostro. De vez en cuando le dirigía una mirada de recelo y de reproche y aunque estaban sentados uno junto al otro, dejaban un espacio libre entre ambos para poder mirarse de frente.

—Creo que ya te habrás dado cuenta de que mi viaje a Sevilla no ha sido para nada con la intención de pasar el día contigo, acompañándote.

—Sí, no soy tonta, ¿Sabes? Ya he visto que vienes con otras intenciones.

—Bien, entonces vayamos al grano: ¿Me estás poniendo los cuernos?

—Antes de contestarte quiero saber qué ha ocurrido para que pienses eso.

—Muy bien, pues te lo diré: El viernes recibí una llamada anónima. Quien fuera se debió poner un pañuelo o algo parecido en la boca para distorsionar la voz, aunque creo que se trataba de un hombre. Me llamó desde un teléfono público para que no pudiese tener referencias de la llamada. Solo me dijo unas cuantas palabras y colgó: «Tu mujer...,

posiblemente, se esté sintiendo atraída por un tal Óliver, que forma parte del grupo. Te aviso para que tomes cartas en el asunto si lo consideras conveniente». No me dio tiempo a poder preguntarle nada más, así que, tras meditarlo, ayer le propuse a Arantxazu venirnos a pasar el día contigo.

—¿Y no tienes ni idea de quién te pudo llamar?

—No, no la tengo. He llegado a pensar que quizá fuera el propio Óliver, que tal vez quisiera terminar el posible romance al finalizar el viaje.

—Por lo que veo, no solamente le creíste, sino que diste por hecho que me hubiese liado con él.

—Al principio, no. Pensé que alguien quería jugarnos una mala pasada, pero después... empecé a creérmelo. Por eso estoy aquí, quiero oírlo de tu boca. ¿Esa persona me dijo la verdad? —Ella bajó la vista al suelo, meditativa. ¿Qué hacía?, pensó, ¿le decía la verdad o se la negaba? Si le era sincera su matrimonio posiblemente acabaría en aquel mismo momento y el escándalo se expandiría por todo Águilas, haciéndola aparecer como una puta ante los ojos de todo el mundo. Nadie entendería que se hubiera enamorado de otro hombre y las habladurías harían un daño terrible a Arantxazu. No, tenía que buscar una solución intermedia hasta que estuviese en condiciones de afrontar el futuro de una manera razonable, así que le dijo:

—Sé que no voy a conseguir que tus dudas desaparezcan, porque no me vas a creer del todo, pero solo puedo decirte que lo que te han dicho es falso. Óliver es un hombre que cae bien, no solamente a mí, sino también a las demás mujeres, pero como siempre vamos él, Luis, Inés y yo juntos a todas partes, muchos de los que viajan con nosotros piensan que estamos liados. Eso es todo lo que te puedo decir. Tú tendrás que sacar tus propias conclusiones.

—Anaïs, tengo la cabeza hecha un lío, no soy capaz de pensar con lucidez, ¿sabes? Tu comportamiento, cuando has visto que estábamos aquí Arantxazu y yo, tampoco ayuda mucho a pensar que no hay nada entre tú y él. Ojalá sea como tú dices y si estoy equivocado te pediré perdón por haber dudado de ti, pero de momento no puedo despejar mis dudas. Te voy a seguir vigilando, ¿sabes? Tengo que averiguar por mí mismo si me estás diciendo la verdad o me estás engañando. Lo primero que voy a hacer es hablar con ese Óliver, a ver si puedo dejar claras algunas cosas con él.

—¿Qué cosas? ¿Le vas a preguntar si se ha estado acostando conmigo? ¿O qué?

—Eso se lo preguntaré cuando llegue el momento. Primero necesito saber si fue él quien me llamó.

—Yo no creo que fuera él. No es esa clase de persona, él no haría una cosa así.

—Vale, eso déjame que sea yo quien lo decida. Ya veo que lo tienes en gran estima, eso no me lo puedes negar. —Ella le miró seria a los ojos.

—No, no te lo puedo negar, le tengo en gran estima... porque es una gran persona.

—¡Cómo se cambia de opinión! Le odiabas a muerte por lo que le hizo a tu hermana y ahora lo elevas al cielo, ¡ver para creer!

—¡Ah, qué sabes quién es! No me has dicho que tuvieses tanta información... Para ser tan

limitado, quien te llamara parece ser que con pocas palabras te contó muchas cosas.

—No, no me contó más de lo que te he dicho, pero cometió un error: me dijo el nombre de tu supuesto amante y yo, tras investigar un poco, comprobé que en el autobús solo iba una persona con el nombre de Óliver. Recabé información sobre él y descubrí que se trataba de Óliver Vilches, o sea, aquel que le pegó la patada en el culo a tu hermana para irse a vivir con otra.

—Eso es otra historia, Alberto. Después de conocerlo me di cuenta de que no es tan mal bicho como yo siempre había pensado.

—Sí, en algo tienes razón, a veces nos equivocamos con nuestros prejuicios. Yo mismo soy una prueba de ello, ya que incluso me alegré de que fuera él, pues pensé que odiándolo como lo odiabas y siendo ya un tío próximo a los sesenta... La verdad, creí poco probable que tú, una mujer todavía relativamente joven y guapa, le hubieses escogido a él para ponerme los cuernos. Sin embargo, cuando esta mañana he visto tu nerviosismo ante mi inesperada presencia y, sobre todo, cuando lo he visto a él, he cambiado radicalmente de opinión. No se puede uno fiar de los peces de colores. Ese tío no es el que yo imaginaba..., ni siquiera parece tener la edad que tiene.

—Es que no tiene sesenta años, como tú piensas, solo tiene cincuenta y seis. ¿Te puedo hacer una pregunta? —Anaïs no esperó a que él le respondiera, sino que continuó—: ¿Qué es lo que quieres hablar con él?, ¿le vas a preguntar si lo que yo te he dicho es cierto? Por mí puedes hacer lo que te dé la gana, pero debes saber que no considero para nada adecuado que lo mezcles a él en este asunto. Si tus sospechas fuesen ciertas, yo sería la única que te debería una explicación.

—¡Joder, cómo lo proteges! Pero te liberaré de esa preocupación: no lo voy a mezclar en nada a menos que ya lo esté, pero necesito saber si fue él quien me llamó y porqué lo hizo. Si es tan legal como me lo vendes, seguro que no tendrá nada en contra de decirme la verdad.

—Haz lo que quieras. De todas formas, lo vas a hacer.

—A ver, Anaïs, ¿es que tú no quieres saber también si me llamó él? ¿O acaso es que lo sabes desde antes de que me llamara y por eso estás tan desinteresada en que yo lo averigüe?

—No, no sé nada de esa llamada, simplemente no creo que fuera él quien la hiciera. Ya me informarás cuando hayas hablado con él. Eso es todo.

—Bien, al menos ya estamos de acuerdo en algo, tendrás noticias sobre el tema. Buenas o malas, las que sean. Ah, y prepárate, que esta tarde, cuando haya aclarado lo que tengo que aclarar, nos vamos los tres para Águilas.

—¡Ah, no! Eso no se lo vamos a hacer a nuestra hija. Pídete una habitación en el hotel y por la mañana, cuando salga el autobús, te vas. Si ella quiere irse contigo en el coche, que lo haga, y si no quiere, que se venga conmigo en el autobús.

—Eso no va a pasar —le contestó él, que seguía mostrándose serio y cortante—. Tú te vienes esta tarde conmigo a casa. Ella puede quedarse aquí con Inés y regresar con ellos en el autobús, porque entiendo que no te apetezca que viaje con nosotros en el plan que estamos.



—Exacto. No quiero que sufra por culpa nuestra.

Capítulo XV

Manso y extenso, bajaba el Guadalquivir hacia el puerto de Sevilla. Sus aguas pacíficas y profundas invitaban a pasear por sus márgenes en ambiente relajado y sereno. Sin embargo, no todos los que lo hacían en aquel momento se sentían en posesión de ese estado de ánimo. De los cuatro componentes del grupo, solamente Arantxazu, ajena a lo que estaba ocurriendo entre sus padres, disfrutaba del paseo. Inés, Luis y especialmente Óliver, fingían estar pasándoselo bien para no decepcionar a la joven, pero interiormente no eran capaces de asimilar la situación. Los acontecimientos les habían llegado tan de improviso que les resultaba imposible apartar de sus mentes el dilema que había surgido tras la llegada de Alberto. ¿Cómo estaría transcurriendo el reencuentro con Anaïs?, se preguntaban constantemente, sintiendo alterárseles el ritmo de sus corazones. Óliver se ocupaba de una forma paternal de instruir a Arantxazu sobre lo que iban viendo a lo largo del río, o al menos intentaba hacerlo, errando en sus explicaciones alguna que otra vez, ya que para él también era todo desconocido y tenía que inventarse los detalles. La chica se mostraba visiblemente sorprendida de que él supiera tanto sobre el entorno, sabedora de que era la primera vez que paseaba por allí. Tras un largo paseo, avistaron el puerto. Arantxazu quedó impresionada al ver atracadas embarcaciones de gran envergadura, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un puerto fluvial. Estaba al corriente sobre la navegabilidad del Guadalquivir desde Sevilla hasta su desembocadura en Sanlúcar de Barrameda, donde vertía sus aguas al Atlántico, pero aun viniendo de una ciudad portuaria como era Águilas, le sorprendía que un puerto fluvial fuese tan completo y extenso. Enormes grúas, instaladas en los lugares de carga y descarga, trasladaban al visitante una idea del tonelaje de mercancías diversas que llegaban o salían del puerto. Cargueros de dimensiones extraordinarias, *ferrys* y gran variedad de embarcaciones de distintos calados y esloras se mecían sobre las tranquilas aguas, amarradas a sus diques. Tras la visita al puerto, llevándose el recuerdo grabado en la memoria de sus móviles, Arantxazu hacía fotos a todo lo que se iban encontrando durante el recorrido, pasearon hasta llegar a la Giralda. Durante el trayecto, Óliver, que mantenía un diálogo bastante fluido con la chica, sin mostrarle el interés que sentía por conocer detalles sobre el matrimonio de sus padres, le fue formulando diversas preguntas, intentando recabar la mayor información posible al respecto sin que ella se percatara del sentido real de sus preguntas. La joven, que no ocultaba lo bien que le caía Óliver, le fue informando sobre todo lo que él le preguntaba. Al mismo tiempo, también ella se interesaba por conocer la trayectoria de su

vida. Su madre le había contado, cuando subieron a la habitación del hotel, quién era él; le explicó que se trataba de aquel novio que tuvo su tía María del Mar, del que ella tantas veces había oído hablar, aunque casi siempre para mal, así que la joven aprovechó la oportunidad que se le presentaba para escuchar de primera mano lo que realmente ocurrió. A sus quince años y habiendo crecido en una época distinta a la que tuvo lugar la ruptura entre su tía y él, entendió o admitió los hechos con mucha más comprensión que lo había hecho su madre a lo largo de los años. Hablaban como dos amigos que compartían inquietudes a pesar de la diferencia de edad. La chica le contaba las dificultades que tenía a veces, sobre todo con su padre, que la veía todavía como una niña pequeña a la que había que corregir y reprender cuando algo no le gustaba o entendía que era improcedente. Con su madre, en cambio, sí que podía mostrarse más abierta. La entendía mejor que su padre y siempre estaba dispuesta a echarle una mano cuando necesitaba ayuda frente a los problemas habituales de la adolescencia. Era, además de madre, su mejor amiga. En general y conociendo las dificultades que chicos y chicas de su edad tenían con sus padres, se consideraba afortunada de tener los que ella tenía. Los quería con locura y no se imaginaba una vida sin ellos. Los consideraba una pareja ejemplar, de la que se sentía orgullosa y feliz. Óliver le dejó caer que deducía de lo que le estaba contando que eran un matrimonio bien avenido y de una convivencia modélica, a lo que la chica le respondió con toda la sinceridad del mundo: quizá no estuvieran viviendo la vida como la habrían soñado, pero creía que se adaptaban perfectamente a lo que tenían. Su madre le había contado que, cuando todavía era soltera, veía el futuro muy distinto a como era en la realidad, que los sueños no siempre se cumplían y que el amor de juventud se iba transformando en otra cosa con el paso del tiempo. Pensaba que se querían, pero que ya no estaban enamorados como lo estuvieron antes. Óliver le preguntó también por sus *hobbies*, si dedicaba el tiempo libre a alguna afición concreta.

—Voy a una academia de cante y baile. Me atrevo un poco con la copla y he aprendido a bailar sevillanas —le dijo ella, sin ocultar que se sentía orgullosa de ello.

—¡Vaya! Pues ahora estás justo en el lugar adecuado —le respondió Óliver, mostrándose agradablemente sorprendido ante lo que decía la muchacha.

—Sí, es verdad, pero no puedo ponerme a bailar y cantar aquí en medio de la calle —rio la chica, a lo que él, sonriente, le propuso:

—Pues cuando volvamos junto a tus padres, proponles que te saquen esta noche a algún sito donde haya algo de folklore. Aquí en Sevilla seguro que no es difícil encontrar ese tipo de eventos.

—Ay, me encantaría, pero mi padre..., bueno, no sé, lo veo muy serio todo el tiempo. No sé si le apetecerá. ¿Te vendrías tú con nosotros? —Óliver sonrió al escucharla. No creía que eso fuese acertado, como estaban las cosas, y para no decepcionarla se inventó una excusa.

—¿Sabes? No sé si es una buena idea. Vosotros estáis hoy en familia y no procede que yo interfiera en vuestra intimidad con mi presencia.

—¡Venga ya! ¿Qué ibas a interferir? Anda, decídete y échame una mano a convencerles. A

lo mejor si tú lo propones no nos dicen que no.

—Vamos viendo sobre la marcha, pero no te preocupes, conmigo o sin mí, ya verás cómo lo arreglamos para que tengas una noche flamenquita.

—Ay, yo quiero que vengas tú, ¿es que no te gusta la copla?

—Sí, me encanta..., pero tu padre no ha venido a Sevilla para verme a mí... —rio Óliver.

—¡Umm!, no sé yo. A mi madre la habría visto ya mañana. —La chica, que había entendido perfectamente lo que él insinuaba, le devolvió la sonrisa. A pesar de estar al margen de lo que estaba ocurriendo, el comportamiento de unos y otros la estaban llevando a intuir que pasaba algo.

Inés y Luis caminaban algo por delante de ellos y comentaban lo entretenidos que veían a Óliver y la chica. Al menos por ese particular podían sentirse más tranquilos. Seguían muy preocupados por lo que estuviera pasando entre Anaïs y Alberto, pero no podían hacer nada.

—Estos parece que ya tienen el aparejamiento concertado —le rio Arantxazu a Óliver, refiriéndose a Inés y Luis, mirándole de reojo con algo de picardía en la mirada.

—Sí, eso creo —le contestó él, riéndose también—. Hacen una bonita pareja, ¿no te parece? Y, además, los dos están libres. Al parecer, con sus anteriores parejas las cosas no les fueron bien.

—Sí, así fue, pero es bueno que se dieran cuenta pronto y se separaran antes de que la vida se les hiciera insoportable, ¿no crees?

—Claro que sí, la vida solo se vive una vez. No tiene ningún sentido malvivirla solo por aferrarse a obligaciones erróneas —le dijo Óliver.

—Comparto tu forma de pensar, sólo que a veces creo que los hijos se deben tener en cuenta a la hora de decidir una separación. ¿Sabes?, yo conozco a los hijos de Inés y sé que lo pasaron muy mal. Creo que todavía no lo han superado del todo. Ellos tenían mi edad cuando ocurrió y aunque nos creamos que con quince años ya somos mayores, no es del todo cierto. Seguimos todavía necesitándolos. Yo, por ejemplo, si mis padres se separasen ahora, sé que lo pasaría fatal. Quizá cuando sea algo mayor, cuando me tenga que separar de ellos para ir a la Universidad, si es que voy, y me acostumbre a vivir fuera de casa, la cosa será distinta. Sé que peco de egoísta en ese aspecto, pero te estoy siendo sincera.

—Te lo agradezco. Prefiero tu sinceridad a que me cuentes otra historia, engañándote a ti misma. Eres toda una mujercita, además muy guapa, pero quince añitos son lo que son: muy pocos para saltar del nido.

—Gracias, Óliver. Me encanta hablar contigo por lo comprensivo que eres. Bueno, por eso y por todo. Eres un encanto de hombre. Seguro que tienes a todas las mujeres del grupo rendidas a tus pies. Y creo que a los hombres también. Mi madre me contó por teléfono lo que hiciste el otro día con ese hombre que cayó al agua, me dijo que la mayoría pensaron que eras médico y que tú te desviviste por decirles que no lo eras. Eso te honra.

—¡Oye!, niña, que me vas a sacar los colores. Venga, vamos, que estos dos se nos están escapando, se ve que empiezan a tener apetito.

Cuando los cuatro llegaron a la Giralda era ya casi la hora de comer, así que la estuvieron observando desde el exterior, comentando su esplendor y, sobre todo, sorprendidos por su altura. Siempre la habían imaginado mucho más pequeña. Óliver, contemplando el Giraldillo en la fase superior, se acordó del restaurante que el chófer del autobús les había recomendado durante el viaje y que se encontraba muy próximo. Como era hora de ir pensando en buscar sitio para comer, les propuso hacerlo en el restaurante que llevaba el nombre de la figura de la cúspide, el Giraldillo. Invitó él, aunque Luis e Inés no estaban de acuerdo en que pagara él solo la comida de los cuatro, pero al final y ante la insistencia de Óliver, no les quedó otra que aceptarle la invitación.

De camino al restaurante, Arantxazu recibió una llamada de su madre en el móvil preguntándole dónde estaban. Ella y su padre habían pensado en comprar unos bocadillos y hacer una especie de picnic en el mismo parque donde se encontraban. Le preguntó si no les apetecía volver con ellos y comer juntos, lo que la chica trasladó a sus acompañantes. A Óliver no le hacía ninguna gracia ir al parque de picnic, con el ambiente cargado como estaba, así que con buenos modales y con el pretexto de que ya que estaban allí habría sido un despropósito prescindir de la visita al famoso restaurante, sugirió seguir con lo predeterminado. Para no desentonar, le propuso a Arantxazu que les ofreciera a sus padres coger un taxi y venirse a comer con ellos. Estaba seguro de que no lo iban a hacer, pero así al menos la joven no tendría remordimiento de conciencia por no haber estado junto a sus padres durante la comida. Estaba en lo cierto, pues Anaïs rechazó la propuesta que le trasladaba su hija, sobre todo al escuchar que era Óliver quien invitaba, así que quedaron en verse cuando hubiesen terminado de comer.

Ya sentados en el restaurante, el camarero les ofreció unos entremeses a elegir y optaron por un plato de jamón ibérico y queso y unas gambas al ajillo, junto a unas cervezas que tomaron ellos e Inés y una Fanta Arantxazu. De primero tomaron los cuatro un gazpacho andaluz. De segundo, Óliver y Luis se decidieron por rabo de toro en una salsa de la casa, Inés se pidió cazón en adobo y Arantxazu lomo de bacalao con tomate. Para beber pidieron una botella de tinto Marqués de Cáceres, del que tenían buenos recuerdos tras haberlo tomado en Plasencia. La joven optó por tomar agua y de postre optaron por un surtido delicioso para los cuatro. El menú era bastante caro, pero todo exquisito. Los postres los acompañaron con un café con leche, ellos, y un té, ellas. Después, invitados por la casa, Óliver y Luis cerraron la sesión con un *vodkalemon* y ellas con un licor de hierbas. Una vez finalizada la comida, con pocas ganas de seguir andando tras el largo paseo de la mañana y la relativamente copiosa comida, Óliver propuso hacer el regreso en un carruaje de caballos que les llevaría hasta el parque de María Luisa, donde les esperarían Anaïs y Alberto. La parada les pillaba allí cerquita, en la catedral, y Arantxazu no podía ocultar la ilusión que le hacía un recorrido de ese tipo, así que alquilaron una calesa y partieron hacia el parque. El cochero, que a la vez hacía de guía, les iba informando sobre todo lo que encontraban a su paso y pensando en lo que la chica disfrutaba con todo lo que iba viendo, Óliver le propuso al hombre que les diera

una vuelta por la Torre del Oro a cambio de un sobreprecio, ya que quedaba algo alejada del parque. El hombre aceptó encantado.

Durante el recorrido, Anaïs llamó dos veces a Arantxazu. En la primera, la joven le informó de cómo estaban realizando el regreso. Según el cochero llegarían sobre las cuatro al parque. En la segunda, y recabando de nuevo información del cochero, le dijo que habían decidido pasar a ver la Torre del Oro y no iban a llegar antes de las cinco. Anaïs no quiso estropearle la magnífica tarde que Arantxazu estaba disfrutando, así que no la apremió para que volviesen antes, ni tampoco le dijo que su padre quería regresar a Águilas esa misma tarde, tras haber hablado con Óliver. Para ella había sido un día de perros. Alberto, aunque la acompañaba, se mantenía siempre unos metros separado, con el ceño fruncido y mirando el reloj cada cinco minutos, pues no le había podido quitar de la cabeza lo de regresar aquella misma tarde a casa. Habían comido unos bocadillos sentados en un banco y ella adquirió una revista en un kiosco, la cual repasó varias veces mientras él paseaba nervioso por los alrededores. Los dos estaban tensos, serios y silenciosos. Anaïs no podía evitar que se le subiera el corazón cada vez que pensaba en el encuentro que Alberto tenía en mente llevar a cabo con Óliver. Más que el encuentro en sí, temía que Arantxazu, después del día tan agradable que decía haber tenido, después de que Óliver se hubiese portado tan bien con ella, ahora, de alguna forma, se enterase del verdadero motivo del viaje a Sevilla. Poco antes de que llegaran, cogió a Alberto del brazo y le dijo:

—Al menos, por consideración hacia tu hija, no formes ningún jaleo con Óliver aquí, en presencia de todos.

—No, no lo formaré..., a menos que él quiera formarlo. Si se me pone chulo no esperes que yo meta el rabo entre las piernas.

—Él no se te va a poner chulo si tú no lo provocas.

—¡Joder, ya estás otra vez defendiéndolo!

—No, solo te estoy pidiendo que no armes ningún escándalo aquí. Llámalo aparte y hablas con él lo que tengas que hablar sin que los demás tengan que compartir el problema contigo. —Mientras le hablaba, le daba vueltas a la cabeza pensando cómo arreglárselas para que Óliver supiera algo de lo que Alberto le quería hablar, pero no encontraba la manera.

Sobre las cinco y media, por fin, apareció la calesa. El matrimonio, nervioso tras la larga espera, les estaba aguardando en la parada. El tiempo se le hacía eterno. Cuando llegaron, Óliver saltó el primero, ayudando a Arantxazu a bajar. Esta, al ver a sus padres, se lanzó hacia ellos, abrazándoles e intentando entre risas contarles con pocas palabras todo lo que había podido vivir durante el maravilloso día.

Luis, aprovechando el pequeño revuelo del reencuentro, se acercó al cochero y le pagó lo acordado. No quería que Óliver se le adelantara de nuevo, pues apenas unos segundos después, sin haber advertido que Luis ya había satisfecho el importe del paseo, se dirigió hacia el hombre con la intención de pagarle y, tras conocer que el pago ya se había efectuado, miró a Luis con cara de descontento. Después, se mantuvo algo apartado de los demás,

escuchándoles hablar e intercambiar las diversas vivencias de unos y otros a lo largo del día.

Transcurridos unos minutos, Alberto se le acercó y le pidió que le acompañara a unos metros de los demás, después se detuvo para decirle que tenía algo que hablar con él. Le estaba dando la espalda al grupo y Anaïs, que no les quitaba la vista de encima, aprovechando que tenía a Óliver de frente, le lanzó una mirada seria e imperativa al tiempo que le movía la cabeza en señal negativa. «¿Qué me quiere decir? —pensó él—, que no acceda a hablar con él? ¿O quizá que si hablamos no diga la verdad sobre lo que hay entre nosotros?». Fuese lo que fuese, la señal que acababa de hacerle era inequívocamente de índole negativa. Tendría que atenerse a ello. Alberto, serio y con gesto agresivo en el semblante, le invitó a dar un paseo fuera del alcance auditivo de los demás. Estos, conscientes de que el diálogo entre los dos iba a ir dirigido a la relación entre Óliver y Anaïs, intentaron engatusar a Arantxazu para que se distrajera viendo cosas del parque mientras Óliver y su padre fumaban un cigarrillo. La chica no entendió del todo que se quisieran ausentar, pues su padre no fumaba y además ya no tenía ninguna duda de que su comportamiento a lo largo del día tenía que ver con algo relacionado entre su madre y Óliver. No acababa de entender que se hubiese querido quedar a solas con Anaïs primero y ahora con Óliver. Sin embargo, optó por no hacer ningún comentario y, acompañada por su madre, Inés y Luis, dedicó su atención a las maravillas del parque, dejando a los dos hombres solos.

—Mi mujer te tiene por un hombre legal. Si está en lo cierto, espero que me contestes con la verdad sobre lo que te voy a preguntar —le dijo Alberto cuando ya estaban lo bastante alejados de los demás como para que no pudieran oírles. Óliver encendió un cigarrillo como si hubiera escuchado el comentario que sus acompañantes habían hecho a Arantxazu minutos antes.

—Bien, pregunta pues —le contestó tras dar una profunda calada.

—¿Fuiste tú quien me llamó el viernes por teléfono?

—¿Qué? No sé de qué me hablas. —Se sorprendió Óliver, que esperaba cualquier pregunta menos algo así.

—Bien, te lo explico yo —continuó Alberto, cortante—. El viernes, alguien, distorsionando la voz, me llamó para decirme que entre tú y mi mujer..., vaya, que posiblemente estuvieseis liados. —Óliver se quedó perplejo. Tras lo que Olga le había comentado cuando regresaban de Plasencia y la llegada de Alberto, intuía que este estaba informado de lo suyo con Anaïs, pero lo de que él supuestamente lo hubiese llamado por teléfono se escapaba a todas sus expectativas. Si hubiese podido observar su propio rostro se habría percatado de que la sorpresa la llevaba reflejada en él. Cuando logró encontrar palabras para contestarle, lo hizo:

—A ver, Alberto, en el hipotético caso de que entre tu mujer y yo hubiese algo, ¿tú crees de verdad que yo te iba a llamar para ponerte al día o qué?

—No lo sé, dímelo tú. Para eso estamos hablando.

—Pues no te puedo decir otra cosa que no sea NO. NO a ambas cosas, ni llamé por

teléfono ni estamos liados, ¿contento?

—No, no lo estoy, porque pienso que tanto Anaïs como tú me estáis mintiendo.

—En tal caso, lo siento, amigo. No te puedo decir otra cosa. Si me crees o no me crees, es cosa tuya. Además, a mí me puedes preguntar si te estoy mintiendo... A tu mujer..., eso deberías preguntárselo a ella.

—Eso ya lo he hecho. ¿O acaso crees que hemos estado regalándonos elogios y besos todo el día? Hemos hablado detenidamente sobre el tema, pero sigo con las mismas dudas que tengo contigo. Me gustaría creerte, te lo juro, pero después de lo que le hiciste a mi cuñada, María del Mar... Creo que, en el caso de que todo sea cierto, si tienes en mente acabar con la relación cuando termine el viaje, no habrás dudado en inventarte esta patraña para quedar bien a los ojos de Anaïs.

—Explícate mejor, Alberto, no termino de entender lo que me estás diciendo.

—Pues creo que he sido bastante claro: me llamas al teléfono, me cuentas lo que hay haciéndote pasar por otra persona, montas el escándalo y te sales por la tangente. Eso es lo que te he querido decir. Aunque creo que me has entendido antes muy bien.

—Me dejas patidifuso, tío. Tú deberías dedicarte a escribir novelas de ficción. —Exclamó Óliver, moviendo la cabeza en señal de incomprensión ante la absurda idea que acababa de escuchar.

—No, a lo que me voy a dedicar es a salir pitando esta misma tarde camino de Águilas... con Anaïs y mi hija acompañándome, claro. Tú ya veo que no estás interesado en aclararme mucho, así que tendré que seguir profundizando más en el asunto en los próximos días hasta saber la verdad.

—Tú no estás bien de la cabeza. ¿Después de la noche y el día que llevas todavía quieres coger el coche e irte a casa? ¡Ni se te ocurra, ¿me oyes?! No puedes hacerle eso a tu hija. —Óliver empezaba a mostrarse alterado.

—¿Qué pasa? No me estarás proponiendo que pasemos la noche aquí como si no pasara nada, ¿verdad? —se extrañó Alberto con gesto erguido.

—Pues exactamente eso es lo que te estoy proponiendo. —Óliver intentaba serenarse y conseguir que Alberto empezara a razonar. Quería intentar, como fuera, hacerle desistir de la idea de irse con las dos mujeres en el coche, cansado y con el estado de nervios en el que se encontraba. —Mira, Alberto, entra un poco en razón. Tienes una gran mujer y una hija encantadora. Sé razonable y no les hagas esa jugada. Quédate aquí esta noche, coges una habitación en el hotel y por la mañana os vais los tres descansados y quizá más serenos. Arantxazu no merece que la metas en este laberinto, es una cría estupenda.

—¿Y si accediera... —le respondió Alberto que no terminaba de convencerse —, esta noche qué iba a pasar? ¿Que saldríamos los seis por ahí en amor y compañía como si no pasara nada? ¿Eso es lo que tú crees que debería hacer? —La indignación se reflejaba en su rostro, haciéndole subir el tono de voz. No asimilaba que alguien que posiblemente se estaba acostando con su mujer se atreviera encima a decirle qué debía o no debía hacer.

—No, yo no formaré parte de esa supuesta salida esta noche, si eso es lo que te preocupa. Ya me inventaré algo para no estar.

—No, si ya veo que eres un especialista a la hora de inventarte cosas. Te inventaste también la forma de acabar tu aventura con mi mujer mediante una simple llamada de teléfono, ¿verdad, cabrón?

Óliver estaba a punto de perder los papeles. «Este hijo de puta me está provocando —pensó—. ¿Lo mando a tomar por culo o qué hago? Si no fuera porque están Anaïs y la niña por medio, ya mismo estábamos liados a hostias. ¡Joder!». Se mantuvo un momento callado, meditativo, encendió un nuevo cigarrillo, intentando mantener la calma, y después le contestó con bastante mala leche. Aquella conversación no les llevaba a ninguna parte y menos aún cuando ni siquiera sabía hasta dónde había llegado Anaïs contándole cosas. Tenía que medir cada palabra para no trastocar lo que ella le hubiera contado. Lo mejor que podía hacer era abandonar el encuentro.

—Haz lo que te dé la gana, joder, yo me voy al hotel. —Acto seguido se marchó, dejando plantado a Alberto. Le habría gustado terminar aquella conversación de otra forma mucho más agresiva, pero se moderó al entender que de seguir en aquella línea lo único que conseguiría era dar pie a dejar servido en bandeja el escándalo que trataba de evitar. No quería, bajo ningún concepto, que la conversación con Alberto sirviera para hacerle daño a Anaïs y a su hija y, de seguir discutiendo, inevitablemente, no tardarían en ponerlo todo patas arriba, así que optó por la decisión que creyó más acertada: irse. No obstante, había una cosa en la que sí quería profundizar: Averiguar quién había hecho aquella llamada a Alberto. Le importaba un bledo lo que pudiera pensar de él, pero sí que le importaba, y mucho, lo que Anaïs pudiese pensar. Así que, volviendo al hotel, haciendo un gran esfuerzo por serenarse y buscar una salida a aquel embrollo, su cabeza no paraba de dar vueltas: «¿Cómo puedo averiguar quién ha llamado a ese sujeto? Tengo que saberlo, se lo debo a Anaïs y no puedo soportar la idea de que ella también crea que fui yo».

Los más sospechosos, por lógica, serían Olga y Pablo, pero no era propenso a sospechar de nadie concreto sin tener pruebas a las que aferrarse. Y no las tenía. Olga era difícil que pudiese haber sido. De haber sido ella, ¿por qué le iba a haber avisado de que Alberto podía estar informado? No tenía sentido. ¿Y Pablo? Era una persona muy peculiar, se mostraba preocupado porque alguien tuviera que pasar por lo que él había pasado, pero de ahí a avisarle a Alberto... No, no lo veía en ese plano.

No quería dar palos de ciego como los estaba dando Alberto, creyendo a pies juntillas que había sido él quien le llamó. Si se obstinaba en señalar a alguien concreto como autor de la llamada, incurriría él también en la posibilidad de equivocarse. Y era un tema de calado demasiado profundo como para correr el riesgo de errar acusando a un inocente. No, no iría a por nadie determinado sin saber que estaba en lo cierto. No señalaría a ninguno de los que hacían el viaje con él sin tener la seguridad absoluta.

El nombre de su amigo Roberto le vino de pronto a la mente: Laura, su mujer, tal vez

pudiera echarle una mano facilitándole algunos datos sobre sus compañeros de viaje, pues ella era quien gestionaba ese tipo de viajes, promocionados por el ayuntamiento.

Con esta idea en mente, tras llegar al hotel, en la recepción, solicitó prolongar la permanencia dos días más. Después, subió a su habitación y llamó a su amigo por teléfono. Le explicó, sin extenderse en detalles, lo que le estaba ocurriendo y le pidió, si le era posible, que, mediante Laura, le hiciera llegar un listado con los nombres de todos los componentes del grupo y la relación, si existía, de algunos de ellos con Alberto. Sabía que quien lo hubiese llamado debía tener su teléfono, pues era poco probable que, si no tenía datos personales de él, los hubiese estado recabando para utilizarlos haciéndose pasar por otra persona.

Roberto, tras escucharle, le prometió hablar con Laura y facilitarle toda la información que pudiesen obtener. Se la harían llegar al móvil mediante correo electrónico.

Mantuvo el tema en secreto. Ni siquiera a Luis, que pasaría poco más tarde por su habitación, le contaría nada. Tenía plena confianza en Luis, como también en Inés, y sabía con total certeza que ninguno de ellos habría hecho semejante guarrada, pero pensó que, para intentar tener éxito en sus indagaciones, lo mejor que podía hacer era no hablar con nadie del grupo sobre lo que se traía entre manos. Cualquier comentario, incluso no malintencionado, podría echar por tierra su propósito.

Alberto se quedó unos minutos parado, viéndolo marchar, y después, andando despacio, se reunió con los demás. En su mente, cada vez iba tomando más fuerza la convicción de que había sido él quien le había llamado por teléfono. Prácticamente estaba seguro de ello. De lo que no estaba seguro era de si lo habría hecho porque realmente tenía una relación con su mujer o era por lo que ella le había contado. Posiblemente, al no conseguir lo que hubiese pretendido con ella, habría querido hacerle daño. De momento, se quedaría con esa última opción, que era la que más le habría gustado que fuese y, ya después, seguiría indagando hasta estar totalmente seguro de la fidelidad o infidelidad de Anaïs. Y con esa idea en mente regresó junto a los demás.

—¿Dónde está Óliver? —le preguntó Arantxazu al verlo regresar solo.

—Se ha ido al hotel, dice que tenía cosas que hacer. He decidido coger una habitación en el hotel y quedarnos esta noche aquí. — Anaïs respiró hondo al escucharle, la noticia fue un bálsamo para su estado de ánimo. Intuía que el encuentro no había sido tan negativo como hubiera pensado. Quien sí quedó bastante sorprendida fue Arantxazu.

—Papá, no habrías pensado en algún momento otra cosa que no fuera quedarnos aquí esta noche, ¿verdad? —Antes que Alberto contestase, Anaïs se metió por medio:

—Tu padre está todo el día jugando con la idea de marcharnos los tres esta tarde. Al final se ve que ha recapacitado y ha pensado con sentido común. —Inés y Luis también respiraron algo más tranquilos. Anaïs, sin que Arantxazu les escuchara, les había puesto al corriente de lo que estaba ocurriendo.

—Has tomado la decisión adecuada, Alberto —le dijo Luis—. Lo de hacer el camino de regreso a Águilas esta misma tarde habría sido una locura.

—Desde luego. ¿Sabéis qué?, esta noche podemos salir juntos a cenar fuera, que a vosotros dos os vendrá bien después de todo el día sin comer como Dios manda —les dijo Inés, dirigiéndose a Anaïs y Alberto. Después, regresaron dándose un paseo al hotel, donde cogieron una habitación para la noche.

Luis e Inés se retiraron tras haber quedado resuelto lo de la habitación en la recepción y, tras subir, mientras ella se iba a la suya para ir al baño y asearse, él se fue directo a ver a Óliver.

—Hostias, Óliver, vaya diíta que nos ha tocado. ¿Cómo se ha portado el pollo?

—Regular. Cree que fui yo quien lo llamó por teléfono el otro día. —Luis ya estaba al corriente sobre el tema de la llamada tras lo que les había comentado Anaïs. —El listillo piensa que fui yo quien lo llamó para informarlo de todo y poner fin de esa forma a lo mío con Anaïs. ¡Será gilipollas!

—Bueno, lo importante es que no ha llegado la sangre al río —apuntó Luis. —Si ni ella ni tú le contáis lo vuestro, a él seguro que le llegarán chismes, pero tendrá que vivir con ellos.

—Luis, una cosa. Yo me voy a quedar uno o dos días más en Sevilla, o sea, que mañana no me iré con vosotros. No quiero ser el huevo del cuco en el nido ajeno.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Pues que hay una persona entre los cuarenta que componemos el grupo que ha hecho esa llamada a Alberto y yo todavía no sé quién ha sido, así que no puedo sentarme con vosotros en el autobús sin saber quién es. No quiero andar sospechando de todo el mundo. Cuando sepa seguro quién ha sido, actuaré en consecuencia.

—Joder, tío, escuchándote da la impresión de que nos metes a todos en el mismo saco.

—No, tranquilo. De momento no meto a nadie en ese saco que dices, pero entiende que tampoco puedo descartar a nadie.

—Vale. Espero que nos veamos por la mañana durante el desayuno, ¿verdad? Ah, y a Inés y a mí descártanos, por favor. Me dolería mucho que nos estuvieses contemplando como presuntos autores de esa sucia llamada también a nosotros —le pidió Luis.

—No, no te preocupes por eso, no os contemplo como tales. Despídeme de Inés y, si quieres, también de Arantxazu, yo no bajaré a desayunar. No quiero empeorarle las cosas a Anaïs, ahora que la situación parece presentarse mejor de lo que habíamos pensado.

—¿Y de ella no te vas a despedir?

—Intentaré verla en Águilas, aquí no procede. Ah, un favor te quiero pedir. —Se acercó a la mesita de noche y cogió un trozo de papel escrito que había sobre la misma—. Mira, Arantxazu espera de mí que convenza a sus padres y vayamos todos juntos a algún sitio donde haya algo de folklore andaluz. Me han informado en la recepción de este sitio. Parece ser que se puede cenar bien y escuchar actuaciones musicales del estilo que a ella le gusta. Te agradecería, ya que yo no puedo hacerlo, que los acompañéis tú e Inés a ir a cenar allí. No comentes, por favor, que ha sido cosa mía.

—No te preocupes, lo haré como tú me pides..., aunque no sé cómo se lo voy a explicar a la chica, seguro que va a preguntar por ti.

—Yo tampoco lo sé, Luis. Coméntaselo a Inés, quizá ella pueda salirte al encuentro. Yo tengo la cabeza hecha un lío, no puedo ya ni pensar razonablemente, ya no me caben más mentiras en ella. ¡Maldita sea! —Luis se despidió dándole un abrazo. Se le notaba muy afectado por tener que despedirse de aquella manera. Tras la gran amistad que había surgido entre ellos, a ambos les habría gustado terminar el viaje juntos, pero las circunstancias les habían jugado una mala pasada, así que quedaron en verse de nuevo tras el regreso.

Capítulo XVI

La mañana siguiente, Óliver, totalmente deprimido, sin haber podido conciliar el sueño durante casi toda la noche, miraba al exterior desde la ventana con la mente aturdida y la vista dirigida a ninguna parte. Se había pedido el desayuno a la habitación, alegando que no se encontraba bien para bajar al salón comedor. Unos golpes frágiles en la puerta le volvieron al momento real.

—Adelante, está abierta —respondió girando la cabeza para ver quién entraba. El corazón le dio un vuelco al ver aparecer a Anaïs, a la que no esperaba en absoluto. El semblante le cambió por completo. De un estado deprimido y triste, en un segundo, pasó a expresar una enorme alegría en el rostro al ver quién era. Impulsivamente se fue hacia ella, mientras de sus labios, aparte de mostrar una extensa sonrisa de felicidad, se escapaba su nombre.

—¡Anaïs...!

Ella, tras entrar, cerró la puerta a sus espaldas y cuando Óliver casi la alcanzaba, estiró el brazo con la palma de la mano abierta hacia arriba, indicándole que se detuviera. Su rostro se mostraba contraído y sus bonitos ojos no expresaban precisamente alegría al verlo, sino todo lo contrario. Óliver se quedó parado a un metro escaso de ella, extrañado y sorprendido al notar aquella mirada tan distante y tan llena de repulsa. Se quedó callado y quieto en el lugar en el que ella le había indicado detenerse cuando su intención era estrecharla en un fuerte y sentido abrazo. Es lo que había estado deseando hacer desde el mismo momento en que Alberto hizo acto de presencia la mañana anterior. No le preguntó con palabras lo que había venido a hacer a su habitación, pero la pregunta la hacían sus ojos, fijos en los de ella, sin entender en absoluto qué estaba pasando para que apareciera de aquella forma, con el semblante repleto de acusación y casi de odio. Ella, al verlo tan sorprendido y sin hacerle ninguna pregunta, optó por tomar la palabra y explicarle por qué estaba allí.

—Ya que tú no has tenido valor para despedirte, ha venido tu «juguete» a hacerlo. No quería marcharme sin decirte cuatro cosas.

—Anaïs..., ¿por qué me hablas así? Me estás asustando.

—¿Asustando? ¡Venga ya! Para de una jodida vez con esa farsa que has utilizado conmigo desde que subí al autobús. He sabido siempre que eras capaz de muchas cosas, pero estos días he estado segura de que no me engañabas. —Óliver no daba crédito a lo que estaba escuchando y cuando se pudo rehacer un poco de la inesperada situación, le dijo:

—O sea, que piensas que te he estado mintiendo cuando decía quererte, ¿no es eso lo que

me estás insinuando?

—Claro que es eso. He sido tu juguete, como te he dicho antes. Tú solo buscabas una aventura mientras duraba el viaje y por eso has estado retrasando día tras día esa conversación que teníamos pendiente sobre lo nuestro. Pero no me voy a quedar con las ganas de decirte una cosa: lo que has hecho conmigo solo lo hacen los cobardes. Si fueras un hombre de verdad te habrías buscado el placer de unos cuantos polvos en algún puticlub y no habrías engañado a una mujer casada, como has hecho conmigo.

—¡Anaïs, para, por Dios, me estás haciendo mucho daño!

—¿Yo te estoy haciendo mucho daño? ¿Sabes acaso el que tú me has hecho a mí? No te ha bastado con engañarme, has tenido, además, que llamar a mi marido e informarle de lo nuestro. Más bajo ya no se puede caer. Te bastaba con haberme dicho que no me querías, que solo buscabas pasártelo bien conmigo. No me habría gustado, pero te lo habría admitido. Lo que has hecho llamando a Alberto es lo más rastrero y sucio que se le puede hacer a alguien. —Rompió en sollozos e intentó abrir la puerta a sus espaldas y salir corriendo, pero Óliver no la dejó, se lanzó sobre ella, empujándola hasta que quedó apoyada con la espalda contra la puerta, apoyó las manos contra esta y ella quedó sujeta entre sus brazos. Sus caras quedaron, una frente a la otra, a solo unos centímetros de distancia. Los ojos de ella, bañados de lágrimas, expresaban miedo y amargura; los de él, rabia e incomprensión. Permanecieron así unos segundos.

—No me puedo creer que esto sea real. Ese hijo de puta de tu marido te ha contado una historia que no se la cree ni un niño de cinco años, pero tú te la has creído. ¡Piensa lo que te dé la gana! Entiendo que su cuento chino tiene para ti más valor que todo lo que yo te pueda decir. —Le hablaba casi con desesperación, como si estuviera seguro de que no le creería por mucho que se esforzarse en decirle que estaba equivocada. Le faltaban las palabras y la serenidad para tratar de convencerla y, en un impulso de arrebato, sin poder contenerse, se enganchó a su boca, besándola como un poseso, como si, inconscientemente, mediante aquel beso, quisiera hacerle entender todo lo que no supo hacer con palabras. Ella intentaba escapar de aquellos labios que la volvían loca pero, por otro lado, no era capaz de conseguirlo. Su cerebro la apremiaba a salir corriendo, pero su corazón la detenía sin permitirle separar su boca de la de él.

Había pasado la noche con Alberto, sin poder apartar a Óliver ni un solo instante de su mente. Cuando intentaba conciliar el sueño, solo conseguía que desfilara por su cabeza como una pesadilla la cruel jugada que Óliver, supuestamente, se había permitido con ella. Habría dado cualquier cosa porque todo hubiese sido realmente solo eso: una pesadilla que al despertar desaparecería, pero sabía que no sería así. Y su cabeza continuaba dándole vueltas y más vueltas a todo lo que Alberto le había contado.

La tarde anterior, tras regresar del parque y separarse de Inés y Luis, subieron los tres a la habitación que le habían adjudicado a Alberto y poco después, Arantxazu, que ya por la mañana había dejado sus cosas en la habitación de su madre, se retiró junto a Inés, dejándoles

solos. Al final habían acordado que ella ocupara la cama de su madre y Anaïs se quedaría a dormir en la de Alberto. Cuando quedaron solos, Alberto le contó lo que había hablado con Óliver, o al menos lo que él había extraído de la conversación.

—Fue él quien me llamó, lo tengo claro como el agua —le dijo—. Distorsionó la voz, aunque yo no habría sabido quién era, puesto que nunca antes había hablado con él, pero al hacerlo esta tarde lo he reconocido.

—No entiendo por qué habría podido hacer eso. ¿Te ha dicho él que lo hizo, o solamente lo supones? —le preguntó Anaïs.

—A ver..., no me ha dicho «fui yo», pero tras hablar con él no tengo ninguna duda, ¡fue él!, pues tampoco se ha molestado en desmentírmelo. Simplemente me ha preguntado en qué me basaba para suponerlo.

—¿Y qué le has contestado? —le preguntó Anaïs.

—Bueno..., le he contestado que probablemente querría acabar con lo que hubiese entre vosotros y habría pensado que esa era una buena forma de conseguir su propósito.

—Pero, Alberto, de haber habido algo entre él y yo, ¿por qué iba a hacer semejante marranada? ¿Acaso no le habría bastado con decirme que lo nuestro se había acabado?

—No lo sé, no estoy en su mente para saber lo que piensa, pero si realmente no hay nada entre vosotros, dime tú que otros motivos podría tener para hacerlo.

—Primero: tienes que tener pruebas de que fue él, las que tienes no son concluyentes. Y segundo: solamente se me ocurre que si realmente fue él quien lo hizo..., bueno..., alguna que otra vez ha intentado tontear conmigo, pero yo nunca le he aceptado sus amagos de aproximación. Quizá haya querido vengarse —le mintió.

—Me gustaría que hubiese sido eso —le contestó Alberto—, pero has de entender que las dudas van a persistir. Y si no me estás mintiendo, a ese cerdo le rompo la cara en cuanto tenga la ocasión.

—¡Vaya! Encima eso. ¿Te vas a pasar la vida en ese plan? Yo, de ti, intentaría averiguar si fue él quien realizó esa llamada hasta estar seguro del todo. —Anaïs, con su sugerencia, lo que quería averiguar a toda costa era si Óliver la había estado ninguneando. Si la había utilizado de aquella manera tan indigna como Alberto suponía, con el único fin de devolverle la jugada que ella había intentado llevar a cabo con él. Se negaba a creerlo, pero veía a su marido tan seguro que las dudas no la dejaban pensar con nitidez. Y a medida que hablaban, esas dudas aumentaban, inclinando la balanza hacia la versión de Alberto.

—No necesito más averiguaciones —prosiguió Alberto, totalmente convencido—. ¡Fue él y punto! Y como tengo que seguir viviendo con la duda, te agradecería que dejases de una puta vez de protegerlo. Es un cabrón de mierda. ¡Se haya acostado contigo o no se haya acostado! No quiero verlo nunca más hablando contigo, ni siquiera verlo pasar cerca de donde tú estés. ¡Que te quede claro! Si quieres que sigamos juntos, aléjate de ese tío. —Alberto había vuelto a perder la compostura. Su tono de voz era subido y cortante—. Admite de una puta vez por todas que fue él quien me llamó. Y si todavía tienes dudas, recuerda lo

que le hizo a tu hermana. ¿Qué puedes esperar de semejante cerdo? —Anaïs, viendo a su marido tan seguro de lo que pensaba y sabiendo que, aún sin conocer la verdad sobre lo que había habido entre ella y Óliver lo estaba, empezó a sopesar si no tendría razón. Quizá ella quería verlo todo de diferente forma porque estaba enamorada de él y no quería admitir que Óliver se la hubiese jugado, pero poco a poco se iba autoconvenciendo de que estaba equivocada, que era un sinvergüenza vividor y que había utilizado la misma estrategia que ella empleó al principio para hacerle daño, la que ella misma le había confesado pensando que hacía bien contándoselo. Al final había ocurrido lo que Inés le dijo que podía pasar: ¡Le había devuelto la jugada! «Joder, cómo me la ha jugado, el muy cabrón —pensó—. Ha esperado a tenerme totalmente colada por él para devolverme la pelota».

Aquella tarde-noche, cuando salieron del hotel los cinco para ir a cenar, Arantxazu había preguntado por Óliver.

—¿Es que no va a venir con nosotros?

—No —le contestó Luis—. No se encuentra muy bien. Me ha llamado al móvil y me ha pedido que lo disculpemos, que la comida de este mediodía parece que no le ha sentado bien y está algo indispuesto para salir de cena.

—¡Vaya! Yo contaba con que vendría, pues habíamos hablado de ir a algún sitio donde se pudiese cenar con animación de folklore andaluz.

—Por eso no te preocupes, me lo ha dicho y me ha pedido que te llevemos a un local que le han aconsejado en la recepción donde, por lo que le han informado, vamos a tener lo que te gusta —le dijo Luis sin hacer mucho caso de lo que Óliver le había pedido: no decir que era cosa suya. Cogieron un taxi que les llevó al local que Óliver le había apuntado en la nota. Era un bonito patio andaluz, cubierto en la parte superior y abierto en la parte alta de los extremos. Al fondo, había instalada una tarima donde actuaba una joven estrella de la copla a la que Arantxazu conocía de haberla visto participar en el concurso de Canal Sur *Se llama copla*, que ella había estado siguiendo en la tele. A la cantante la acompañaban un guitarrista y dos chicos más, que se alternaban tocando un organillo eléctrico, una batería y varios instrumentos de viento, según requería la canción que interpretaban. Lo hacían bastante bien. Arantxazu se acercó a la cantante, entablando conversación con ella. Le dijo que también era aficionada y cantaba algo de vez en cuando en festejos familiares, cuando la ocasión lo requería.

—Pues ahora la ocasión lo requiere —le dijo riendo la muchacha—. Vas a subir conmigo a la tarima y mis compañeros te acompañarán con la música, así que piénsate lo que vas a cantar.

—Ay, no, me da vergüenza.

—¡Qué vergüenza ni qué ocho cuartos! Mira, ¿sabes qué? Dime alguna copla que te guste y te ayudaré si veo que te hago falta, ¿vale?

—Bueno..., si te empeñas... ¿Conoces esa de Marifé de Triana, *Maldito sea el querer*?

—¡Claro! Es una de mis canciones preferidas, la llevo en mi repertorio. Venga, sube

conmigo, voy a avisar a los chicos y la cantamos juntas. —Arantxazu, algo cortada, ya que no estaba acostumbrada a cantar ante público desconocido, subió con la otra joven a la tarima. Esta, tras poner a los músicos al corriente, cogió el micro y se dirigió a los comensales, que llenaban el patio del restaurante acomodados en sus mesas.

—Les presento a una amiga que viene de Águilas, Murcia. Ella es Arantxazu, es aficionada y enamorada de la copla andaluza. Se encuentra pasando unos días en Sevilla y nos va a deleitar con una preciosa canción de nuestra trianera querida, Marifé de Triana. *Maldito sea el querer*.

El público se puso en pie, aplaudiendo ante la novicia.

A Anaïs, que ya de por sí estaba más nerviosa que su hija, ya que nunca la había visto cantar ante un público que no fuera el habitual en festejos familiares, empezaron a temblarle las piernas al escuchar el título de la canción. Conocía la letra y le dio un subidón. Óliver apareció de nuevo en su mente. Inés, que de inmediato notó como se alteraba, le cogió la mano y se la mantuvo apretada todo el tiempo que duró la intervención de Arantxazu. En sus ojos empezaron a aparecer lágrimas y tuvo que reprimirse para no romper en sollozos. Los puñales de los que hablaba la canción parecían ir dirigidos directos a su corazón. Ya no sabía sopesar si se sentía más alterada pensando en los nervios que debía estar pasando Arantxazu o por el daño que le producía cada estrofa tras haber empezado su hija a cantar.

Cuando tú menos lo esperas,
sale de la sombra igual que un ladrón.
No va a robar tu cartera,
que va a por la sangre de tu corazón.
Se disfraza de cordero,
todo lo arregla jurando,
y es un chacal bandolero,
que va tu muerte buscando.

Arantxazu, tras los primeros instantes de nerviosismo, se había serenado y se concentraba en la letra y la música. Le estaba saliendo mejor de lo que había supuesto. Tanto era así que la cantante, que al principio había cantado a dúo con ella ayudándole a no desafinar, se fue quedando callada, dejando que lo hiciera sola, aunque la cogía por la cintura para arroparla.

Anaïs, con sus ojos veía a su hija cantando sobre el tablado y con su oído la escuchaba, pero con su mente trasladaba el sentido de la canción a la persona de Óliver. Cada estrofa era un puñal que se le clavaba en el corazón.

Maldito sea el querer,
de corazón lo maldigo,
más amargo es que la hiel,
Y el mayor de los castigos.

Tú le das luna y lucero,
y la flor de tus rosales,
y él te clava traicionero,
el mejor de sus puñales...

Cuando terminó, los asistentes volvieron a ponerse en pie y aplaudir largos segundos, agradecidos por la improvisada intervención de la joven. Sobre todo, algo sorprendidos de que una murciana interpretara tan bien lo que ellos consideraban música autóctona y que además lo había hecho de maravilla. La cantante también la abrazó, dándole ánimo para que siguiera con su afición a la copla. Arantxazu le explicó que, en Águilas, la gente era muy aficionada a la copla flamenca, que le encantaría verla por allí alguna vez actuando. La cantante le agradeció la idea, diciéndole que le encantaría, pero que las cosas para quienes todavía no habían tenido la suerte de alcanzar la fama no eran sencillas. Aspirar a algo más de lo que ella había conseguido casi siempre quedaba en un sueño irrealizable. No obstante, si en algún momento se le ofrecía la opción, la aceptaría con toda la ilusión del mundo.

—Tú conoces a Josemi de tus actuaciones en el concurso, él va todos los veranos a Águilas, en concierto, con compañeros tuyos de la copla. Habla con él. De hecho, este verano, que pienso que irá de nuevo por allí, le voy a hablar de ti. Le voy a decir que si la próxima vez no te lleva... no lo dejo salir vivo del pueblo.

—Ay, Arantxazu, no sabes cómo te lo agradezco. —La volvió a abrazar y la colmó de besos, sinceramente agradecida y partida de risa ante el comentario.

Anaïs se levantó de la mesa y corrió a abrazarla y besuquearla. Le había resultado un tanto llamativo que su hija, conociendo un montón de canciones flamencas, se hubiese volcado precisamente por aquella. Pensó que la chica, probablemente, se había percatado de algo. No obstante, no le hizo ninguna alusión al respecto. Inés, Luis y Alberto también la siguieron para abrazarla y felicitarla. Ya habían terminado de cenar y decidieron retirarse a descansar, no sin antes tomarse una copa de despedida y pagar la cuenta.

Ya en el hotel, Luis volvió a ocupar la habitación que compartía con Pablo para que Arantxazu pudiera dormir en la cama de su madre compartiendo habitación con Inés. Anaïs, como ya hubieran decidido antes, se fue con Alberto. Parecía como si la llevasen a remolque, pues no se encontraba precisamente atraída por compartir cama con él, pero las circunstancias le exigían que lo hiciera. Y, además, tras la imagen de Óliver, que visualizaba a cada momento en su mente, era una buena ocasión para vengarse dentro de lo posible de aquel chacal bandolero disfrazado de cordero, que la había utilizado perversamente para satisfacer sus deseos placenteros o quizá vengativos, pensó.

Hicieron el amor, si es que se le podía llamar hacer el amor, pues ninguno de los dos había sentido nada especial al hacerlo; él, atendiendo a una necesidad fisiológica, ella, atendiendo a un deber matrimonial ficticio, pero con la mente y el alma en otro lugar. Fue un acto rápido y exento de ilusión por ambas partes. Alberto, cuando hubo terminado, se dio la vuelta y a los pocos minutos se quedó dormido. Estaba exhausto después de veinte horas interminables

entre viaje, salidas y aclaración de problemas. E incluso habría agradecido echarse en la cama en cuanto volvieron de cenar y dejar el resto para otro día. Para ella era imposible conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama sin poder apartar de su mente la imagen de aquel hombre que tanto daño le había causado, que había jugado suciamente con ella, utilizando una argucia rastrera y cobarde para apartarla de su vida.

Capítulo XVII

Tras aquel largo e impulsivo beso, en el que él la mantenía presa entre sus brazos y la puerta, Óliver apartó unos centímetros su boca de la de ella para mirarla a los ojos, que continuaban llenos de lágrimas y de indecisión. Seguía intentando forzar la escapada y huir corriendo, pero se mantenía casi inmóvil entre sus fuertes brazos. La misma indecisión que expresaban sus ojos se desprendía de su cuerpo que, convulso, se debatía entre escapar de aquellos brazos entre los que se encontraba atrapada o quedarse entre ellos toda una vida.

Él, consciente de que no la estaba dejando decidir por sí misma, suavizó la sujeción que ejercía sobre ella y apartándola un poco de la puerta, se la abrió, dándole la posibilidad de irse si es que quería hacerlo. Y lo hizo sin terminar de saber si realmente es lo que quería. Despacio, con la cabeza gacha, sollozando, con paso lento se fue alejando por el pasillo mientras él, quieto y en silencio, bajo el dintel de la puerta, la observaba marchar.

«Se acabó —pensó con amargura—. Ha sido bonito mientras ha durado, pero todo tiene su fin. Además, se va reteniéndome en su mente como el canalla que la ha engañado, cuando en realidad no la voy a poder olvidar nunca más. ¡Joder, qué asco de vida!».

De buena gana habría salido corriendo tras ella, le habría explicado que él no quería aquello, que habría dado cualquier cosa por retenerla junto a él el resto de su vida, pero después de conocer a Arantxazu y saber lo ligada que estaba a sus padres, creía que no debía forzar acontecimientos. Por mucho que deseara retener a Anaïs a su lado, sabía que nunca terminaría de reprocharse que, a causa de su egoísmo, la armonía familiar de la que disfrutaba la chica se viese rota. Le dolía en lo más profundo de su alma que Anaïs se fuera pensando que la había engañado cuando había sido lo más sincero con ella que había sido nunca. Ni antes ni después de Monique había estado tan enamorado de una mujer como lo estaba de Anaïs, sin embargo y a pesar de estar seguro de que ella le correspondía, o le había correspondido, no le quedaba otra que hacer frente a la situación y volver a encerrarse en su vida solitaria y exenta de ilusión, que había estado viviendo desde que murió Monique. Y para qué atormentarse con querer demostrarle a ella que la quería con locura y que nada de lo que intuía que Alberto le había contado era verdad. Que él no había realizado aquella supuesta llamada que había dado origen a todo, ni sabía que este se iba a presentar de improviso en Sevilla. No le serviría de nada, así que dejaría las cosas como estaban y correría con la suerte que le había tocado: quedar como un cerdo ante ella, que era lo que había pensado de él desde su infancia.

Sus compañeros de viaje se mostraron sorprendidos cuando subieron al autobús y

observaron que faltaba él. Ya durante el desayuno le habían echado en falta y los comentarios en voz baja habían sido la comidilla del grupo. A nadie le pasaba desapercibido que con Inés y Luis se sentaran en la mesa Anaïs, Alberto y Arantxazu y no estuviera Óliver. Olga se les acercó y les preguntó por él.

—Se encuentra indispuesto y no bajará a desayunar, ni tampoco vendrá con nosotros en el autobús. Se queda dos días más en Sevilla —la informó Luis. Olga miró de reojo a Anaïs y dejó escapar una pequeña sonrisa discrepante. Estaba segura de que su ausencia se debía a otras cosas muy distintas a la supuesta indisposición que Luis le comentaba y con toda la intención del mundo, sin dejar de mirar a Anaïs de reojo, hizo un comentario que sabía que iba a hacer pupa a los ocupantes de la mesa y en especial a Anaïs.

—Ay, pues si se encuentra mal, después de todo lo que hizo con Enrique, no deberíamos dejarlo aquí solico, al pobre. Me estoy pensando quedarme aquí con él. —Anaïs tuvo que aguantarse para no saltar. Quien sí lo hizo fue su marido.

—¡Joder, anda que no lo cuidáis, al pájaro! —Arantxazu lo increpó sin poderse contener.

—Ay, papá, no hables así de él. ¿Qué te pasa? Parece como si le tuvieses manía. A ver si va a ser que estás celoso.

—¿Celoso yo? ¿De ese cascarrabias piensas que voy a estar celoso? ¡Venga ya! Si está a punto de alcanzar la jubilación. —Olga le puso una mano sobre el hombro y, sonriente, le dijo:

—Amigo, somos las mujeres quienes desgraciadamente perdemos atractivo con los años, los hombres se vuelven más interesantes con la edad.

—Pues aprovecha la ocasión —le contestó Alberto—. Ahora lo tienes todo para ti. —Al tiempo que le contestaba le dirigió una mirada llena de contenido a su mujer. Anaïs, que no estaba por la labor de intervenir en el diálogo y que temía dejar al descubierto lo que estaba pensando, se levantó de la silla con la excusa de que tenía que subir al baño antes de emprender el viaje de vuelta. En realidad, no quería marcharse sin ver a Óliver y fue el momento que aprovechó para ir a su habitación. Iba encendida. En aquel instante no habría sabido sopesar si su estado de malestar se debía al desasosiego que encerraba dentro de sí por lo que creía que Óliver le había hecho o era por la insinuación de Olga de querer quedarse con él en Sevilla.

«Maldita bruja —pensaba—, ojalá se la juegue igual que me la ha jugado a mí. La muy cabrona está loca por follárselo».

Una hora más tarde, tanto el autobús con el personal que quedaba del grupo, como Alberto en su coche, con Anaïs y Arantxazu, abandonaban Sevilla rumbo a Águilas.

Durante el trayecto, Inés y Luis, que ocupaba el asiento de Anaïs junto a ella, con el semblante sombrío y entristecidos por el curso de los acontecimientos al final del viaje, intentaban descifrar el enigma de lo que había ocurrido.

—¿Quién habrá sido el malnacido que llamaría a Alberto? —preguntaba Inés a Luis y se preguntaba a sí misma—. ¿Tú no crees que podría haber sido Pablo? ¿No has intentado

sacarle algo esta noche que has dormido con él?

—Sí, lo he intentado, pero, o es muy hábil a la hora de fingir, o no ha sido él.

—Yo no paro de pensar que quizá haya sido el putón de Olga —reflexionaba Inés

—Con el tiempo lo vamos a saber, ya verás. Quien quiera que haya sido, lo ha hecho de una forma muy a conciencia y maligna. Yo no creo que haya sido Olga, pues por mucho que distorsionara la voz, Alberto habría notado que no era un hombre. Y está muy seguro de que fue Óliver.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—No, no lo creo. En los pocos días que hemos pasado juntos, tanto tú como yo hemos comprobado con creces que no es la persona de quien se puede esperar una cosa así.

—Eso es cierto, pero si no ha sido él, ni Pablo, ni Olga, ¿quién podría hacer una guarrada de ese calibre? —se preguntaba Inés—. A mí, lo que me resulta extraño es que Óliver, si no ha sido él, no se esfuerce un poco más en averiguar quién ha sido. Y lo peor de todo es que Anaïs, ante la insistencia de Alberto, también ha terminado creyéndoselo.

—Óliver no se va a quedar quieto, eso te lo garantizo. Ya verás cómo, aunque no lo demuestre, no va a parar hasta enterarse.

—Pero a mí me deja un poco fuera de órbita que no haya querido volver en el autobús. Durante el viaje quizá habría podido saber más cosas.

—No ha querido porque teme equivocarse si se deja guiar por las sospechas. Ni tampoco que su presencia suscitara más revuelo entre el grupo. Seguro que tiene algún plan previsto que no nos va a contar a nadie. Quieto no se queda hasta que no sepa a ciencia cierta quién ha sido, ya lo verás.

—También Arantxazu, que cada vez estaba más convencida de que estaban pasando cosas que sus padres le ocultaban, les interpeló durante el viaje:

—A ver, ¿se puede saber que os pasa? No os estáis comportando como estoy acostumbrada a que lo hagáis. Tengo claro que el viaje a Sevilla no ha sido demasiado afortunado. ¿No me queréis contar lo que ocurre?

—No ocurre nada de lo que tengas que preocuparte, hija. Entre los matrimonios suele haber discrepancias que no tienen mayor importancia. Cuando seas mayor y tengas pareja lo entenderás mejor. —Anaïs, que se sentaba delante junto a Alberto, dio media vuelta sobre el asiento y la abrazó, dándole varios besos en la cara.

—Mamá, no soy un bebé. Tengo quince años y me doy cuenta de las cosas, ¿sabes? Si no os apetece contármelo, no me lo contéis, pero me he dado cuenta perfectamente de que ocurre algo entre vosotros. Y también que Óliver tiene algo que ver con lo que sea que os esté pasando. —Alberto miró de reojo a Anaïs, pero se mantuvo callado. Optó por que Anaïs le diera la explicación que creyera oportuna a su hija. Él tampoco quería que la joven formase parte del problema que se había originado con aquella llamada anónima. Le habría gustado decirle que aquel hombre, al que ella le había tomado cierto cariño, no era más que un ser despreciable que, o bien había mantenido algún tipo de relación con su madre o, de no ser así,

se había valido de una sucia treta para hacerle daño. Sabía que su hija no se iba a conformar con aquella información e iba a querer saberlo todo. En consecuencia, creyó más acertado mantener la boca cerrada. Anaïs miraba hacia adelante con la vista perdida, con la mente borrosa. Ella tampoco quería que Arantxazu tuviera que sufrir por sus errores, aunque sabía que alguna vez terminaría contándole lo que había ocurrido. Sin embargo, bajo ningún concepto quería hacerlo durante el viaje. La chica se llevaba una impresión muy positiva de la persona de Óliver, con el que, a pesar de la diferencia de edad, había entablado una sana y profunda amistad. No quería defraudarla hablándole de él como una persona totalmente distinta a como la joven pensaba que era. «No —pensó—, ya habrá tiempo después de explicarle ciertas cosas, si procede». Ella misma dudaba de todo. Cuando subió a la habitación de Óliver iba totalmente convencida de que era lo que Alberto pensaba de él: un cerdo asqueroso que había jugado con ella de la forma más cobarde y mezquina. Sin embargo, tras aquel beso que le había dado antes de irse... todo había empezado a darse la vuelta. Un hombre que besaba de aquella forma era imposible que no sintiera nada al hacerlo. No, no terminaba de creer que todo hubiese sido una farsa. Sin embargo, igual que Inés, no entendía que no hubiese hecho nada por desmentir radicalmente ser el autor de aquella llamada. ¿Por qué? Si Alberto estaba equivocado, por qué no se había dejado la vida demostrándoselo. La había tenido en su habitación, podía haberle dicho que él no era el autor de la maldita llamada, pero no lo hizo y eso le seguía creando dudas.

Arantxazu, percatándose de que sus padres no querían inmiscuirla en sus problemas, optó por no insistir. Se hizo con la revista que su madre había adquirido en el parque el día anterior y se puso a echarle un vistazo.

Inés, al observar que Olga al final había subido al autobús, se quedó más tranquila. Cuando esta, durante el desayuno, había apuntado a quedarse con Óliver en Sevilla, le había surgido la duda de si no lo tendría preacordado ya de antemano con él y ese fuese realmente el motivo de que Óliver se quedara dos días más en la ciudad. Tras las turbulencias vividas las últimas veinticuatro horas, no cesaba de buscarle explicaciones a cualquier acontecimiento. El dilema que estaba viviendo su amiga la tenía muy preocupada, pues se sentía culpable en parte de todo lo sucedido, ya que Anaïs había hecho aquel viaje porque ella había insistido en ello.

Capítulo XVIII

Óliver, tras asegurarse de que unos y otros habían emprendido el camino de regreso, salió a dar una vuelta por la ciudad, pensativo y deprimido ante el cambio radical que había sufrido todo el proceso. Todavía no terminaba de asimilar que lo que le estaba pasando fuese real, que todo lo bonito que había vivido los días anteriores se hubiese tornado de repente en algo tan desagradable y sucio. De no haber estado Arantxazu por medio, habría luchado con todas sus fuerzas para que Anaïs se hubiese quedado a su lado, pero después de conocer a la chica no se sentía legitimado para intentar por todos los medios arrebatarle a su madre del lado de su padre. Habría pecado de egoísta respecto de la joven y tras haber entablado amistad con ella, tras haberle tomado cierto cariño, no se habría sentido feliz obligándola a enfrentarse a un hogar roto. Recapacitando, empezaba a darse cuenta de que haber conocido a la chica había influido considerablemente en su comportamiento posterior: no haber luchado por lo que más quería, incluso haber aceptado que Anaïs le hubiese descendido al nivel más rastrero e indigno al que le podían rebajar. No obstante, ya por su propia tranquilidad, no cesaría hasta saber con todas las garantías quién había sido la mala persona que había desencadenado con su llamada a Alberto aquel cúmulo de despropósitos.

A mediodía, se sentó en una terraza y se pidió un bocadillo de jamón y una cerveza. No le apetecía sentarse solo en un restaurante a comer algo más copioso que un simple bocata. Una amarga sonrisa se escapó de sus labios, sorprendiéndose a sí mismo de lo mal acostumbrado que se había vuelto en solo unos pocos días. Después de una semana y pico en compañía del grupo, sobre todo de Anaïs, Inés y Luis, ahora se sentía totalmente desplazado, solo, como antes de emprender el viaje. Y lo peor de todo era aquella amalgama de ideas cruzadas, de problemas para los que no lograba encontrar una solución convincente. Después de haber perdido a Monique, cuando ya se había hecho a la idea de que su vida feliz había pasado a formar parte de tiempos pasados, se había cruzado otra mujer en su camino de la que se había enamorado perdidamente y de la que había estado seguro de que también le amaba. «Pero las cosas bellas duran poco —se dijo a sí mismo—. Esto solo ha sido un sueño corto, del que acabo de despertar».

Al atardecer, tras deambular por media ciudad y sin saber realmente lo que había estado viendo, regresó al hotel, se tomó un café en la cafetería y subió a su habitación. Aspiró fuerte, impregnándose del aroma de Anaïs, que se había quedado recreándose en el ambiente, y no pudo evitar imaginársela sentada en el coche junto a Alberto, probablemente también

pensando en él, aunque de distinta forma. Supuso que la imagen que se reflejaría en su mente sería la de un impresentable que había jugado suciamente con ella.

Un mensaje que le entró al móvil le sacó de sus meditaciones. Era un *mail* de Roberto que abrió de inmediato, impaciente por leer lo que su amigo le comunicaba. En él le enviaba las informaciones que le había pedido. Le pasaba un listado con todos los nombres y apellidos de los que habían sido sus compañeros de viaje. Hacía menciones sobre aquellos que podían tener cierta relación con Alberto. Eran pocos. Tenían contacto con él Inés, Luis, Enrique y Agustina. El hijo de estos últimos, Ginés, estaba casado con Doris, prima de Alberto. Eran los más allegados, del resto, aparte de que alguno lo conociera, no habían podido recabar una información que le pudiera ser de utilidad. Sólo suponían que pudieran conocerse de vista, ya que en el pueblo todo el mundo se había visto alguna vez. Acto seguido empezó a clasificar, descartando aquellos que no creía sospechosos de haber realizado la llamada. Cuando hubo reducido la lista a solamente aquellos que de alguna forma podrían estar implicados, terminó limitándose a empezar sus averiguaciones por los más próximos a Alberto. Para no dar pasos en falso, decidió tomarse su tiempo y meditar bien cómo proceder. Así que esperó hasta la mañana siguiente y, tras desayunar, ya con las ideas algo más claras, inició su programa de averiguaciones.

Llamó a Agustina para preguntarle por la salud de Enrique e intentar hablar con su nuera que, al ser prima de Alberto, le hacía pensar que quizá Ginés pudiera haber tenido algo que ver, aunque lo dudaba, pero por alguien tenía que empezar. Lo primero que se le ocurrió comprobar fue si alguno de ellos tenía el número de teléfono de Alberto.

—Hola Agustina, ¿cómo se encuentra el convaleciente?

—Muy buenas, doctor. ¡Qué alegría oírle! Están ya de vuelta en Águilas, ¿verdad?

—Los demás sí, yo me he quedado un par de días más aquí, en Sevilla.

—No será por nada malo, ¿verdad?

—No, tenía cosas que hacer aquí y he aprovechado el viaje para hacerlas. ¿Cómo está Enrique?

—Uy, muy bien, si Dios quiere en un par de días nos vamos a casa. Quiere decirle algo, me está queriendo quitar el teléfono de la mano. Se lo paso.

—Doctor Óliver. —Se dirigió el hombre a él tras conseguir que su mujer le pasara el móvil —. No sé cómo darle las gracias por todo lo que hizo usted conmigo. Estoy muy bien. Espero poder hacer algo por usted algún día, aunque lo que hizo usted no se lo voy a poder pagar nunca.

—Venga, hombre, no piense usted más en eso. ¿Qué le dice el médico?

—Mire, le voy a pasar con mi nuera, que es quien conoce mejor las indicaciones del médico y que se las diga ella. Un abrazo muy fuerte.

—Igualmente. Y cuídese usted, tenga cuidado de no caerse más. ¡Nos vemos en Águilas! —Doris tardó unos segundos en coger el teléfono. Aunque Óliver no la veía, supuso que su indecisión era consecuencia de que no estaba muy de acuerdo en que su suegro le hubiese

pasado el móvil. «A esta no le hace ninguna gracia hablar conmigo», pensó. Después, le llegó la voz entrecortada de la mujer.

—Mire usted..., lo de mi suegro va muy bien. El médico que le ha estado tratando nos ha dicho que, de seguir todo como hasta ahora, en un par de días volvemos a casa. Nos dará por escrito el tratamiento que le prescriba. De momento poco más le puedo decir. —El comportamiento, tanto de Agustina como de Enrique, le hacía suponer que ninguno de ellos podía tener relación con lo que él intentaba averiguar. Sin embargo, el de Doris sí le resultó algo extraño y, en consecuencia, se inventó una excusa para tratar de obtener más datos.

—Doris, aprovecho que la tengo al teléfono para pedirle que me dé el número de móvil de su primo Alberto. Se ha dejado algo olvidado aquí en el hotel y le quiero preguntar si quiere que se lo lleve yo.

—¿Cómo...? ¿Mi primo ha estado ahí en Sevilla?

—Sí, vinieron él y Arantxazu a pasar el domingo aquí con Anaïs. —Ella volvió a guardar silencio de nuevo durante algunos segundos.

—Ah, pues no lo sabía... Su teléfono es el 643 27... —Acto seguido, se la notó arrepentida de habérselo dado, pero ya lo había hecho. No obstante, le preguntó, notablemente nerviosa:

—¿Y qué es lo que se ha dejado olvidado? Si se puede saber...

—Bueno... —le contestó Óliver—, claro que se puede saber..., una caja de preservativos. —La mujer no pudo evitar soltar una risotada. Óliver continuó:

—Doris, yo regreso a Águilas mañana. Cuando ustedes hayan regresado también, quisiera tener una conversación con usted y su marido. Le agradecería que me diese también su teléfono para llamarla desde allí y quedar. O, si lo prefiere, me puede dar el de Ginés y lo llamaré a él.

—Nooo, llámeme a mí. Aquí tiene mi número. —A continuación se apresuró a dárselo, interesándose por lo que tenía que hablar con ellos—. ¿No me puede adelantar algo sobre lo que quiere hablar con nosotros?

—Ahora no es el momento, Doris, ocúpese de llegar bien los tres a casa y ya hablamos tranquilamente cuando estemos todos en Águilas. Buen viaje.

«¡Ay, ay, ay!, aquí hay gato encerrado», pensó Óliver tras terminar la llamada.

A media mañana recibió una llamada de Luis, que le preguntó qué tal lo estaba pasando esos días solo en Sevilla. Inés y él no habían tenido más contacto personal con Anaïs tras su regreso la tarde anterior, salvo una corta conversación sobre el viaje de regreso. Tras llegar, Inés la había llamado por teléfono, pero Anaïs no estaba en condiciones de hablar con intimidad, ya que Alberto estaba presente. Inés tuvo la impresión de que le había prohibido también hablar con ella, así que diplomáticamente quedaron en verse algún día para tomar un café, pero sin dejarlo ultimado de antemano. La pareja tenía el presentimiento de que quizá Anaïs, tras los acontecimientos, se había dejado convencer por Alberto sobre las retorcidas intenciones de Óliver y no lo entendían. Pensaban que al creerlo un farsante que la había engañado, probablemente había retomado aquella estrategia que quiso emplear al principio

del viaje y había aprovechado las circunstancias para intentar hacerle daño. De otra forma no lograban entender su cambio radical sobre la persona de Óliver.

—Pues, amigo, de ser así, lo ha conseguido. Me ha hecho mucho daño, pero saldremos de esta. La vida sigue. Aunque para hacerme eso tendría que ser muy, muy mala persona y ella no lo es. Aunque han sido pocos los días que hemos pasado juntos, pondría la mano en el fuego por ella sin ningún temor a poderme quemar. Que está convencida de que no he sido trigo limpio, no me cabe la menor duda, pero de ahí a que esté utilizando lo que ha pasado estos días para vengarse de mí..., me cuesta creerlo.

—Pues allá tú, amigo mío. Nosotros no estamos tan seguros. Las mujeres son capaces de cosas que a veces los hombres somos incapaces de entender. Si fuese cosa mía sólo, quizá tendría mis dudas, pero Inés la conoce mejor que ninguno de nosotros y si ella admite que puede existir esa posibilidad...

—Yo no lo creo, pero gracias por trasladármelo. Hablaremos cuando esté de vuelta.

—Sí, ya hablaremos. Tengo ganas de tomarme de nuevo alguna cervecita contigo. Un abrazo, amigo.

Al terminar con Luis, volvió a la recepción y desde allí concertó un pasaje de autobús para Murcia el día siguiente a las ocho de la mañana. Después buscó un restaurante con terraza y se sentó a comer. Su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas. Con cada nuevo indicio que le iba llegando, la confusión tomaba dimensiones mayores. Tenía que apartar de su mente aquellos tormentosos pensamientos que no le dejaban vivir. No reaccionaba con nitidez porque estaba enamorado de Anaïs y probablemente se negaba a admitir que ella fuese en realidad muy distinta a como él la tenía dibujada en su mente. De haber estado en sus cabales, de no sentir lo que sentía por ella, se habría parado a meditar sobre la forma en la que llegó a su habitación el día anterior. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado convencer con tanta rapidez de la sarta de mentiras que Alberto le habría contado sobre él? Si en realidad estaba enamorada de él como una y otra vez le había manifestado, ¿por qué se había inclinado a favor de lo que oía y no se lo había consultado antes de tomar la decisión final? Todo esto, ahora que empezaba a reaccionar con algo de sentido común, le resultaba bastante sospechoso. No creía en absoluto que ella hubiese participado en todo lo ocurrido, como le había dicho Luis que suponía Inés, pero su comportamiento sí que le hacía pensar que no era merecedora de que él se estuviese amargando la vida, padeciendo por el supuesto sufrimiento de ella, cuando no había sido capaz de poner en duda que él hubiese hecho aquella llamada a Alberto. Si tanto lo quería, si tan enamorada estaba de él, lo mínimo que podía haber hecho era haberle otorgado un voto de confianza antes de catalogarlo como la bestia negra, cobarde y embustero, que se había servido de ella, engañándola para conseguir unos cuantos ratos de placer sexual.

No, no estaba haciendo las cosas bien atormentándose con querer demostrarle que él no era así. «A la mierda mis averiguaciones —pensó—, ¿qué coño voy a conseguir con aclarar las cosas? Estoy involucrando a todo el que se me ocurre que puede ser sospechoso y ¿para qué?

Debería importarme un carajo lo que ella piense de mí».

Lo único por lo que sí consideraba que debía averiguarlo era, aparte de él mismo, por Arantxazu. La joven sí se había llevado en su mente al verdadero Óliver y no quería que se sintiese decepcionada cuando empezase a oír barbaridades sobre él, así que solo por eso seguiría indagando hasta encontrar la verdad. No obstante, empezaba a sentirse arrepentido de haberse quedado dos días más en Sevilla prácticamente para nada, pues lo que tenía que averiguar podía haberlo hecho perfectamente desde Águilas. Al quedarse allí solo había conseguido deambular como un sonámbulo por la cuidad hispalense, sin ganas ni ánimo para disfrutar de lo mucho y bonito que ofrecía a sus visitantes. «Tengo que despejar la mente, quitarme de la cabeza todo este cúmulo de sinsabores y vivir mi día a día, dejando que el tiempo se encargue de ponernos a cada uno en el lugar que nos corresponde, pues de una forma u otra, es lo que ocurrirá», intentó autoconvencerse.

Algo más tranquilo y después de haberse tomado un *vodkalemon*, recordó que Noa le había dicho que residía en Sevilla durante sus estudios. No tenía ganas de pasarse la tarde deambulando por la ciudad, como la tarde anterior, sin saber qué hacer, y pensó que no le vendría mal llamarla por si le apetecía tomarse un café con él y ausentarse un rato de la pesadilla que estaba viviendo. No estaba pensando en intentar seducirla o algo por el estilo, solo quería hablar un rato con ella en plan de amigos y sin involucrarla en sus problemas personales que, por otro lado, habría sido un acto egoísta por su parte. Así que la buscó en el móvil y cursó la llamada.

Capítulo XIX

—¡Óliver…! —Se sorprendió la chica—, no esperaba esta llamada tuya. ¿Estáis ya en Águilas?

—No, estoy en Sevilla —le contestó él.

—¿Cómo…? ¿Tú estás en Sevilla? Creía que os habíais ido ayer.

—Bueno…, se fueron todos, pero yo me quedé aquí, solo, dos días más.

—¿Anaïs no se quedó contigo?

—No, ella se fue también. Te he llamado por si tienes tiempo y te apetece tomarte un café conmigo.

—Claro que sí. Para ti siempre tengo tiempo. Dime dónde estás y en media hora me tienes ahí. Acabo de llegar a casa. He estado en la Facultad preparando exámenes y comiendo algo tras salir. Me doy una duchita, me cambio de ropa y salgo para allá. —Óliver le dijo el nombre del local donde se encontraba y esperó a que llegara.

Media hora más tarde, como le había prometido, llegaba junto a él.

«Wow», se dijo al verla aparecer. Estaba deslumbrante. Vestía unos vaqueros ajustados que le marcaban un culo precioso, una blusa blanca desabotonada en la parte superior que dejaba ver parte del sujetador y el pelo recogido en una cola, de la que se escapaban unos mechones que le caían sobre las mejillas. Sonriendo, dejaba al descubierto unos dientes blancos de la parte superior, un pelín grandes, que le aportaban un atractivo especial. Estaba guapísima.

Tras darse unos besos en las mejillas a modo de afectuoso saludo, ella le preguntó, algo extrañada de que estuviera solo.

—¿Cómo es eso de que tu mujer no se ha quedado contigo? Desconozco el motivo, pero seguro que no estará muy tranquila sabiéndote solo por aquí.

—Bueno…, hay ciertas cosas que tú no sabes. Para empezar, ella no es mi mujer. Nos hemos conocido durante el viaje y el domingo vino su marido y su hija a pasarlo aquí con ella. Ayer se volvieron los tres juntos a Águilas.

—¡Vaya! ¡Me dejas muerta! Si se moría de celos cuando bailabas conmigo. Entiendo que se ha tratado de un ligue, ¿no es eso?

—Bueno…, tal vez. Durante estas excursiones pasan esas cosas. Luego, al final del viaje, las aguas vuelven a su cauce y cada uno continúa con su vida. Pero dejemos ese tema, no te he pedido que vinieras para llorarte mis penas. Si dispones de tiempo podríamos dar un paseo y

luego te invito a cenar en algún sitio que creas adecuado.

—Pues claro que dispongo de tiempo, faltaría más. Además, ahora que sé que vives solo, no me voy a cortar ni un pelo en que me eches una mano para ir a visitar tu pueblo, que creo que es precioso. De hecho, cuando me has llamado te hacía sentado en alguna terraza junto al mar, disfrutando de nuevo de su entorno.

—Eso está hecho, ya lo iremos organizando. Aunque..., ¿te has dado cuenta de una cosa?

—¿De qué cosa?

—Los tíos se han quedado todos mirándote cuando has llegado. Seguro que tienen todos ideas retorcidas en la cabeza: los más jóvenes estarán pensando: «Ese cabronazo debe tener la cartera bien llena para llevar con él a ese bombón» y los más maduritos, seguro que nos miran envidiándome por la suerte que tengo de que me acompañe una chica tan guapa.

—¡Jajajá, qué cosas tienes! Si no tengo nada de especial, soy una más del montoncito. ¿A que no te has detenido en lo que pensarán las mujeres?

—¿Aparte de criticarte por estar acompañándome?

—¡Ja! Yo, como mujer, sé muy bien que piensan otra cosa. Seguro que se estarán diciendo: «¿Qué habrá hecho la zorrina para ligarse a ese tío tan bueno?».

—¡Jajajá! —rio Óliver—, si puedo ser tu padre, chiquilla. ¿Qué edad tienes?

—Tengo veintitrés. Y no pareces ser mi padre para nada. Tu mujer..., perdón, Anaïs, también es bastante joven y, además, muy guapa. Seguro que nunca te ha visto como a un padre, eso lo tengo clarito como el agua. Ya me di cuenta de lo enamorada que estaba de ti el día del accidente, cuando te limpiaba la sangre de la cara. Y cuando estuvimos en El Pecado... Bueno, se veía a una legua que estaba coladita contigo.

—Vamos a cambiar de tema, que vas a terminar haciéndome creer que acabo de cumplir los veinticinco. ¿A dónde quieres que vayamos? Aquí en Sevilla diriges tú la ruta, pues yo no tengo ni idea de adónde te puedo llevar.

—No sé... Dime lo que has visto hasta ahora para no repetirnos. —Él la informó sobre todo lo que había conocido de la ciudad y ella, tras meditar unos segundos, le dijo:

—El Metropol Parasol, en la Plaza de la Encarnación, no lo conoces, ¿verdad? Popularmente lo llamamos «Las Setas». Es una inmensa estructura de madera, dicen que la más grande del mundo. Es interesante de ver, tiene un acuario, una plaza elevada, locales de restauración, pasarelas y un mirador desde donde se puede ver toda Sevilla. Si quieres podemos ir allí. Lo único es que está algo retirado de aquí. Si no tienes muchas ganas de andar podríamos coger un taxi.

—Sí, creo que has tenido una buena idea. Cogemos un taxi de esos que tenéis aquí en Sevilla, que en vez de tener los caballos en el motor, los tienen delante, tirando de él. —Noa le dio un palito en el hombro, partida de risa.

—¡Ay, qué románticos vamos a ir! Vamos a parecer unos novios en luna de miel. Pero son caritos, ¿eh? A mí me encantan, aunque apenas si subo a ellos. No están al alcance de cualquiera, al menos no demasiado a menudo.

—Bueno, un día es un día —le dijo él, devolviéndole la sonrisa—. En una ocasión como esta no importa tirar la casa por la ventana.

—Gracias, Óliver, no sabes la ilusión que me hace.

—¿Tu exnovio... nunca te complacía con cositas así?

—¡Jajajá!, Ese sí me iba a complacer. Ni con esto ni con nada, el muy cabrón se lo gastaba todo con su otra novia, la coca.

—Joder, y ¿cómo aguantaste tanto tiempo con él?

—Pues... ¡Errores que se cometen en la vida! Yo, al principio, no me daba cuenta de quién era y cuando empecé a verle las orejas al lobo..., en fin, creí que debía ayudarle a salir del problema. Hasta que comprendí que si él no quería salir era difícil ayudarle.

—¿Lo echas de menos?

—No, para nada. Lo veo casi a diario, pues sigue en la facultad de Geografía e Historia, repitiendo curso por enésima vez, e incluso, de vez en cuando, hace intentonas para que volvamos, pero yo ya no siento nada por él, ni siquiera lástima.

—Me alegro de que hayas reaccionado así. De haber seguido con él solo habrías conseguido amargarte la vida. Es una pena que gente joven caiga en la trampa de las drogas, pero una vez que han caído, si no recurren a un centro especializado, tienen muy difícil salir.

—Ese es el problema. Ellos no creen que tengan esa adicción y en consecuencia se ríen cuando les propones una rehabilitación. Siempre piensan que quien está equivocado eres tú.

Tras la entretenida charla, subieron a una calesa y Noa le fue explicando detalles de lo que iban viendo a su paso. Cuando alcanzaron «Las Setas», Óliver quedó maravillado de la gran construcción de madera, diseñada por el arquitecto Jürgen Mayer y construida por Sacyr. Hicieron un recorrido desde la primera planta, donde se encontraba el acuario, y tras hacer un descanso en la plaza, ubicada en la tercera, ascendieron hasta la quinta, pasando por las pasarelas. Allí, desde el espectacular mirador, Noa le iba explicando detalles sobre las distintas perspectivas de la ciudad, la cual se podía visualizar casi al completo.

Ya bien avanzada la tarde, Óliver le propuso buscar algún restaurante que Noa conociera para, poco a poco, ir retirándose a cenar.

—Yo, te propondría La Casa del Estanque, en el Paseo de las Delicias, que queda cerca de donde yo vivo y tiene muy buena fama. Solo la conozco de verla por fuera, pero he escuchado que se come muy bien y, además, las cenas están amenizadas por música de todos los tiempos, incluso hay una pista de baile. Lo que pasa es que creo que no es barato cenar allí y me da un poco de vergüenza pedirte que me lleves. Te estoy ocasionando muchos gastos y no quiero que te lleves de mí el recuerdo de una chica egoísta.

—¡Venga ya! No digas tonterías. Si es el dinero que con más gusto me estoy gastando desde que llegué a Sevilla. Además, tampoco es que estemos despilfarrando. Estoy la mar de a gusto contigo. —La cogió por la cintura y le dio un beso en la mejilla, diciéndole, riéndose—: Venga, vamos a ver esa Casa del Estanque. Igual nos tenemos que pescar las truchas para cenar.

—Nooo, ya te las sirven preparadas —continuó ella la broma.

Capítulo XX

Se sentaron en la terraza y, tras examinar la carta, se pidieron de entrantes timbal de langostinos, mango y aguacate. Después, de plato principal, él opto por pulpo a la brasa con puré de patatas al pimentón y ella por salmón a la plancha sobre verduritas thai. La botella de albariño Mar de Frades que se habían pedido para acompañar la cena, fue quedándose vacía casi sin que se hubiesen dado cuenta y barajaron la idea de pedirse otra, pero lo dejaron estar con el fin de tomarse unas copas después. De postre se pidieron un surtido para dos, compuesto por dulce de leche, daditos de *brownie* y helado de vainilla. Todo exquisito.

La cena transcurrió en un ambiente sumamente agradable. Todo el tiempo les acompañaba música de fondo muy amena, no demasiado alta, de forma que podían conversar sin que el sonido les creara ningún tipo de contratiempo auditivo. Ella, tras haberle contado su vida de estudiante y haberse extendido sobre su relación con David, el chico con el que había mantenido una relación, le propuso a él que le contara algo sobre la suya:

—De ti no me cuentas nada. ¿Es que no te gusta hablar de tus cosas?

—Bueno..., no es eso. Es que creo que no tengo mucho que contar, pero lo poco que tengo no me importa compartírtelo. Aunque no me gustaría aburrirte.

—¡Que no! No me aburres para nada. Venga, empieza a soltar. —Óliver, tras una pequeña sonrisa, le contó cómo había sido su vida, lo que había pasado durante su juventud cuando fue novio de María del Mar, cómo había conocido a Anaïs cuando todavía era una niña, así como el tiempo vivido con Monique en Bruselas. Entretanto, la música había cambiado y ahora se escuchaban canciones del momento y otras de tiempos pasados. Algunas parejas bailaban en la pista y en un momento dado, se dejó oír la voz de José Luis Rodríguez, el Puma, con su *Pavo Real*. Al escucharla, Noa se levantó de un salto de la silla y cogiendo a Óliver de la mano, sonriente, le dijo:

—Venga, vamos a bailar.

—Nooo —le respondió él, riéndose y haciéndose el remolón—, esta no, que conozco tu forma de bailar este tipo de música.

—¿Qué? ¿Qué pasa con esta música?

—¡Jajajá!, que te pones a mover ese precioso culo que tienes y a pasármelo por la bragueta. Y este maleducado que tengo aquí abajo —al decírselo se señaló la entrepierna— se desboca y no sé cómo mantenerlo quieto.

—¡Jajajá!, venga, hombre, si ahora no está Anaïs aquí para hacerte reproches, ya me

dijeron mis amigas en El Pecado la cara que ponía cuando bailabas conmigo. Y a tu amiguito, ese de ahí abajo, dile que este no es sitio para dejar que pierda el control. ¡Vamos! —Al final, Óliver la acompañó a la pista y ella, descaradamente y a propósito, sabiendo que él se sentía algo avergonzado, empezó sus meneítos sensuales. Después, la música se invirtió y llegaron canciones lentas con las que los dos se dejaron llevar, terminando estrechados al máximo y dejando que sus bocas se permitieran alguna que otra extralimitación como, por ejemplo, mordisqueos en los lóbulos de las orejas y caricias que poco tenían que ver con el baile. El colofón lo puso Carlos Cano con su *Luna de Abril*. Con ella, los pocos prejuicios que hasta entonces los habían mantenido moderadamente contenidos, empezaron a desaparecer. Ella, abrazada a su cuello, no cesaba de ofrecerle sus carnosos labios. Él, que a pesar de los efectos del vino y las posteriores copas, había conseguido controlarse, se olvidó por momentos de todo y también se dejó llevar por la invitación sexual que le ofrecía la música. Era difícil contenerse ante una preciosidad de criatura como la que estrechaba entre sus brazos y si hasta entonces el sentido común había dirigido sus acciones, llegó un momento en que este dejó de ejercer su función. Aceptó, sin remilgos, el ofrecimiento de aquellos labios tan apetecibles y la besó con deseo. Sin embargo, tras el apasionado beso, pensó que era mejor emprender el regreso. Quizá la chica, al día siguiente, cuando estuviese despejada de los efectos del alcohol, pensara que él se había aprovechado de su estado de media embriaguez para llegar con ella más lejos de lo que habrían llegado de haber estado sobrios.

—Noa, ¿qué te parece si nos vamos? Yo tengo que madrugar para coger mi autobús y tú tienes que acudir a la facultad.

—Vale. Yo vivo a diez minutos de aquí a pie, ¿por qué no me acompañas dando un paseíto y aclaramos un poco esta medio borrachera que llevamos encima? Aunque te advierto —le dijo sonriente y sin soltarse de su cuello—: a subir a mi piso no te puedo invitar. Ya sabes que lo comparto con mis amigos. —Él, que estaba temiendo todo el rato que ella le propusiera subir, se sintió aliviado. Y no es que no le hubiese apetecido, pues la chica era un verdadero lujo, un bombón difícil de no querer degustar, pero no la había citado con esas intenciones y no se sentía en paz consigo mismo aprovechando, en parte, los efectos del alcohol ingerido por los dos durante la noche. Sólo puso una pequeña objeción a la oferta de acompañarla a pie:

—¿Y por qué no nos pedimos un taxi? Yo tengo que volver al hotel después de dejarte en casa. Igual me pierdo por ahí si voy andando y, en vez de encontrar el hotel, aparezco dormido en una esquina de la Giralda.

—Nooo, no tienes que ir andando. En el portón de mi edificio hay anunciada una empresa de taxis. Llamamos desde allí y viene uno a recogerte —resolvió ella el problema partida de risa—. ¿O es que no quieres acompañarme?

—Pues claro que quiero. ¿Acaso crees que iba a dejar que te fueras sola y andando, a estas horas de la madrugada? Lo que pensaba era que hubiésemos pedido el taxi aquí, dejarte en casa y yo seguir en él hasta el hotel. Pero si te apetece andar… pues ¡andemos!

—Sí, me apetece andar y así estar un ratito más contigo. Me has regalado una noche maravillosa. —Acompañó sus palabras con un apasionado beso.

El trayecto a pie lo hicieron cogidos por la cintura, haciendo paraditas para intercambiar besuqueos predeterminantes de sexo. Cuando llegaron al piso, los anunciados diez minutos se habían convertido en veinte. Ella casi no le dejaba realizar la llamada a la central de taxis desde el mismo portón. Él tenía que elevar la cabeza para poder darle indicaciones a la chica que le atendía al teléfono mientras Noa no paraba de mordisquearle el cuello, abrazada a él por la cintura e introduciendo una de sus piernas entre las de él, de forma tal que su muslo jugueteaba divertido con los genitales. Parecía muy interesada en ir percibiendo cómo su virilidad se hacía cada vez más notable. La chica del taxi le dijo que tardaría aproximadamente media hora en llegar, lo cual hizo que Óliver se olvidara de sus prejuicios y se volcara en el magreo que estaban llevando a cabo. «Es inútil intentar evitarlo —pensó—. De todas formas, lo que no ocurra aquí va a ocurrir si ella, al final, viene de vacaciones a Águilas». —Ella había escuchado lo de la media hora de tardanza del taxi y cuando él se guardó el móvil intensificó su forma de actuar. Óliver, inseguro ante lo que ya parecía inevitable, le cogió la cara entre sus manos y mirándola fijo a los ojos, le dijo:

—Noa, creo que es mejor que me vaya, estamos borrachuzos los dos y quizá no estemos haciendo lo correcto. —Ella lo miró con cierta incomprensión en los ojos. Sabía muy bien que él no quería irse, igual que sabía que ella tampoco quería que se fuera.

—¿Es que no quieres quedarte conmigo mientras llega el taxi?

—Claro que quiero... ¿Acaso no te das cuenta? Pero no sé si esto es bueno para ti. —Ella le dio la respuesta con un beso apasionado en el que su lengua inició una excursión explorativa, anhelante de deseo, a la que él le correspondió buscando con la suya cada rincón de su jugosa boca para llevarla después a un profundo lamido de aquellos labios carnosos capaces de hacer perder el sentido al más moderado de los hombres.

La ropa de una y otro no tardó en liberar las zonas de sus cuerpos que el deseo solicitaba al desnudo para que las caricias fueran directas a la piel. Él la giró, apoyándola con la espalda contra la pared y bajándole las braguitas hasta quitárselas, tras haberla liberado de sus vaqueros, le acarició con la yema de los dedos el interior de los muslos en suave ascenso, para detenerse al alcanzar el pubis y empezar a juguetear con los dedos en el sexo húmedo y anhelante de que continuase la exploración. Con la mano libre, le subió el sujetador, dejando sus bonitos pechos al descubierto y saboreándolos con lamidos y pequeños mordiscos, notando cómo sus pezones, agradecidos, aumentaban considerablemente de volumen. Apartó la mano con la que le estaba acariciando la entrepierna y, cogiéndola por el muslo, la elevó hasta tenerla a la altura justa de su miembro, que tras haberle ella desabrochado el cinturón del pantalón y abierto la cremallera, buscaba goloso el vértice húmedo que le esperaba con impaciencia. Y así, ajenos a todo lo que no tuviese que ver con el momento y con ellos dos, mientras sus bocas se comían, como si quisieran manifestar, con aquella forma tan intensa de besarse, todo lo que el resto de sus cuerpos estaba viviendo, siguieron

obedientes las instrucciones del instinto. Óliver la introdujo suave y lentamente primero e impulsivamente después, acompañando las sugerencias de las caderas de ella, que le trasladaban inequívocamente lo que deseaba en cada momento. Y así, se fueron dejando guiar por el impulso del placer al que ambos habían estado deseando llegar desde que terminó la cena. El atrio les ofrecía un amplio resguardo de posibles pasantes, aunque a aquellas horas de la madrugada nadie entraba ni salía de los pisos que pudiese haberlos sorprendido durante la apasionada entrega sexual que llevaban a cabo.

Acababan de ordenarse la ropa cuando el taxi apareció en la puerta. Óliver, cogiéndola por la nuca, la aproximó y la besó en la boca para despedirse.

—Gracias, corazón. Estaba hundido en un pozo y tú me has ayudado a salir —le dijo mientras empezaba a retirarse hacia la puerta. Ella se lo quedó mirando con una pregunta reflejada en sus ojos, formulándosela a continuación con un nombre:

—¿Anaïs...?

Él se detuvo un momento y, sin responder a su pregunta con palabras, hizo un amago de asentimiento con la cabeza mientras bajaba la vista al suelo.

—¿Te puedo pedir un favor, Óliver? —continuó ella.

—Por supuesto que puedes. Dime.

—No hagas las paces con Anaïs antes de que yo vaya a Águilas. Me gustaría pasar unos días en tu pueblo, pero contigo.

—Noa, esas supuestas paces... ni siquiera están previstas. No temas por eso, te estaré esperando. —Le lanzó un último beso con la mano y subió al taxi.

Por primera vez después de varios días de incertidumbre, había encontrado cierto equilibrio mental. Inesperadamente, Noa le había aportado la tranquilidad espiritual que necesitaba. El temor de haberse aprovechado de la chica impulsado por el efecto de la bebida había desaparecido, pues ahora estaba seguro de que ella había querido tanto como él llegar al punto al que habían llegado. Ella ya no era una adolescente que hubiese incurrido en algo de lo que después tuviese que arrepentirse. Era ya toda una mujer, consciente de lo que hacía y que, además, ya había vivido en pareja durante un tiempo. Una mujer joven y guapísima que podría haber tenido a cualquier chico de su edad de habérselo propuesto. Tenía que estarle agradecido por haberse inclinado por él cuando más lo necesitaba. Si realmente venía a su pueblo a visitarlo, haría todo lo que estuviese en su mano para dedicarle todo su tiempo a ella. Era una criatura encantadora que además ejercía una atracción tan fuerte que parecía haberse apropiado de toda la gravedad del universo. Ahora entendía muy bien que David, su expareja, estuviese loco por recuperarla. El chico debía darse cabezazos contra la pared por haberla perdido. Y en cuanto a él... No le debía fidelidad a nadie. La única persona a le que debería haberle sido fiel ya no estaba en este mundo y bien que lo sentía, pero la vida había querido arrebatársela precipitadamente y nada había podido hacer para que no ocurriera, aunque siempre seguiría viviendo en su recuerdo: ¡Su querida Monique! Sobre Anaïs, ni siquiera sabía con seguridad lo que había ocurrido para que se comportara con él como lo había hecho,

pero empezaba a entender que no merecía la pena darle vueltas a la cabeza. No había dudado ni un instante en trasladarlo del cielo a los infiernos. ¿Por qué iba a tener que guardarle ninguna fidelidad? Hasta esa noche, aunque la inseguridad sobre los acontecimientos ocurridos lo inducían a seguir más las órdenes de su corazón que las de su cerebro, no había podido, o no había querido intentar apartarla de su pensamiento, pero tras las horas que había pasado con Noa, empezaba a hacerle caso a su cerebro. No, no debía seguir reteniéndola en su mente como la persona de la que se había enamorado como un adolescente. Tenía que arrancarla de su pensamiento y seguir viviendo como si ella no existiera. Por fin creía haber encontrado el camino que debería andar para que su vida no siguiera sumiéndose en el caos. Tenía claro que Noa, a sus veintitrés años y a punto de terminar su carrera de Medicina, no podía ser considerada como pareja de futuro cuando él podía ser perfectamente su padre. Era consciente de que podría ser un buen compañero durante algunos años más, pero llegaría un momento en que él se habría convertido en un anciano y ella seguiría siendo una mujer joven, necesitada de algo más de lo que él podría ofrecerle. En esto sí que creía pensar con sentido común y, en consecuencia, no incurriría en el error de dejarse llevar por ilusiones imposibles. Y, sobre todo, no la abocaría a ella a una vida que no se correspondía con su edad. Si se volvían a ver, diplomáticamente, le haría entender que lo ocurrido entre ellos debía quedar como lo que había sido: un encuentro fugaz que podría repetirse siempre que ella lo quisiera, pero sin promesas de continuidad por parte de ninguno de los dos. Quizá pensaba así porque, en su inconsciente, una nube envolvente se cernía sobre él, impregnándolo con el aroma de Anaïs y en la que su imagen sonriente y enamorada se mecía a su alrededor, haciéndole desearla como nunca había deseado a nadie, a excepción de Monique. Seguía enamorado de Anaïs, aunque él intentara por todos los medios apartarla de su recuerdo.

Noa, tras verlo subir al taxi y partir, subió al ascensor y ascendió al cuarto piso. Sus amigas Noelia y Yolanda, que compartían habitación, ya dormían desde hacía algunas horas. Jaime, igualmente, hacía ya bastante que se había retirado a su cuarto. Ella, cuidando de no hacer ruido para no despertarlos, se fue directamente a la suya, donde se despojó de las zapatillas de domingo, de los vaqueros, la blusa y el sujetador y se echó sobre la cama sin destaparla. La medio borrachera que creía tener antes de recogerse casi había desaparecido. Entornó los párpados y, tendida boca arriba, dejó desfilar por su mente todo lo acontecido con Óliver desde el día que lo conoció. Había quedado enormemente impresionada cuando lo vio lanzarse a la poza en Los Pilones, aquel día, para salvarle la vida a Enrique. Y después, ante su destreza y decisión al practicarle la traqueotomía, creyéndolo un médico experimentado, vio en él al hombre que, durante su todavía corta vida, había soñado siempre tener un día como compañero. Sabía que eso era prácticamente imposible. No solo por la diferencia de edad, sino más bien porque se percató de que tenía una mujer joven y muy guapa que estaba muy enamorada de él. Aquel momento en el que ella, arrodillada a su lado, le limpiaba la sangre de la cara, dejaba patente para cualquiera lo que sentía hacia él. Después, la noche que se vieron

en El Pecado terminó de dejarle claro que aquella bella mujer lucharía como una pantera para proteger su territorio. Cualquier intento de aproximarse habría quedado solo en un sueño ilusorio y fallido. Nunca habría imaginado que las cosas se le iban a presentar de forma totalmente distintas, que en los próximos días se iba a encontrar pasando una tarde-noche maravillosa con él y mucho menos que iba a terminar en sus brazos, haciendo el amor en el atrio de su edificio. Desde que unos meses antes rompiera con David, no había intimado con ningún otro hombre, aunque había tenido varias oportunidades. Tras su aventura vivida en pareja, miraba a los chicos de su edad con recelo. No veía a ninguno que le llegara más allá de una simple amistad y se había vuelto precavida para no volver a incurrir en el mismo error que había cometido con David. Sin embargo, ahora que el efecto del alcohol estaba desapareciendo y al que en cualquier otra ocasión habría culpado en parte de lo sucedido, estaba segura de que lo ocurrido era lo que ella había deseado. Que, con alcohol o sin alcohol, se habría echado en sus brazos en el mismo momento en el que él lo hubiese querido. Tras la maravillosa tarde-noche con él, la media hora de pasión vivida en el portón, le había dejado claro que por primera vez en su vida se había sentido totalmente plena, como si lo que había esperado de un hombre y en lo que había perdido la fe pensando que era un sueño inexistente en la vida real, de pronto le había demostrado que algunos sueños sí que pueden transformarse en realidad, que todo consistía en encontrar la persona adecuada, capaz de darle sentido a los deseos para que estos llevasen a cabo la transformación de los sueños. También era consciente de que a partir de ahora le iba a tocar sufrir, pues él, aunque intentaba aparentar otra cosa, no podía disimular que estaba enamorado de Anaïs, como tampoco le pasaba inadvertido que frenaba sus impulsos hacia ella, temeroso de ir demasiado lejos por su diferencia de edad. No obstante, no dejaría de seguir soñando, iría a pasar unos días con él en cuanto terminara sus exámenes e intentaría convencerlo de que no le importaban para nada las pocas canas que empezaban a aparecer en sus sienes. Que las adoraba. Siempre había sido una luchadora cuando entendía que las cosas difíciles eran las más hermosas si se lograban. Con esas ideas en la mente, se fue quedando dormida hasta que el fresco de la madrugada la despertó para recordarle que estaba desnuda y destapada sobre la cama. Se tapó, se dio la vuelta y concilió de nuevo el sueño, imaginando que lo hacía abrazada a Óliver.

Capítulo XXI

Regresando de Sevilla, en el autobús que le llevaba hasta Murcia, Óliver recibió una llamada de Olga, interesándose por su estancia en solitario en la ciudad hispalense, así como por cuándo estaría de nuevo en el pueblo. Él, tras informarla de que en aquel momento se encontraba en el viaje de regreso, le dio una versión escueta y exenta de detalles sobre sus dos días en Sevilla. No le comentó nada sobre el encuentro que había tenido con Noa y aprovechó para intentar averiguar cómo ella había sabido con antelación que Alberto tenía noticias de su relación con Anaïs. Fue comedido a la hora de preguntar, haciéndolo con cierto tacto para que no descubriera que su interés estaba enfocado a si podía eliminarla a ella de la lista de sospechosos o seguía estando entre los posibles autores de la llamada. Olga le dijo que ella no lo sabía con seguridad, pero pensaba que la información había salido del entorno de Agustina, pues antes de abandonar Plasencia había ido a despedirse de ella y Enrique y había conocido a su hijo, Ginés, y a su nuera, Doris. Esta última le había contado que estaba al corriente de la afinidad que había entre Óliver y Anaïs, informada por su suegra. Sin pretenderlo, le había dejado caer que la posible relación ya había llegado a oídos de Alberto. Olga, al escucharla, había deducido que había sido alguno de ellos quien le había dado el soplo. Más detalles no le podía dar, ya que no disponía de una información más amplia. Óliver, siguiendo su línea de descarte, optó por apartarla a ella como posible sospechosa. No podía haber sido ella e intentar implicar a inocentes en el asunto. La mujer, posiblemente, tendría sus defectos como el común de los mortales, pero Óliver sabía que no era la persona más indicada para llevar a cabo una marranada de aquel calibre.

A la mañana siguiente, tras haber llegado a Águilas en otro autobús desde Murcia la noche anterior, se dio una vuelta por el paseo marítimo de La Colonia, donde desayunó en El Velero, al aire libre junto al mar. Desde allí mismo llamó a Doris, preguntándole por su suegro y el viaje de regreso desde Plasencia.

—Usted no me llama por eso —le contestó la mujer—. Yo sé por lo que me llama usted.

—Bien, me alegra que lo sepas, porque tengo que hablar contigo sobre el asunto... y me gustaría que estuviese tu marido presente. Como me imagino que este no sería el momento más adecuado para que nos veamos los tres, háblalo con él, por favor, y me dices dónde y cuándo podemos hacerlo.

—Vale..., lo hablaré con Gines. Por cierto, mis suegros están a cada momento insistiendo en que le invitemos a comer con nosotros el día que a usted le venga bien.

—Muchas gracias, pero eso puede esperar. Lo que tengo que hablar contigo y tu marido no es algo de lo que ellos deban participar.

—Ya lo sé, cuando lo hable con Ginés le llamaremos para quedar. ¿Le parece a usted bien?

—Me parece perfecto. Espero tu llamada. Ah, y una cosa más... Puesto que yo, desde un principio, me he tomado la libertad de tutearos, os agradecería que vosotros también lo hicierais conmigo. No olvides llamarme lo antes que os sea posible.

—No sé, pero..., bueno, no te preocupes. Quizá podamos vernos esta misma tarde, cuando Ginés vuelva del trabajo.

—Estupendo, hasta esta tarde, pues, —se despidió Óliver, dando por hecho que aquella tarde hablarían de lo que tenían pendiente.

Sobre el mediodía se vio con Luis, que tras salir del trabajo para comer, se reunió con él para tomarse una cerveza. Tras darle un afectuoso abrazo, enseguida sacó a relucir el asunto con Anaïs.

—Tío, si estaba loca por ti, si incluso la noche que cenamos con ellos, Arantxazu hizo amistad con una coplera que amenizaba la cena y le hizo subir a la tarima, por poco si se echa a llorar. Inés la tuvo que coger del brazo para intentar serenarla.

—¿Y qué tenía que ver yo con que Arantxazu cantara? —le preguntó Óliver, sin entender bien lo que su amigo le quería transmitir.

—Pues... tenía que ver con que la canción que la chica escogió hacía referencia a un tema muy parecido a lo que ella pensaba que había sucedido contigo. Y todos nos dimos cuenta de que se emocionaba. Bueno..., todos menos Alberto, que no pareció percatarse de por dónde iban los tiros.

—En fin..., ellos sabrán lo que han hablado —prosiguió Óliver—. Solo te puedo decir que Anaïs me ha decepcionado. Jamás pensé que se dejaría llevar con tanta facilidad por lo que ese imbécil le contara. Con las mujeres..., no termina uno nunca de equivocarse. Al menos con algunas. Por cierto, ¿cómo lleváis lo vuestro Inés y tú?

—Muy bien. Para nosotros sí que ha valido la pena hacer ese viaje. Ya estamos preparándonos para vivir juntos. Bueno..., de hecho ya casi lo estamos, pues aunque todavía no me he trasladado a su casa, en realidad no salgo de allí. Ahora, por ejemplo, me voy a comer con ella. Vente si quieres y comes con nosotros, Inés se va a alegrar mucho de verte.

—Muchas gracias, Luis, pero prefiero dejaros solos. Ya habrá tiempo de juntarnos otro día. ¿Sabes? Hasta que no termine de dejar ciertas cosas claras..., no me siento en disposición de programar mi día a día.

—Te entiendo, amigo. Ha sido un golpe muy duro para ti, porque sé muy bien que te habías enamorado de ella, pero ya verás como cuando pasen unos días todo se habrá olvidado. Igual ha sido mejor así, pues de haber continuado con el romance ahora os estaríais enfrentando al problema de ver cómo enfocabais vuestro futuro.

—Cierto, pero no me gusta quedar como el cerdo que no he sido. Quizá, más que por Anaïs, la cual creo que no se merece que mueva un dedo, sí por Arantxazu. Le tomé cierto

afecto a la niña durante las horas que pasamos juntos y me recochinea, que ahora empiece a escuchar cosas sobre mí..., y sé que las va a escuchar. No quiero que me sitúe también en el lugar al que me han catapultado sus padres y alguien más.

—Lo sé. He tenido ocasión de conocerte muy bien estos días que hemos pasado juntos y sé que no te vas a conformar con pasar de largo sobre la mierda que algunos han vertido sobre ti. Ojalá tengas suerte y consigas poner los puntos sobre las íes. Te lo deseo de todo corazón.

—Gracias, Luis. Ahora tira a comer, no vaya a ser que por mi culpa empieces a recibir las primeras regañinas de Inés —rio Óliver.

Después de que Luis se marchara, él también comió algo rápido y se marchó a casa, donde, tras terminar de ordenar sus cosas, lo cual no había terminado de hacer antes, se sentó en el sofá e intentó echarse una pequeña siestecita mientras escuchaba las noticias en la tele. Ya bien avanzada la tarde, le llegó una llamada al móvil, en cuya pantalla aparecía el número de Doris. Sin embargo, tras su «dime», la voz que escuchó era la de Ginés, que le propuso verse media hora más tarde en la Glorieta para tomar algo y hablar del asunto que les concernía. Así lo hicieron.

Tras los saludos pertinentes y recabar información sobre el estado de Enrique, pasaron al tema del que querían hablar. Antes de que Óliver hiciera la primera pregunta, Doris se le adelantó:

—Óliver..., te tengo que pedir perdón. —Ginés se mantuvo callado y cabizbajo mientras su mujer hablaba—. Fui yo quien llamó a Alberto. Todavía hoy en día no sé explicarme por qué lo hice. Es mi primo, ¿sabes? Y cuando Agustina me comentó, sin ninguna mala intención, pues te tiene un gran aprecio y sé seguro que si se entera de todo esto va a pillar un disgusto de muerte, sin pensar en el daño que mi llamada iba a ocasionar, desde un teléfono del hospital llamé a Alberto. Distorsioné la voz poniéndome un pañuelo en la boca para que no me reconociera y acto seguido me arrepentí de haberlo hecho. Fue después de colgar cuando empecé a darme cuenta de lo que podía suponer mi llamada y habría querido morirme en aquel momento. Pero ya era tarde, ya no podía volverme atrás. El daño ya estaba hecho. No se lo conté a nadie, ni siquiera se lo quise decir a Ginés. Solo Olga creo que se dio cuenta después, cuando a mí se me escapó un pequeño detalle el día que vino al hospital a despedirse. A Ginés se lo he contado después de volver de Plasencia y aunque tú no me hubieses llamado, él ya me dijo en aquel momento que teníamos que decírtelo. Lo siento muchísimo, Óliver, si pudiera volver atrás..., pero solo puedo ya pedirte perdón. —No pudo continuar hablando, interrumpida por los sollozos. Los dos hombres, cabizbajos, con la vista perdida en el suelo, no sabían qué decir. Óliver se había imaginado el encuentro de una forma totalmente distinta. Habría preferido que hubiese sido Ginés el artífice de aquello, pero ahora, ante el cuadro que tenía delante, no sabía reaccionar, no podía mostrarse cruel, como tenía previsto. El derrumbe de la mujer y la decisión honesta de su marido al confesarle ella lo que había hecho, lo dejaba totalmente desarmado. Transcurrieron bastantes segundos sin que nadie dijera nada. Después Óliver le preguntó.

—¿Saben Alberto y Anaïs que fuiste tú quien llamó? —Doris se secó las lágrimas antes de contestarle. Ginés, que la observaba en silencio, mirándola de forma expectante, al ver que tenía dificultad para hablar, le contestó a Óliver.

—Alberto lo sabe. Doris lo llamó tras contarme a mí lo que había pasado. Lo que no sabemos es si él se lo ha dicho a Anaïs, pero eso podemos solucionarlo. —Cogió a su mujer del brazo y serio, pero compasivo, le dijo—: Cariño, tienes que llamar a Anaïs y preguntarle si Alberto le ha contado lo que le contaste a él. Y si no lo ha hecho…, lo vas a tener que hacer tú.

—No, déjalo estar, Ginés —salió Óliver en defensa de la mujer—. Ya está bien, no quiero que por mí Doris continúe pasando este mal trago. Si Alberto lo sabe…, lo lógico es que lo haya hablado con Anaïs. —Después se dirigió a Doris—: Lo que hiciste estuvo mal, pero no te preocupes, no te guardo rencor. Lo único que te pido es que no lo vuelvas a hacer con nadie más. Por mi parte, tema zanjado. —Le dirigió una sonrisa de indulgencia y, mirándola a los ojos, prosiguió—: Bueno…, una cosa más sí que puedes hacer por mí. Como tus suegros están empeñados en invitarme a comer y he escuchado que eres buena cocinera…, en fin: te castigo a que nos hagas tú la comida. —Doris no pudo evitar cambiar los sollozos por una risotada. Ellos dos también rieron la broma. Después se despidieron. Ginés, tras tenderle la mano, lo abrazó agradecido y Doris, tras darle dos besos en las mejillas, se fundió con él también en un abrazo. Era evidente que se acababa de quitar un gran peso de encima. Desde el día en que cursó la llamada no había podido quitarse el tema de la cabeza. ¿Cómo había podido hacerle aquello a aquel hombre que tan bien se había portado con su suegro? Ni ella misma se entendía. En realidad, había llamado a Alberto pensando más bien en intentar salvar su matrimonio con Anaïs que en el daño que podría ocasionarle a terceros. De haber conocido a Óliver antes de aquella llamada, nunca la habría llevado a cabo.

Óliver, tras pedirse un bocadillo en un bar que le pillaba de paso, meditó sobre todo lo ocurrido. Después de saber que Doris había hablado con Alberto, daba por sentado que este le había contado a Anaïs la versión real de aquella llamada telefónica, con lo cual, suponiendo que estaba al corriente, si realmente sentía por él todo lo que le había transmitido durante los días que les duró el idilio, no lograba entender que no lo hubiese llamado para, al menos, disculparse por el comportamiento adoptado. Al no haberlo hecho, le quedaba cada vez más claro que tenía que borrarla de su mente, que tenía que hacer desaparecer su imagen de sus recuerdos y seguir viviendo su vida como si ella no hubiese existido nunca.

Cuando hubo terminado de comerse el bocadillo y tomarse una cerveza, se pidió un café con leche y regresó a su piso. Necesitaba despejar la cabeza, apartar de ella todo aquel envoltorio de ideas cruzadas que solo le producían daño y malestar. El mueble con el equipo de música estéreo que se había traído de su casa en Bruselas y que durante años tantos momentos de paz y relax les había aportado a él y a Monique, escuchando canciones melódicas de todos los tiempos cuando el momento lo requería, aportó a su inconsciente la idea de depositar sobre el tocadiscos un vinilo con canciones en español de Albert Hammond. Después se dejó caer en el sofá e intentó disfrutar de la música. Sin embargo,

cuando llegó el turno a *Échame a mí la culpa*, no pudo evitar que los recuerdos volvieran a traicionarle. La letra de aquella canción, versionada tan magníficamente por el británico, volvió a poner patas arriba todo lo que intentaba dejar olvidado en el baúl de los recuerdos.

Sabes mejor que nadie que me fallaste,
que lo que prometiste se te olvidó.
Sabes a ciencia cierta que me engañaste,
aunque nadie te amaba igual que yo.

Lleno estoy de razones pa despreciarte,
Y sin embargo quiero que seas feliz.
Y allá en el otro mundo,
que en vez de infierno, encuentres gloria
y que una nube de tu memoria me borre a mí.

Dile al que te pregunte que no te quise,
dile que te engañaba, que fui lo peor,
échame a mí la culpa de lo que pase,
cúbrete tú la espalda con mi dolor,
y allá en el otro mundo...

Instintivamente cogió el móvil y marcó el número de Noa. Necesitaba escuchar la voz de la chica, necesitaba hablar con ella para evadirse de aquel cúmulo de pensamientos que le emborronaban la mente. Ella ya le había ayudado, sin proponérselo, aquella tarde-noche en Sevilla, a escapar del laberinto emocional en el que se había perdido. Y ahora, que volvía a estar deambulando entre la incertidumbre y el desasosiego, sentía la necesidad de recurrir a ella. Tenía la certeza de que un ratito de charla con su joven amiga supondría un bálsamo para su estado de ánimo.

Capítulo XXII

Tras haberse despedido de Óliver y regresado a casa, a Ginés y Doris, conociendo muy bien a Alberto, les invadió la duda sobre si este realmente le habría contado la verdad a su mujer y, después de pensarlo con detenimiento, decidieron que Doris llamara a Anaïs para asegurarse de que estaba informada.

—Hola, Doris, ¿me llamas por algo? ¿No habrá empeorado Enrique tras volver? —se extrañó Anaïs al recibir la llamada.

—No, Enrique está bien, quería preguntarte si Alberto te ha comentado algo de lo que hablé con él.

—No sé de qué me hablas, ¿qué es lo que Alberto me habría tenido que comentar? —le preguntó Anaïs sin entender nada.

—¡Joder! Tu marido y mi primo, que son la misma persona, está meando fuera del tiesto... ¡Qué cabrito está hecho! —Mantuvo silencio unos segundos, expulsando de golpe el aire de los pulmones, mientras Anaïs esperaba impaciente escuchar lo que Doris tuviera que contarle.

—Mira, Anaïs, me cuesta mucho decirte esto, sobre todo después de habérselo dicho ya a tu marido, pero tienes que saberlo: esa llamada que le endosabais a Óliver, fui yo quien la hizo. Lo siento muchísimo, cariño. Cometí un error imperdonable del que me voy a estar arrepintiendo toda mi vida, pues después de conocer a Óliver... Él no se merecía que yo hiciera eso. Lo hice pensando en Alberto y en ti, creyendo que con mi llamada tal vez conseguiría que lo tuyo con ese hombre no llegase más lejos y vuestro matrimonio no peligrase. Llamé a Alberto y se lo conté después de volver de Plasencia, pensando que te lo haría saber. No entiendo que no te haya dicho nada.

—¡Mierda!, Doris... —le gritó fuera de sí—. ¿Cómo pudiste hacer una cosa así? Me estás dejando de piedra. Tú no te puedes imaginar la sarta de insultos que le escupí a Óliver, creyendo a pies juntillas que había sido él quien le llamó. Si creías que con esa guarrada ibas a salvar nuestro matrimonio te equivocaste de cabo a rabo, porque lo que has conseguido es que todo se complique. Además, yo no necesito que nadie se ocupe de los problemas que sólo nos conciernen a Alberto y a mí. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. No te lo voy a perdonar en la vida, ¡eres una hija de puta! Y al cabronazo de Alberto..., ya le contaré yo lo que pienso de él. El muy cobarde ni siquiera ha tenido la vergüenza torera de decirme que estaba equivocado. —No pudo seguir hablando, rompiendo en sollozos. Cuando se

calmó, continuó—: Tienes que llamar a Óliver y decírselo, el pobre está pagando los platos rotos que tú dejaste esparcidos por el suelo.

—Eso ya lo he hecho, Anaïs. Él me ha perdonado... Y tengo que decirte que ha sido mucho más moderado que tú. Ha entendido que obré sin pararme a pensar en lo que hacía y se ha portado como un caballero. Ahora sólo me queda la esperanza de que tú también me perdones algún día. Te lo pido de rodillas.

—Pues ponte de pie, porque yo no te puedo perdonar. —Volvió a prorrumpir en sollozos y colgó.

Cuando se hubo serenado, se sentó en un sillón e intentó pensar con algo de sensatez. El distanciamiento con Alberto, que había persistido desde que se vieran en Sevilla, se acentuó tras la llamada de Doris. Si no hubiese estado tan segura de que Óliver la había engañado, su vida habría dado un giro radical y ahora que lo sabía inocente, el remordimiento le recomía las entrañas. Había perdido al hombre del que estaba enamorada hasta los huesos haciendo caso de las suposiciones de su marido. Y conociendo a Óliver como lo conocía, ahora se daba cuenta de que nunca lo iba a poder recuperar.

Con Alberto, sobre todo tras haberle ocultado lo que Doris le había contado, presentía que la convivencia se le iba a hacer insoportable. De no haber estado Arantxazu de por medio, en aquel mismo momento habría abandonado la vivienda familiar para nunca más volver, pero su hija la hacía recapacitar. A ella no podía abandonarla. Le tocaba sufrir sus errores y apencar con las consecuencias. Tenía que seguir viviendo con él, al menos hasta que la chica terminara el instituto y se matriculara en la universidad, lo cual conllevaría que se iría a vivir a Murcia, como hacían los demás estudiantes. Sin ella en casa, ya sabía de antemano que su matrimonio habría tocado a su fin. Después de diecisiete años viviendo con él y tras haber conocido al hombre con el que siempre había soñado, ahora empezaba a ver claro que nunca había tenido en Alberto al compañero con el que había soñado compartir su vida. Ese, posiblemente, había sido el motivo por el cual se había enamorado tan perdidamente de Óliver. También entendía ahora que Óliver se hubiera mostrado tan poco explícito a la hora de darle más explicaciones sobre su inocencia. Sin duda, Arantxazu había tenido mucho que ver con su reacción la última vez que habló con él en la habitación del hotel. Le había abierto la puerta para que decidiera ella si realmente quería irse y alejarse de él o, por el contrario, se inclinaba por no romper. En aquel momento no lo había entendido y se había afianzado aún más en la versión de su marido, creyéndole un ser despreciable y cobarde, que sólo había buscado una aventura placentera con ella. Sin embargo, él había pensado en el desconcierto familiar que su romance le iba a originar a la chica. Más motivos todavía para que el dolor de creerlo perdido se incrementara con el remordimiento de haberlo bajado a los infiernos cuando en realidad había sacrificado su amor por ella en beneficio, en parte, de la felicidad de su hija.

«¿Cómo habré podido ser tan tonta? —pensó—. Ya con aquel beso que me dio cuando me iba tenía que haber entendido que me quería con locura. Nadie te besa con aquella pasión

si no está enamorado de ti».

«Pero qué podía hacer» —pensó—. ¿Llamarlo y pedirle perdón? No, no era un tema para arreglarlo con una llamada de teléfono. Era algo mucho más profundo, algo que requería verse con él en persona e intentar hacerle entender que todo había sido un cúmulo de despropósitos, que su reacción ante las suposiciones de Alberto se debía únicamente a lo mucho que lo quería, al terror que la había invadido al sentirse engañada. Pero tenía miedo. ¿Entendería él que hubiese podido comportarse de la forma en que lo había hecho? ¿Se habría cansado de sus extravagancias y le daría la espalda cuando la viera aparecer arrepentida? Sus indecisiones en ocasiones anteriores, sus cambios repentinos de opinión y sus equívocos a la hora de reaccionar tantas veces durante el tiempo que habían pasado compartiendo viaje le hacían suponer que él, probablemente estaría cansado de sus vaivenes».

Tras meditar largo y tendido, llegó a la conclusión de que debía dejar pasar un tiempo hasta tener las ideas más claras sobre cómo afrontar un posible reencuentro con él. Y, sobre todo, darle tiempo para que se serenase sobre todo lo ocurrido y no se inclinase por mandarla a la mierda sin dignarse ni siquiera a escucharla. Sabía que no era esa clase de persona, que quizá por eso se había enamorado de él como una posesa, pero ya Inés le había recordado en una ocasión que un animal herido era impredecible. Así que optó por dejar que pasasen los días, o quizá las semanas, antes de iniciar cualquier intento de acercamiento.

Capítulo XXIII

El viaje al Valle del Jerte había supuesto un punto de inflexión en la vida de Óliver. Aquella monotonía que le había invadido a su regreso de Bruselas empezaba a formar parte del pasado. Había hecho nuevas amistades, que le ayudaban a que los días no se le hiciesen tan largos y aburridos. Le invitaban a comer a menudo, tanto Inés y Luis como Agustina y Enrique, el cual se había recuperado totalmente de su accidente. Doris y Ginés siempre se programaban para estar presentes cuando Óliver era invitado y ella se encargaba de preparar la comida, ayudada por Agustina. Un día Óliver, en plan bromista, le dijo:

—Doris, quisiera levantarte el castigo que te impuse, pero cocinas tan bien que me lo estás poniendo difícil.

—No te preocupes, hombre. ¡El que la hace la paga! —le contestó ella riéndose—, Por mí puedes dejar la condena definitivamente en «castigo permanente revisable». No me apetece quedar en libertad. Me encuentro muy a gusto cumpliendo la sentencia.

—Nooo, si yo en todo caso te otorgaría «libertad condicional». Así, cada domingo que sintiera la necesidad de degustar estos deliciosos manjares que preparas..., dictaminaría: Doris no cumple con el protocolo, ¡regreso a prisión! —Escuchándoles, Gines soltó una carcajada para decir después:

—Nooo, Óliver, no hagas eso. Mantenle el castigo, que así yo también pillo algo. ¿Sabes...? Cuando comemos solos en casa no se esmera tanto.

—Eso será porque gasto todo mi esmero contigo fuera de la cocina... —le contestó Doris, sonriéndole pícaramente al tiempo que le cogía la barbilla en forma de caricia. Óliver advertía que estaba enamorada de su marido a pesar de los años que ya llevaban casados. En consecuencia, entendía, a medida que los iba conociendo, que ella hiciese aquella llamada a Alberto intentando ayudar a que el matrimonio de este y Anaïs no se rompiera.

Con Olga, que se mostraba muy feliz con que lo de Anaïs no hubiese llegado más lejos, salía alguna que otra noche de cena y después pasaban a tomar unas copas al Pasarela, donde se reunían en ocasiones con Inés y Luis y con más gente que iba conociendo a medida que pasaban los días. Allí se solían juntar jóvenes y mayores, creando un ambiente entretenido y del gusto de todos. La música y las copas animaban la estancia, convirtiendo el local en uno de los lugares preferidos del pueblo. Una de aquellas noches coincidió allí con Arantxazu, que al verlo se enganchó a su cuello, abrazándolo y besándolo con énfasis en las mejillas. La chica no dejaba lugar a duda de lo que se alegraba de verlo. Óliver la invitó a ella y a las dos amigas

que la acompañaban. Las tres tomaron una Coca-Cola. Hablaron de un montón de cosas, como de los exámenes que ella acababa de terminar y de los que había salido con todo aprobado y, tras un buen rato de charla, Óliver le preguntó por su madre. Ella le miró sonriente a los ojos. Con su mirada delataba que sabía lo del romance que había existido entre él y su madre. Su respuesta fue ambigua y a la vez concisa:

—Gracias, Óliver —fue su contestación.

—¿Gracias... por qué? —le preguntó él.

—Tú sabes por qué —le dijo bajando la vista al suelo. Óliver no quiso seguir preguntándole más a la muchacha, pero entendió que estaba al corriente, al menos de algo, sobre lo que había habido entre él y Anaïs e intuyó que le daba las gracias por haberse echado a un lado para no interferir en la supuesta armonía familiar.

Olga, que no les perdía de vista, visiblemente molesta por el buen rollo que existía entre la joven y él, se les aproximó con una sonrisa fingida, cogiéndose del brazo de Óliver. Tras preguntarle a Arantxazu por sus padres, se buscó una excusa para llevárselo de la barra y apartarlo de las tres jóvenes. No es que temiera que él se sintiera atraído por ellas en otro plan que no fuese el de la amistad sana, ya que ellas eran todavía casi unas niñas, lo que temía era que aquel acercamiento pudiera hacer resurgir en él el amor que, estaba segura, había existido entre él y Anaïs. Sobre todo ahora, que lo creía alejado de aquel episodio y que se le presentaba a ella la ocasión que había estado esperando desde que lo conoció. En su situación de separada, Óliver era un regalito caído del cielo que no podía dejar escapar. Él, en cambio, no buscaba nada con ella más allá de salir de vez en cuando a cenar o de copas y pasar un rato como buenos amigos. Nada más.

En un par de semanas recibiría la visita de Noa, que se quedaría una semana viviendo en su piso. Quería mantenerle la promesa que le hizo al despedirse en Sevilla y para eso necesitaba estar libre de cualquier otro compromiso. Se encontraba relativamente en paz consigo mismo, después de haber resuelto los problemas que le surgieron al final de su viaje al Valle del Jerte, de haber entablado amistad con amigos nuevos, su día a día transcurría razonablemente bien. Su estancia en Águilas empezaba a resultarle mucho más amena de lo que hubiera podido pensar unas cuantas semanas antes.

Quedaba una rendija abierta todavía en su corazón que le resultaba difícil de cerrar: Anaïs. Con la esperanza de que la visita de Noa quizá le ayudara a superar definitivamente el desenlace sufrido, anhelaba la llegada de la sevillana. La chica, que ya en Sevilla había sido el detonante de su cambio anímico, había aparecido inesperadamente en su vida, aportándole la paz interna que tanto necesitaba. Sus prejuicios, sobre si la estaría utilizando en plan egoísta para ayudarse a sí mismo, habían desaparecido, pues ella estaba encantada de haberse cruzado en su camino. Quizá porque también estaba necesitada de conocer a alguien tan distinto a David y a quien, a pesar de la diferencia de edad, entendía que reunía todos los valores humanos que ella habría querido encontrar en el hombre que le estuviese destinado como compañero para compartir con él su vida. Físicamente y a pesar de sus cincuenta y seis años,

todavía ejercía un gran atractivo sobre las mujeres. Pero además poseía otros valores muy personales que lo hacían tremendamente interesante para quienes lo conocían. No tenía nada de extraño que Noa hubiese terminado sintiéndose atraída por él. Sin embargo, él, tras haber perdido el amor de su vida, Monique, solo había conseguido cubrir el vacío que esta dejara en su alma con la aparición de Anaïs en su vida. Pero la vida no parecía dispuesta a complacerlo, sino a mostrarle la espalda en cada intento de querer verla de frente. A pesar de ello, se había acostumbrado a vivir siguiendo las directrices que le marcaba el destino y, dentro de lo posible, las aceptaba. Se decía a sí mismo, a modo de conformismo, que no tenía ningún derecho a lamentarse de los fracasos que cosechaba intentando que las cosas fuesen diferentes. Las cosas eran como eran y entendió que debía aceptarlas tal cual e intentar adaptarse buscándoles la mejor manera de afrontarlas, aferrándose siempre a la parte positiva que estas le ofrecían para que su recorrido terrenal durante su travesía por la vida hubiese merecido la pena al final de la misma. Tras meditarlo últimamente y después de la tarde-noche con Noa en Sevilla, terminaba autoconvenciéndose de que no lo estaba haciendo tan mal. Que al final de la cuenta, el resultado estaba saliendo positivo. Casi sin advertirlo, deseaba que pasaran las pocas semanas que faltaban para su llegada, pues aún sin estar enamorado de ella, su compañía y la atracción que ejercía sobre él hacían que la deseara. Todavía no tenía claro cómo se las iba a arreglar para que la visita de la chica no le supusiese ningún tipo de contratiempo en cuanto a sus nuevas relaciones de amistad. A Olga y sus amigas no les iba a hacer ninguna gracia ver que se ausentaba de su compañía durante los días que Noa estuviese viviendo en su piso y haciendo vida casi de pareja con él. Lo más probable es que lo criticaran por meter en su casa a una jovencita guapísima con la que, además, lo verían salir de comidas y copas mientras se apartaba de la vida cotidiana que llevaba últimamente. Sobre todo a Olga le iba a sentar como un tiro, pues a nadie le pasaba inadvertido el interés que mostraba hacia él. De hecho, para muchos de sus conocidos no pasaría mucho tiempo sin que terminasen siendo pareja. En cierto modo, a Óliver le importaba un pito lo que los demás pudieran pensar. Era su vida y tenía todo el derecho del mundo a vivirla como creyera oportuno. Si lo catalogaban de viejo verde, allá ellos. No estaba comprando ni engañando a nadie, Noa venía porque quería hacerlo y él, desde luego, estaba encantado con que lo hiciera. Disfrutarían juntos esos días y lo haría con gusto, sin dejar que el «qué dirán» le pusiese palos en las ruedas. Y además, no olvidaba que la joven, consciente o inconscientemente, le había ayudado a levantarse del suelo cuando creía haber caído de bruces. No, no la iba a defraudar. Cuando finalizasen los días de su estancia con él haría que se llevara consigo un grato recuerdo de su visita a Águilas. Y si alguna vez quería volver...

Tras su decepción con Anaïs, no tenía en mente volverse a involucrar en ninguna relación formal y, sobre todo, evitaría incurrir en errores que hiciesen daño a otras personas y a él mismo, como le había ocurrido con ella. Había llegado a la conclusión de que vivir de la forma en que lo estaba haciendo era quizá lo más acertado. Sin compromisos, sin promesas de las que arrepentirse después, sin tener que responsabilizarse ante nadie de sus actos. Que iba a

estar solo, sin la compañía de una mujer que le lavara la ropa, le hiciera la comida y le calentara la cama. ¿Bueno, y qué? Si alguna vez volvía a conocer a alguna que le aportara algo más que esas cosas y con la que considerara que podrían ser felices los dos, lo volvería a intentar, pero de momento ni barajaba esa opción ni la buscaba.

Algunos días, cuando la tarde ya empezaba a declinar y el sol desaparecía en el horizonte, acudía a una cita que tenía con los mújoles de las aguas portuarias. Les llevaba una bolsa con trozos de pan que les iba repartiendo, uno tras otro, y los peces se los disputaban dando buena cuenta de ellos. Cuando llegaba al espigón, al norte del puerto, se sentaba sobre una de las enormes rocas que lo componían y los mújoles acudían de inmediato. De alguna forma, se percataban de su llegada y acudían en grupo, moviéndose inquietos en el agua, esperando los trozos de pan que Óliver les lanzaba. Él se divertía viéndoles disputarse la comida y disfrutaba de la hermosa bahía de Levante, con sus tranquilas y azules aguas, extendiéndose ante él. A aquellas horas, al menos en aquella parte del puerto, no solía haber mucha afluencia de gente. De hecho, salvo alguna que otra excepción, casi siempre estaba solo y lo prefería, pues se sentía relajado y feliz en la compañía de sus amigos los mújoles y la paz que le aportaba el mar.

Una de aquellas tardes, entretenido alimentando a los peces, escuchó los pasos de alguien que se le aproximaba. Giró la cabeza y en su rostro apareció reflejada la sorpresa que le produjo la inesperada visita. Era la última persona que habría esperado ver aparecer por allí. Cuando, tras unos segundos, se recuperó del impacto emocional, apoyó una mano sobre la roca y giró todo el cuerpo para quedar sentado de frente a la persona que lo miraba fijamente, quieta ante él, a dos metros de distancia. Luego, con voz cálida y algo apagada, pronunció su nombre:

—¡Anaïs...!

Ella, que aunque seria, reflejaba en el semblante una mezcla de alegría y tristeza al tenerlo frente a sí, le preguntó con voz entrecortada e insegura:

¿Te incomoda que haya venido a verte?

—No, no me incomoda. Me alegro mucho de verte de nuevo. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien dentro de lo que cabe. A ti no necesito preguntártelo, sé que estás bien. He venido... porque necesitaba hablar contigo. No creo que tenga mucho sentido, pero estuve equivocada al creerte un cobarde mentiroso y necesitaba decirte que lo siento en lo más profundo de mi alma. ¡He venido a pedirte perdón, Óliver! Aun cuando lo nuestro, presiento que para ti es agua pasada, necesito oírte decir que me perdonas para poder recuperar la paz, al menos en ese sentido. —Sus preciosos ojos mostraban un velo cristalino originado por lágrimas contenidas. Él bajó la vista al suelo para volverla a alzar segundos después y decirle, mirándola de nuevo a los ojos:

—No tengo nada que perdonarte, Anaïs. Ya te había perdonado en el momento en que abandonaste mi habitación aquel lunes en Sevilla. Nunca he sentido rencor hacia ti, a pesar del daño que me hiciste aquella mañana.

—Fui una imbécil, Óliver, me creí a pies juntillas lo que Alberto me contó sobre ti y

reaccioné con aquella crueldad de la que me voy a estar arrepintiendo toda mi vida... Pero si de verdad me has perdonado, al menos, aunque sé que ya te he perdido, podré seguir viviendo en paz conmigo misma. —Él se mantuvo callado, bajando de nuevo la vista al suelo. La seguía deseando con toda su alma y de haber seguido las órdenes que le dictaba el corazón, se habría lanzado hacia ella y la habría estrechado contra sí, transmitiéndole todo el amor que seguía profesándole. Sin embargo, contuvo el impulso y se mantuvo sereno, sin moverse de la roca donde permanecía sentado. Era cierto que no sentía rencor hacia ella, pero no terminaba de asimilar que, tras saber que había estado equivocada, no hubiese intentado llegar hasta él para decirle lo que le estaba diciendo en aquel momento. Tras una pequeña pausa de reflexión, optó por trasladarle lo que pensaba:

—Me alegra mucho que al final estés en posesión de la verdad, pero... te has tomado tu tiempo. Sé que sabes lo que ocurrió realmente con aquella llamada que tu marido y tú misma me adjudicabais a mí... Y, para serte sincero, estuve esperando durante muchos días que, tras ponerte Doris al corriente de lo ocurrido, te hubieras puesto en contacto conmigo, pero has dejado pasar el tiempo sin dar señales de vida. Ni un jodido mensaje..., ni una llamada. Nada de nada. Ante tu silencio, me había propuesto firmemente borrar tu imagen de mi mente, no continuar sufriendo por alguien que no se lo merecía. Sin embargo, te confieso que es más difícil de lo que pensaba. Me está costando un mundo borrarte de mi memoria.

—Lo siento, Óliver, he pensado hacerlo todos y cada uno de los días que han transcurrido desde entonces, pero... tenía miedo. Tenía miedo de que no hubieses querido escucharme, de que me hubieses colgado el teléfono. Por eso, tras meditarlo, al final me he decantado por venir en persona para que me puedas escupir en la cara, si deseas hacerlo.

—No, no deseo escupirte en la cara, Anaïs. Me hiciste muy feliz los pocos días que estuviste a mi lado. Me quedo con eso.

—Ahora estás saliendo con Olga, he oído decir. —Él volvió a mirarla a los ojos y, tras unos segundos, le contestó:

—No de la forma que tú piensas, solo salgo con ella y sus amigas alguna que otra vez a cenar o a tomar unas copas, pero nada más.

—Ella siempre ha ido tras de ti, no soportaba que te hubieses volcado hacia mí. Me imagino que estará muy contenta sabiéndote libre.

—No lo sé, Anaïs. No acostumbro a hablar de lo que hubo entre nosotros. Olga y yo somos buenos amigos. Eso es todo.

—Vale, no tienes por qué darme explicaciones. Después de lo que te hice... ni siquiera tengo derecho a preguntarte lo que haces con tu vida..., pero no puedo evitarlo. Lo siento mucho, Óliver. —Sus ojos se empañaron y dos lagrimones empezaron a resbalarle por las mejillas al tiempo que se le escapaba un sollozo y su cuerpo se estremecía, convulso. Óliver hacía un enorme esfuerzo por mantenerse sereno. Aparte del amor que sentía hacia ella también le ahogaba la pena al verla sufrir de aquella forma. Intentó decirle algo que le levantara la moral, pero lo único que se le ocurrió fue autoinculparse en parte por lo

ocurrido.

—No tienes por qué sentirte culpable, Anaïs, yo también cometí errores aproximándome a ti. ¿Sabes? Aquel día, cuando te vi subir al autobús, debí buscarme otras personas para entablar amistad durante el viaje. Debí haber recapacitado sobre el dolor que te originé ya una vez cuando todavía eras una niña y haber evitado intimar de nuevo contigo. De haberlo hecho, tú seguirías felizmente casada y enamorada de Alberto y probablemente odiándome a mí. Pero fui egoísta y pensé solamente en lo feliz que me sentía cuando estabas cerca de mí. Lo siento, cariño, ojalá pudiéramos regresar en el tiempo y hacer las cosas de otra manera. Como eso no es posible, compartamos la culpa de lo ocurrido entre los dos, así la carga será menos pesada para ambos.

—Sí, creo que es una opción. Pero te quiero preguntar una cosa más, ¿Puedo?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Aquella mañana, cuando entré en tu habitación escupiéndote insultos y acusándote de lo que no eras, pudiste haber intentado convencerme de que estaba equivocada, pero te callaste. Tu única reacción fue besarme y abrirme la puerta para que me marchara. ¿Por qué no me dijiste que nada era como yo creía?

—No lo sé. Había estado fumando un cigarrillo en la ventana, asomado por si te veía subir al coche de Alberto y partir rumbo a Águilas y de pronto apareciste ante mí, ocasionándome la mayor alegría que ninguna otra cosa me habría podido aportar. Me fui hacia ti con la intención de estrecharte entre mis brazos y fundirme en un abrazo contigo. Me paré a un metro escaso de ti cuando observé el libro abierto que era tu cara, cuando con la mano me indicaste que no continuara, cuando tus palabras empezaron a clavárseme como puñales afilados… Me quedé sin palabras, no me vino ninguna cosa a la mente capaz de decirte algo con sentido, solo se me ocurrió aquel beso improvisado… y abrirte la puerta para que decidieras lo que realmente querías: quedarte conmigo o marcharte. Optaste por lo último y yo, con el corazón roto de dolor y un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme, no pude evitar que te fueras, no supe retenerte, no encontré la forma de decirte lo que sentía hacia ti y lo equivocada que estabas. Me fallé a mí mismo, lo siento.

—Sí que me lo dijiste. Aquel último beso me decía todo lo que no me habías dicho con palabras, lo que pasa es que yo no supe interpretarlo en aquel momento. Lo he entendido después, pero he tardado demasiado.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos, después Anaïs continuó:

—Una cosa más, Óliver. ¿Influyó en algo el hecho de haber pasado un día acompañando a Arantxazu, de haberla conocido? —Óliver se tomó su tiempo antes de contestarle.

—No quiero mentirte, Anaïs… Tras haber conocido a tu hija y observar que vuestra relación familiar era como se supone que debe de ser, me vino a la mente el recuerdo de aquella niña que eras todavía cuando rompí con tu hermana. Pensé en el daño que inconscientemente te hice entonces y que no tenía ningún derecho a ser el detonante de nuevo para que se rompiera la armonía de vuestro entorno familiar. No quería que por mi

culpa la historia se repitiera. Esta vez con Arantxazu. Ella me habría hecho responsable de haber desarticulado su familia, de haber originado la separación de sus padres y haberla catapultado a un futuro distinto al que ella esperaba. Por todo ello, decidí dejar la decisión en tus manos, no empujarte a seguirme si no estabas totalmente segura.

—Te entiendo. Pero has de saber que mi matrimonio con Alberto va a durar lo justo. Cuando Arantxazu acceda a la universidad y se vaya de casa, la relación con mi marido habrá terminado. Ha dejado de ser el hombre con el que fui feliz un tiempo y, una vez nos quedemos solos, no podré seguir viviendo con él. No te voy a pedir que me esperes..., pero soñaré con ello.

—Démosle tiempo al tiempo, Anaïs. Yo intentaré esperar..., pero para entonces ya tendré algún que otro año más y tú..., tú seguirás siendo una mujer joven y muy guapa. Nunca se sabe qué puede pasar.

—No me importan tus años para nada, Óliver, al contrario, ¡me encantan! Te pido, por favor, que no me olvides. Yo no te olvidaré jamás. —Despacito, se dio media vuelta y empezó a retirarse. Óliver la siguió con la mirada, cabizbajo y meditativo. Sabía que se iba llorando. Tras haber andado unos metros, ella se giró para quedar de nuevo frente a él y con voz entrecortada le preguntó:

—¿Te has acordado alguna vez de aquellas cerezas salvajes?

—Me acuerdo de ellas todos los días, Anaïs. Nunca las olvidaré.

—Lástima que hayan quedado en algo que forma parte del pasado —dijo ella.

—Nunca pasan a formar parte del pasado, princesa. Los cerezos nos ofrecen frutos nuevos cada temporada.

—Sí, eso es verdad..., pero me temo que la próxima temporada quizá las cojas para dárselas a comer a otra.

—Eso no va a pasar. Estaré esperando por si a ti te apetecen de nuevo alguna vez para volver contigo a aquel lugar. —Después le lanzó un beso con la mano y ella se lo devolvió con una sonrisa en los labios mojada de lágrimas. Después, se giró y despacito, cabizbaja, reemprendió el camino de regreso. Se retiraba algo más tranquilizada. La idea de que él todavía la seguía queriendo le aportaba fuerzas para seguir soñando con que algún día tal vez volvería a sentirse estrechada en sus brazos, enganchada en sus labios para no volverse a desprender de ellos nunca más.

Óliver la siguió con la mirada hasta que desapareció en la distancia, luego se posicionó de nuevo frente al mar y lanzó los últimos trozos de pan a los mújoles, que continuaban en el mismo lugar moviéndose inquietos e impacientes, esperando recibir más comida.

Sobre las serenas aguas azul turquesa de la bahía de Levante, mecida por su suave oleaje, parecía recrearse la traslación de una promesa que quedaba perpetuada en su mente:

«Nunca dejaré de esperarte, mi princesa querida».

FIN

Índice